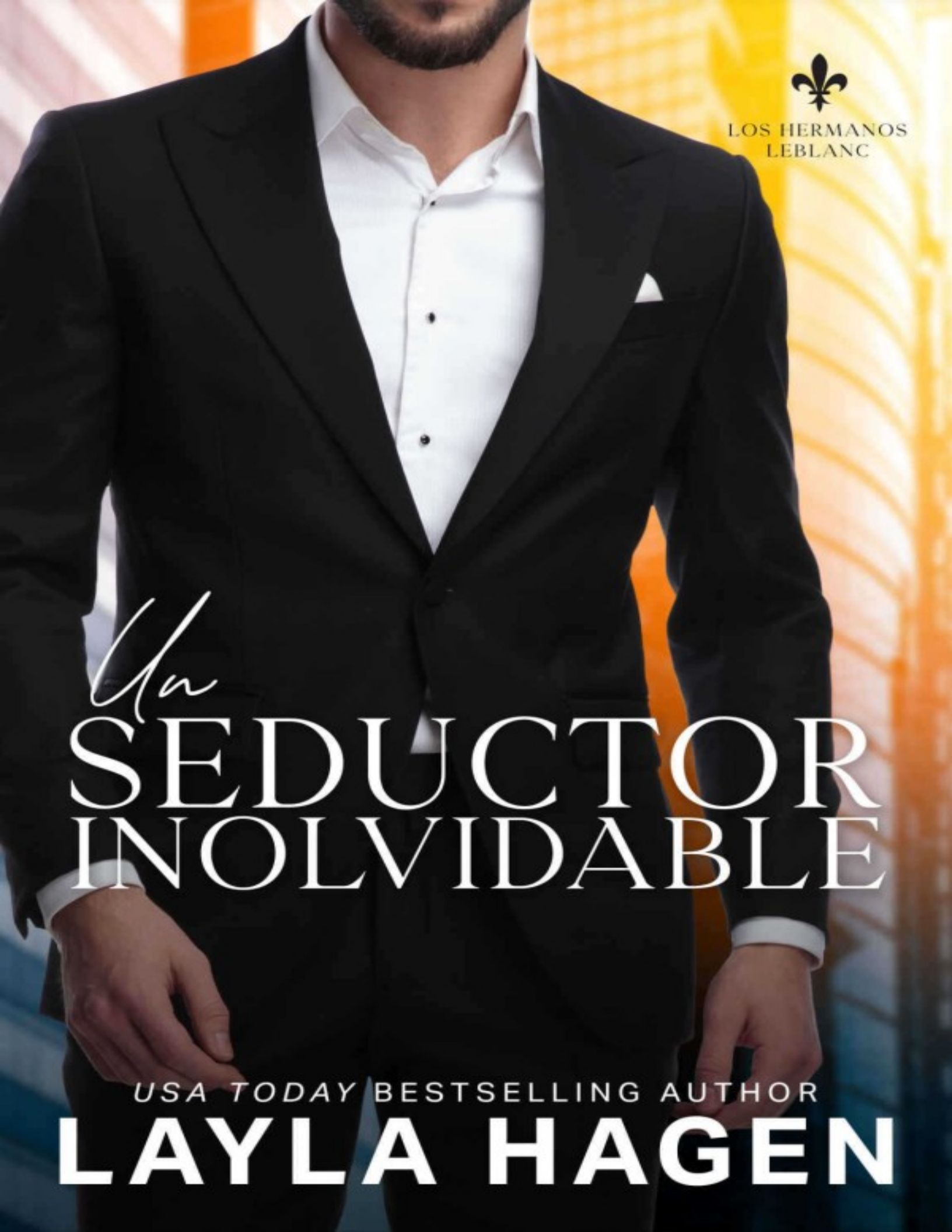

LOS HERMANOS
LEBLANC
Un
SEDUCTOR
INOLVIDABLE
USA TODAY BESTSELLING AUTHOR
LAYLA HAGEN

Créditos

Un Seductor Inolvidable
Chad & Scarlett ~ Los Hermanos LeBlanc
Libro 1
Layla Hagen

Un Seductor Inolvidable
Copyright ©2025 Layla Hagen
Portada: Uplifting Designs
Traducido por HANA FOX LITERARY BOUTIQUE
Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro de cualquier forma o medio electrónico o mecánico, incluyendo sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin permiso escrito y expreso del autor, excepto para el uso de citas breves en evaluaciones del libro. Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, negocios, lugares, eventos e incidentes son producto de la imaginación de la autora o se usan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, o hechos reales es pura coincidencia.

Tabla de Contenido

Derechos de Autor

Un Seductor Inolvidable

Chad

Scarlett

Chad

Scarlett

Chad

Scarlett

Chad

Scarlett

Chad

Scarlett

Chad

Chad

Scarlett

Scarlett

Scarlett

Chad

Scarlett

Scarlett

Scarlett

Chad

Chad

Scarlett

Chad

Scarlett

Scarlett

Chad

Chad

Chad

Scarlett

Chad

Scarlett

Chad

Scarlett

Chad

Scarlett

Chad

Chad

Scarlett

Chad

Scarlett

Capítulo Uno

Chad

—Papá, ¿puedo tomar otro trozo? —preguntó Bella.

Me reí. Mi hija nunca podía limitarse a comer solo un trozo de tarta de nueces pecanas. Era su postre favorito, después de los *beignets* del *Café Du Monde*[1], por supuesto.

—Claro, peque. Me incliné hacia delante y le di un beso en la frente.

Bella era de complexión pequeña para tener ocho años. En ese momento se encontraba sentada sobre la encimera, balanceando los pies.

Mientras le cortaba otro trozo, miré el reloj: Apenas eran las siete y media de la mañana. Todavía teníamos tiempo antes de que tuviera que llevarla al colegio. Era habitual que hiciéramos una parada en mi restaurante, ya que siempre quedaban tartas del día anterior en la cocina. Íbamos temprano, antes de que llegara el personal, porque luego se convertía en una locura total.

—¿Tú no quieres, papá? —preguntó. Cogió el trozo antes de que pudiera ponerlo en su plato y rápidamente comenzó a devorarlo.

—¿Sabes qué? Sí, la probaré. —Me quité los gemelos, los metí en mi bolsillo y me arremangué. Cogí un trozo y me lo comí, igual que mi pequeña, sin molestarme en usar el tenedor. Una sonrisa iluminó el rostro de Bella—. Date prisa, preciosa, o llegaremos tarde al colegio.

Ella puso mala cara:

—¡Pero quiero ver a las abuelas antes de irnos!

—Está bien —dije—. Deberían estar al llegar.

LeBlanc & Broussard era uno de los restaurantes más famosos de Nueva Orleans. Estábamos ubicados en la calle Royal, justo en el corazón del Barrio Francés[2]. Había pertenecido a mi familia durante varias generaciones. Lo fundaron mis bisabuelos por parte de padre, pero había crecido a pasos agigantados a lo largo de los años: ahora el restaurante ocupaba la mitad del edificio. La otra mitad eran nuestras oficinas.

Mi *chef de cuisine* se había ido el mes anterior y el equipo tardó más de lo esperado en encontrar a la persona adecuada para reemplazarlo. Afortunadamente, la nueva empleada comenzaría al día siguiente. Mientras tanto, mis abuelas habían asumido la dirección de la cocina y, aunque hicieron un gran trabajo, el personal estaba deseoso de un cambio. Mis abuelas tenían un carácter muy fuerte. Lógicamente, yo estaba acostumbrado a ellas, pero los trabajadores del restaurante no.

De repente, el sonido de la puerta al abrirse captó mi atención. Miré hacia atrás y vi que Joel, uno de nuestros *sous-chefs*, estaba entrando por la puerta de empleados. Se sobresaltó, pero al reconocerme, su rostro se relajó.

—Oh, Chad. ¡Hola, Bella! Oí voces y pensé que tus abuelas habían llegado temprano... —Su voz fue calmándose y me esforcé por no reírme. Joel medía dos metros y tenía más de cincuenta años, pero mis abuelas claramente le habían infundido un miedo reverencial—. Bueno, voy a ponerme a trabajar.

Mi hija había terminado su trozo de tarta y tenía migas por toda la boca. La limpié con una servilleta, prestando especial atención a las comisuras.

—Bella, esperemos a las abuelas en la entrada del restaurante, así no estorbamos a Joel.

—Vale, papá.

La envolví con mis brazos, bajándola de la encimera, y luego le cogí la mano.

—Estaremos en la entrada, Joel —dije.

—Perfecto. Que tengas un buen día, jefe.

Mis hermanos y yo dirigíamos *The Orleans Conglomerate*, que abarcaba multitud de establecimientos en toda la ciudad. Pero yo tenía más relación con el personal de *LeBlanc & Broussard* porque mi oficina estaba justo encima.

—¿Quieres sentarte aquí? —le pregunté a Bella. También teníamos algunas mesas fuera.

—Sí.

Bostezó y se frotó los ojos. Mi pequeña no era muy madrugadora, a diferencia de mí, que me levantaba todos los días a

las seis en punto y corría un rato en la cinta antes de que ella se despertara.

Nos sentamos al sol.

—¿Puedo sentarme en tus piernas? —preguntó.

—Claro.

Me gustaba que todavía disfrutara de pasar tiempo conmigo. Algunos niños de su colegio ya estaban distanciándose de sus padres. Me aterrorizaba el día en que mi Bella hiciera lo mismo.

—Buenos días, chicos —saludó mi madre. Había llegado con mi abuela Celine cogida del brazo.

—¡Abuelas! —exclamó Bella, saltando de mi regazo para abrazarlas.

—No sabíamos que estaríais aquí esta mañana —dijo Celine—. Qué bonita sorpresa.

—Solo es una parada rápida de camino al colegio —expliqué.

—Bueno —repuso mi madre—. Nosotras vamos a entrar para empezar la faena. Isabeau vendrá un poco más tarde. —Isabeau era mi otra abuela.

Miré a mi madre con curiosidad, pero al ver que apartaba la mirada, supe que había sido otra mañana caótica en casa de los LeBlanc Broussard. Pero bueno, era algo habitual, así que no me preocupó en absoluto. Mis padres y mis cuatro abuelos vivían juntos en una gran mansión en el Garden District[3]. Teniendo en cuenta que en el pasado habían estado enfrentados, aquello era toda una hazaña. Mis cuatro abuelos se habían opuesto al matrimonio de mis padres, pero eso ya era cosa del pasado. La casa era enorme, lo que garantizaba la privacidad de todos. Aun así, algunos días eran más *intensos* que otros.

—Gracias de nuevo por echarnos una mano —dije, poniéndome en pie—. La nueva chef llega mañana.

—¿Estás seguro de que Scarlett es lo suficientemente buena? —preguntó Celine—. Quiero decir, solo tiene treinta y pocos años. ¿Cómo puede conocer las técnicas más refinadas de la cocina a esa edad?

Aclaré mi garganta:

—Abuela, *yo tengo* treinta y cuatro.

—Tú sabes a qué me refiero.

—Al principio estará a prueba. La verdad es que ella tampoco era mi primera opción —admití—, pero sus referencias son excelentes.

—Pero nunca ha sido *chef de cuisine* —insistió Celine.

Había tenido la misma conversación con ella y con Isabeau varias veces, y estaba empezando a perder la paciencia. Sentía un gran respeto por mis padres y mis abuelos, y tenía muy claro que se trataba de un negocio familiar y todo eso, pero no me gustaba que cuestionaran mis decisiones. Mi madre no opinaba porque no estaba involucrada en absoluto en el negocio de la restauración.

—No, pero una *sous-chef* de un restaurante con estrella Michelin en Seattle no deja de ser una gran incorporación —dije en tono mesurado.

—De todos modos, Isabeau y yo estaremos aquí mañana por la mañana cuando llegue —dijo Celine.

Mi madre me lanzó una mirada preocupada y supe exactamente lo que estaba pensando. Isabeau iba a intentar espantar a la nueva jefa de cocina. Ella podía tener ese efecto en la gente.

—Ya veremos —respondí con indiferencia.

—¿A qué hora llegará?

—Aún no me lo han confirmado. Te avisaré. —*No* pensaba decírselo bajo ningún concepto. Yo mismo recibiría a Scarlett.

Mi madre se rió entre dientes y se enganchó del brazo de Celine:

—Venga, mamá, vamos a la cocina. Comeré algo y luego iré a la galería.

A mi madre nunca le había interesado el negocio familiar. De hecho, había sido toda una rebelde y yo la respetaba muchísimo por ser siempre tan decidida. Bueno, en realidad, era un rasgo que compartían tanto mi familia materna como paterna.

Después de que ambas saludaran a Bella con un beso en la mejilla, nos pusimos en marcha. Había encontrado una escuela cerca del restaurante, a solo quince minutos a pie, y hacía un día estupendo para caminar. El Barrio Francés siempre estaba vacío y extrañamente silencioso por las mañanas. Excepto las cafeterías, la mayoría de los negocios ni siquiera habían abierto.

Bella, con los ojos bien abiertos, observaba cada tienda con curiosidad, especialmente el local esotérico por el que pasamos. Hacía tiempo que no dábamos un paseo por esa zona; el tiempo había sido demasiado inestable.

—¿Qué es eso? —preguntó, señalando una muñeca vudú de la que sobresalían varios alfileres.

—No lo sé —respondí—. Pregúntale a Isabeau.

Isabeau había trabajado como guía turística durante un tiempo, además de dirigir el negocio del restaurante. Mi exmujer y yo le habíamos puesto a Bella ese nombre en honor a ella, pues era el diminutivo del nombre de mi abuela.

—Sí, se lo preguntaré —afirmó Bella.

Avanzamos rápidamente por la calle Royal y giramos a la izquierda en la calle St. Peter. Después, me apresuré a cruzar el tramo donde se encontraba la calle Bourbon. Por lo general, trataba de evitar llevarla a cualquier lugar cerca de Bourbon, ya que era la zona más peligrosa de la ciudad. Sin embargo, a primera hora de la mañana, también solía estar tranquila, a excepción de algún que otro borracho.

—Papáááá —dijo unos minutos más tarde, cuando divisamos el colegio a lo lejos—, ¿podemos ir al *Café Du Monde* cuando salga del cole?

—Ya veremos —respondí.

Las respuestas ambiguas eran la clave del éxito con las mujeres de mi familia. Si decía "quizá", lo interpretaría como un sí, y aún no había consultado mi agenda. Ni siquiera estaba seguro de si terminaría a tiempo para recogerla, y no quería hacer promesas que no pudiera cumplir.

—Vale —respondió—. Ah, papá, cuando vaya a casa de mamá, ¿puedo llevarme al señor Teddy conmigo?

—Claro, peque. Si quieres, podemos comprarte un señor Teddy para tu otra habitación.

—¡Papá! —Negó con la cabeza con tanta vehemencia que sus coletas rebotaron—. No podemos hacer eso. El señor Teddy se sentiría muuuy ofendido —alargó la *"u"* de manera adorable.

—Está bien. Entonces lo llevaremos de una casa a la otra.

Ella sonrió radiante:

—Sí, buena idea.

Estaba orgulloso de lo bien que Sarah y yo manejábamos todo aquel asunto de la crianza compartida, más que nada teniendo en cuenta lo horrible que había sido nuestro divorcio. De hecho, lo mismo podía decirse de nuestro matrimonio. Sarah también provenía de una familia adinerada. Su familia se dedicaba al negocio de la caña de azúcar desde hacía generaciones. Pero, a pesar de haber tenido una educación similar, nuestros valores eran diferentes. Después de casarnos, ella dio por sentado que ninguno de los dos trabajaría y que seríamos *socialités*[4]*.* Pero yo no era así. Estaba orgulloso de continuar con el legado de mi familia. Nuestra relación ya se estaba encaminando a su fin cuando, inesperadamente, ella se quedó embarazada de Bella. Tratamos de hacer que la relación funcionara, bueno, al menos yo lo intenté... hasta que descubrí que me había engañado.

Ni siquiera quería recordar esa época de mi vida. Habíamos hecho todo lo posible por proteger a Bella de todo eso y, por suerte, ella nunca se dio cuenta de nuestras discusiones. Los divorcios eran desagradables. Independientemente de las intenciones de cada uno, de alguna manera las cosas se volvían muy cambiantes, y nunca para bien.

Lo primero que le dije a mi abogado fue: "No quiero que esto se ponga feo. Quiero que todo sea lo más sencillo posible. Le daremos a Sarah lo que pide para que todo marche sobre ruedas". Su respuesta fue escalofriante: "En toda mi carrera, nunca he visto un divorcio amistoso".

Estaba seguro de que nuestro caso sería diferente, pero me equivoqué. No obstante, Sarah y yo habíamos hecho grandes progresos desde entonces. Nunca seríamos amigos, eso estaba claro, pero nos comportábamos de forma civilizada y adulta por el bien de Bella. Nuestra hija vivía conmigo durante la semana y con su madre los fines de semana. Sarah había comprado una casa en Marigny[5] con un jardín enorme, y Bella era feliz allí.

Cuando llegamos a la puerta del colegio, se volvió hacia mí e hizo una pose presumida, levantando la barbilla y adelantando un pie.

—¿Está bien mi pelo?

Eché un vistazo a sus coletas. Era muy exigente con respecto a su peinado. Le peinaba el pelo cada mañana y mi pequeña se estaba volviendo cada vez más quisquillosa con su aspecto.

—Sí, estás preciosa.

—Papá, siempre dices lo mismo.

—Porque es verdad. —Le di un beso en la frente, ella me rodeó el cuello con sus manitas y yo la abracé—. Que tengas un buen día, peque —me despedí.

—Gracias, papá.

Dio un paso atrás, se dio la vuelta y echó a correr. Me quedé allí hasta que desapareció dentro del edificio y luego caminé de regreso a la oficina.

Cuando giré hacia la calle Royal, sonó mi teléfono. Era mi hermano Zachary, así que respondí de inmediato. Teníamos una reunión programada para más tarde, pero si quería hablar antes, debía ser algo importante.

—Hola, hermano —saludé.

—Hola, ¿estás en la oficina?

—No, acabo de dejar a Bella. ¿Es por la reunión?

—No, me ha llamado mamá.

—¿Ahora?

—Sí. Al parecer, nuestras abuelas insisten en conocer a la nueva chef.

Empecé a reírme:

—Era de esperar.

—¿Crees que es una buena idea?

—Para nada. Justo estaba pensando en encontrar la manera de evitarlo.

—¡Tengo algunas ideas! —Zachary sugirió varias alternativas que, si bien no parecían malas, no terminaba de ver que pudieran ser eficaces.

Por otra parte, él tenía un don para suavizar las cosas. Éramos seis hermanos y no podíamos ser más diferentes. Xander era el más

meticuloso y no pasaba nada por alto. Julian tenía un don para liderar porque nunca perdía los estribos. Anthony, en cambio, se enfocaba en la resolución de problemas de forma práctica, sin la atención al detalle de Xander, pero cumpliendo el objetivo en todo momento. Beckett, por su parte, siempre estaba dispuesto a todo. Era el mejor para contrarrestar el *excesivo* detallismo de Xander. Mantener el equilibrio nunca dejaba de ser un desafío.

—Mmm, ninguna de esas ideas me convence —admití después de que terminara de presentar sus "soluciones".

—Sinceramente, a mí tampoco. Por cierto, ¿ya has conocido a Scarlett?

—No, no participé en las entrevistas. Pero tú sí, ¿verdad? —Normalmente, él era el único de nosotros que participaba en el proceso de contratación en todas las sucursales.

—Sí. Lo hará muy bien. Y, aunque no venga a cuento: está buenísima.

—Pues no, no viene a cuento —Ni siquiera había tenido tiempo de buscar su perfil en Internet.

—Solo me pareció que valía la pena mencionarlo.

—Zachary... —advertí.

—Ni se te ocurra soltarme un sermón. Sé cómo llevar los negocios.

Y era verdad. Lo que me llevó a preguntarme: ¿por qué había sacado eso a colación? Decidí cambiar de tema.

—Bueno, nos vemos más tarde en la reunión. Por cierto, no saques este tema con las abuelas y Scarlett.

—¿Por qué no? —preguntó.

—Porque entonces dará lugar a un debate sobre cómo manejarlo.

—Pero cuantas más opiniones, mejor —dijo Zachary.

—No cuando tenemos que tomar una decisión tan importante. No tiene sentido incluir esto en la minuta.

—Tienes razón. Vale, hablamos más tarde.

Después de colgar, revisé el calendario. La llamada con mis hermanos era a las cinco, pero podía adelantarla para primera hora

de la tarde. De esa manera, podría recoger a mi hija y llevarla a comer *beignets*. Eso nos alegraría el día ambos.

Y luego tenía que encontrar la manera de proteger a Scarlett de mis abuelas antes de que llegara la mañana del día siguiente.

1. Nota del traductor: ***Café Du Monde*** es una cafetería tradicional y muy famosa de Nueva Orleans, conocida por su café con achicoria y los *beignets*, un tipo de dónut francés cubierto de azúcar glas.

2. Nota del traductor: El **Barrio Francés** es el corazón histórico de la ciudad, célebre por su vibrante vida nocturna y sus pintorescos edificios con balcones de hierro forjado.

3. Nota del traductor: El **Garden District** de Nueva Orleans es un barrio histórico famoso por sus impresionantes mansiones anteriores a la guerra civil, sus amplios jardines y su exuberante vegetación.

4. Nota del traductor: Una ***socialité*** es una persona de la alta sociedad, usualmente de origen adinerado o aristocrático, que es conocida por su participación en eventos sociales exclusivos y su estilo de vida de ocio en lugar de un empleo tradicional. Su notoriedad proviene de asistir a fiestas, galas benéficas, desfiles de moda y otros actos sociales.

5. Nota del traductor: El **Faubourg Marigny** es un distrito histórico de Nueva Orleans conocido por su increíble escena musical (especialmente jazz), su colorida arquitectura criolla y su auténtico ambiente local.

Capítulo Dos

Scarlett

—Bienvenida a Nueva Orleans, señorita Jones.

—Gracias —le dije a Charles, mi agente inmobiliario.

Mi estudio era un poco pequeño, pero el precio del alquiler era razonable. Además, no pude encontrar otra cosa con un contrato de solo seis meses. Cuando terminara mi período de prueba en el restaurante, buscaría un lugar más grande. Aquella oportunidad estaba destinada a ser mía, lo sentía en lo más profundo de mi ser. No solo se trataba de mi primer trabajo como *chef de cuisine*, sino que además era en Nueva Orleans. Siempre había soñado con vivir allí, era el sueño de cualquier chef: vivir en un sitio que tuviera una gastronomía tan rica y compleja. Me sentía llena de energía y estaba deseando salir a explorar la ciudad.

—Bueno, ya está todo listo —dijo—. Si necesitas algo, llámame, pero no debería haber ningún problema.

—Perfecto, Charles. ¡Gracias!

Una vez se marchó, cerré la puerta y me di la vuelta, observando mi espacio. Era muy acogedor, ¡me encantaba!

Tenía mucho que hacer ese día. Empezaría a trabajar a la mañana del día siguiente, así que tenía que tenerlo todo resuelto.

Me dirigí a la parte de la habitación donde había dejado mi equipaje, inspeccioné la cómoda e inmediatamente me di cuenta de que tenía un problema. Había llevado dos maletas enormes llenas de ropa para todas las ocasiones, y aquella cómoda era demasiado pequeña. Tendría que buscar algo donde guardar mis cosas. Quizás una estantería con ruedas.

Me di la vuelta de nuevo. Mi estudio era realmente pequeño. Había una cama y un sofá en una esquina y una mesa con dos sillas en la otra, justo al lado de una pequeña cocina. Como chef, me encantaban las cocinas amplias. Aunque, dado que pasaría la mayor parte de mi tiempo en el restaurante *LeBlanc & Broussard*, y con la generosa oferta de poder comer allí, cocinar en casa sería algo ocasional.

Mientras iba colocando el contenido de una de las maletas en la cómoda y en el baño, empecé a tener ideas peligrosas. Como era obvio que no iba a poder deshacer toda la maleta ese mismo día, de repente descubrí que tenía más tiempo libre de lo que pensaba, así que podía empezar a explorar la ciudad de inmediato.

Todavía llevaba la misma ropa que me había puesto por la mañana: vaqueros, una camiseta holgada que dejaba al descubierto un hombro, calcetines blancos y zapatillas Vans. No quería perder ni un instante en cambiarme. A pesar del cansancio de hacía solo unos minutos, de repente me invadió una gran oleada de energía. Me había levantado al amanecer, demasiado emocionada por la mudanza como para dormir. Estaba muy ansiosa por empezar a explorar la ciudad y dejar atrás Seattle. Por fin me había librado del desamor que me ataba a ese lugar.

Bueno, en realidad, allí también estaban mis padres, pero se habían alegrado mucho cuando les conté lo de la oferta de trabajo; era una oportunidad única en la vida. Ni siquiera estaba segura de cómo la había conseguido. Un restaurante como *LeBlanc & Broussard* podía contratar fácilmente a un *chef de cuisine* con experiencia, y hasta ese momento yo solo había sido *sous-chef*. Pero como decía el refrán: "A caballo regalado no le mires el diente". Era una oportunidad fantástica y la aprovecharía al máximo.

Me miré en el pequeño espejo que había junto a la puerta principal. Mi cabello castaño oscuro tenía un rizo inusual y me pregunté si sería por la humedad del aire. Normalmente, mi cabello era muy liso, pero en ese momento parecía encrespado. Entrecerré los ojos y fruncí los labios al mismo tiempo, me hice una foto y se la envié a mi mejor amiga, Ariana. Me sentí un poco tonta, pero con ella podía ser yo misma. Respondió rápidamente.

Ariana: Por fin. Empezaba a preocuparme. ¿Qué tal el piso?

Hice algunas fotos y se las envié.

Scarlett: Está bien. Tal y como lo anunciaban.

Todo había sucedido tan rápido que no había tenido tiempo de verlo en persona, y ella estaba preocupada por si me estafaban o algo así.

Ariana: Qué bien. ¿Y ninguna sorpresa desagradable?

Scarlett: Nada de nada.

Ariana: Por cierto, he oído por ahí que Simon le está haciendo la vida imposible al personal de cocina.

Se me hizo un nudo en el estómago. Simon era mi ex y habíamos trabajado juntos en el restaurante de Seattle. Después de que lo ascendieran a *chef de cuisine*, empezó a tratarme como si no significara nada para él. ¿Y ahora que me había ido, se desquitaba con el resto del personal? No tenía ni pies ni cabeza.

Scarlett: Suena muy propio de Simon. Por cierto, sé que mi apartamento es pequeño, pero puedes venir a visitarme cuando quieras.

Ariana: Gracias. Aceptaré la invitación cuando mi jefe me conceda unas vacaciones.

Scarlett: Para entonces, seré toda una experta en la ciudad.

Ariana: Eres una experta desde que tenías cinco años.

Su comentario me hizo reír. Unos segundos después, cogí la llave y cerré la puerta al salir del apartamento. Como estaba en la segunda planta, decidí bajar por las escaleras.

Ariana conocía mi pasión por Nueva Orleans desde que éramos niñas y había oído hablar muchas veces de mi idilio con la ciudad. Mi obsesión comenzó cuando mis padres me llevaron allí el día que cumplí cinco años. Era posible que hubiera heredado la obsesión por el sur de mi madre. Me puso el nombre de la famosa Scarlett O'Hara[1], así que no era de extrañar que acabara siendo así.

Unos años antes, había empezado a ver *The Vampire Diaries*, que se convirtió casi en una adicción para mí. A esta le siguió su *spin-off*, *The Originals*, que también se desarrollaba en Nueva Orleans. Adivinad quién se obsesionó aún más con la ciudad. Exacto, yo. Me gustaba *The Originals* incluso más que *The Vampire Diaries*. Aunque la mayoría de los fans de los protagonistas masculinos se decantaban claramente por Damon Salvatore, yo era una incondicional de Klaus Mikaelson.

Mi estudio estaba muy cerca de la Universidad Loyola, así que caminé a paso rápido hacia la avenida St. Charles. Me sorprendió ver la cantidad de alojamientos temporales que había en el distrito universitario, aunque después caí en que debían estar destinados a los estudiantes. Hasta eso parecía obra del destino.

En aquella bonita tarde pensaba dirigirme al Barrio Francés. Así que saqué mi teléfono y eché un vistazo al mapa: había una parada de tranvía no muy lejos de allí. *¡Genial!*

Cuando llegué a la estación, vi que ya había cola; unas dos docenas de personas o más esperaban para subir.

Una de ellas me informó:

—Hay un pequeño retraso.

—No pasa nada, no tengo prisa.

Sin embargo, hice una nota mental para preguntar si los retrasos eran habituales, porque no quería llegar tarde al trabajo. El tranvía, con su típico color verde oscuro, llegó solo unos minutos más tarde y estaba abarrotado.

Sonreí sin motivo alguno al subir. No había sitio para sentarse, pero no importaba. Estaba en Nueva Orleans.

Cuando empezamos a circular, intenté hacerme un hueco entre la gente para asomarme por la ventanilla, pero no era fácil. Me pregunté si también estaría tan lleno a primera hora de la mañana, pero me preocuparía de eso más tarde. Ya encontraría la mejor manera de llegar al trabajo.

Al pasar por la Universidad de Loyola, el edificio de ladrillo rojo me cautivó por su encanto particular, estilo e historia; decidí que debía averiguar si ofrecían visitas guiadas.

Como no podía mirar por la ventanilla, saqué mi teléfono y decidí leer un poco sobre mis jefes. Había conocido a Zachary LeBlanc brevemente en una de las entrevistas *online*, pero me había comentado que no trabajaríamos juntos directamente. Agarrándome con fuerza al pasamanos con una mano, busqué en Internet con la otra para ver qué podía encontrar. Todo chef digno de su nombre conocía el restaurante *LeBlanc & Broussard* de la calle Royal. La historia detrás del nombre era muy interesante. Los LeBlanc siempre habían sido propietarios de restaurantes y panaderías en la ciudad.

Los Broussard eran propietarios de establecimientos competidores, como cafeterías y clubes de jazz. El restaurante en sí había llevado la denominación LeBlanc hasta que las familias se unieron por matrimonio. El artículo de Wikipedia no daba más detalles y no encontré mucha información publicada sobre ninguna de las dos familias, pero me pareció muy intrigante.

Lo que sí encontré fue una lista con todos los establecimientos propiedad de *The Orleans Conglomerate*. Y, madre mía, era interminable.

Tenían más de cincuenta establecimientos. La mayoría se encontraban en Nueva Orleans, pero también había algunos otros distribuidos por Luisiana. Y, además, mencionaba que la empresa estaba dirigida actualmente por los seis hermanos LeBlanc. Me pregunté qué grado de implicación tendrían en el día a día o si llegaría a verlos.

Cuando llegamos a la calle Canal, decidí bajarme del tranvía para explorar el resto a pie. Una vez en la acera, consulté mi teléfono. Sin su ayuda, me perdería. A veces me perdía incluso *con* el GPS.

Según mi mapa, Royal estaba a una calle de distancia, lo que me dio una idea. Podía ir a ver el restaurante esa noche, para asegurarme de saber dónde estaba y no llegar tarde a la mañana siguiente tratando de encontrarlo.

Aunque, a decir verdad, no había lugar a confusión: el edificio era muy emblemático. Me había enamorado de él solo con ver las fotos. Era antiguo, con una fachada en color terracota y tres niveles de balcones con barandillas de hierro forjado negro. Las fotos también mostraban varias plantas de helechos colgando del techo, pero me preguntaba si en persona también tendrían un verde tan vibrante. Tomé una foto panorámica de la calle Royal al acercarme y se la envié inmediatamente a mi madre.

Podía escuchar jazz en la distancia, la ciudad rebosaba vida, ¡me encantaba! Respiré hondo y me di cuenta de que debía de haber una panadería cerca, porque podía oler un aroma a azúcar y canela en el aire.

Mi madre me llamó al segundo siguiente. Me detuve en la esquina de Royal y Canal y contesté.

—¡Hola, mamá!

—Scarlett, ¿cómo estás? Pensamos que estarías ocupada desempacando y acomodándote, y no queríamos molestarte.

—No, me rendí después de desempacar una maleta. No tengo dónde poner el resto de mi ropa, así que decidí salir a dar un paseo.

—¿Tan pequeño es el apartamento?

—Como era de esperar, pero lo que me preocupa es que no tiene mucho espacio de almacenamiento. Me las apañaré, no te preocupes.

—Está bien, cariño —le dijo a mi padre—. Espera, te pondré en el altavoz.

—Hola, cariño. ¿Cómo estás? —preguntó mi padre, con un tono de voz tan alto que me vi obligada a apartar el teléfono de mi oído.

—No tienes que gritar, Edward —le reprendió mi madre en voz baja—. Puede oírte.

—Eso, papá —confirmé—. Estoy bien. He pensado en salir a explorar un poco la ciudad, ya que por ahora no puedo terminar de deshacer las maletas.

—Bueno, no te entretendremos más. Diviértete, pequeña. No dejes que nadie te haga sentir inferior, ¿vale?

—Claro. Lo prometo.

A esas alturas de mi vida, era más fuerte. No iba a dejar que nadie me menospreciara, y mucho menos una persona con quien pensaba pasar el resto de mi vida. Pero eso no venía al caso. Salir con alguien no era algo que tenía en mente para un futuro próximo. Estaba allí para demostrarles a los LeBlanc y a los Broussard, o a quienquiera que dirigiera la cadena de restaurantes, que era la jefa de cocina que siempre habían soñado tener.

Mientras continuaba mi paseo por la ciudad, sonreía con entusiasmo, sacando una foto tras otra. Hasta el edificio del departamento de policía me pareció impresionante. Le envié todas las fotos a mi madre porque sabía que le encantarían. Había muchos establecimientos en esa calle: bares, restaurantes, cafeterías y alguna que otra panadería que vendía *beignets*. Estaba deseando ir al *Café Du Monde*. Me preguntaba si los *beignets* estarían tan

buenos como los recordaba de mi viaje a la ciudad con mis padres, o si solo los estaba idealizando en mi memoria.

Cuando llegué al restaurante *LeBlanc & Broussard*, sonreí de oreja a oreja. No podía creer que ese sería mi lugar de trabajo. Me sentía como en una película.

El edificio era exactamente igual que en las fotos, y disponían de mesas al aire libre con calefactores, un detalle muy acertado. Aunque el aire era húmedo y agradable para una tarde de abril, el cliente acabaría teniendo frío si se prolongaba la comida.

Aproveché la ocasión para echar un vistazo al interior del restaurante a través de una de las ventanas delanteras. El diseño combinaba hierro forjado con madera. Sin embargo, no logré ver la cocina, lo que me llevó a pensar que estaba separada del comedor principal. *¡Perfecto!* No era muy fan de las cocinas abiertas.

Barajé la idea de entrar, pero finalmente decidí no hacerlo. No tenía sentido presentarme aquel día. La cocina estaría muy ajetreada y lo último que necesitaban los empleados era una distracción, pues no me gustaría que me lo hicieran a mí. Pero me quedé un rato observando a los clientes que entraban y salían, preguntándome si eran turistas o locales. Mi intuición me decía que era una mezcla de ambos, ya que los podía distinguir por la forma de vestir.

Entonces se abrió la puerta del restaurante, y un imponente hombre con traje me llamó la atención. Una vez fuera, se puso la chaqueta del traje y se acomodó los gemelos. ¿Era por costumbre o realmente necesitaba ajustarlos? Madre mía, era guapísimo. No me había fijado en un hombre en meses, desde mi ruptura, pero aquel desconocido simplemente me dejó sin aliento.

Tenía el pelo castaño oscuro y, aunque no podía ver sus ojos desde donde estaba, me los imaginaba de un azul intenso, o tal vez verdes.

No parecía un turista, así que me pregunté si visitaba a menudo el restaurante. Tampoco era que tuviera importancia, teniendo en cuenta que pasaría todo el tiempo en la cocina y, a menos que alguien pidiera ver a la *chef de cuisine*, no tendría ninguna interacción con los clientes. Incliné la cabeza, preguntándome si

aquel hombre era de los que se quejaban de la comida y exigían una disculpa personal del jefe de cocina.

Al final, lo percibí como un hombre educado y decidido, alguien que no toleraba las tonterías de nadie, pero que definitivamente no era un idiota. Me dieron ganas de enviarle un mensaje a Ariana para contarle que me había fijado en alguien. Estaría muy orgullosa de mí; llevaba meses intentando convencerme de tener citas dobles con ella, pero siempre me había negado rotundamente.

Después de que el desconocido se marchara, me quedé un rato más allí, examinando varios detalles de la dinámica del restaurante. Los camareros se movían con rapidez, lo que significaba que la cocina funcionaba como un reloj suizo. ¿Quién estaría al mando mientras buscaban un chef?

Me separé de la pared de ladrillo contra la que había estado apoyada y me acerqué al lateral del restaurante, desde donde podía ver mejor el interior.

—¡Dani! —gritó una voz masculina a una de las camareras.

Ella se detuvo en seco y miró al hombre que acababa de llegar a la entrada.

—Hola, señor LeBlanc.

Me puse en alerta. ¿Era parte de la familia LeBlanc o solo un cliente habitual? Al fin y al cabo, era un apellido bastante común en Nueva Orleans.

—Mi hermano me dijo que todavía estaba aquí.

—Oh, por poco se lo cruza. Se ha ido hace unos minutos —respondió ella.

—Ah, bueno. Mencionó que hoy se iría pronto.

—¿Quiere que le prepare una mesa?

—No, subiré a la oficina. La secretaria de mi hermano tiene unos documentos para mí.

—Perfecto. Si prefiere, podemos subirle la cena.

—Sería estupendo. Lo de siempre, por favor.

Ella asintió:

—Enseguida.

Puse la espalda recta. Estaba claro que era el responsable del lugar, así que no estaría de más presentarme. Me aproximé a él,

quien se encontraba de pie frente a la entrada, asegurándome de dejar suficiente espacio adecuado para el tránsito de la gente.

—¿Señor LeBlanc? —pregunté con cautela.

El hombre me resultó vagamente familiar. Tenía unos vibrantes ojos azules y cabello negro azabache. Sentí la extraña sensación de haberlo visto antes, no mucho tiempo antes.

—Lo siento. ¿La conozco? —respondió.

—Soy Scarlett Jones, la nueva *chef de cuisine* del restaurante.

—¡Scarlett, hola! Soy Julian, puedes tutearme —dijo, y me tendió la mano—. Estamos muy contentos de tenerte con nosotros.

—Gracias.

—Escucha, yo no soy quien está a cargo del restaurante, ese es mi hermano Chad. Se acaba de ir.

—Ah —dije, un poco decepcionada—. No pasa nada, solo pasaba por aquí y pensé en echar un vistazo al restaurante. Mañana es mi primer día oficial.

—Sí, toda la familia lo sabe —respondió riendo.

—De acuerdo —dije, sin saber muy bien cómo reaccionar.

Julian sonrió:

—Desde ya te advierto que por las mañanas el ritmo es bastante frenético.

—No te preocupes, he trabajado en cocinas muy ajetreadas. La hora punta puede volverse muy intensa —afirmé, pero tenía la sensación de que no terminaba de entender lo que quería decir. No era posible que las mañanas fueran ajetreadas porque el restaurante no ofrecía desayunos.

—Apuesto a que nunca has trabajado en un restaurante en el que a la mitad de la familia le gusta echar una mano cada vez que se va un chef.

Sorprendida, parpadeé varias veces y sonreí:

—No, nunca. Suena interesante.

—Bueno, ven mañana por la mañana y luego me cuentas. Por otra parte, te comento que Chad está intentando mantener a la familia alejada, y cuando mi hermano se propone algo, lo consigue. Al menos casi siempre, porque últimamente con nuestras abuelas no lo ha conseguido.

Julian parecía estar hablando más consigo mismo que conmigo, y yo no sabía cómo reaccionar. *Jamás* se me hubiera ocurrido que la conversación pudiera ir así.

—Está bien —dije—. ¿Algún otro consejo?

—Trata de caerle bien a las abuelas.

—¿Qué abuelas? —pregunté.

—Lo siento, a veces doy por hecho que la gente sabe todo sobre nosotros. A mis abuelas; ambas estarán presentes. Si les caes bien, todo te será mucho más fácil. Así que repito... trata de caerles bien.

—Sin presión —contesté con aire irónico.

—Bueno, voy arriba. Si quieres cenar aquí, invita la casa.

—Oh, no, gracias. Quiero explorar un poco más la ciudad esta noche.

—Vale. Disfrútala.

Parpadeé con rapidez, aún un poco aturdida por el encuentro. Me preguntaba quién estaría en el restaurante a la mañana siguiente, si sus abuelas o alguien más. También estaba deseando conocer a Chad LeBlanc. Me preguntaba si se parecería en algo a Julian.

En un impulso, saqué mi teléfono y busqué su nombre en Google. La primera imagen que apareció fue una foto, ¡y era él! Aquel apuesto desconocido. No podía creerlo, y ahora entendía que Julian me resultara familiar; se parecían mucho físicamente.

Riendo, consideré enviarle aquella información a Ariana, pero finalmente decidí no hacerlo. Ella lo interpretaría como una señal, pero yo ya no creía en las señales, excepto quizá cuando se trataba de cosas dulces. Cuando encontré una tercera panadería que vendía *beignets*, me dije a mí misma que había llegado la hora de probar uno.

1. Nota del traductor: **Scarlett O'Hara** es la carismática protagonista de la novela "Lo que el viento se llevó", de la autora Margaret Mitchell, escrita en 1936.

Capítulo Tres

Chad

A la mañana siguiente, llegué a la oficina a las ocho y veinte de la mañana.

—¿Está alguno de mis hermanos aquí? —le pregunté a Shauna, mi asistente.

—Buenos días. No, pero Julian estuvo anoche.

No me sorprendió. Tanto Julian como Xander, Zachary, Anthony, Beckett y yo participábamos en la gestión de la empresa, pero rara vez íbamos a las oficinas centrales. De todos, Julian era el que iba más a menudo. Cada uno tenía un despacho en alguno de sus respectivos locales. Julian, quien estaba al mando de la división de bares de nuestra empresa, tenía su base de operaciones en su local favorito, ubicado en el Barrio Francés.

El día anterior no había hablado por teléfono con mis hermanos, así que quería ponerme al día con él durante aquella mañana. Miré mi reloj mientras entraba en mi despacho, tenía una reunión con Scarlett Jones en veinte minutos. Era tiempo suficiente para ponerme al corriente con Julian. Había estado en Nueva York para una reunión y tenía curiosidad por saber cómo había ido.

Mi hermano respondió al primer tono.

—¿Cómo ha ido la reunión? —pregunté.

—Buenos días a ti también —dijo pausadamente—. No todos somos personas tan madrugadoras, ¿lo sabías?

—Son casi las ocho y media —señalé.

—Justamente. Y la reunión ha ido bien. Estoy seguro de que pronto podré abrir algunos bares en Nueva York.

—Qué bien. Me alegro por ti, hermano.

Nuestra ambición común era expandir el negocio familiar más allá de las fronteras del estado de Luisiana. Era hora de ampliar nuestros horizontes.

—Escucha, ayer por la tarde hablé con mamá. Al parecer, Isabeau y Celine irán al restaurante esta mañana.

Me quedé de piedra.

—¿Qué? Eso *no* fue lo que mamá y yo acordamos.

La había llamado justo antes de recoger a Bella el día anterior por la tarde.

—No fue decisión de mamá.

Gruñí. Aunque eso era habitual en nuestra familia.

—Vale. Entonces voy a llamar a mamá.

—Tío, ¿me has llamado solo para despertarme?

—No —respondí—. De verdad quería saber cómo había ido la reunión.

—Está bien. Ah, por cierto, anoche conocí a tu nueva jefa de cocina.

Estaba a punto de colgar, pero me detuve, frunciendo el ceño.

—¿En serio? ¿Y eso?

—Fue a ver el restaurante. Tío, está buenísima.

Cerré los ojos un momento antes de abrirlos lentamente de nuevo y respirar hondo.

—Dime que no te has acostado con ella.

—¿Qué dices? Por supuesto que no. Sabes que nunca me involucro con nadie que trabaje para nosotros.

Esa era una regla de oro en la familia, pero con Julian nunca se sabía. Él consideraba las reglas como sugerencias molestas, no como normas a cumplir.

—Le advertí que lo de esta mañana podría ser complicado —continuó.

—Perfecto. Bueno, gracias, Julian. Vuelve a dormirte.

Sabía que mi hermano tenía buenas intenciones, pero asustar a nuestra nueva empleada antes incluso de que empezara no era lo más recomendable.

Marqué el número de mi madre, pero rechazó la llamada. Estaba a punto de volver a llamar cuando vi que me había enviado un mensaje.

Mamá: Lo siento, no lo he conseguido. Ya estoy abajo con las dos. Insisten en conocer a la nueva chef porque, y cito textualmente, "la reputación de nuestro restaurante insignia está en sus manos".

Mis abuelas tenían un don para el dramatismo. Isabeau incluso más que Celine.

Me reí, negando con la cabeza. *Bueno, es hora de bajar y darle un sermón a la familia para que se comporten cuando llegue Scarlett Jones.*

Tener la oficina justo encima del restaurante resultaba muy conveniente. Podía ocuparme de cualquier problema de inmediato, especialmente si se trataba de una cuestión familiar. Mis abuelas tenían toda la razón en una cosa: *era* nuestro restaurante insignia. Se había convertido en una de las principales atracciones de la ciudad. Nuestra lista de espera para conseguir mesa era de tres meses, pero siempre manteníamos dos mesas libres, por si acaso. Aunque no entrevisté personalmente a Scarlett para el puesto de cocina, ya que no gestionaba esas contrataciones, su currículum me pareció excelente y Donald, mi jefe de personal, había quedado impresionado con ella.

Bajé rápidamente las escaleras y ya empecé a oír las voces de mis abuelas mientras iba de la cocina a la sala.

—Voy a hacerle yo misma la prueba a esa chica —decía Isabeau.

—No, no lo harás —dije, uniéndome a ellas.

Mi madre me lanzó una mirada de disculpa, pero yo les ofrecí una sonrisa de tranquilidad mientras me sentaba con las tres en una mesa.

—Escuchad, os agradezco que hayáis colaborado estas últimas semanas, pero necesito que confiéis en mí. Llevo casi una década al frente de este lugar, soy bueno en lo que hago. Además, ya sabéis cómo son los chefs. Les gusta tener el control absoluto de la cocina.

Isabeau frunció la nariz.

—Me gustaría saber quién es la chica que asumirá el mando.

Celine asintió:

—A mí también.

Isabeau y Celine no podían ser más diferentes. Se convirtieron en abuelas muy jóvenes y se empeñaron en que las llamáramos por su nombre de pila. Después de que naciera Bella, las cosas cambiaron. No estaban preparadas para que las llamaran bisabuelas, e insistían

en que simplemente usáramos el término "abuela". Ahora ya se habían acostumbrado y aceptaban cualquiera de los dos.

—Yo he dado mi aprobación —dije con educación, pero con firmeza—. Os quiero y os respeto mucho a las dos, pero no puedo permitir que interfiráis en mi proceso de contratación.

Mis abuelas se miraron y luego Celine sonrió con dulzura:

—Cariño, no estamos interfiriendo. Solo queremos conocerla.

No había forma de convencerlas de que se marcharan antes de que llegara Scarlett, así que cambié de táctica. Simplemente dirigiría la conversación en la dirección que yo quisiera, algo que se me daba muy bien. Era una de las razones por las que había llevado la cadena de restaurantes al siguiente nivel.

La puerta principal se abrió justo cuando estaba a punto de decirles a mis abuelas que fueran amables con Scarlett. Acto seguido, levanté la vista y tragué saliva.

Joder, esto me va a traer problemas. Aunque estábamos en la mesa más alejada de la puerta, pude ver que era increíblemente guapa. Su pelo era castaño y algo encrespado, pero le sentaba de maravilla. Sus ojos eran de un azul intenso. Y esa *boca*...

En ese momento, entendí la reacción de Zachary y Julian. Normal que hubieran dicho que estaba buena.

Antes de encaminarme a recibirla, miré hacia mis abuelas y dije:

—Hablaré yo.

—Si tú lo dices... —dijo mi madre en voz baja.

Las dinámicas en la familia LeBlanc Broussard siempre eran fascinantes.

Me volví hacia la mujer que tenía delante.

—¿Scarlett Jones?

—La misma.

Le tendí la mano:

—Encantado, Chad LeBlanc. Soy el director del restaurante.

Ella la aceptó con un rápido apretón:

—Encantada de conocerlo. ¿He llegado tarde? —preguntó, adentrándose un poco más en la sala.

—No, ha llegado justo a tiempo.

Llevaba un vestido azul oscuro y me obligué a no bajar más la mirada. Mantuve los ojos fijos en los suyos.

Miró a mis abuelas y a mi madre y preguntó:

—¿Ya está abierto el restaurante?

—No, no son clientas. Son mis...

—¿Abuelas?

Me aclaré la garganta:

—Sí, veo que Julian ya se lo ha dicho.

—Sí, su hermano ha querido advertirme al respecto —Scarlett se rió, pero desvió la mirada y comenzó a jugar con un mechón de pelo, enrollándolo entre sus dedos. Su nerviosismo era evidente y mis instintos me impulsaron a calmarla.

—Entre usted y yo, la advertencia *estaba* justificada. Mis abuelas pueden ser un poco agobiantes, pero tienen buenas intenciones.

¿Qué estoy haciendo? Siempre me comportaba de manera profesional con mis empleados, sobre todo con los nuevos y, sin embargo, ahí estaba, hablando abiertamente de mi familia. Rompí el contacto visual porque eso parecía estar nublando mi juicio.

—Se las presentaré y luego le enseñaré la cocina.

—Gracias. Julian dijo que es importante que les caiga bien a sus abuelas. ¿Forman parte del equipo de cocina?

¡Maldita sea! Debía aclararle algunas cosas a mi hermano.

—Trabajaron en la cocina de los restaurantes familiares hace mucho tiempo. Y ambas han estado ayudando aquí desde que nuestro último *chef de cuisine* renunció. Pero no, no forman parte de las operaciones diarias.

Ella frunció el ceño:

—Entonces no entiendo...

—La empresa es muy importante para todos los miembros de la familia. Y este restaurante significa mucho para ellas.

—De acuerdo.

—No se preocupe, solo sígame la corriente.

Abrió mucho los ojos y entreabrió los labios, como si fuera a decir algo, pero no dijo nada.

Con gran dificultad, aparté la mirada de su boca y señalé la mesa donde estaban todas, había tres pares de ojos fijos en Scarlett.

Mérito suyo, caminaba con la cabeza bien alta. En ese momento, no pude evitar devorarla con la mirada; tenía un redondo y perfecto trasero, un delgado y tentador cuello, y... yo estaba perdiendo la cabeza.

—Me gustaría presentarles a nuestra nueva jefa de cocina, Scarlett Jones. Ya le he dicho que le darían una cálida bienvenida porque este es nuestro negocio familiar.

—Encantada de conocerlas —respondió Scarlett con una sonrisa —. Es un honor tener este comité de bienvenida, nunca había tenido uno.

—Estas son mis abuelas, Isabeau y Celine, y mi madre.

—Yo soy Adele —se presentó mi madre

—Hemos estado cuidando el fuerte hasta tu llegada —explicó Isabeau.

—Y querían ver quién tomaría el relevo —respondió Scarlett.

—Tengo plena confianza en usted —le dije, más que nada para que les quedara claro a mis abuelas.

Aun así, Scarlett pareció tomar confianza mientras me dedicaba una amplia sonrisa que me desarmó por completo. ¿Acaso no estaba acostumbrada a que la gente la elogiara?

—Gracias —dijo—. Me alegra saberlo.

—Tú nunca has sido *chef de cuisine* —señaló Isabeau.

—Isabeau —intervine con tono de advertencia—. Scarlett tiene un currículum impresionante y sé que lo hará muy bien.

Tenía la intención de llevar a Scarlett directamente a la cocina, pero ella se aclaró la garganta:

—Nadie me ha dado nunca la oportunidad —dijo con una risa nerviosa—, pero estoy profundamente agradecida por esta y prometo estar a la altura del reto. De hecho, si no me veo preparada, presentaré mi renuncia con mucho gusto. Nunca se me ocurriría dañar la reputación de *LeBlanc & Broussard*. Tienen mi palabra.

Isabeau se quedó mirándola con la boca abierta. Celine simplemente parpadeó. Mi madre sonrió, con una expresión de orgullo en su rostro. Sin duda, Scarlett era una mujer especial. Había neutralizado a mis dos abuelas tan solo con su honestidad.

—Muy bien, ahora que ya hemos hecho las presentaciones, quiero enseñarle la cocina a Scarlett —anuncié.

—Claro. Ha sido un placer conocerlas —dijo Scarlett.

Sin pensarlo, le puse una mano en la espalda mientras la llevaba hacia la cocina. Al sentir el contacto noté que ella contuvo el aliento y yo retiré la mano de inmediato.

¿Qué demonios? ¿Por qué he hecho eso? Nunca antes había tocado a un empleado, siempre había sido muy profesional, no me permitía esas cosas.

Aclaré un poco mis ideas y dije:

—Ha estado fenomenal.

Scarlett giró la cabeza y me miró directamente a los ojos:

—¿Usted cree? Sus abuelas eran más intimidantes de lo que esperaba.

—Sí, a veces lo son. De hecho, se lo voy a confesar: a veces me sacan de quicio.

Era evidente que aquel día mi profesionalidad brillaba por su ausencia. Pero sentía que había algo en Scarlett que exigía una honestidad absoluta.

Al entrar en la cocina, corregí mi postura. Joel ya estaba allí, por supuesto, con otros dos miembros del equipo. Su mirada se fijó en Scarlett; evidentemente, yo no era el único que pensaba que era atractiva.

—Bienvenida, señorita Jones. Soy uno de sus *sous-chefs*, Joel. Me gusta llegar temprano.

—Eso me parece estupendo, Joel. A mí también.

De repente, Scarlett se transformó ante mis ojos. Cuando pasó al modo trabajo, aparecieron unas arrugas en su frente. Estaba claro que se sentía a gusto en el nuevo entorno, que era exactamente lo que esperaba de un chef.

—¿Qué tal si me explica cómo es la organización de la cocina y luego hablamos de proveedores y demás cosas?

Di un paso atrás mientras ella echaba un vistazo a la cocina, lo que me permitió observarla sin tener que tomar tantos recaudos para que no me viera.

Su figura era absolutamente impresionante. Era alta y tenía unas curvas muy tentadoras. Su vestido era perfecto para un ambiente laboral. No tenía nada de provocativo, pero, aun así, mi imaginación echó a volar. Respiré hondo y aparté la mirada. Tenía que controlarme.

Desde mi divorcio, me había jurado a mí mismo que ni siquiera contemplaría la posibilidad de salir con alguien o empezar una relación. Llevaba dos años de celibato autoimpuesto. No era para nada fácil, pero era lo que había decidido.

Estaba a punto de subir las escaleras cuando recordé algo importante.

—Scarlett, tengo que robarle un momento. Necesito que vaya arriba, a Recursos Humanos.

—Claro —respondió ella—. Dejaré mi bolso aquí. ¿Cree que necesitarán mi DNI?

—Es posible.

Rebuscó en su bolso y sacó su cartera:

—Ahora vuelvo, Joel.

Él asintió:

—Claro, jefa. ¿Le parece bien si empiezo con los preparativos?

—Más que bien.

Joel sonrió y me miró:

—Ya me cae bien.

Scarlett se sonrojó y clavé la mirada en ella mientras respondía:

—A mí también.

La conduje a través de una puerta estrecha que conectaba con la escalera, pero esta vez sin tocar su espalda. Estar cerca de ella parecía afectarme más de la cuenta. Maldita sea, incluso el mero hecho de mirarla era suficiente para encenderme. El escote de su vestido era discreto, pero mi imaginación estaba fuera de control.

—La cocina es increíble —dijo—. Estoy deseando empezar a trabajar. ¿Dónde está la oficina?

—En la tercera planta. ¿Cuándo llegó a la ciudad?

—Ayer. Me instalé y luego decidí salir a recorrerla un poco. Señor LeBlanc...

—Chad, y puedes tutearme —interrumpí.

Se mordió el labio inferior. Respiré hondo y aparté la mirada.

—Eso no me parece apropiado —susurró.

—Somos seis hermanos LeBlanc, además de mi padre. La mayoría de las veces, ni siquiera respondo cuando alguien me llama señor LeBlanc.

Se rió:

—Está bien, entonces, Chad.

Escuchar la pronunciación de mi nombre desencadenó una extraña sensación que me recorrió por completo, llegando hasta mi bragueta. No era una reacción habitual en mí. Las cosas se me estaban yendo completamente de las manos.

—Estoy muy emocionada con este trabajo —dijo efusivamente.

—Lo que les dije a mis abuelas fue en serio. Estoy seguro de que estarás a la altura del desafío.

—Eso pretendo. Siempre ha sido mi sueño mudarme a Nueva Orleans, pero trabajar en un restaurante como este supera todas mis expectativas.

Aunque estaba llena de entusiasmo, detecté una pizca de tristeza en su voz. Me pregunté por qué.

No es asunto tuyo, Chad. En absoluto. Has cruzado tantos límites que ya resulta hasta absurdo.

Cuando finalmente llegamos a la tercera planta, le abrí la puerta del pasillo. Se detuvo un momento y me miró con sorpresa antes de entrar. ¿Le sorprendió que le abriera la puerta? *Pues que se preparare porque en el sur somos diferentes*.

—He leído que tenéis muchos negocios. ¿Todos los ejecutivos trabajan desde esta oficina? —preguntó.

—No —respondí—. Parte de la dirección está aquí, pero mis hermanos tienen sus oficinas y sus equipos en otros lugares. No obstante, vienen a menudo, así que es posible que te los encuentres. Por cierto, una vez que termines con esto, me gustaría que te unieras a nosotros para una reunión de *marketing*.

—Qué curioso, ¿por qué?

—Nos gusta implicar a nuestros jefes de cocina en las decisiones estratégicas. Así que seríais tú, Joel y quien quieras que diseñe el menú. Nosotros os daremos total libertad a menos que recibamos

comentarios negativos de los clientes, pero nos gusta estar informados para que todo se refleje en nuestra propuesta de *marketing*.

—Vaya, muy bien pensado —dijo ella, y me dedicó una radiante sonrisa.

Realmente no podía pasar demasiado tiempo con Scarlett o correría el riesgo de perder la cabeza. ¿Existía algo así como atracción a primera vista? Claramente, la respuesta era un rotundo *sí*.

Justo en ese momento, Donald salió de su oficina:

—Me pareció oír tu voz, Chad. Y usted debe de ser la señorita Jones.

Ella asintió:

—Sí, encantada.

—Igualmente. Muy bien. Solo tenemos que rellenar unos formularios y la liberaré para que pueda empezar su jornada.

—Estupendo —respondió.

Luego me miró:

—Chad, yo me encargo a partir de aquí.

—¡Claro! —Me sentí extrañamente decepcionado—. Scarlett, ha sido un placer conocerte. Nos vemos luego, en la reunión de *marketing*.

Ella asintió, desviando la mirada. ¿Cómo podía ser tan preciosa?

Entonces, las palabras de Julian resonaron en mi mente.

"Eso del celibato es una idea de mierda". Me había dicho cuando le conté mi plan después de tomarme unos cuantos *Sazeracs*[1] de más. "Vas a perder el control cuando menos te lo esperes".

Hasta ahora, había conseguido manejarlo sin problema. El trabajo me mantenía lo suficientemente ocupado, y todo el tiempo libre que tenía lo dedicaba a mi hija. Nunca había vuelto a sentirme tentado por ninguna mujer. Sin embargo, en ese momento apenas podía apartar los ojos de Scarlett.

1. Nota del traductor: El ***Sazerac*** es un cóctel clásico de Nueva Orleans, nombrado en honor a una marca de coñac y proclamado cóctel oficial de la ciudad. Generalmente se elabora con coñac o whisky de centeno, absenta, azúcar y amargos de Peychaud.

Capítulo Cuatro

Scarlett

—Joel, ¿ya te he dicho que te adoro? —le dije al final de mi turno.

Sonrió. Era como un enorme osito de peluche y, aunque también me caían bien el resto de mis ayudantes de cocina, él ya se había convertido en mi favorito.

—No todos los días serán tan tranquilos como este —me advirtió mientras yo bostezaba.

La cocina contaba con un buen equipo, y tenía que darle el mérito al *chef de cuisine* anterior por haber hecho un gran trabajo organizándolo todo para que funcionara a la perfección. No obstante, quería hacer algunos cambios en el menú. El actual era exquisito, pero quería darle mi propio toque.

—¿Puedes orientarme sobre lo que dijo Chad acerca de mi participación en la reunión de *marketing*?

Volver a ver a Chad aquel día fue una sorpresa para mí. Me pareció aún más atractivo que la noche anterior. Le envié un mensaje a Ariana para contárselo y, como era de esperar, me dijo que "era una señal".

Para mí, simplemente era suerte. Por otra parte, tampoco es que me importara demasiado, porque estaba segura de que no lo vería muy a menudo, excepto en las reuniones de *marketing*. Al fin y al cabo, yo estaría en la cocina todo el día y él trabajaba en la tercera planta. Además, los horarios de la dirección no solían coincidir con los de los chefs. Oficialmente, trabajaba de lunes a viernes de diez de la mañana a nueve de la noche. Los fines de semana, el restaurante servía *brunch*, con un cocinero diferente a cargo. Sinceramente, me sentía afortunada de que mi jornada terminara a las nueve de la noche, ya que el chef pastelero se quedaba hasta las once, hora de cierre de la cocina, y después de mi salida, los clientes solo podían pedir postre.

—No te ha dado más detalles, ¿verdad? —preguntó Joel.

—No.

—Pues ni idea... —dijo—. El jefe de cocina anterior era un poco reservado. —Frunció el ceño—. Quizás había algún tipo de tensión entre ellos, pero no era asunto mío preguntar—. Estoy seguro de que Shauna, su asistente, te puede informar. Es muy maja.

—Ah, genial. —No había hablado con Shauna. Hasta ahora, solo tenía el correo electrónico de Donald porque me había enviado la copia del contrato y demás papeleo.

—¿Adónde vas a ir ahora? —preguntó.

—Eem, bueno... —Sonreí tímidamente—. Pensaba ir al *Café Du Monde*.

—¿Vas a probar los primeros *beignets* desde que llegaste a la ciudad?

Me reí, sujetándome el bolso al hombro.

—En realidad no, ya comí algunos ayer, pero quiero probar los de allí. Por algo son famosos.

Me guiñó un ojo:

—Los del *Café Du Monde* están bien, pero hay otros sitios en la ciudad que tienen *beignets* igual de buenos. Bueno, en mi opinión, incluso mejores.

—Me tienes que pasar esos lugares.

—Claro. Pero ten cuidado cuando camines por el Barrio Francés por la noche, especialmente ahora que se acerca el fin de semana. Si puedes, evita la calle Bourbon.

—¿En serio? ¡No me digas! De hecho, tenía pensado ir a Bourbon para ver cómo es por la noche. Ayer estuve por la calle Royal y quería seguir conociendo la ciudad esta noche.

Él negó con la cabeza:

—Hay que tener mucho cuidado a la noche en el Barrio Francés.

—Entonces iré a Bourbon en otra ocasión.

Vaya, que desilusión, pero sabía que Joel tenía razón.

La mayoría del personal de cocina se quedaba hasta la hora de cierre, así que les sonreí y me despedí:

—Buenas noches. Nos vemos mañana.

Hubo un coro de "Adiós, chef", y casi no podía creerlo.

Trabajaba de jefe de cocina en Nueva Orleans. Y tenía un *sous-chef* al que le caía bien. Había trabajado en cocinas donde los *sous-*

chefs intentaban sabotear al *chef de cuisine* para conseguir su puesto; estaba muy contenta de que allí no fuera así. ¿Cómo había podido tener tanta suerte?

Pero, como hubiera dicho Ariana: "Llevas mucho tiempo teniendo la peor suerte del mundo. Ya era hora de que las cosas se revirtieran".

Fruncí el ceño y negué con la cabeza. A veces, mi mejor amiga tenía un punto de vista demasiado negativo. Yo no diría que había tenido la peor suerte del mundo, simplemente había tenido dificultades en varios aspectos. Pero me gustaba pensar que todo era una experiencia de la cual aprender.

Una vez que salí del restaurante, tuve que darle la razón a Joel: era cierto lo que había dicho sobre tener mucho cuidado, las calles estaban petadas, incluso Royal Street era un descontrol. El día anterior estuvo mucho más tranquila, aunque era cierto que solo la había visitado por la tarde. Estuve tentada de ir hacia Bourbon solo para ver si estaba más tranquila, pero al final decidí no hacerlo. Joel era un local, sabía de lo que hablaba y no iba a correr ningún riesgo. Aun así, me moría de ganas de explorar el Barrio Francés. Entonces, divisé un bar muy aparente, que en realidad era una especie de antro escondido, encajonado entre una tienda de cartas de tarot y otra que se jactaba de tener "los mejores pralinés de Nueva Orleans".

Me di cuenta de que mi agenda estaría bastante apretada. Durante los próximos meses, mis días libres, especialmente las mañanas, estarían repletos de actividades. Al día siguiente, tenía planeado un recorrido turístico en autobús por la ciudad. Aunque era una actividad bastante típica para turistas, era mi primera vez en la ciudad como adulta, por lo que me pareció una buena manera de hacer turismo tradicional. En general, mis gustos eran bastante sencillos; y me gustaban las mismas cosas que a la mayoría de la gente. La única excepción era la comida: ahí tenía requisitos *muy* específicos.

Me pasé la mano por el pelo mientras giraba a la derecha en la calle Toulouse y luego a la izquierda en Chartres. Me encantaba Nueva Orleans, pero mi pelo no opinaba lo mismo. En cuestión de

minutos al aire libre, se convertía en un desastre encrespado y rizado.

Cuando llegué a Jackson Square[1], me detuve en seco. Mi plan era comprar unos *beignets* y sentarme a contemplar la iglesia y el movimiento a su alrededor. Sin embargo, a esas horas de la noche, el lugar lucía completamente diferente. Incluso diría que una ligera niebla la envolvía, lo que, aunque creaba un ambiente mágico, también era la razón de mi cabello encrespado.

Por desgracia, en el *Café Du Monde* había una cola que no me esperaba a esa hora. Cuando vi que abrían las veinticuatro horas del día, pensé que exageraban, pero estaba claro que tenían suficiente demanda. Mientras esperaba mi turno, busqué mis auriculares. Me puse uno en la oreja izquierda, pero dejé el otro en su estuche: no me gustaba estar totalmente aislada del mundo.

Estaba a punto de reproducir mi lista favorita de Spotify, con música de *The Originals* que encajaba perfectamente con el momento, cuando escuché una voz:

—Hola de nuevo.

Aunque apenas lo había visto una vez, reconocería su voz en cualquier lugar. Levanté la vista y, efectivamente, Chad LeBlanc estaba delante de mí. El azul intenso de sus ojos era inconfundible. Sin duda, era el hombre más sexy que había visto en mi vida.

Y además es tu jefe, Scarlett. Recuérdalo, ¿vale?

—¡Hola! —exclamé con más entusiasmo del necesario.

—¿Te estás dando un capricho después del trabajo?

—Exacto.

Se dio un golpecito en la sien:

—Las grandes mentes piensan igual.

—¿Sueles venir tan tarde por aquí?

—Solo cuando a mi hija le apetece algo y no quiere esperar hasta mañana.

Tragué saliva con dificultad, sintiéndome fatal. Maldita sea, Chad tenía familia y yo lo estaba mirando con deseo. Aunque estaba segura de que él no se daba cuenta, me sentía avergonzada.

—Siempre le digo que no es bueno comer azúcar por la noche, pero hago excepciones —continuó—. Más vale que esta cola avance rápido. Aunque cuando queda al cuidado de unos de mis hermanos, jamás me echa de menos.

—¿Cuántos años tiene? —pregunté.

—Ocho. Julian seguramente la está entreteniendo. —Miró su teléfono y se echó a reír.

—¿A su madre también le gustan los *beignets*?

¿Por qué he preguntado eso? Noté que su mirada se ensombrecía antes de que desviara la vista.

—Su madre y yo estamos divorciados. Bella vive conmigo.

—Lo siento, no lo sabía...

Hizo un gesto con la mano para interrumpirme.

—No te preocupes. En fin... cuando le apetece mucho comer dulces, vengo al *Café Du Monde* y uno de mis hermanos o familiar se queda con ella.

Dios mío. Estaba a punto de derretirme. Me pareció adorable.

—Normalmente intenta negociar conmigo para que le compre algo de camino al colegio cada mañana, pero ha aprendido que es más fácil conseguirlo por la tarde.

Entrecerré los ojos:

—Me cuesta imaginarte dando el brazo a torcer.

—No suelo ceder, salvo cuando se trata de mi hija.

Fuimos avanzando a medida que la fila se movía. Al menos parecía ir rápido.

—¿Cómo ha ido tu primer día? ¿Te han tratado bien en la cocina? —preguntó.

—Sí. Todo ha ido sorprendentemente bien. —Me quedé pensando —. ¿Puedo preguntarte por qué se fue el anterior chef?

—Se mudó a Nueva York porque su mujer consiguió un trabajo allí.

—Ah, vale. ¿Vas a comprar *beignets* para ti también?

—No iba a hacerlo, pero ahora que te he encontrado aquí, me lo estoy replanteando. —Mi corazón se aceleró. *Cálmate, Scarlett*—. ¿Te apetece sentarte conmigo? Así podré saber más sobre tu día.

Le dediqué una sonrisa pícara:

—Solo si también pedimos un café con leche.

Hizo una mueca de duda:

—Sé que la gente suele pedirlo, pero créeme, el café de aquí no es nada del otro mundo.

—¿De verdad? Me cuesta creer que con la fama de este local, tengan un café malo. Además, tampoco soy tan exigente. —Ahora hablaba más para mí misma.

Chad frunció el ceño, pero luego se rió. Probablemente le parecí una idiota.

—¿Confías en mí? —preguntó.

—Mmm... A ver, apenas te conozco de esta mañana.

Se echó a reír y, a decir verdad, me alegré de poder pasar más tiempo con él. ¿Sabía que debía responder que no a su pregunta? Por supuesto. El problema era que Chad encendía una llama en mi interior y eso era completamente inaceptable.

Pero, ¿qué más daba? Estaba comprando *beignets* con café con leche a las nueve de la noche. Total, una mala decisión más no iba a hacer diferencia, ¿no?

Nuestro turno llegó rápidamente. Chad pidió ocho *beignets* y dijo:

—Última oportunidad. ¿De verdad quieres café con leche?

Asentí con vehemencia:

—Sí. Quiero disfrutar de la experiencia completa.

—Entiendo. —Volviéndose hacia el dependiente, añadió—: Un café con leche también.

Saqué mi cartera, pero él me agarró la muñeca antes de que pudiera sacar mi tarjeta.

—No.

¿Eh? Lo miré. El punto donde me había tocado estaba ardiendo. *Por favor, que no lo note.* Mi corazón latía con fuerza, como si hubiera corrido media maratón.

—Invito yo —concluyó.

—Chad, me los iba a comprar igual; no hace falta que me invites.

—Pero ahora que estoy aquí, debo insistir.

Abrí la boca, pero al final decidí no discutir:

—Está bien. Gracias.

Me soltó la muñeca, pero siguió mirándome a los ojos mientras guardaba la cartera. ¿Acaso pensaba que intentaría pagar a escondidas?

Después de pedir, nos apartamos de la fila. Él me rodeó los hombros con un brazo de forma protectora mientras nos abríamos paso entre la multitud. Respiré hondo. Aunque no había contacto directo con la piel, sentía un calor intenso en los hombros.

Dios mío. Ya estaba en apuros, y solo era mi primer día.

—¿Adónde quieres ir? —preguntó.

—¿Qué tal a Jackson Square? Hasta ahora, es uno de mis lugares favoritos de la ciudad.

—Claro.

Caminamos hacia la plaza a paso rápido. Por suerte, encontramos un banco libre. Saqué un *beignet* antes incluso de sentarnos y le di un mordisco.

—¡Ohhh! Ahora entiendo el *hype*. Son los mejores que he probado hasta ahora.

—Están muy buenos —respondió Chad, que también estaba comiendo uno.

—Pensé que solo eran para Bella.

Me guiñó un ojo:

—He comprado más porque siempre insiste en que me coma uno con ella. Se pondría muy celosa si supiera que estoy aquí contigo.

—Ah, entiendo. Bueno, ya puedo tachar esto de mi lista.

—¿Qué más hay en tu lista?

—Quiero probar *beignets* de varios sitios de la ciudad. Y me encantaría probar el roscón de Reyes, por supuesto, pero solo está disponible durante el *Mardi Gras*[2]. —Lo miré con esperanza—. Así que, esperemos que siga aquí para entonces.

Él entrecerró los ojos, pero no dijo nada. Sentí un nudo en el estómago. *Es tu jefe y estás a prueba, Scarlett. No fuerces las cosas.*

—¿Por qué decidiste mudarte a Nueva Orleans? —preguntó.

—Siempre he tenido una pequeña obsesión con esta ciudad. Mis padres me trajeron aquí cuando era niña para celebrar mi cumpleaños y, desde entonces, me encanta. Toda la vida he tenido

la intención de volver, pero... —Mi voz se apagó—. Supongo que nunca se dio la oportunidad. Como sea, hasta ahora me ha encantado todo lo que he visto. La cultura, el ambiente del Barrio Francés... Tengo mucha suerte de poder trabajar *aquí* mismo.

Lo miré y me di cuenta de que me estaba observando atentamente. Sin embargo, no decía nada. Dios, me ponía nerviosa.

Estaba a punto de empezar mi segundo *beignet* cuando sonó mi teléfono. Lo saqué, pensando que era Ariana, ya que no le había contado nada aquel día sobre cómo iban las cosas. Pero entonces me quedé paralizada. Era un audio de mi ex. Quise salir de la conversación, pero accidentalmente presioné el botón de reproducir.

"¿Qué coño le dijiste a nuestro jefe antes de irte? De repente, todos me tratan como una mierda aquí". —Intenté pausarlo, pero estaba tan oscuro y el botón era tan pequeño que no conseguía hacerlo—. "Espero que recibas lo que te mereces, maldi..."

Finalmente, logré presionar el botón de pausa. Mi corazón latía tan rápido que hasta me sentí mareada. Al instante, se me cayó el *beignet* en el regazo y un dolor punzante comenzó a formarse justo en el centro de mi frente.

Nada como sacar tus trapos sucios ante tu nuevo jefe.

—Chad, siento mucho que hayas oído eso. Eeem... Me voy a marchar. —Intenté levantarme, pero Jackson Square parecía dar vueltas. Volví a caerme en el banco.

—Scarlett —dijo Chad—, no te encuentras bien. —Cogió los *beignets* y los guardó—. Cierra los ojos y respira hondo, te ayudará a relajarte. Aguanta la respiración después de inhalar.

Para mi sorpresa, la técnica funcionó.

Abrí los ojos y me sobresalté. Chad estaba arrodillado frente a mí, mirándome fijamente. Sus ojos estaban llenos de preocupación.

—¿Te sientes mejor? —preguntó en voz baja.

—Sí, mucho mejor.

—¿Estás segura?

—Totalmente.

Se sentó junto a mí en el banco.

—Bien. Como te decía, creo que ya es tarde. —Mi voz temblaba —. Debería irme.

Él cubrió mi mano con la suya.

—No, deberías quedarte unos minutos para asegurarte de que estás completamente recuperada. Luego te pediré un Uber.

—Pero el tranvía pasa justo por aquí.

—Te pediré un Uber —repitió en tono autoritario—. Cargaré el gasto a la cuenta de la empresa, así que no aceptaré un no por respuesta.

Aunque quería llevarle la contraria, no tenía sentido. Además, aún no me sentía del todo bien.

—Gracias, eres muy considerado. Siento que hayas tenido que escuchar ese mensaje; quise detenerlo, pero estaba oscuro y me confundí de botón.

—¿Era un antiguo compañero de trabajo? —preguntó.

—Mi antiguo compañero de trabajo y mi ex —solté.

Me miró fijamente.

—¿Un ex? ¿Y cómo narices se atreve a hablarte así?

Le dediqué una sonrisa triste.

—Y eso no ha sido nada —aclaré.

¿Por qué le estoy contando esto a Chad? Es mi jefe, maldita sea. Aunque, después de escuchar la diatriba de Simon, sentí que necesitaba una explicación.

—Antes me preguntaste por qué me mudé aquí. Bueno, mi ex fue uno de los motivos de esa decisión. Trabajábamos juntos en un restaurante en Seattle, ambos éramos *sous-chefs*. Cuando el *chef d*e *cuisine* se fue, lo ascendieron. Me alegré por él. Estaba un poco triste porque yo también aspiraba a ocupar ese puesto, pero, ya sabes, me alegré de que al menos uno de los dos lo hubiera conseguido. —Se me quebró la voz—. Analizándolo bien, me doy cuenta de que nunca tuvimos una relación perfecta; la situación empeoró drásticamente después de que él se convirtiera en el jefe. Sentía la necesidad de demostrar que estaba por encima de mí en todos los aspectos posibles, y ese comportamiento se trasladó también a nuestra vida personal. Como tenía un puesto más alto, quería decidir todo lo que ocurría en nuestras vidas, pese a que yo pagaba la mitad de los gastos. Incluso tenía la sensación de que esperaba que lo venerara. La situación se volvió tan insoportable que

un compañero le dijo que su comportamiento hacia mí era inaceptable y extremadamente incómodo para el resto del equipo. Fue entonces cuando me di cuenta de que estaba siendo un felpudo para él, así que... renuncié y decidí probar suerte aquí. —Eché los hombros hacia atrás, tratando de sonreír—. Y conseguí este trabajo.

—Has pasado por muchas cosas —afirmó.

—Sí. Pero ahora estoy muy contenta de tener la oportunidad de empezar de nuevo. —Miré al suelo por un momento y luego volví a levantar la vista—. Siento mucho lo de antes. No ha sido nada profesional que tuvieras que escuchar eso, pero...

—Scarlett, deja de torturarte, ¿vale? Ya pasó. No tienes por qué disculparte. ¿Te envía mensajes agresivos con frecuencia?

—De hecho, no. En absoluto. Ni siquiera sé por qué me recrimina eso, y no quiero saberlo. Bloquearé su número o haré lo que sea necesario para que no se pueda poner en contacto conmigo. —Hice una pausa para recomponerme y luego anuncié una vez más—: Ya estoy lista para irme a casa.

—¿Estás segura? Puedo quedarme contigo aquí unos minutos más.

—De verdad, Chad —dije, tratando de ocultar lo nerviosa y avergonzada que me sentía—, no te preocupes.

—Vale. Dime tu dirección por favor —pidió mientras me devolvía la bolsa con el segundo *beignet*.

Ni siquiera me había dado cuenta de que había sacado su teléfono.

—Ibas en serio con lo del Uber.

—Sí.

Su mirada era aún más intensa de lo habitual, y eso ya era decir mucho. Le di la dirección y él la escribió en la aplicación.

—Tu Uber llegará en un minuto. Caminemos hasta allí —dijo y señaló hacia la calle Decatur.

Cuando me levanté del banco, me puso una mano firmemente en la parte baja de la espalda para estabilizarme. No era necesario... pero no me importó en absoluto.

—Escucha, si ese tío te causa algún problema, avísame. —Su actitud protectora me reconfortó profundamente, un gesto que solo

mis padres habían tenido conmigo hasta entonces.

—¿Para qué?

—Porque me encargaré de resolverlo.

Empecé a reírme.

—Chad...

—Lo digo en serio. Nadie tiene derecho a hablarle así a otra persona.

Miré hacia el suelo.

—Lo sé...

—Ahí está tu Uber —continuó, mientras un pequeño Volvo se detenía frente a nosotros.

Entonces retiró la mano de mi espalda y abrió la puerta:

—Envíame un mensaje cuando llegues a casa para saber que estás bien. —Cogió mi teléfono y marcó su número para que lo tuviera en mis llamadas recientes. Luego dijo—: Nos vemos en la reunión de *marketing* del lunes.

—Ah, es verdad. Casi se me olvida.

¿Por qué se me revolvió el estómago al pensar en volver a verlo tan pronto?

Probablemente porque era la persona más amable que había conocido en mucho tiempo.

Y además está buenísimo.

—Claro. Que pases una buena noche, Chad.

—Igualmente.

Después de que cerró la puerta, el coche se puso en marcha.

Aún no podía creer lo que había pasado esa noche. Realmente no esperaba que Chad se preocupara tanto por mí. Nunca había experimentado ese tipo de cuidado en mi vida. ¿Qué decía eso de mi relación anterior?

Bueno, no importaba, porque ya era parte del pasado.

Además, ahora estaba en Nueva Orleans, donde mi vida era cada día más increíble.

1. Nota del traductor: **Jackson Square** es un parque histórico del Barrio Francés de Nueva Orleans, famoso por su papel en la historia de la ciudad y su vibrante ambiente como colonia artística al aire libre. Rodeado de edificios históricos como la Catedral de San Luis, cuenta con paseos arbolados y es un

lugar popular entre los turistas para disfrutar de artistas locales, músicos y atracciones cercanas como el *Café du Monde*.

2. Nota del traductor: **Mardi Gras** en Nueva Orleans es una celebración de carnaval vibrante y llena de color que marca el último día de la temporada de carnaval antes del Miércoles de Ceniza. La celebración combina fuertes raíces históricas y culturales francesas con una atmósfera de alegría contagiosa que transforma la ciudad, atrayendo a miles de turistas cada año.

Capítulo Cinco

Chad

Bella y yo teníamos la costumbre de comer *beignets* delante de la televisión. Julian se marchó en cuanto volví, así que ahora estábamos solos.

—Papáááá ¿Podemos ver *Moana*?

Era su película favorita cuando tenía tres años y la habíamos visto como un millón de veces. Me sorprendió y me llenó de nostalgia que quisiera volver a verla.

—Claro, cariño. Vamos a ponerla.

Se acurrucó a mi lado en el sofá y apoyó la cabeza en mi brazo. Le cogí la manita y le dije:

—Tienes las uñas un poco largas. ¿Quieres que te las corte?

Me miró con una sonrisa pícara:

—Sí.

—¿A qué viene esa sonrisa? —pregunté.

—¿Puedes volver a ponerme el esmalte de purpurina? ¡Porfaaaa!

Me reí mientras me levantaba del sofá.

—Claro. Ahora vuelvo.

Como padre soltero, había cosas que se me escapaban, como cuándo era apropiado que empezara a pintarse las uñas. Pero me había rendido. Ese producto estaba en la sección infantil de la farmacia y el colegio no tenía ninguna objeción al respecto, así que ¿por qué no hacer feliz a mi pequeña? Llevé el cortauñas y el esmalte de uñas al salón y ella aplaudió con entusiasmo.

—Papi, me va a hacer la manicura —dijo con orgullo.

Ya me había convertido en todo un profesional, porque unos diez minutos más tarde, ya estábamos inmersos en la película *Moana* mientras ella mantenía sus dedos estirados, esperando que se secaran.

—A mamá no le gusta hacerme las uñas —dijo Bella con naturalidad—. Lo intentó una vez, pero no dejaba de mirar su teléfono y lo hizo todo mal.

—Pues lo haremos juntos —aseguré, tratando de mantener la voz firme.

No me gustaba hablar mal de Sarah delante de Bella. Sarah me había confesado una vez que la maternidad no era en absoluto como ella pensaba que sería.

Fui yo quien sugirió que Bella viviera conmigo después de nuestro divorcio, esperando que se opusiera, pero su respuesta fue tajante.

"Por supuesto que vivirá contigo. El fin de semana ya será bastante difícil para mí; no quiero ser madre soltera durante la semana. No puedo aparcar mi vida y dejar de ir a las fiestas que me invitan".

Me cabreaba cada vez que recordaba esa conversación. Pero Bella era feliz, y eso era lo único que importaba.

Se quedó dormida a mitad de la película y la llevé a la cama con cuidado de no despertarla. Cuando cerré la puerta de su dormitorio, bajé de nuevo y me terminé el *beignet* que quedaba.

En ese instante, recordé la expresión de Scarlett cuando le dio el primer bocado al suyo. Estaba claro que le había gustado, y entonces se me ocurrió una idea: me aseguraría de darle a Scarlett un roscón de Reyes. No sabía por qué, pero eso no importaba. Iba a darle una sorpresa.

Cogí mi teléfono y llamé a Beckett. Él era el responsable de la división de panadería de la empresa, la cual había duplicado su tamaño, pasando de diez a veinte establecimientos en los últimos años. El negocio iba viento en popa.

—Hola, hermano mayor —respondió.

—Hola. ¿Tienes un momento? —Siempre era difícil localizar a Beckett. Tenía una vida social muy activa.

—Ya sabes que siempre tengo tiempo para la familia.

—Me gustaría encargarte un roscón de Reyes.

Hubo una pausa y luego preguntó:

—¿A estas alturas del año? Tío, sé que desde que te convertiste en padre, el tiempo pasa de forma diferente para ti, pero no estamos en la época del *Mardi Gras*.

—Lo sé. Si no, entraría en una de nuestras panaderías y lo compraría yo mismo.

—Vale. ¿Estás pensando en añadirlo al menú del restaurante o...?

—A mi *chef de cuisine* le gustaría probar uno. Es por motivos de trabajo.

Hubo una nueva pausa y luego empezó a reírse:

—Sí. Seguro...

—Beckett...

—*Tienes* que dejarme disfrutar de este momento. No tiene precio.

—¿Puedes preparar uno o no?

Dios, qué molesto es...

—Oye, cuando alguien de mi familia quiere algo, intento cumplir su deseo con gusto. Mi pastelera favorita no estará muy contenta, pero me las arreglaré.

—Estupendo, gracias.

—Por curiosidad, ¿por qué no compraste uno en la panadería *Joe Gambino's*? —Era uno de los pocos lugares de la ciudad que vendía el roscón durante todo el año.

—Porque no es nada espectacular y quiero que ella pruebe lo mejor.

—Entiendo. ¿Y vas a seguir diciendo que esto es por trabajo?

—¿Puedo tener uno para el lunes por la mañana? —pregunté, ignorando su insinuación.

—Claro. Yo me encargo de todo.

—Gracias, Beckett.

—Oye, me debes una —dijo.

—Por supuesto. Te lo agradezco.

Podía imaginarme perfectamente la expresión de Scarlett cuando viera el roscón de Reyes. Eso sí que no tendría precio.

* * *

Beckett cumplió su palabra. El lunes por la mañana, mi asistente, Shauna, entró en mi oficina y anunció:

—Esto acaba de llegar de la panadería para ti.

—Gracias.

—¿Lo dejo aquí?

—Sí, por favor.

Lo dejó sobre mi escritorio.

—¿Hay alguien en la sala de reuniones ya? —pregunté. Scarlett y yo tendríamos una reunión con el equipo de *marketing* en media hora.

Ella negó con la cabeza.

—Todavía no.

—Muy bien, gracias.

Salió de mi oficina y le envié inmediatamente un mensaje a Scarlett.

Chad: Buenos días, Scarlett. Me gustaría que vinieras a la sala de reuniones 15 minutos antes, por favor. Te espero dentro.

Respondió unos minutos más tarde.

Scarlett: Claro. La verdad es que ya estaba esperando a que llegara la hora.

¿Estaba nerviosa por la reunión? No había motivo para ello.

Tendré que redoblar mis esfuerzos para que se sienta más tranquila.

Cogí la caja que había enviado Beckett; era un roscón pequeño, pero perfecto para dos. Pasé por la zona del café y cogí un plato y un tenedor antes de dirigirme a la sala de reuniones. Estaba vacía. ¡Perfecto! Quería tener unos minutos a solas con Scarlett antes de que llegara el resto.

Apenas había conseguido sentarme cuando ella entró. Me levanté de nuevo y observé que no llevaba su uniforme de chef. En su lugar, llevaba vaqueros y un jersey con escote en V.

¿Cómo podía ser tan preciosa? No importaba lo que llevara puesto, era simplemente impresionante. Sus piernas parecían interminables. Casi no podía apartar los ojos de ellas, y cuando lo hice, mi mirada se desplazó a su cuello. Era muy sexy, y no entendía por qué me atraía tanto.

—Buenos días —saludó—. ¿No ha llegado nadie más todavía?

—No. Tengo una sorpresa para ti.

Sus ojos se abrieron de par en par:

—¿En serio?

Señalé con la cabeza hacia la silla que había dejado libre:

—Siéntate aquí.

Aparté la silla de la mesa para que tomara asiento:

—¿Qué es esto? —preguntó señalando la caja.

—Ábrela.

Me senté a su lado porque no quería perderme su cara.

Abrió la caja y me miró boquiabierta:

—¡Es un roscón de Reyes!

—Así es.

—Pero si no estamos en temporada aún.

—Conozco al dueño de la panadería. Resulta que también se apellida LeBlanc. Hice un pedido especial —expliqué.

—¿Para mí? —preguntó, llevándose una mano al pecho.

¿Por qué le costaba tanto creerlo? Cualquiera pensaría que le había regalado un diamante.

—Sí.

—¿Quieres que lo añadamos al menú o algo así? —preguntó.

Por el amor de Dios.

—No, Scarlett, es solo para ti. Dijiste que querías probar el roscón de Reyes y te he traído uno, nada menos que el mejor.

Con cuidado, partió un trozo y le dio un bocado.

Supongo que, después de todo, no necesitaba el tenedor.

—Vaya, está increíble. Buenísimo. —Me dedicó una gran sonrisa.

Tenía algunas migas alrededor de los labios, lo cual me resultó adorable. Su sonrisa era de otro planeta y la iluminaba por completo. No solo su rostro, sino también, de alguna manera, todo su ser.

—He leído todo sobre las tradiciones y sabía que tenía que probar el roscón de Reyes. ¡Estoy tan contenta de haberlo hecho!

—¿Y qué has podido averiguar? —Tenía verdadera curiosidad.

—Los franceses comenzaron la costumbre en el siglo XII para celebrar la Epifanía, en honor a los tres reyes magos. A veces hay una figurita dentro, como el niño Jesús.

—No creo que haya puesto una figurita dentro. Quizá la próxima vez.

Se volvió hacia mí y me miró directamente a los ojos:

—Chad, gracias. Es lo más bonito que nadie ha hecho por mí.

Eso me pilló completamente desprevenido.

¿Qué? ¿Cómo es posible? Pero si es un simple roscón.

—Me alegro de que te guste. —Fue todo lo que dije.

Se comió la mitad en dos minutos sin decir nada más y luego se recostó en la silla con un suspiro.

—Qué bueno. Me comeré el resto más tarde.

—Por si no me has oído antes, era para dos personas —señalé.

Ella parpadeó varias veces:

—Oh, perdona. ¿Tú también querías un poco?

—Ahora nunca lo sabremos, ¿verdad? —Estaba bromeando, por supuesto.

Ella batió las pestañas:

—Pero, como tu familia es dueña de la panadería, estoy segura de que podrían prepararte un pedido especial cuando quisieras.

—Bueno, eso es discutible —respondí—. Beckett cedió solo después de que le dijera que era especialmente para ti.

Abrió la boca, pero no pronunció palabra. Finalmente, añadió:

—Bueno, si alguna vez conozco a Beckett, le daré las gracias. ¿Cuánto te debo?

—Scarlett, es un regalo. Algo que quería hacer por ti.

Me miró como si estuviera hablando en otro idioma. Realmente no podía creer que estuviera tan sorprendida. ¿Con qué clase de imbéciles había tratado durante toda su vida? Bueno, tomando como referencia la historia sobre su ex... ya tenía mi respuesta.

—Muchas gracias —dijo con tanta sinceridad que me dieron ganas de abrazarla.

—¿Qué hiciste el fin de semana? —pregunté, necesitando cambiar de tema.

—Recorrí la ciudad. —Su rostro se iluminó y sonrió—. Es increíble.

Me reí entre dientes.

—A mucha gente le gusta Nueva Orleans, pero creo que nunca he visto a nadie con tu entusiasmo.

—Aún no me creo que esté aquí. También hablé con mis padres y con mi mejor amiga, Ariana. Querían saber cómo iba todo. ¿Y tú?

—El viernes por la noche, devoré los *beignets* con Bella. Vimos *Moana* y le pinté las uñas con ese esmalte con purpurina que tanto le gusta.

¿Por qué demonios le estoy contando esto?

Se llevó una mano al pecho.

—¡Ay, qué adorable!

—Luego, el sábado por la mañana la dejé en casa de su madre y me tomé un poco de tiempo para relajarme.

—Parece que has pasado un fin de semana muy relajante y...

Scarlett se calló cuando Mia, la directora de *marketing*, y Aurelia, la *community manager*, entraron en la sala. Rápidamente escondió la caja del roscón de Reyes debajo de la mesa.

—¡Hola! —saludó Mia.

—Mia, Aurelia, os presento a Scarlett. Scarlett, ellas son las dos empleadas más brillantes de nuestro Departamento de *Marketing*.

—Encantada de conoceros —dijo Scarlett mientras sonreía a ambas—. Mirad, seré sincera. No tengo experiencia hablando del menú con el equipo de *marketing*. Así que si no me entero de algo, hacédmelo saber, ¿vale?

Su sinceridad era reconfortante. Los chefs solían tener un ego enorme, como su ex. Pero Scarlett era diferente, lo cual era un cambio muy agradable.

—Todo esto es muy informal. Nos gusta saber qué planeas hacer con el menú para poder comunicárselo adecuadamente a nuestros clientes y animarlos a que vengan a comer a nuestro restaurante. Y como vamos a poner anuncios en diversos medios, necesitamos conocer con antelación cualquier cambio para poder prepararnos de manera apropiada. Te aseguramos que no tenemos intención de interferir en el menú en absoluto. Luego, nos reuniremos una vez más para mostrarte los anuncios y obtener tu aprobación.

—De acuerdo —contestó Scarlett, mordiéndose el labio inferior. Tuve que hacer un gran esfuerzo para apartar la mirada. Estaba obsesionado con sus labios, lo cual no era oportuno—. Para empezar,

me gustaría añadir más platos con gambas al menú. El marisco es muy popular y las gambas son increíblemente versátiles.

—¿Hay algo específico que tengas en mente? —preguntó Aurelia.

Scarlett sacó su móvil:

—Sí, he tomado algunas notas. Me gustaría ofrecer una sopa cremosa de gambas como entrante y un *étouffée* de gambas como plato principal. Y también me encantaría ofrecer una opción de ternera...

Durante la siguiente media hora, Scarlett nos explicó los cambios que quería hacer. Era toda una profesional, y los platos que describía me hacían la boca agua. Mis abuelas estarían muy orgullosas.

Si bien yo estaba en la reunión, no la dirigí, solo escuché mientras las tres debatían. Era partidario de darles libertad de acción a mis empleados y confiar en sus conocimientos. Pero quería estar al tanto de todo.

Cuando Scarlett terminó, aclaré mi garganta:

—Todo esto suena muy bien. Sin embargo, las gambas podrían suponer un problema. Todos los proveedores de calidad tienen una alta demanda y su agenda está completa a largo plazo.

Scarlett se desanimó un poco.

—Vaya, no pensé que eso pudiera ser un problema.

—Entre hoy y la próxima reunión del jueves, averigüemos si es posible añadir más gambas al menú. Una vez que lo sepamos, veremos qué hacemos.

—A nosotras nos parece bien —dijo Mia.

Acto seguido, nos pusimos todos en pie. Mia y Aurelia fueron las primeras en abandonar la sala de reuniones.

—Espero que no te hayamos asustado —dije una vez que nos quedamos solos.

—Para nada, ha sido muy agradable. Me ha parecido muy interesante conocer vuestra perspectiva y la forma en que presentáis vuestras propuestas a los clientes y anunciantes. Nunca había tenido esta experiencia. —Miró la hora—. Debería bajar a la cocina, a estas alturas debe de ser una locura.

—No te olvides tu roscón de Reyes —dije, señalando la pequeña caja que había debajo de la mesa.

Scarlett se rió:

—No se me ocurriría.

Se agachó y yo exhalé bruscamente. Su trasero era una absoluta perfección. Tuve que apartar la mirada o mi imaginación se habría descontrolado. Cuando se enderezó, tenía la cara completamente roja. Me resultaba imposible detener los pensamientos inapropiados que se me pasaban por la mente.

—Chad, de verdad, esta ha sido la mejor manera de empezar la semana. Gracias.

Quería sorprenderla cada puñetero día, se lo merecía.

—Jolines, debería haberle enviado una foto del roscón a mi madre. A ella también le encanta —dijo Scarlett.

—Puedo encargar otro y enviárselo.

La expresión de su rostro no tenía precio.

—Le encantaría. Nueva Orleans le fascina tanto como a mí; de hecho, fue ella quien me inculcó esa pasión por la ciudad.

—Dalo por hecho —dije.

Me miró como si le hubiera prometido la luna.

—¿Cuánto...?

—No.

—Ni siquiera sabes lo que quería preguntarte.

—Puedo adivinarlo. Es un regalo.

—¿Por qué?

Se me ocurrían un millón de razones, pero todas eran inapropiadas. Excepto una:

—Porque quiero hacer esto por ti. —Parecía dispuesta a discutir conmigo, así que no la dejé hablar—: Envíame su dirección por *email* y se lo encargaré a Beckett esta misma mañana. No acepto un no por respuesta.

Tenía la necesidad de inventarme una excusa, lo que fuera, para que se quedara más tiempo conmigo. Quería saber cosas sobre su familia, qué más tenía pensado hacer en Nueva Orleans... No me importaba de qué habláramos, simplemente quería que se quedara. Y eso era peligroso. Así que, en lugar de seguir ese impulso, me aparté a un lado y señalé la puerta:

—Después de ti. Nos vemos el jueves.

Aquel día había conseguido dominar mis instintos. Pero ¿sería capaz de hacerlo siempre?

Capítulo Seis

Scarlett

Bajé a la cocina con el roscón apretado contra el pecho, y aún podía sentir el rubor en mis mejillas. Me sentía como si estuviera en un sueño del que no quería despertar: Chad era el hombre más atractivo y encantador que había conocido en mi vida... sentarme junto a él sobreestimulaba todos mis sentidos.

Scarlett, es tu jefe. ¿No recuerdas lo que pasó la última vez que mezclaste el trabajo y tu vida personal?

D.E.S.A.S.T.R.E.

Tras guardar la caja del roscón en la taquilla, me uní al equipo e inmediatamente abordé el tema de las gambas. Al parecer, no exageraban sobre las dificultades para conseguirlos. Nunca se me habría ocurrido que pudiera llegar a ser un problema. Joel me informó que había muchos proveedores, pero no todos ofrecían una calidad constante o la cantidad que nosotros necesitábamos. Seguramente, podría reducir el menú a un único plato con gambas, pero antes de llegar a ese punto quería agotar todas las posibilidades. A lo largo del fin de semana, descubrí que un pescador italiano llamado Genaro era sin lugar a dudas el mejor distribuidor de la ciudad. Aunque mi trabajo no implicaba encontrar proveedores, quería tener éxito en ello.

—No vas a conseguir convencerle para que trabaje con nosotros. Ya lo hemos intentado un par de veces —dijo Joel.

—El no ya lo tenemos.

Sonrió.

—Estás completamente decidida, ¿verdad, chef?

—Sí, totalmente.

Encontrar a Genaro fue fácil: conseguir reunirme con él era otra historia. No había manera de que el señor contestara el teléfono. Pero no pasaba nada. También tenía una solución para eso.

El martes por la mañana, fui al muelle donde el bote de Genaro estaba atracado. Por desgracia, ya se había hecho a la mar. Tendría que volver aún más temprano al día siguiente.

Me apresuré al restaurante, pero, para mi sorpresa, fui la primera en llegar. Me cambié rápidamente y me puse el uniforme. Justo cuando iba a empezar mi turno, alguien llamó a la puerta de los empleados y abrí de inmediato.

—¿Scarlett? —preguntó una voz masculina.

—Sí, soy yo.

—Esto es para usted. —Me entregó un paquetito.

—Disculpe, ¿qué es?

—Un *beignet*.

—No comprendo.

Él se encogió de hombros:

—Una entrega para usted. Es toda la información que tengo.

—Vale, muchas gracias.

¿Un beignet para mí? Debo estar soñando.

Regresé a la cocina para examinar la caja, y mi corazón se aceleró mientras la abría. Era cierto: dentro había un *beignet*.

Cogí el móvil con manos temblorosas y le hice una foto. Sabía perfectamente de dónde había salido: le mandé enseguida un mensaje a Chad.

Scarlett: Gracias. ¿A qué debo el placer?

Él respondió a la vez que yo probaba el dulce. *Ay, qué bueno está.*

Chad: Dijiste que querías probar todos los *beignets* de la ciudad. Quiero ayudarte a cumplir ese deseo.

Suspiré, relamiéndome los labios. No entendía lo que estaba pasando.

Chad: Solo para que lo sepas, vas a recibir *beignets* cada día de diferentes panaderías.

Scarlett: ¿Incluso de la competencia?

Chad: Claro que sí. Se trata de encontrar el mejor *beignet* para la señorita. Por cierto, envíame la dirección de la casa de tus padres, por favor.

Sentí mariposas en el estómago al tiempo que le enviaba lo que me pedía. Se me había olvidado hacerlo tras la reunión... Volví a suspirar y simplemente decidí disfrutar del *beignet*. Me preguntaba si

se compadecía de mí tras haber escuchado ese mensaje del hijo de puta de mi ex, pero lo dudaba.

A caballo regalado no le mires el diente. Tan solo disfruta, Scarlett.

* * *

A la mañana siguiente, me las arreglé para encontrarme con Genaro. Lo que había oído sobre él era cierto: era un poco cascarrabias, pero llegué a la conclusión de que también era muy tierno. Nos entendimos desde el primer momento. Antes incluso de llegar al restaurante, le dije a Joel que había conseguido llegar a un acuerdo con Genaro. Obviamente, no iba a ser yo la que estableciera los contratos, los precios, y demás... pero había logrado que aceptara, y su equipo administrativo quedaba a cargo del resto.

El *beignet* que me llegó ese día era mejor que el anterior. Le mandé un mensaje a Chad antes de terminarlo.

Scarlett: *Café du Monde* ya puede ponerse las pilas.

Chad: Completamente de acuerdo. Es como si te estuviera viendo... y como me gusta tanto verte disfrutar de la comida, haz una lista de qué más te gustaría probar.

Guau.

Hasta ese momento, había pensado que solo trataba de facilitarle la incorporación a una nueva empleada. Si bien en el fondo yo sabía que estaba esforzándose demasiado como para ser solo eso, me había convencido de que seguramente le gustaba darlo todo en cada una de las cosas que hacía. Sin embargo, en aquel momento era evidente que estaba ligando, y en lugar de cambiar por completo el tema de conversación... respondí a su tono.

Scarlett: Cuidado, podría hacer una lista peligrosa.

Chad: Eso es exactamente lo que quiero.

No escribió nada más; era un hombre ocupado y no podía dedicar el día a chatear conmigo. Le envié una foto a Ariana y, al instante, recibí una llamada suya.

—Chad no deja de mimarte, ¿eh? —Por supuesto, estaba enterada de lo del roscón.

—Sí. Está... no sé ni cómo describirlo.

—Entonces no lo hagas y ponte a disfrutar. Gracias a Dios que después de ese imbécil tu suerte ha dado un vuelco.

Me mordí la parte interna de la mejilla.

—¿Te has enterado de algo nuevo?

Ariana y yo habíamos quedado un par de veces con alguno de los compañeros de trabajo del restaurante, y ella había seguido en contacto con ellos.

—Al parecer, tres personas dimitieron, y mencionaron a Simon como motivo principal. Él...

Se me encogió el estómago.

—¿Qué pasa?

—Él piensa que tú estás detrás de todo.

—¿Qué coño? —estallé—. ¿Quién dimitió?

—Andreas, Noah, y Elijah.

Eran los mismos que le habían dicho a Simon que la forma en la que me trataba era inaceptable.

—Pero... ni siquiera sé qué decir.

—No digas nada. Simon nunca se responsabiliza de sus acciones, y lo sabes. Olvídate de él. Es parte de tu pasado. Ahora, disfruta de tu bombón, ¿vale?

—No es mi...

Ella resopló de forma burlona.

—Es solo cuestión de tiempo. Estoy segura.

Ay, Ariana. Estoy empezando a desear que tengas razón.

* * *

El jueves, mi *beignet* llegó media hora antes de que empezara la reunión de *marketing*.

Pese a que iba a ver a Chad tan solo unos minutos más tarde, no pude resistirme y le mandé un mensaje.

Scarlett: Este está incluso mejor que los otros dos.

Chad: Ya sabía yo que dirías eso. Por eso lo guardé para el final. También es mi favorito.

Hmm, algo que teníamos en común.

Chad: ¿Estás ocupada?

Contuve el aliento. La respuesta sincera era que sí, porque un chef siempre tiene algo que hacer, pero no lograba reunir el valor para decírselo. Los puntos suspensivos que indicaban que estaba escribiendo volvieron a aparecer en la pantalla.

Chad: Si puedes escaparte un par de minutos, sube antes. Podemos discutir los pros y contras de cada *beignet*.

Era *bueno* buscando excusas tontas. Tendría que haber empezado el día con una lista de quehaceres para Joel, pero simplemente le escribí: **Empieza con las mismas tareas de ayer. Hablaremos del resto después de la reunión con *marketing*.**

¿Quién subió en tiempo récord los tres tramos de escaleras que le separaban del nivel directivo? Sip, yo. Para mi suerte, tenía además el chute de energía del *beignet*. Me metí corriendo en la sala de reuniones y me detuve una vez dentro. Estaba vacía.

Medio segundo más tarde, noté a Chad detrás de mí. No pronunció una palabra, pero sabía que estaba allí, en el marco de la puerta. Giré la cabeza ligeramente: estaba en lo cierto.

—Buenos días —saludó.

—Hola. —De repente, me sentía muy tímida.

—Tienes un poco de azúcar en los labios. —Me sonrojé instantáneamente y me lo limpié.

—¿Mejor?

Él tragó con fuerza. Advertí el movimiento de su nuez.

—Sí.

Tal y como hizo la última vez, retiró mi silla como un caballero para que yo pudiera sentarme. Antes de conocer a Chad, ni siquiera sabía que había gente que tenía esos detalles.

—Así que —comenzó con tono serio—, el de hoy ha sido tu *beignet* preferido.

Una sonrisa se abrió paso en mis labios:

—Era más esponjoso y parecía tener más relleno, aunque sé que no es la descripción más precisa.

Su mirada permanecía en mi boca. *¿Seguiré teniendo azúcar?*

—Tu madre debería recibir hoy su roscón.

—Dios mío, gracias. Chad, es...

—No digas que es lo más bonito que alguien ha hecho por ti.

Abrí la boca sin poder evitarlo.

—¿Por qué no? Es la verdad.

—Porque no me gusta que digas eso.

Me eché atrás en la silla.

—¿Qué quieres decir?

Me miró fijamente:

—Parece que solo esperas lo mínimo indispensable de los demás. Por lo general, eso pasa cuando *solo* has recibido lo indispensable.

Nunca en la vida me había sentido tan comprendida.

—Eeem... No sé ni qué decir.

—Solo disfrútalo, Scarlett, sin sentir como que estás en deuda conmigo.

No estaba segura de cómo explicarle que no estaba acostumbrada a que me dieran algo sin tener que corresponder, o sin que se esperara algo de mí a cambio.

—Lo intentaré —respondí—. Ojalá mi madre lo reciba después del trabajo. Así podría disfrutarlo esta tarde.

—¿En qué trabajan tus padres?

—Son profesores. Mi padre era enfermero, pero tuvo un accidente y ya no pudo continuar ejerciendo. Era demasiado trabajo físico y no podía seguir un ritmo tan intenso, así que se graduó en magisterio. Esos fueron años duros. Intentó desempeñar todo tipo de trabajos, pero no fue fácil.

—Seguro que no —respondió con voz grave.

Volvió a abrir la boca y se inclinó más cerca de mí, pero entonces el equipo de *marketing* irrumpió en la sala, cortando de raíz la tensión sexual que había entre nosotros.

—¡Scarlett, no podíamos creer lo que escuchábamos cuando nos dijeron que habías logrado que Genaro fuera nuestro distribuidor! —exclamó Mia.

En mi rostro se dibujó una gran sonrisa.

—Estoy impresionado. —Chad me miró con orgullo, y disfruté de la sensación.

—El señor no es tan cabezota como parece.

—No, lo que yo creo es que tú te entiendes con la gente —añadió Aurelia. Mis mejillas se sonrojaron.

—Gracias.

—Bueno, como tenemos las mejores gambas de la ciudad, adelante desde ya con los cambios que tenías planeados. Así es como vamos a presentarlos ante los anunciantes. —Mia colocó tres hojas de papel delante de mí. Eran textos para anuncios de Facebook y revistas que describían sabores, texturas, y demás.

—Me encantan. Con solo leer una de las descripciones ya puedo saborear la comida. —Subí la mirada—. Muy bien hecho. Yo no lo habría escrito mejor.

Aurelia sacó pecho y anunció orgullosa:

—Lo escribí yo.

—Es fantástico.

Continuamos con textos similares para todos los platos que había propuesto. Chad no contribuyó demasiado, pero podía sentir sus ojos fijos en mí todo el tiempo.

Lamentablemente, media hora después terminó la reunión. Era lo mejor, ya que yo tenía mucho trabajo por delante. Aurelia y Mia fueron las primeras en dejar la sala otra vez.

En cuanto Chad y yo estuvimos solos, sentí mi temperatura corporal aumentar.

—Así que se acabaron las reuniones, ¿eh? —pregunté ladeando ligeramente la cabeza.

—Puedo inventarme alguna más, si quieres.

Mierda. Sip, ya no se podía ocultar. Estábamos definitivamente tonteando.

—Joder, a mí me encantaría —añadió.

—¿De verdad? —susurré.

—Claro que sí —dijo, apartando la mirada para inspirar profundamente y estirar la espalda—. Pero no sería sensato.

—Estoy de acuerdo —coincidí con él. Ambos nos levantamos—. Bueno, debería bajar a la cocina.

—Scarlett —me llamó, y me di la vuelta, deteniéndome para mirarlo—. Sigo esperando a que me digas qué más te apetece

probar en la ciudad, ahora que lo de comparar *beignets* ha terminado.

Sonreí de oreja a oreja. Vaya. Era cierto que no íbamos a tener más reuniones de *marketing*, pero intuía que empezaría a ver a Chad con más frecuencia, no menos. Y aunque sabía que no era lo más sensato, lo estaba deseando.

—¿Y por qué no me sorprendes? —Mi tono de voz dejaba al descubierto mis intenciones.

Un brillo iluminó sus ojos, y una sonrisa de triunfo se dibujó en sus labios.

—Joder, claro que lo haré.

Capítulo Siete

Chad

—No hay nada más que hablar —dije—. Mis condiciones son las que son.

Julian asintió, en señal de apoyo:

—Es nuestro límite.

Danielson, nuestro proveedor de bebidas alcohólicas, levantó las manos con frustración:

—No podéis ir en serio.

—Sí que podemos —repuse—. Es vuestro derecho intentar aumentar el precio de venta, y el nuestro no comprar si no estamos de acuerdo.

Se quedó mirándonos fijamente.

—Bueno —anuncié—, damos por cerrada el acta.

Me levanté de la mesa, y Julian me siguió.

Danielson alternó su mirada entre mi hermano y yo.

—¿Qué narices? Nadie puede negociar con los LeBlanc, ¿verdad?

—Somos tus clientes más importantes —señalé—. Ya deberías haber aprendido que no puedes ganar.

—Tengo curiosidad. ¿A quién acudiríais si yo no diera mi brazo a torcer?

Le regalé una sonrisa sarcástica:

—Hay una larga cola de proveedores esperando trabajar con *The Orleans Conglomerate*.

No era un farol: como éramos dueños de tantos establecimientos, teníamos un inmenso poder de negociación. Hacíamos ricos a nuestros distribuidores y siempre lográbamos buenos acuerdos, pero no iba a permitir que nadie se aprovechara de nosotros.

—Vale, vale. Tendréis las mismas condiciones del año pasado.

No esperaba que cediera tan rápidamente, pero me sentí complacido. Sin embargo, no permití que lo notara. Era una de mis técnicas de negociación: nunca mostrar mis emociones.

—Fantástico —dijo Julian, y me giré hacia él con una mirada de advertencia. Se recompuso, para añadir—: Los abogados prepararán todo el papeleo. Que tengas un buen día.

—Igualmente —soltó Danielson rechinando los dientes. No podía estar *tan* enfadado. Su compañía iba a ganar mucho dinero.

Salimos de la sala de reuniones. El acuerdo afectaba a toda la empresa, pero Julian y yo éramos los que vendíamos más bebidas alcohólicas, así que estábamos a cargo de esa negociación en particular.

Cuando nuestro padre había dirigido la empresa con nuestros abuelos y abuelas, solían repartirse este tipo de cometidos entre ellos. Mis hermanos y yo habíamos sido becarios desde una edad temprana, así que habíamos aprendido los entresijos del oficio casi sin darnos cuenta, hasta interiorizarlos, de manera que todo resultaba fácil.

—Me reafirmo en lo que dije. Tendrías que encargarte tú de todas las negociaciones de la empresa —empezó Julian—. El tío parecía estar a punto de cagarse en sus pantalones.

Me encogí de hombros al tiempo que entrábamos en mi oficina.

—Me gusta dejar clara mi posición. Pero siempre lo hago con respeto.

—Exacto, ni siquiera levantas la voz. Eres básicamente un muro inexpugnable. Y todos nuestros distribuidores van a chocarse de cabeza contra ti. A Xander también se le da genial eso de llegar a acuerdos.

Mi hermano pequeño también era un hombre muy centrado y preciso... A veces incluso en exceso. Todos lo éramos en cierta medida, pero Xander se llevaba la palma.

—Zachary también se luce en las negociaciones, cuando le da gana —añadí.

Zachary solía decir que tenía muchas personalidades y que, dependiendo de la situación, aplicaba una u otra. La mayor parte del tiempo era como Julian: jugaba a poli bueno en las negociaciones y, por lo general, se mostraba indiferente a todo lo demás. Sin embargo, en una emergencia sería a él a quien yo recurriría.

Él atribuía su habilidad para actuar bajo presión al voluntariado como paramédico de ambulancia que llevaba a cabo desde hacía varios años una noche cada semana.

—Bueno, voy a informarles a todos sobre el nuevo acuerdo. A ver, no va a sorprender a nadie. Anthony y Beckett sabían que íbamos a conseguirlo. —Se rascó la mejilla y cambió de opinión—: En realidad, ¿sabes qué? Quedemos en el bar esta noche. Tengo un grupo de jazz nuevo que debuta hoy. Podemos celebrarlo, y de paso me das tu opinión.

—Suena bien.

Aunque éramos propietarios de muchos bares en la ciudad, incluso del Barrio Francés, supe inmediatamente a cuál se refería. Era, de hecho, donde Julián tenía su oficina.

—Sarah va a recoger a Bella del colegio entonces, ¿no? —preguntó Julian.

—Sí. Y se van directamente a su casa.

Desvié la mirada al patio exterior del edificio. Incluso estando en el tercer piso, podía ver lo que pasaba en el primer nivel: Scarlett estaba sentada en una de las mesas pequeñas. Tomaba sorbos de un vaso. ¿Qué tenía esa mujer para captar mi atención todo el tiempo?

Ladeó la cabeza y se masajeó un lado del cuello con los dedos. ¿Tenía molestias? Yo podría aliviarlo. Joder, podría ayudarla con cualquier cosa que necesitara.

Sí, había estado a punto de besarla. No era capaz de explicar qué me había ocurrido.

—Bueno —dijo Julian—, ¿qué es lo que está pasando aquí?

Le lancé una mirada. No me había dado ni cuenta de que también se había acercado a la ventana.

—Scarlett ha despertado tu atención, ¿o qué?

Carraspeé para aclararme la voz, y me reacomodé los gemelos.

—No sé de qué estás hablando.

—Tío, tú no eres de *observar* por las ventanas. Además, es obvio por el ángulo de tu cabeza que estás mirándola directamente.

—No te incumbe —le contesté.

Echó la cabeza atrás, riendo.

—¿Sabes? Cuando me contaste lo de la abstinencia...

Nunca iba a dejarme en paz con eso.

—Joder, qué pesado. No volveré a emborracharme delante de ti.

—Al contrario. Deberías emborracharte más a menudo. Te ayuda a soltarte un poco y a compartir todas tus grandes ideas con nosotros.

—Julian...

—Olvídalo.

—¿Nos vemos esta noche?

—Sí. ¿Se lo dices tú a los demás?

—Yo me encargo. Tú solo preocúpate de seguir mirando a Scarlett —dijo, levantando las cejas en tono burlón.

—Julian —advertí.

Levantó las manos en señal de defensa:

—Vale. No diré nada más. Tú haz lo que tengas que hacer.

Eso era exactamente lo que me proponía.

Pero, una vez solo, en lugar de regresar a mi escritorio, mi mirada siguió fija en el patio. Scarlett estaba absorta en su móvil, ligeramente inclinada sobre la mesa, lo que me permitía observar la nuca. ¿Sería uno de sus puntos débiles?

Me di la vuelta para no mirarla. Tenía que controlarme.

Pero no lo hice. En vez de volver al trabajo, tomé la decisión de que yo también necesitaba un descanso, y salí de la oficina.

Shauna se acercó inmediatamente:

—Chad, tengo unos documentos que tienes que firmar.

—Lo hago en cuanto vuelva.

—¿Tienes una reunión? No vi nada en tu calendario.

—No. Voy a bajar a por un café.

—Pero... —dijo, entrecerrando los ojos—: Si aquí tenemos máquina de café.

—Necesito un descanso más largo.

Abrió los ojos de par en par, sorprendida. ¿Adivina quién nunca se tomaba un descanso largo? Yo. Confiaba plenamente en mi eficiencia, organizando mi agenda para que todas mis tareas se completaran entre la hora de dejar a Bella en el colegio y la de

recogerla. Eso significaba que nunca tenía tiempo para un respiro. Pero en ese momento, tenía un motivo para tomarme esa pausa.

—Los documentos pueden esperar —declaró—. Disfruta del descanso.

Bajé a la primera planta; afortunadamente, nadie más quería subir y bajar las escaleras. No tenía ganas de dar más explicaciones y, sinceramente, tampoco tenía una buena. No necesitaba café, pero sí necesitaba ver a Scarlett. Mirarla desde el tercer piso no era suficiente.

Tuve suerte: cuando llegué al patio, ella seguía ahí. Levantó la mirada del móvil cuando escuchó mis pasos.

—Chad.... Hola. —Miró a su alrededor—. ¿Quieres que me vaya?

Fruncí el ceño:

—¿Por qué querría que te fueras? —Caminé hasta la mesita y me senté frente a ella.

—No sé cuál es el protocolo para los descansos. Los del equipo me dijeron que podía venir aquí cuando quisiera. Suelo tomarme un café antes de la hora punta de la comida —dijo, señalando el vaso de plástico sobre la mesa con la barbilla—: Me encantaría tomarme uno por la tarde, pero no hay tiempo. En cualquier caso, nadie me explicó qué hacer si te encuentras con el CEO.

Me incliné hacia ella:

—Una pista: probablemente te dirán que el CEO nunca se toma un descanso. —Se humedeció los labios, y sentí un impulso de besarla.

—¿Y cómo es que has decidido tomarte uno?

Decidí ser completamente sincero:

—Te vi desde la oficina.

Separó un poco los labios. Mis ojos encontraron su boca por instinto.

—Chad. —El rubor le subió a las mejillas, y bajó los ojos a su bebida. Entonces, agarró el móvil. —Oh, no. Deja que confirme la reserva antes de que se me olvide.

—¿Reserva para qué? —indagué.

Cuando volvió a mirarme, tenía una sonrisa en el rostro.

—Voy a hacer un *ghost tour*[1] por la ciudad esta noche. Empieza justo cuando acaba mi turno.

La miré.

—¿Por la noche?

Scarlett puso los ojos en blanco y yo deseé pasar por encima de la mesa para besar su descarada boca.

—No, por la mañana. ¡Claro que por la noche! ¿Quién haría un *ghost tour* durante el día?

—Scarlett —dije pausadamente—, Nueva Orleans no es Seattle.

—Ya lo sé.

—No lo creo. No quiero sonar pedante ni nada parecido, pero ir por la ciudad de noche es peligroso, sobre todo en zonas como... Espera, ¿pasáis por un cementerio? —pregunté cuando lo vi en su móvil.

—Pues claro. El Cementerio de Saint Louis es la parada básica para cualquier *ghost tour* de la ciudad.

—Por Dios. ¿Qué es lo que la gente espera ver ahí? En el mejor de los casos, borrachos y drogadictos.

Se guardó el móvil.

—Qué aburrido eres, ¿lo sabías?

Solté una carcajada.

—¿Qué? —indagó.

—No creo que nadie me haya dicho eso nunca a la cara.

Se cubrió la boca con la mano:

—Lo siento. No dejo de olvidar que eres mi jefe.

—Soy el propietario del restaurante, pero no tu jefe. El *chef de cuisine* es el jefe de la cocina.

Su sonrisa fue deslumbrante.

—Eso es cierto.

Apoyé los codos sobre la mesa y me acerqué aún más a ella.

—Scarlett, tiene que haber un *ghost tour* que recorra la ciudad de día.

—Chad... agradezco la preocupación, pero voy a ir esta noche.

Su tenacidad era admirable... pero por una causa inútil. Y comprendí que no iba a ser capaz de hacerle cambiar de opinión. Así

que decidí hacer algo completamente diferente.

—¿Les quedarán entradas? Voy a ir contigo.

Sus ojos se abrieron como platos:

—¿Por qué?

No tenía respuesta. Ninguna.

—La verdad es que nunca he ido a un *ghost tour*. —En realidad, eso era cierto—. Y no me gusta la idea de que vayas sola.

Ladeó sutilmente la cabeza.

—Vamos en grupo.

—Lo que quiero decir es que no quiero que no vayas con alguien que conozcas. Quién sabe la de gente rara que pueda unirse.

—Pues gente rara como yo, seguramente. —Era claro que estaba luchando por no sonreír. Deseaba besar a aquella mujer más que nada en el mundo.

Me volví a sentar en mi silla porque existía la posibilidad de que lo hiciera.

—Para quedarme tranquilo, voy a ir contigo. —Se colocó un mechón de pelo tras la oreja, lo que me hizo dudar si era un gesto de nerviosismo. ¿Acaso la estaba incomodando? La sola idea de que pudiera ser así no me gustó nada—. A no ser que no quieras que vaya.

Vaciló una fracción de segundo. Una ráfaga de su perfume me llegó: no sabría decir cuál era. Evocaba el aroma de la vainilla y la canela de la cocina, pero más allá de eso, percibía su olor personal, y era embriagador.

—Me apetece que vayas —murmuró. Enseguida cogió el móvil y tocó varias veces la pantalla—. Vale, reserva hecha.

—Perfecto, ya estoy impaciente por ir. Vamos a pasárnoslo muy bien esta noche, Scarlett.

—¿Lo prometes? Porque si me saboteas el *tour*...

—Lo prometo.

Resistió mi mirada un par de segundos antes de desviarla. La tentación de besarla se volvió más intensa.

No iba a conseguir resistirme esa noche.

Estaba seguro.

1. Nota del traductor: Un ***ghost tour*** es un recorrido a pie por una ciudad que explora su historia más oscura y supuestamente encantada, contando historias de fantasmas y lugares misteriosos.

Capítulo Ocho

Scarlett

—Ay, ¿por qué no me traje la bolsa de maquillaje? —musité mientras me examinaba en el espejo.

El baño para empleados era pequeño y la luz insuficiente, pero aun así lo prefería al de los clientes. Era un espacio acogedor que se distinguía del resto del restaurante por no haber sido modernizado por completo. El lavabo era antiguo, posiblemente de latón o bronce, y hacía juego con el marco metálico del espejo de pared.

Mi pelo era un completo desastre, como de costumbre, y vestía la misma ropa de esa mañana, que no era nada especial. Claro, no había planeado que alguien me acompañara al *tour*, y menos con una compañía tan sexy.

Joder, quizá debería cancelar lo de esta noche.

Me reí de mi reflejo en el espejo. *Scarlett, no es una cita.* Chad era sobreprotector, eso era todo. Al igual que Joel, y aparentemente todos los demás en el restaurante. Ya me habían regañado al menos cinco personas por no tener mi bolso a la vista en todo momento. Era muy poco práctico, pero iba a hacer el intento.

Me apliqué el pintalabios rojo intenso que siempre llevaba conmigo. Pensé que quizás fuera demasiado para llevarlo esa noche, pero, ¿qué importaba? La vida es muy corta como para no arriesgarse.

Me pasé una mano por el pelo: empezaba a darme cuenta de que esa era la única manera de dejarlo a mi gusto en *The Big Easy*[1]. La humedad arruinaba cualquier peinado que intentara, obligándome a reconocer que solo había una forma de conseguir que se viera bien: pasarme la mano por el pelo. Al hacerlo, los mechones se acomodaban de forma natural para enmarcar el rostro y, milagrosamente, se mantenían en su sitio.

Mantén la calma, Scarlett. Es solo un ghost tour. Y sí, ese hombre tan atractivo que te mira la boca como si fuera su postre va a ir contigo. Tampoco es para tanto, ¿verdad?

En realidad, sí era para *tanto,* pero no quería darle más vueltas.

Salí del baño eufórica y crucé la puerta de salida para empleados. Para mi sorpresa, Chad me estaba esperando al otro lado.

—Ah, hola —logré balbucear.

Dios mío. Bajo la farola, se veía más atractivo que de costumbre, con un toque de peligro añadido.

Sus ojos brillaron.

—Te he asustado ¿eh?, ¿y tú quieres ir a un *ghost tour*?

—No me has asustado —repuse juguetona, pero no continué con la conversación. ¿Qué iba a decir? *¿"Alguien que me avise que el tío más buenorro del mundo se aproxima"?*

Recorrió mi cuerpo con la mirada antes de detenerla en mi rostro. Se había detenido otra vez, y esta vez, me di cuenta, era en mi boca. Me costaba trabajo adivinar dónde miraba, pero al separar ligeramente los labios para tomar aire, sus ojos se abrieron un poco. Lo confirmé: estaba mirando mis labios. Tenía que tener cuidado de no sonrojarme.

—¿Cuál es la primera parada? —preguntó.

—El Hotel Monteleone —informé.

—Me lo imaginaba —respondió, y me reí.

—En realidad, eso está...

—Lo sé. Al otro lado de la calle Royal. Tenemos que irnos ya. Después de ti.

Me mordí la parte interior de la mejilla y pregunté:

—Ya que me han advertido mil veces que no debería ir a Bourbon por la noche... ¿y si vamos los dos? ¿Ahora que tengo un guardaespaldas personal?

Se rió con suavidad. Sí, era plenamente consciente de que era mi jefe y de que estaba siendo muy descarada. Pero en ese momento, fuera del restaurante, era fácil fingir que no trabajaba para él.

—¿Por qué no? Mejor explorarlo conmigo que sola.

Sonreí al tiempo que caminábamos hombro con hombro hacia la calle infame. Al girar la esquina, estuve a punto de hacer la observación de que se asemejaba mucho a Royal, pero entonces me percaté de las sutiles diferencias entre una y otra: para empezar, se veía más gente bebiendo en la calle. Bueno, en realidad, parecía haber más gente en general.

—¡Por aquí! —Señaló a la derecha—. No te alejes de mí.

—¿Tienes miedo de que alguien intente secuestrarme?

—Joder, pues sí.

Contuve la respiración. Nuestras miradas se encontraron. ¿Qué quería decir exactamente con eso? Yo estaba burlándome de él, por supuesto, pero él no parecía estar bromeando.

—Bueno, ¿dónde está Bella esta noche?

—Con su madre.

—Claro, se me había olvidado.

—Está con ella la mayoría de los fines de semana.

—¿Y eso no te gusta?

—¿Por qué lo dices? —preguntó Chad, un poco a la defensiva.

—No sé. Lo dices un poco como tristón.

Se encogió de hombros mientras se abrochaba el botón de la chaqueta. El gesto fue extrañamente sensual.

—Me alegra mucho que tenga una buena relación con su madre, pero la echo mucho de menos. Los fines de semana dedico más tiempo a prepararle el desayuno, que es su comida favorita. Entre semana, siempre vamos con prisa para que llegue puntual al colegio. Echo de menos cuando estaba en la guardería, en donde la hora de dejarla no era estricta y podía hacerle un desayuno más elaborado todas las mañanas.

Dios santo, ¿de dónde ha salido este hombre? Es un padre sexy y adorable al mismo tiempo. Me estaba derritiendo.

—Cuando hablas de ella te cambia la cara —dije, mientras pasábamos junto a un grupo de borrachos.

Chad se acercó a mí instintivamente. Si me hubiera puesto un brazo sobre los hombros, habría terminado de derretirme. Pero no lo hizo.

—En fin... creí que no ibas a querer volver a verme después de la tarde de los *beignet*.

Me sonrió y, Dios, tenía que pedirle que no volviera a hacerlo nunca más. Ya suficiente tenía con que siempre fuera tan irresistible, pero cuando sonreía así, se me caía la baba...

—Scarlett, esa tarde fue de las mejores que he tenido desde hace mucho tiempo.

Se me cortó la respiración, y bajé la vista a mis zapatos.

—Para mí también estuvo muy bien —susurré.

La atmósfera entre nosotros estaba muy cargada, pese a que él no se había ni acercado.

Subí la mirada con la necesidad de cortar la tensión:

—Y puedo apostar a que la de hoy será incluso mejor.

Regresamos a la calle Royal y, tras caminar solo un par de manzanas, llegamos rápidamente al *Hotel Monteleone*. Un grupo de tamaño considerable ya se había congregado frente a la puerta.

Chad levantó la barbilla.

—¿Toda esta gente está aquí por el *ghost tour*?

—Es un recorrido muy famoso.

—¡Ya veo! —Había sorpresa en su voz.

—Bienvenidos a todos. Dado que somos veinticuatro, el grupo está completo esta noche. Me llamo Guillermo y seré vuestro guía.

Caminé lenta y sigilosamente hasta la parte delantera del grupo, porque Guillermo no hablaba muy alto.

Podía notar la presencia de Chad a mi lado todo el rato que el guía nos estuvo relatando las historias del *Hotel Monteleone*. Estaba completamente enamorada del edificio: era enorme, y de estilo *Beaux Arts*. La gran fachada blanca estaba como nueva. Me gustó que trataran el establecimiento con tanto cuidado y cariño.

Al parecer, el lugar era famoso por sus apariciones fantasmales. Entre los espíritus se encontraban antiguos empleados que habían fallecido, como uno apodado "Red", pero, por lo visto, se decía que muchos otros espíritus también frecuentaban el bar del sitio, conocido como Carousel.

—Son espíritus pacíficos —insistió Guillermo.

Visitamos muchos otros edificios, especialmente a lo largo de la calle Royal. Las historias detrás de algunos de los lugares encantados resultaron ser simplemente macabras: al reservarlo me había imaginado algo misterioso y divertido, con algún elemento mágico.

—Si no te gusta, podemos escaparnos —me animó Chad.

—No es exactamente lo que me había imaginado —susurré—. Pero quizá mejore.

—Tengo una contrapropuesta —declaró, cuando nos detuvimos delante de una tienda que vendía diarios y artículos de vudú. Según Guillermo, no eran diarios de anotaciones personales, sino de *memorias oscuras*.

—Te escucho.

Chad acercó su boca a mi oído, y me estremecí:

—Julian me pidió que fuera a uno de sus bares. ¿Quieres ir? El sitio te encantaría.

Oh, Dios. Eso sí que suena un poco a cita, ¿verdad? Me adentraba en terreno desconocido, y no sabía qué hacer. Había estado tanto tiempo con mi ex que desconocía el protocolo de las citas.

—Van a tocar jazz. De lo mejor de Nueva Orleans.

—Ya veo. Me estás sobornando con experiencias de NOLA[2].

—También sirven los mejores *Pimm's*[3] y *Sazeracs*.

Incliné la cabeza levemente, indecisa. Solo entonces me percaté de cuán cerca estaba: el dorso de mi mano rozó el suyo y una chispa me encendió el cuerpo. Tuve que tragar saliva.

—Me encantaría escuchar un poco de jazz.

Se apartó con una sonrisa completamente triunfal.

—Genial.

Volví a centrarme en Guillermo, que nos deleitó con alguna historia morbosa más hasta que llegamos al restaurante *Muriel's*. Había pasado por delante del edificio rojo varias veces: me encantaba el gran encanto que poseía y, por supuesto, la barandilla de hierro negro que rodeaba los balcones. El guía nos contó que el dueño seguía habitando el lugar a pesar de haber fallecido hacía aproximadamente doscientos años, y que los visitantes del edificio solían señalar que habían visto objetos volar.

—Claro que hay alguno que podría decir que eso es lo que pasa cuando uno bebe demasiado —añadió.

Ese apunte me provocó una risa. Estaba convencida que muchos de esos avistamientos eran el resultado de haber tomado demasiado alcohol.

Me quedé observando el edificio mientras nos daba más detalles de la historia. Chad desapareció un momento, y cuando volvió, le dije:

—Voy a darle una propina a Guillermo y decirle que vamos a irnos antes de que termine, ¿vale?

—Ya me he encargado yo de la propina, y le he dicho que teníamos planes, y que empiezan antes de lo que pensábamos.

Me quedé boquiabierta.

—¿Cuándo?

—Hace un momento, mientras mirabas la fachada del edificio.

—A ver, es precioso. Merece que lo admiren. —Sonrió.

—Me encanta cómo te dejas fascinar por todo.

—Bueno, me despido de Guillermo y luego nos vamos.

No parecía molesto que nos fuéramos antes de tiempo. De hecho, se acercó y me guiñó un ojo:

—Si yo estuviera con *ese* hombre, también me iría antes.

Dios mío. ¿Pensaba que éramos pareja? O quizá había visto la forma en la que descaradamente me comía a Chad con la mirada.

Le sonreí y le respondí:

—Buena suerte con el resto del *tour*.

—Disfrutad de la noche.

—Tú también.

Tras despedirme, me acerque a Chad:

—¿Todo bien? —preguntó.

—Sí, ¿por qué?

—Estás roja.

—Sí, es que aquí hace un poco de calor —contesté, y recé para que se lo creyera. ¡Uf, madre mía! Aquella situación me superaba, estaba totalmente convencida.

—Bueno, ¿dónde está el bar?

—En la calle Dumaine.

—Qué práctico. ¿Todos vuestros negocios están en el Barrio Francés?

—No, sería una locura considerando la cantidad que tenemos. Pero hay bastantes. Nuestros mejores locales están aquí.

Dumaine estaba claramente menos concurrida que Bourbon y Royal, pero no por mucho. Era evidente que Nueva Orleans tenía ganas de fiesta.

—¿El Barrio Francés siempre está así en fin de semana? —pregunté.

—Sí, siempre que no llueva.

Me detuve a mirar a ambos lados, absorbiendo cada detalle, hasta que llegamos a un edificio de dos plantas. El local compartía el tono rojo de *Muriel's*, pero el hierro de los balcones estaba pintado de blanco, y las persianas de todas las ventanas eran verdes. Podía escuchar la música de jazz que venía del interior.

—Vaya, es precioso.

—Sabía que te encantaría.

Al entrar en el bar, Chad confirmó:

—¡Ahí están mis hermanos!

Reconocí a Julian en la barra. Hablaba con un grupo de cuatro hombres.

—Espera, ¿*todos* tus hermanos están aquí?

—Sí, estamos celebrando una negociación exitosa.

Me detuve en el sitio y lo miré fijamente.

—Chad, ¿no crees que se harán conjeturas si aparezco aquí contigo?

Sonrió de oreja a oreja:

—Estoy seguro de que sí, pero estoy dispuesto a asumir el riesgo a cambio de buen jazz y el mejor *Sazerac* de la ciudad. ¿Y tú?

Chad LeBlanc estaba sacando a relucir otra vez su personalidad coqueta. Y yo iba a seguirle el juego.

—Claro. ¿Por qué no?

1. Nota del traductor: ***"The Big Easy"*** es un apodo para la ciudad de Nueva Orleans debido a su atmósfera relajada y su actitud despreocupada ante la vida.

2. Nota del traductor: **NOLA** es el acrónimo de Nueva Orleans.

3. Nota del traductor: El ***Pimm's*** es una bebida de origen inglés que se popularizó en Nueva Orleans como el cóctel *Pimm's Cup*. Para prepararlo, se mezcla Pimm's Nº 1 con limonada o ginger ale, hielo y frutas como fresas, naranjas y pepino. Es un cóctel refrescante y popular en los meses de calor.

Capítulo Nueve

Chad

Sabía que mis hermanos se sorprenderían al ver a Scarlett, pero, aun así, sus reacciones fueron más exageradas de lo esperado. No tenía ni idea de qué se me había pasado por la cabeza al preguntarle si quería ir conmigo al bar. Lo único que tenía claro era que el *tour* no había resultado lo que ella esperaba, y que yo no estaba preparado para que esa noche terminara. Así que allí estábamos.

Julian nos miró boquiabierto. Resultaba tan cómico que tuve ganas de sacarle una foto. Xander y Zachary se encontraban uno junto al otro, cada uno con un *Sazerac* en mano. Anthony y Beckett estaban sentados en la barra y, juzgando por lo alto que hablaban, debían ir por su segunda copa.

—¡Por fin llegas! —exclamó Beckett. Entonces vio a Scarlett junto a mí y frunció ligeramente el ceño. Acto seguido, se inclinó hacia Anthony—. ¿Estoy borracho, o nuestro hermano ha venido acompañado?

—Te oímos —repuse.

Beckett miró fijamente a Scarlett:

—Lo siento, no quería hacerte sentir incómoda. Julian me ha preparado el *Sazerac* extrafuerte.

—Siempre lo mejor para la familia —respondió Julian en todo burlón.

—Hola, Scarlett —dijo Zachary. Se me había olvidado que ellos ya se conocían de la entrevista por videollamada.

—¡Hola! —respondió ella.

—Scarlett es la nueva jefa de cocina de *LeBlanc & Broussard* —les informé.

Xander entrecerró los ojos:

—Aaaaaah, sí. Ya nos contaron Isabeau y Celine.

—Hemos hecho un *ghost tour* por la ciudad esta noche. Vuestro hermano estaba preocupado por mi seguridad, así que se ofreció a venir conmigo —explicó Scarlett.

Lancé a mis hermanos una mirada de advertencia: me conocían lo suficiente como para saber que era una simple excusa. Nunca, ni en un millón de años, me ofrecería a acompañar a un *ghost tour* a *nadie.* Si me hubiera preocupado la seguridad de un empleado, habría tomado las medidas necesarias. Pero, a su favor, tuve que admitir que ninguno de ellos, literalmente ninguno, lo pusieron en duda. Incluso a pesar de que Anthony y Beckett parecían a punto de soltar algún comentario.

—Así que —comenzó a decir Julian—, volvemos a vernos, Scarlett. ¿Ya te ha informado Chad de que aquí puedes tomar el mejor *Sazerac* de la ciudad?

—El mejor de todos —respondió ella, con los hombros más relajados. ¿Acaso la idea de ir al bar la había puesto nerviosa?

Maldita sea, ¿por qué no me he parado a pensar cómo se sentiría al estar con todos mis hermanos al mismo tiempo?

—¡Un momento! —interrumpió Xander—. Soy Xander. Necesitamos presentarnos, ya que Anthony, Beckett y yo estamos en clara desventaja, aunque a vosotros dos os guste que sea así —Asintió en dirección a Scarlett—. Julian y Chad han sido así desde que éramos niños.

Scarlett parpadeó, girándose hacia mí con una expresión confusa. Suspiré.

—Para que lo sepas, Julian es el mayor de todos, y yo soy el segundo. Nuestros hermanos menores tienen la necesidad constante de recordarnos que, según ellos, nos hemos aprovechado de ellos durante toda nuestra vida.

—Y era verdad —admitió Julian—. Yo era particularmente molesto, obligándoles a hacer mis recados y tareas hasta que fueron lo suficientemente mayores como para negarse.

Solté una carcajada.

—Y yo aprendí rápidamente de Julian. Pero —continué, al tiempo que señalaba a Zachary y Xander—, la mierda con la que vosotros dos os habéis ido de rositas es mucho mayor. Ellos son los que me siguen. Y de vosotros ya ni hablar. —Volví mi atención a Anthony y Beckett.

—*Somos* los menores. Y no nos oyes quejarnos —dijo Anthony—. Soy Anthony, por cierto.

—Y yo Beckett.

Zachary sonrió.

—Ya he bebido demasiados *Sazeracs*, así que disculpa si te incomodo.

Scarlett sonreía a todos mis hermanos.

—Para nada. Es divertido. Bueno, quiero decir, me di cuenta de que estábais muy unidos cuando conocí a vuestras abuelas.

—Sí, ya nos han contado —contestó Beckett.

Aunque era solo un par de años menor que Anthony, parecía haber casi diez años de diferencia entre ambos; quizá porque mantenía una curiosidad casi infantil hacia todo lo que le rodeaba.

—Por cierto —interrumpió Xander—, a nuestras abuelas les encantaste.

A Scarlett le pilló por sorpresa, y abrió los ojos:

—Pero apenas hablé con ellas.

—Se les da bien calar a la gente —señaló Zachary.

—Bueno, ¿qué tal una ronda de *Sazeracs* para todo el mundo? —animó Julian—. Podemos brindar por nuestro nuevo acuerdo.

Centré mi atención en Scarlett y expliqué:

—Hemos convencido a nuestro proveedor de bebidas alcohólicas de que no suba los precios el año que viene.

Julian se rió irónicamente.

—Con *hemos* se refiere a él mismo. Yo era un simple espectador. —Ante la información añadida, simplemente reí.

—Chad domina el arte de intimidar a nuestros socios comerciales a la perfección, así que no necesita casi de mi aportación. Con los años la ha ido afinando. —Puso media docena de *Sazeracs* en la barra. —Venga, familia, ¡a beber!

Scarlett me miró con una media sonris:

—Así que les das duro a tus socios, ¿eh?

Casi me atraganté con la bebida. No había nada sexual en su frase, pero mi imaginación se descontroló. *Las cosas que le haría a esta mujer en la cama.*

Me di cuenta en aquel preciso momento de que Julian tenía razón: mi idea de mantenerme célibe había sido una total y absoluta gilipollez.

—Sí, le encanta tocarle los cojones a la gente —bromeó Julian.

Todos rompieron en una carcajada.

Scarlett se acercó la copa a los labios y bebió un par de sorbos.

—¿Te importaría ser un poco profesional? —rogué a Julian mirándolo fijamente.

—Lo siento, tío, pero ahora no vengas con exigencias. Sabes cómo nos ponemos cuando nos juntamos y has cometido la imprudencia de traer a Scarlett aquí. Nos la tendrías que haber presentado en un ambiente más formal para poder causarle buena impresión.

—De hecho estoy bastante impresionada —interrumpió Scarlett —. Por todos vosotros, y también por esta bebida. Nunca antes me había tomado un *Sazerac*.

Anthony y Zachary se dieron la vuelta bruscamente; la sorpresa que les había causado aquella confesión se hizo evidente en sus rostros, pero no estaba seguro de cuál de las dos impresiones de Scarlett les había causado esa reacción. Quizá ambas.

—Entonces, considera esta como tu bienvenida oficial a Nueva Orleans —sugerí.

Xander la señaló:

—Si alguna vez pruebas una bebida mejor que esta, puedes contárnoslo.

—Xander —advirtió Julian.

—¿Cómo si no vamos a asegurarnos de que nuestros estándares sean los mejores? —preguntó Xander.

Negué con la cabeza, manteniendo mi atención discretamente fija en Scarlett. Estaba atento a cualquier indicio de que mis hermanos la estuvieran agobiando, pero ella parecía estar a gusto y disfrutando del momento.

Después de un rato, la multitud comenzó a moverse, y un par de parejas tomaron la pista de baile. Scarlett los miró con mucha curiosidad y comentó:

—No me había dado cuenta de que se podía bailar jazz.

—Scarlett, esto es Nueva Orleans —repuso Zachary—. Bailamos cualquier cosa.

—Hace mucho tiempo que no bailo —susurró, nostálgica.

Mis instintos se despertaron otra vez. Joder, necesitaba estar más cerca de ella.

—Baila conmigo —propuse.

Scarlett miró su bebida y después a mí. Mis hermanos no hicieron ningún comentario.

—Claro, ¿por qué no? —murmuró—. Déjame terminar esto primero.

Se tomó de un trago la bebida antes de que tuviera la oportunidad de advertirle que no lo hiciera del tirón, porque la absenta es un licor muy fuerte.

—Oh —pronunció después, con los ojos vidriosos—, me ha quemado un poco la garganta.

—No te recomiendo que... Bueno... No pasa nada. —Julian parecía sorprendido—. Nos aseguraremos de que llegues a casa de una pieza.

—Oye, yo sé cuánto puedo beber —se quejó Scarlett, empezando a arrastrar un poco las palabras.

—Ya veremos —respondió Xander—. Julian está controlando la barra, y aunque Anthony y Beckett están ebrios, Zachary y yo cuidaremos de ti.

—De eso me encargo *yo* —precisé.

Xander me guiñó un ojo. Zachary asintió en su dirección y lo invitó a brindar con él.

Aunque se traían algo entre manos, mi prioridad era bailar con Scarlett, no discutir con mis hermanos.

Cogí su vaso vacío y lo coloqué en la barra junto con mi *Sazerac* a medio beber. Entonces tomé su mano y al instante se estremeció, pues no se lo esperaba. Pero eso no la detuvo. Me alejé de la barra con ella para apartarme de la zona más abarrotada del bar y evitar que mis hermanos fisgonearan.

—Esta música es muy bonita —musitó Scarlett.

La abracé por la cintura, justo delante de mí, manteniendo una distancia cómoda. La música era lenta y sugerente.

—Humm —dijo después de un par de segundos—, quizá beberme todo de un trago no ha sido la mejor idea.

—No te preocupes, Scarlett. Yo te cuidaré. —Subió la mirada hacia mí, con los ojos muy abiertos y una expresión soñadora.

—Oh, no creo que vaya a pasarme nada. Eso no es lo que me preocupa.

—Entonces, ¿qué *es* lo que te preocupa?

Apartó la mirada, tomando aire con fuerza:

—Esta noche. Bailar. Tú.

Una descarga de energía se extendió por todo mi cuerpo.

—Scarlett... joder, quiero besarte.

Jadeó con sorpresa, y su atención volvió a mí.

—Creía que me estaba imaginando cosas.

—¿Qué? —Eché atrás la cabeza, y ella se rio. Aquella no era la reacción que había esperado.

—No sabía si era todo parte de mi imaginación, o si de verdad estabas mirándome la boca, o ligando conmigo.

—Déjame entonces dejarlo bien claro para que no haya dudas: Sí, *estaba* ligando contigo, y sí *he estado* mirando tu boca con obsesión.

—Oh.

Pese a la tenue luz del bar, fui capaz de ver cómo se sonrojaba

—Tengo tantas ganas de besarte que...

—No lo hagas —contestó—, porque ya me estoy imaginando lo increíble que sería, y prefiero no saberlo.

—¿Por qué? —pregunté, al tiempo que la acercaba a mí hasta poder sentir su respiración cálida en el cuello.

—Porque yo... a ver... —balbuceó—. Ay, Dios mío, el *Sazerac* sí que estaba fuerte. He venido a Nueva Orleans para reconstruir mi vida, Chad.

—Vale —respondí con calma, sin saber a dónde quería llegar.

—Y bueno, estoy recuperándome de... Seattle. Me prometí a mí misma tomarme un tiempo antes de... lanzarme de lleno con algo nuevo. No quiero romper esa promesa.

Nos balanceamos con la música, y la sujeté firmemente por la cintura.

—Comprendo.

—¿De verdad?

—Sí. Yo también he pasado lo mío.

Y he salido adelante.

Frunció el ceño, y me di cuenta de que era necesario que me explicara un poco más.

—Después del divorcio, tuve la certeza de que no quería exponer a mi hija a una nueva novia, ni siquiera a la idea de que me viese salir con mujeres en general. Así que desde entonces, decidí no estar con nadie.

Se quedó boquiabierta e inclinó ligeramente la cabeza hacia delante.

—Debe ser duro. ¿Qué tal va?

—Iba muy bien hasta que te conocí a ti.

—Chad...

—No había tenido tentaciones, ni siquiera una vez. Hasta que llegaste tú. Eres descarada, divertida, y no puedo mantenerme alejado de ti.

—Eso es muy romántico —susurró.

—Pero no te preocupes, mantendré mi palabra.

—Oh. —Parecía casi decepcionada.

¿Comprendía lo cerca que estaba de llevármela a uno de esos rincones oscuros y besarla desenfrenadamente? Solo besarla, durante horas, hasta que gimiera mi nombre y rogara por más. Después, la llevaría a otro lugar donde exploraríamos cada una de sus fantasías durante toda la noche. Me aseguraría de que se corriera de todas las maneras imaginables, y al terminar, simplemente empezaríamos de nuevo.

Pero no podía, y ella tampoco.

Alguno de nosotros tendrá que contenerse... ¿Quién será?

La canción terminó, y ella suspiró.

—Quiero bailar otra vez contigo la siguiente canción —confesé—. En realidad, quiero que bailemos toda la noche, pero creo que es mejor que nos contengamos.

Ella asintió con firmeza:

—Totalmente. Menos mal que me lo has recordado. De todas formas debería irme a casa ya. —Intentó girarse, pero tuvo que dar un paso atrás—. Ay, no puedo creer lo rápido que he bebido.

—Te llevo a casa.

Me miró con una expresión de inquietud en sus facciones.

—No, tú quédate aquí y disfruta del resto de la noche con tus hermanos. Yo cogeré un Uber.

—Te llevo a casa —repetí.

Se quedó quieta un par de segundos, cerró los ojos, y pronunció en un susurro:

—Vale. Creo que soy capaz de estar en un coche contigo sin abalanzarme sobre ti. —Abrió los ojos de golpe y se cubrió la boca —. No has oído eso, ¿verdad? Por favor, dime que no lo he dicho en voz alta.

Sonreí suavemente al tiempo que notaba tensión en la entrepierna.

—Puedo fingir que no lo has dicho, si eso te hace sentir mejor. —Me incliné un poco, desesperado por estar más cerca de ella.

—Ay, no voy a volver a abrir la boca. Ni una palabra más.

La dirigí a través de la multitud, que bebía y reía, con las manos sobre sus hombros. Cuando llegamos a la barra, me di cuenta de que mis cinco hermanos nos habían estado mirando todo el tiempo. Claramente, no nos habíamos alejado lo suficiente.

—Conozco esa cara —dijo Anthony mirando a Scarlett—. ¿Te ha subido el *Sazerac*?

—Sip.

—Voy a llevarla a casa —anuncié. El grupo asintió de forma generalizada, aunque, debo reconocer en su favor, nadie hizo ningún comentario—. Cuando vuelva más tarde nos pondremos al día.

—Sí, claro —dijo Julian. Le lancé una mirada. Mostró una sonrisa sarcástica—. Buenas noches, Scarlett.

El Uber tan solo tardó un par de minutos en llegar, y la ayudé a entrar en el asiento de atrás. Lo que había dicho no había sido en broma: no dijo una palabra en todo el camino a casa. Necesitaba saber con desesperación qué se le estaba pasando por la cabeza,

pero no quería presionarla. ¿Estaba dudando sobre la promesa que se había hecho a sí misma?

No importa, Chad. Tú tienes tu propia promesa. Tienes a Bella, y una relación fallida con su madre. Concéntrate en eso. Concéntrate en tu hija.

El viaje hasta el apartamento de Scarlett no duró mucho. Rápidamente, salí del vehículo para abrirle la puerta, y ayudarla a salir. Tenía buen equilibrio, pero una mirada ausente, como si pudiera caer dormida en cualquier momento.

—Muchas gracias, Chad —murmuró.

—Te acompañaré hasta la puerta.

—Qué romántico —comentó con una sonrisa—. ¿Por qué no puedes ser, no sé, el típico idiota irritante y desagradable? Lo haría todo mucho más fácil.

Me reí ante su comentario.

—Venga, preciosa. Vamos arriba.

Subimos hasta la segunda planta, y cuando abrió la puerta recorrí rápidamente el lugar con la vista.

—¿Es un estudio? —verifiqué en voz alta.

—Sip. Y no critiques.

—No pensaba hacerlo.

—Tu tono ha sonado un poco criticón.

—Es solo que estoy acostumbrado a sitios más grandes —confesé.

—Yo también, pero no había demasiadas opciones para un alquiler de seis meses. —Se giró para mirarme frente a frente—. Gracias por lo de esta noche, Chad. Ha sido increíble. El *tour*, el bar, conocer a tus hermanos, bailar, el beso...

—¿Qué? —pregunté, confuso por esa última parte de la noche.

—Yo y mi bocaza, otra vez. —Sonrió con timidez—. Me lo he imaginado, y era irresistible. Me recorrías con tus manos, y...

Perdí la cabeza. Di un paso dentro, llevándola hacia la habitación, y cerrando la puerta tras nosotros antes de atrapar su boca con la mía. No podía parar de besarla. Sabía a *Sazerac* y vainilla, y yo quería más. Maldita sea, quería mucho más.

Me aparté un poco, acariciando con la punta de la lengua el contorno de su boca. Ella gimió al tiempo que cambiaba de postura, quizá para apretar con más fuerza los muslos. Volví a besarla con movimientos suaves, queriendo explorarla.

Necesitaba un punto de apoyo; una pared, una puerta, lo que fuera. Pero sabía que debía resistir la tentación de buscarlo. Tenía que parar en ese instante, mientras aún era posible, o pronto cruzaría una línea y sería el culpable de rasgarle la ropa. Me arrodillaría ante ella, la llevaría al clímax con la lengua. La necesitaba con desesperación. Estaba peligrosamente cerca de perder todo el control sobre mí mismo...

Volvió a gemir, y me alejé un poco, mirándole fijamente los labios.

—Joder, eres preciosa.

—Hmm —murmuró al abrir lentamente los ojos—. Ha sido incluso mejor de lo que me había imaginado. —Se mordió el labio inferior—. Supongo que se podría quedar en un beso, ¿verdad? Un beso no le hace daño a nadie.

—No —coincidí—, pero, verás, pasa algo. Un beso me hace querer más, y...

Posó su índice sobre mis labios:

—No, no, no. No digas eso, porque estoy pensando lo mismo. Y...

Sentir su dedo contra mis labios me excitó increíblemente rápido. Volví a perder el control y ahuequé una mano contra su mejilla. Ella dejó caer la suya y separó los labios. Aquel beso fue incluso más intenso que el primero, más desesperado.

Y entonces ya no pude evitar que mis manos tocaran más partes de ella. Recorrí su cuerpo hasta la cintura. Estábamos de pie en frente de una especie de cómoda, y la subí encima del mueble.

—Oh... —murmuró, y la volví a besar.

Ahora estaba a mi altura. Así era más fácil explorarla. Bajé mi mano de su cintura hacia su muslo, acariciándola hasta el interior. Con las piernas abiertas de par en par, perdí la noción de mí mismo. Deslicé mis dedos hacia arriba y, a pesar de que llevaba vaqueros, se estremeció. No pude detenerme y presioné sobre la tela, donde

sabía que se encontraba su clítoris. Su reacción fue suficiente para que me entregara por completo al momento.

Echó la cabeza atrás y emitió un gemido que resonó por la habitación. Estaba al borde del orgasmo. No necesitaría mucho más para que se corriera. Sin embargo, seguir adelante era una absoluta locura.

Volví a colocar la mano en su muslo y descansé la frente contra su hombro.

—Scarlett...

—Lo sé —susurró—. Vamos... —Rió suavemente—. Vamos a calmarnos.

—Sí.

—Y quizá ayúdame a bajarme de aquí. Pensándolo mejor, no. ¿Sabes qué? Mantén esas manos alejadas de mí y ya me bajo yo sola. Nos conocemos desde hace poco y mira hasta dónde hemos llegado...

—Ya te digo —respondí con una carcajada, para después dar un gran paso atrás.

Inspiró con fuerza, y los dos nos sobresaltamos cuando sonó mi teléfono.

—¿No vas a cogerlo? —preguntó.

—Es un mensaje —repuse—. Seguramente de alguno de mis hermanos.

—Dios mío, es verdad. Te están esperando.

—Scarlett... —empecé a decir. Quería quedarme allí. Maldita sea, no había nada que quisiera más, pero no podía.

—Vete. Yo me voy a la cama, ¿vale?

—Creo que es lo más sensato.

—Estoy de acuerdo.

—Oye, si mañana no te encuentras bien...

—Algo que deberías saber sobre mí: nunca me cojo bajas. Ni siquiera cuando *estoy* mala, a no ser que sea algo contagioso: al fin y al cabo, estoy manipulando comida todo el día.

—Eso suena a receta perfecta para quemarte en el trabajo —contesté—. No lo permitiré.

Se cruzó de brazos:

—¿En serio? ¿Un beso y ya crees que tienes alguna clase de poder sobre mí?

—Han sido dos besos —precisé—. Tres, si contamos el que te imaginaste.

—No, no lo contamos.

Scarlett sonrió:

—Me estoy quedando contigo, Chad. Mañana es sábado. No trabajo los fines de semana.

¿Cómo se me había olvidado el día de la semana que era?

—Incluso mejor. Para futuras ocasiones, si estás mala, no vengas al trabajo. Me enteraré, te cogeré en brazos y te traeré derechita a casa.

—Me encantaría verte intentarlo.

—No, en realidad no —repliqué. Abrió los ojos como platos.

—Joder, sí, me encantaría.

Abrí la puerta de entrada para despedirme:

—Buenas noches, Scarlett.

—Buenas noches, Chad.

Después de salir, miré el móvil. Tenía un mensaje de Julian.

Julian: te dije que no aguantarías.

Normalmente, me hubiera cabreado al leer un mensaje así, pero en ese momento solo pude reír. Tenía toda la razón.

Quizá había conseguido mantenerme alejado de Scarlett esa noche, pero no estaba seguro de que fuera a tener el nivel de autocontrol necesario como para volver a hacerlo.

Capítulo Diez

Scarlett

El lunes por la mañana hablé con mis padres de camino al restaurante y les conté cuánto me gustaba mi trabajo y el equipo. Luego no pude evitarlo y también les conté un poco sobre Chad... sin demasiados detalles, por supuesto. Se sorprendieron, pero no me juzgaron por ello. Simplemente, me advirtieron que debía tener cuidado. Ya había intentado hacerlo, pero para entonces no podía evitar revivir mentalmente aquel beso.

Tienes que dejar de pensar en eso, Scarlett.

Pero no podía. Y, además, ¿a quién le importaba si yo rememoraba el momento una y otra vez? Estaba segura de que no iba a volver a encontrarme con Chad en un futuro cercano. Después de todo, ya no iban a tener lugar más reuniones con el equipo de *marketing*, así que no tenía ninguna razón para ir a la tercera planta.

Cuando me quedaban unos minutos para llegar al restaurante, decidí revisar mis *emails*, porque una vez en la cocina solía olvidarme del móvil por completo.

Me quedé conmocionada al ver uno de Simon.

Asunto: (Vacío)

Tienes que dejar a un lado tu egoísmo y arregla este desastre. ¿Cómo cojones conseguiste que todos los trabajadores se pusieran en mi contra? Fue solo porque no pudiste aceptar mi ascenso. Arregla esto o te arrepentirás. Dejaste suficientes cabos sueltos en Seattle.

Tragué saliva con fuerza y borré rápidamente el mensaje. *Hay que tener morro, no me lo puedo creer.* Era un neurótico con la mecha corta, no era extraño que los empleados estuvieran descontentos. Como no se podía desquitar conmigo, seguramente lo hacía con los que quedaron allí.

Podía meterse la amenaza donde le cupiera. No había dejado nada sin resolver. Había verificado tres veces con el agente de la inmobiliaria que podía rescindir el contrato de arrendamiento sin

problema, y no se me ocurría nada más por lo que pudiera culparme.

Menudo gilipollas.

Apagué de inmediato el móvil, y me concentré en el día que me esperaba.

Llegué al restaurante a las siete y media, lo que para algunos era temprano, pero me gustaba estar a tiempo para las entregas. Por otro lado, había encontrado un nuevo distribuidor de gambas, y quería estar allí personalmente para agradecerle que trabajara con nosotros, y para asegurarme de que recibía lo que había pedido.

Para mi sorpresa, no fui la primera en llegar. Tras ponerme mi uniforme, salí del vestuario y me quedé de piedra cuando escuché la voz inconfundible de Chad.

—¿Quieres otro?

Y, entonces, una voz débil y dulce respondió:

—Sí, papi, por favor.

Debía ser Bella. Solo con escucharlos, olvidé el tema de Simon y sus delirios.

Aún así, dudé y giré la cabeza hacia atrás. *Quizá debería irme*. Pero no quería pasar el rato en el vestuario esperando a que ellos se marcharan, así que cogí aire con fuerza y entré en la cocina. Lo que vi me llenó el corazón de ternura: una niña pequeña, con el cabello del mismo color que Chad, se encontraba sentada en la encimera. Estaba peinada con el pelo recogido en dos coletas. Chad se encontraba frente a ella, sujetando un plato.

—Buenos días —saludé.

—¡Scarlett, hola! No me había dado cuenta de que ya era tan tarde —respondió Chad.

—No es tarde, no te preocupes. Me gusta entrar antes los lunes.

—Papá y yo venimos aquí todos los lunes —dijo Bella con orgullo —. Nos comemos toda la tarta que sobra del *"bunch"* —continuó.

Solté una carcajada, porque claramente había querido decir *brunch.*

—Y después todo el mundo se pregunta dónde está —dijo Chad con un guiño.

—No os preocupéis, vuestro secreto está a salvo conmigo —aseguré—. Bueno, ¿qué coméis?

—Tarta de nueces pecanas.

—Me ha dicho un pajarito que está buenísima. —Era la especialidad del fin de semana.

—¿Quieres comer con nosotros? —dijo Bella. Y después añadió, tímidamente—: Queda un trozo.

—Gracias por ofrecérmelo. —Fui hasta ellos y estreché su manita —. Soy Scarlett, la nueva chef.

Se le abrieron los ojos como platos.

—Soy Bella.

—Y me encantaría comer un poco de tarta.

Chad me entregó un plato, y nuestros dedos se rozaron cuando lo acepté. Tuve que forzarme a no reaccionar a la repentina explosión de calidez que se extendió por mi cuerpo. Claramente, a él no se le escapó el efecto que produjo en mí, porque su mirada se detuvo un instante en el plato antes de alzar la vista para encontrarse con la mía.

—¿Qué tal el fin de semana? —se interesó.

—Ha estado muy bien.

—¿Qué has hecho?

—Oh, hice unos cuantos *tours* más, y después compré uno de esos burros para poner la ropa, porque me falta espacio para guardar cosas. He querido comprarme algo así desde que me mudé, pero el tiempo ha volado.

—Papáá, creo que una de mis coletas se está cayendo —dijo Bella, con esa prolongación adorable en la última vocal.

Chad se irguió inmediatamente y examinó el cabello de su hija:

—Sí, es verdad. Espera, que te la vuelvo a hacer.

Contemplé fascinada cómo retiraba la goma elástica y rehacía con manos experimentadas la coleta hasta que quedó perfecta. ¿Podía ser más adorable? Un hombre adulto concentrado en hacerle las coletas a su hija. Suspiré, e intenté que mi reacción pareciera provocada por lo deliciosa que estaba la tarta de nueces pecanas.

—Ya sabía yo que había una razón por la que no estudié repostería: estaría todo el tiempo horneando cosas y

comiéndomelas. Ahora entiendo por qué tus *brunch* son tan conocidos.

—Papi me contó que te acabas de mudar a Nueva Orleans —dijo Bella, y estuve a punto de dejar caer el plato. *¿Le había hablado de mí a su hija?* —Y la abuela Celine dijo que le habías caído bien, y a ella no le cae bien nadie.

Chad soltó una carcajada:

—Sí que hay gente que le cae bien. Solo tenía miedo de que la reputación del restaurante se viera comprometida.

—Le encanta este sitio, ¿verdad? —pregunté.

Chad asintió.

—Sí. Creo que, si pudiera, seguiría estando en la cocina a tiempo completo.

—Entiendo.

Así que, ¿yo había sido un tema de conversación en su casa? Tenía curiosidad por saber qué le había dicho, pero no consideraba apropiado preguntar. No cuando Bella estaba presente; e incluso aunque no lo estuviera, tenía que comportarme de forma profesional con Chad.

—¿Qué tipo de tartas te gustan, Bella? —pregunté.

—Todo tipo de tartas. Todas las tartas. Todo lo dulce.

—También los *beignets*, o eso he oído.

El rostro de Chad se iluminó con una sonrisa. Ella sonrió.

—Síííííí.

—A mí también. El dulce es mi debilidad.

—Quiero aprender a hacer *beignets*. Pero, primero, tengo que aprender a hacer una tarta. Para el concurso del colegio.

—Dijiste que querías bailar para la competición de talentos —repuso Chad.

—Ya bailé el año pasado, papi. Este año tengo que hacer algo diferente.

—Vale. Imagino que cocinar, entonces.

—Yo puedo enseñarte cómo.

—¿De verdad? —se ilusionó.

Asentí.

—Claro que sí. No fui a la escuela de repostería, pero aun así puedo hacer una tarta.

—Bella, espera. Podrías pedírselo a Yaya. O a las abuelas.

Ella respondió arrugando la nariz.

—A Yaya no le gusta mucho cocinar. ¡Su comida no está muy buena!

Logré contener la risa, y fue todo un logro. Chad también estaba teniendo dificultades para mantener una expresión serena, pero al final se le escapó una carcajada.

—Vale, ahí tienes razón. A mi madre no le gusta demasiado cocinar. A mi padre tampoco. Pero a las abuelas se les da muy bien.

—Sí, pero Scarlett es una chef. —Pronunció la palabra con admiración.

—Las abuelas también lo son.

—Pero, papi, ya no están en el restaurante. ¿Y si se han olvidado de cómo hacerlo? Scarlett es muy pro.

—Si quieres, puedes venir aquí antes del cole y te puedo enseñar cosas —me ofrecí.

Antes de que Chad pudiera abrir la boca, Bella exclamó:

—¡Sí! Eres superguay.

Para mi sorpresa, se acercó y me dio un abrazo que le devolví por instinto. Luego, le mostré a Chad una mirada dubitativa. No quería pasarme de la raya.

Él respondió con una mirada tierna, asintiendo. Nunca le había visto poner esa expresión.

—Bella —advirtió cuando su hija me soltó—, tenemos que hablar de esto.

—Pero, papá, ya ha dicho que sí.

—Lo he hecho —confirmé. En un instante decidí ponerme del lado de Bella.

—Ya pensaremos algo —dijo Chad.

Hmm... estaba siendo muy ambiguo. Me pregunté si estaría enfadado.

—¿Cuándo podemos venir? —se anticipó Bella. Era obvio que negociaba como su padre.

—Hablaré con Scarlett sobre su horario y ya veremos dónde puede hacer un hueco para nosotros. ¿Piensas entrar a estas horas todos los lunes? —me preguntó.

—Sí. Me gusta asegurarme de que empiezo bien la semana, y comprobar los productos y otras entregas. Ya deberían haber llegado.

—Entonces deberíamos irnos —informó Chad a Bella.

—¿Puedo ir al baño primero?

—Claro que sí. ¿Quieres que te acompañe?

—No, papá. Ya soy mayor. En el cole voy yo sola.

Él compuso una media sonrisa.

—Es verdad, lo siento. En el cole vas sola, ¿pero sabes dónde está aquí en el restaurante?

—Papá, no soy un bebé. Claro que lo sé.

Chad subió las manos en posición de defensa propia. Resultaba absolutamente encantador ver a aquel hombre tan poderoso, rendido ante su hija. Se encaminó rápido al baño de los empleados.

—Es adorable —dije luego de que cerrara la puerta a su espalda.

—Sí que lo es.

—Parece una muñequita con esas coletas. Eres...

—¿Qué? —indagó.

—Eres adorable cuando estás con ella.

Sé profesional, Scarlett. ¿En qué sentido llamar a tu jefe adorable es profesional? Pero, por otro lado, estaba el hecho innegable de que me había frotado descaradamente contra sus dedos hacía solo dos días. Tal vez, después de eso, mantener una relación puramente profesional era imposible.

—Scarlett, aprecio tu oferta, pero tus turnos ya son bastante largos.

—Chad, no se tarda nada en hacer una tarta.

—Estoy seguro de que alguien de mi familia estará encantado de enseñarle cómo hacerlo. Venga ya, hasta yo podría hacer una tarta con ella. Sé cómo defenderme en la cocina.

—Puede ser, pero los niños a veces prefieren hacer algo diferente con gente nueva. Es más emocionante. Además, ya la has oído. Yo

soy una chef como Dios manda. Tú no eres más que un insignificante CEO.

—¿Así que esas tenemos? —Chad se acercó un poco a mí, pero se retiró con la misma rapidez, como si se hubiera dado cuenta de que estaba haciendo algo indebido. —¿Sabes? Mi familia puede llegar a enterarse de esto. Algunas personas podrían ponerse celosas de ti. Mis abuelas, por ejemplo.

—Oh, puedo hacerles frente —repliqué, retándolo.

Justo en aquel momento, se escuchó un sonido distante.

—¿Qué ha sido eso? —Me sobresalté.

—Olvídalo. Este fin de semana —continuó—, no podía dejar de pensar en lo que pasó el viernes.

Inspiré profundamente.

—Yo tampoco he podido dejar de pensar en ello. Sobre todo, en una parte específica.

La comisura de su boca se curvó en una sonrisa.

—¿De verdad? ¿Qué parte?

—Mmm, tal vez el señor del *tour* con esas historias de empleados fantasma del hotel. Ay, espera, no. Creo que el *Sazerac*. Y luego, por supuesto, el beso muy, muy sexy de un tío guapísimo. ¿Sabes qué? Definitivamente, él gana. Fue, sin duda, lo más inolvidable de la noche.

—Scarlett, joder. —*Oh no.* Lo que mi imaginación podía hacer con esas dos palabras era completamente inapropiado. Tragó con fuerza—. Me prometí a mí mismo que me mantendría lejos de la cocina.

—¿Te lo prometiste?

—Sí. ¿Crees que hay alguna otra manera de resistirme a ti? Mírame. Hemos estado solos, ¿cuánto? ¿dos minutos? Y ya estoy pensando en... —Se detuvo a mitad de frase, desviando la mirada al suelo y cogiendo aire con fuerza. Mis ojos encontraron su mano, que formaba un puño en la encimera, como si estuviera a segundos de tocarme. Lo deseaba muchísimo, pero simplemente no podía ser.

Así que me alejé.

—Es verdad. Quizá no debería haber aceptado hacer la tarta tan rápidamente.

—Ajá —respondió Chad, pero no se explicó más.

—¿Hay alguien ahí? —se escuchó una voz femenina. Me resultaba vagamente familiar.

—Esa es mi madre. —Chad se irguió para adoptar una postura impecable. Carraspeó, y continuó en un tono de voz más alto—: ¡En la cocina!

Entró en la sala con un hombre que era claramente el padre de Chad. Se parecía mucho a él, de estatura similar y con esa mirada profunda.

—Ah, estáis los dos aquí —nos saludó Adele con ojos brillantes.

El padre de Chad me saludó con la mano:

—Soy Remy, el padre de Chad. —Inspeccionó a su alrededor—. ¿Dónde está Bella?

—Está en el cuarto de baño —contestó Chad.

—Ah, vale. Scarlett, ¿he oído que tus primeras semanas van bien? —dijo Adele.

—Sí. Me encanta trabajar aquí.

—Y también me alegra que mis chicos te invitaran a tu primer *Sazerac* el otro día.

Me quedé de piedra. *¿Qué? ¿Sus padres sabían que yo había ido al bar?* Miré a Chad en busca de ayuda, pero él estaba mirando a sus padres con los ojos entornados:

—Mamá...

—Ah, es verdad. Eem... —Sonrió en mi dirección—. No sabía que se suponía que era un secreto. Xander se pasó por casa el fin de semana, y entre una cosa y otra...

—Nos contó que le habíais hecho una visita en el bar —añadió Remy con voz atronadora.

Chad contempló a su padre con una ceja levantada: parecía como si estuvieran manteniendo una conversación telepática.

—Fuimos a hacer un *tour* —dije abruptamente.

—Eso hemos oído —concluyó Adele.

Su voz parecía estar a punto de romper en una carcajada. Claramente, no se estaba creyendo la explicación. Madre mía, solo deseaba salir corriendo de ahí, y yo no era de las que huían de las

situaciones. Me gustaba enfrentarme directamente con todo, pero aquello se salía de lo normal.

—De todos modos —cambió de tema Adele, sosteniéndome la mirada—, hemos venido porque nos ha contado el jefe de repostería que hoy os llega un pedido de gambas frescas.

—Sí, llegará hoy —dije—. En realidad, he encontrado un nuevo proveedor, y es increíble.

Me guiñó un ojo.

—Lo sabemos. Es por eso que hemos venido. Queremos llevarnos discretamente un poco a casa, para nosotros.

—Claro que sí, no hay problema —respondí entre risas—. Debería estar al llegar.

Se giró hacia Remy y dijo:

—Vamos a esperar en el restaurante, dejemos de molestar a estos dos. —En ese momento, Bella salió corriendo hacia nosotros:

—Yaya, estás aquí. Yayo también.

—Sí. ¿Quién es mi niña grande? —dijo Remy, acogiéndola en sus brazos. Ella le dio un beso enorme en la mejilla—. ¿Tenéis que iros ya? —preguntó a Chad.

—Aún podemos quedarnos unos diez minutos.

—Vale, entonces nos llevamos esto. —Adele abrió la nevera y sacó la mitad de una tarta de manzana: obviamente, sabía dónde se guardaban las sobras. Después, abrió un cajón y se apropió de unos tenedores—. Y tú puedes contarnos qué tal ha ido tu fin de semana, Bella.

—Sí, vamos, guapísima —dijo Remy, mientras se llevaba a Bella en brazos al comedor.

El segundo en que Chad y yo nos quedamos solos, me di cuenta de que la tensión entre nosotros había permanecido presente todo el tiempo. Era tal como antes de que nos interrumpieran: densa y abrumadora. Él parecía percibirla también, porque sus ojos no tardaron en desviarse a mis labios, y su mirada se volvió intensa.

—Scarlett, tenemos que hablar.

—Vale.

—Ahora mismo no, no con mis padres medio escuchando, y yo a punto de irme con Bella. Sé que ya tuvimos una conversación el

viernes... y quedamos de acuerdo en que ambos teníamos promesas que mantener. Pero el problema es que he estado pensando todo el fin de semana en romper la mía.

Estaba muy cerca de mí... y entonces puso su mano en mi cintura. Me acerqué más hacia su contacto. Dios, lo había estado anhelando. No me había dado cuenta hasta ese momento.

—Yo...

Sus labios casi acariciaban los míos. Mi cuerpo entero vibraba.

—Vale, ¡aquí llegan las mejores gambas de Nueva Orleans! —La voz de Genaro retumbó desde la puerta de entrada del servicio.

Chad y yo nos alejamos inmediatamente, pero sus ojos siguieron mis pasos cuando me dirigí rápidamente a la puerta.

—¡Sí, aquí estoy! Déjeme ayudarlo.

—Te he reservado lo mejor.

—Vaya, muchas gracias.

—No le digas a nadie en la ciudad que Genaro te está vendiendo gambas, o tendré que empezar a dar explicaciones.

—Me temo que ya ha corrido la voz —repuse.

Genaro debía tener más de sesenta años. Su cabello blanco contrastaba con el moreno de su piel. En una conversación que habíamos mantenido, me contó que originalmente era de Sicilia y se había mudado a los Estados Unidos cuando aún era un niño. Le entristecía haber perdido el acento italiano con los años.

—Oh, no —dijo teatralmente—. ¿Quién lo sabe?

—Solo la familia del dueño del restaurante. En realidad, están aquí, y les encantaría llevarse unos a casa.

Arrugó la nariz:

—Vale. Pero solo se las doy si me prometen que no le dirán a nadie de dónde han sacado las gambas.

—Venga a la cocina. —Lo guié a la entrada, y me di cuenta de que Bella y sus abuelos se encontraban allí también. Chad estaba, una vez más, centrado en mí.

Debía decirle que no podía mirarme así cuando estábamos en público; aunque en realidad no lo estuviera haciendo de una forma particular. Estaba con los nervios a flor de piel sin motivo alguno. Simplemente, tenía que pedirle que dejara de mirarme.

Adele sonrió de oreja a oreja cuando le vio:

—Genaro, es todo un honor. No podía creérmelo cuando me contaron que usted era el nuevo proveedor. Soy Adele, por cierto.

—Encantado de conocerla, Adele.

Una vez que Genaro dejó la caja de gambas sobre la encimera, Remy y Chad le dieron la mano por turnos.

—Genaro, por favor, cuéntenos cómo lo ha convencido Scarlett para que nos venda sus gambas cuando los tres jefes de cocina anteriores no lo consiguieron —quiso saber Remy, mientras yo cargaba una caja más pequeña de gambas para Adele.

—Bueno —explicó—, la señorita Scarlett es especial. Resulta que me gusta mucho más que cualquiera de los otros chefs que tenían antes.

Lo miré con una amplia sonrisa.

—Es justamente lo que pensamos todos —coincidió Chad con los ojos puestos aún en mí.

¿Adivina quién se enrojeció al instante de la cabeza a los pies?

Exactamente: yo.

Capítulo Once

Chad

—Papá, por favor —dijo Bella cuando llegamos a la entrada de su colegio. Juntó las manos e hizo pucheros—. Tengo muchas ganas de aprender a hacer tartas con Scarlett.

Me agaché hasta quedar más o menos a su altura.

—Peque, te prometí que hablaría con ella:

—Hoy.

—Sí, hoy —accedí.

—Me cae muy bien, papá.

—A mí también —admití.

Mi pequeña solía encariñarse rápidamente con la gente, pero incluso para ella aquello iba demasiado deprisa. Me encantaba que Bella aprobara a Scarlett, pero no quería que se encariñara demasiado, ya que ni yo mismo tenía claro qué era lo que había entre nosotros.

—Venga, es hora de entrar.

—Te quiero, papá.

Me abrazó, me dio un beso en la mejilla y la abracé con fuerza. Mi matrimonio había sido un gran error, pero, aun así, no me arrepentía. De lo contrario, no tendría a Bella y, sin ella, mi vida sería muy vacía.

La campana escolar sonó en la distancia, indicando a los niños que se dirigieran a sus aulas.

—Vamos, vamos, vamos —dije.

—¡Jolines, voy a llegar tarde!

Me reí. Nunca la había oído decir *"Jolines"* hasta ese momento. Pero pasaba más horas al día con sus compañeros y profesores que conmigo. Era inevitable que me perdiera cosas.

Después de que entrara, volví rápidamente a la oficina. Tenía una reunión tras otra todo el día, pero le había prometido a mi pequeña que hablaría con Scarlett, y tenía la intención de cumplir esa promesa. Sin embargo, esa no era la única razón: la verdad era que

también estaba buscando una excusa para hablar con ella. Quería verla, pero sabía que por las mañanas estaba muy ocupada.

Una vez en mi despacho, revisé la agenda de la semana antes de sumergirme en las tareas pendientes del día. Apenas pude tomarme mi primer descanso a primera hora de la tarde. Entonces cogí mi teléfono y revisé todos mis mensajes.

Mi madre había publicado una foto en el grupo de chat familiar y luego me envió un mensaje por separado.

Mamá: Cariño, una de mis amigas me ha enviado esto. Deberías poder verlo desde donde estás en el centro. Creo que es uno de los mejores arcoíris que he visto nunca.

Casi lo paso por alto. Mi madre tenía la costumbre de enviarnos todo tipo de cosas: fotos de animales, puestas de sol, lo que fuera. No tenía tiempo para detenerme en esas cosas. Pero... conocía a alguien a quien aquello le haría muchísima ilusión.

Miré la hora: eran las tres. Había pasado la hora del almuerzo y aún faltaba para la hora punta de la cena.

Perfecto.

Seguí mi instinto y le envié un mensaje a Scarlett.

Chad: Ven a la azotea en 10 minutos.

Scarlett: ¿Por qué?

Pude imaginar cómo se le abrían los ojos y la boca al leer el mensaje.

Chad: El jefe lo exige.

Scarlett: Tú no eres mi jefe, tú mismo lo dijiste.

Una respuesta descarada, tal y como esperaba. Sentí una crispación en mi entrepierna, lo me resultaba inexplicable.

Chad: Solo cinco minutos.

Scarlett: Está bien.

Sabía exactamente lo que iba a hacer. Bajé las escaleras y salí del edificio solo unos minutos después. Scarlett dijo que siempre le gustaba tomar café por la tarde, y yo iba a darle una sorpresa.

Fui a mi cafetería favorita en la calle Bourbon. No era la calle que elegiría si alguna vez tuviera la intención de abrir otra cafetería, pero era un buen sitio, lo cual no era poco decir.

—Chad —me saludó la dueña, Maria—. ¿A qué debo el placer?

—Perdona Maria, hoy no tengo tiempo para charlar. Necesito dos *espressos* para llevar. —Le guiñé un ojo porque la sonrisa que se dibujaba en su rostro lo decía todo.

—¿Dos? —preguntó divertida—. Así que... tienes una amiga especial.

Intenté actuar como si no tuviera importancia y luego decidí despistarla un poco.

—¿Cómo sabes que no es alguien con quien trabajo?

—Por pura deducción —contestó, encendiendo la cafetera—. Nunca comprarías café ni para tus hermanos ni para un socio de negocios, y sueles venir solo. Por lo tanto, si te estás tomando la molestia de pedir su bebida favorita, tiene que ser por una chica que te trae loco. —Maria era tan perspicaz que daba miedo.

—Has dado en el clavo, pero ¿puedes guardar el secreto? —admití.

Ella puso los ojos en blanco:

—¿A quién se lo diría?

Me reí.

—A mis hermanos.

Ella hizo un gesto de desestimación con la mano:

—Nunca haría eso. Lo único que conseguiría sería darle rienda a su imaginación.

Mientras pagaba, repasé sus palabras.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, después de tu visita al bar con la nueva chef, ya han estado sacando demasiadas conclusiones.

Eché la cabeza hacia atrás y solté una carcajada:

—¿Se lo han contado a todos nuestros conocidos?

—No, en realidad me enteré por tu madre. Ella también vino esta mañana y charlamos un rato.

Siempre había pensado que el Barrio Francés era un pequeño mundo. Aunque, por otra parte, mi madre tenía una galería en la calle Chartres, y Celine e Isabeau regentaban su tienda de perfumes personalizados en la calle Decatur. Pasaban allí la mayor parte del tiempo; solo cerraban si se iban de vacaciones o cuando sustituían a los chefs en el restaurante. Y mis hermanos también estaban

repartidos por el Barrio, así que la familia LeBlanc sin duda tenía suficiente presencia en aquel barrio.

—Bien. ¿Puedes mantener esto en secreto? —insistí.

—Puedes confiar en mí.

—Gracias, Maria.

Con un gesto de despedida, salí y me apresuré a subir a la azotea. Tenía que tener cuidado para que el café no se derramara de las tazas mientras subía las escaleras. No les había puesto tapas porque no me gustaban. En mi opinión, entorpecían la experiencia de beber café.

Aun así, llegué a la azotea con unos minutos de sobra. Miré a mi alrededor, pensando en cómo podríamos aprovechar mejor ese espacio. No entendía por qué no lo usábamos más a menudo, las vistas eran estupendas. Desde allí se podían ver incluso las tres torres de la Catedral de San Luis.

—Ya estoy aquí, ya estoy aquí —dijo Scarlett apresuradamente.

Cuando apareció, estaba jadeando. Se detuvo en la puerta, inclinándose hacia adelante y apoyando las manos en sus rodillas.

—Scarlett, no tenías por qué correr —dije, pero cuando se enderezó, cambié de opinión.

Tenía la cara roja y estaba sexy de cojones. Al ver las tazas de café que sostenía, se relamió los labios. Volví a sentir un estremecimiento en mi entrepierna.

—Huele a café.

Le entregué la taza de cartón:

—Este es mi café favorito del Barrio Francés. Dime qué te parece.

Primero lo olió.

—Huele exquisito.

—Sí.

Luego tomó un sorbo y cerró los ojos:

—Esto es delicioso.

Le llevaría café todos los días si eso me garantizaba esa sonrisa.

—Gracias, Chad. ¿Cómo se te ha ocurrido esto?

—Dijiste que te encanta tomarte un descanso para un café, pero que nunca tienes tiempo. Resulta que conozco al dueño y puedo arreglarlo.

Ella susurró:

—Ahora mismo la cocina es una locura.

—Pero la hora punta del almuerzo ya ha pasado.

—Lo sé. Pero la cena es más complicada. Tengo que...

—Scarlett —dije, levantándole la barbilla—. Cierra los ojos.

Ella hizo lo que le pedí.

—Ahora, respira hondo.

Inhaló profundamente y exhaló. Me costó mucho esfuerzo no inclinarme y besarla. Scarlett confiaba en mí y no quería aprovecharme de ello.

—Ahora, abre los ojos y mira al cielo.

Se dio la vuelta y, literalmente, soltó un grito ahogado.

—¡Oh, un arcoíris! Es impresionante. Mira la variedad de colores: todos esos rojos y naranjas, y si no me equivoco, ¡hasta hay una banda de color verde justo en medio de las dos franjas rojas!

Se volvió para mirarme, sonriendo.

—Sabía que te gustaría.

Por fin relajó los hombros.

—Gracias, Chad. Esto significa mucho para mí.

—Me imaginé que te vendría bien un descanso.

Ella asintió y tomó otro sorbo de café.

—¿Dónde lo has comprado? Tengo que ir.

—Es mi local secreto en Bourbon. Un día te llevaré allí, está a tres calles. Cuando vayas por tu cuenta, dile siempre a Maria que lo prepare fuerte, como le gusta a Chad LeBlanc.

—¿Eres famoso allí?

—Maria conoce a mi familia.

Scarlett se quedó en silencio durante unos segundos, simplemente admirando el arcoíris.

—Escucha, he estado hablando con el chef pastelero —dijo.

—Ajá.

¿Ahora quería hablar de trabajo? Eso no era lo que yo tenía en mente. Quería que se relajara.

—Y ha accedido a que haga tarta de nueces pecanas todos los días esta semana.

—No te sigo.

—Así que podré cocinar con Bella todas las mañanas.

Si antes me había costado mucho no besarla, ahora me resultaba casi imposible contenerme.

—¿De verdad has planeado eso?

Ella asintió fervientemente:

—Por supuesto. Quedemos a las siete.

—Scarlett, eso hará que tu día sea muy largo —dije de manera pausada.

—Lo sé, pero ¿viste la cara de Bella? Estaba muy ilusionada.

—Sí, lo sé. Hizo que le prometiera que hablaría contigo hoy, y es lo que estaba a punto de hacer —admití.

—¿Ves? Ya tenemos un problema menos.

—Quiero algo a cambio —dije.

Ella entrecerró los ojos:

—¿Por pasar tiempo con tu hija?

—Quiero que pases tiempo conmigo.

—Oh... —Se humedeció el labio inferior. Si no dejaba de hacer eso la iba a besar sin importar dónde estuviéramos y quién pudiera vernos.

—Así que voy a convertir nuestra cita de la tarde en algo diario —declaré.

—Es muy atrevido de tu parte dar eso por sentado.

—Ya, pero creo que tengo buenas posibilidades —repliqué.

Ella se sonrojó de nuevo, y con su uniforme blanco, era aún más visible que en el pasado viernes por la noche, especialmente a plena luz del día.

—Y también me encargaré de traer el café.

—Has pasado de atrevido a exigente.

—Descaradamente exigente —admití, inclinándome hacia ella.

—Pero las tardes son tan estresantes...

—Entonces nos veremos antes de comer. Por las mañanas.

—Chad, ¿te acuerdas de la última vez que pasamos tiempo juntos?

—Esto es diferente —respondí—. Estaremos aquí, en el trabajo. Habrá gente mirando.

—¿Pero por qué? —susurró.

—No puedo explicarlo —confesé—. Simplemente es lo que me apetece hacer todos los días antes de comer.

Su sonrisa se volvió muy amplia mientras me miraba a los ojos.

Luego comprobó la hora en su reloj.

—Oh, Dios mío. Tengo que volver a la cocina.

Se apresuró hacia la puerta y luego se dio la vuelta para mirarme:

—Chad.

—¿Sí?

—Gracias por la cita para tomar café.

Asentí. Sí, era un café, pero no una cita, ni de lejos. Podría haberle propuesto algo mucho más interesante, pero Scarlett era aún más tímida que yo, y tenía buenas razones para ello.

Ambos las tenéis, me dijo una voz en mi interior, pero decidí ignorarla.

Me quedé en la azotea unos minutos más, disfrutando de las vistas y de mi café. De repente, mi teléfono vibró y lo revisé de inmediato.

Sin embargo, no era un mensaje, sino un correo electrónico.

Asunto: SRC - Seguimiento de invitación al almuerzo

Estimado Sr. LeBlanc:

Como usted sabe, el evento anual *Jazz & Jambalaya Garden Luncheon* se celebrará el sábado. Nos encantaría contar con su presencia, como invitado de honor, por supuesto. Dado que se trata de nuestro vigésimo quinto aniversario, será un evento más sofisticado de lo habitual. Por favor, responda a este correo electrónico para confirmar asistencia.

El evento se celebraría en una mansión del Garden District. La familia Broussard lo había iniciado hacía veinticinco años, y las donaciones recaudadas entre los invitados se destinaban cada año a una causa diferente. Toda la familia era miembro honorario, pero llevábamos años sin asistir y estaba seguro de que aquel año tampoco iría nadie.

Estuve a punto de borrar el correo electrónico, pero luego lo analicé mejor. Conocía a una persona a la que le encantaría asistir a

ese almuerzo benéfico:

Scarlett.

Capítulo Doce

Chad

A la mañana siguiente, Bella y yo llegamos al restaurante a las siete en punto. Scarlett ya estaba allí con su uniforme. ¿Era raro que me pareciera increíblemente sexy con esas camisas y pantalones blancos tan amplios?

Bella estaba encantada:

—¡Mira, papá! Te dije que era una chef de verdad.

Scarlett se dio vuelta y caí en la cuenta de que se había vestido así para complacer a mi hija. ¿Sabía lo increíblemente difícil que me lo estaba poniendo para resistirme a ella? Aunque, a decir verdad, yo tampoco lo estaba haciendo muy bien.

—¿Lista para empezar, Bella? —preguntó Scarlett.

—Pero no tengo uniforme —respondió ella.

—No importa. Aquí tengo algo para ti.

Scarlett sacó un delantal. Era enorme para mi hija, pero dijo:

—Puedo atarlo para que te quede perfecto.

—Vale —dijo Bella—. ¿Me lo puedes poner, por favor?

—¿Qué hemos ensayado esta mañana? —pregunté.

—Ah, sí. —Levantó la vista hacia Scarlett y dijo—: Muchas gracias por enseñarme a hacer una tarta. Significa mucho para mí.

Scarlett echó los hombros hacia atrás y su mirada se suavizó al instante.

—Es un placer. Date la vuelta y te ataré el delantal. También te pondré el gorro, si te parece bien, para que no se te ensucie el pelo de harina.

—Sí, sí, sí —respondió Bella—. Nada de harina.

Las observé con un nudo en la garganta. Cuando Scarlett terminó de atar el delantal, cogió un gorro y me lo entregó.

—¿Quieres ponérselo? —preguntó.

—Claro.

Era fácil porque Bella llevaba coletas de nuevo aquel día, así que no podía despeinarla demasiado.

—He traído unas pinzas para el pelo —dijo Scarlett—. Si no, el gorro le quedará demasiado grande.

Me las entregó y se sobresaltó ligeramente cuando nuestros dedos se tocaron. Una descarga de energía recorrió mi cuerpo al contacto y enseguida la miré. ¿Ella también lo había sentido? Por la forma en que rápidamente apartó la mirada, apostaba a que sí.

Le sujeté el gorro a Bella con los clips y luego me incorporé.

Mi hija me miró:

—Ya te puedes ir, papá. Puedo quedarme con Scarlett.

—¿Me estás echando?

Bella se encogió de hombros:

—Para que Scarlett y yo podamos divertirnos.

—¿O sea que yo soy el aguafiestas? —bromeé.

Ella intercambió una mirada con Scarlett y ambas se echaron a reír. Entonces Scarlett se inclinó hacia Bella:

—Dime la verdad. ¿Suele ser el aguafiestas?

—A veces —susurró Bella.

—Oye, te estoy escuchando —respondí—. Y me quedaré aquí. Tengo que llevarte al colegio, ¿recuerdas?

—Ah, es verdad —respondió Bella, que parecía algo triste.

Le fue más fácil adaptarse a la guardería que al colegio. Se lo había preguntado a algunas personas y pude averiguar que era una reacción normal en los niños. Pero, en general, sus profesores decían que se estaba adaptando bien.

—Bueno, entonces, señor, si se va a quedar, necesitará un delantal.

Entró en el almacén y volvió con uno negro.

—¿Por qué no me hace el favor de ponérselo?

—No hace falta —respondí.

—Podría manchar de harina ese precioso traje.

Bella me miró con ojos suplicantes. Dios mío, las cosas que hacía por mi hija...

—Está bien. —Cogí el delantal y me lo até a la cintura.

—Te queda muy bien, papá.

—Venga, empecemos —dije—. No tenemos mucho tiempo.

Bella volvió a mirar a Scarlett.

—Sí, tienes razón. *Es* un aguafiestas —murmuró Scarlett.

Me gustaba esa bonita complicidad que tenían. Deseé que Sarah hiciera actividades divertidas como aquella con Bella. La mayoría de las veces, solo la llevaba de compras.

Es lo que le ha tocado.

Scarlett sacó un taburete del cuarto de suministros y Bella se subió enseguida. La verdad era que tenía la intención de participar en el proceso de horneado. Sabía cómo hacer una tarta, pero lo hacía principalmente de memoria. Scarlett, como profesional, tenía un enfoque muy diferente.

Mi hija estaba prestando atención a cada uno de los pasos. Sin embargo, después de los primeros tres, se volvió hacia mí:

—Papá, ¿puedes tomar notas? Es que voy a olvidarme de todo.

—Tengo una idea —dijo Scarlett—. ¿Por qué no haces un vídeo?

—¡Sí! —exclamó Bella—. Eres muy lista, Scarlett.

—Parece más fácil que tomar notas —respondí mientras sacaba mi teléfono de la chaqueta del traje.

Centré la cámara en ellas, sosteniéndola lo bastante alta como para que mi hija pudiera ver fácilmente lo que estaba pasando cuando lo viera más tarde.

Scarlett lo explicó todo en términos sencillos para que cualquiera pudiera entender de qué estaba hablando.

—Hoy solo vamos a aprender a hacer la masa, ¿vale? —dijo, con las manos llenas de harina.

—¿Qué? No, vamos a hacer una tarta. —La voz de Bella sonaba un poco quejumbrosa, y yo estaba a punto de llamarle la atención cuando Scarlett respondió:

—Sí, pero cada día te enseñaré más pasos y, al final de la semana, los sabrás todos para hacer una tarta.

—Bueno —respondió Bella, con un tono un poco receloso del plan de Scarlett.

No podía creer lo bien que se llevaban. Scarlett le enseñó pacientemente a mi hija cómo mezclar el agua y la harina y cómo extender la masa. Sabía que sería yo quien tendría que hacerlo en casa, porque las manitas de Bella nunca podrían aplicar la presión necesaria. Pero no sería por falta de esfuerzo, porque mi niña era

una LeBlanc de los pies a la cabeza. Cuando se proponía algo, siempre daba lo mejor de sí misma.

—¡Mira, primer paso superado! —exclamó Scarlett—. Travesura realizada.

Bella la miró con los ojos muy abiertos.

—¿Eres fan de *Harry Potter*? —preguntó con incredulidad.

Scarlett sonrió de oreja a oreja:

—Sí. Me encanta. Es parte de mi identidad.

—¿Qué es eso de "travesura realizada"? —pregunté.

—Es lo que hay que decir después de usar el Mapa del Merodeador para ocultar el contenido y que los demás no puedan leerlo.

No entendía nada de lo que estaban hablando.

Bella suspiró y luego se volvió hacia mí:

—¿Ves, papá? A los mayores también les puede gustar *Harry Potter*.

—¿De qué habláis? —preguntó Scarlett.

—Papá es un *muggle*[1] —explicó mi hija—. No ha visto ninguna de las películas ni ha leído ninguno de los libros. Y no me deja ver nada más que *El prisionero de Azkaban*.

Scarlett se mordió el labio inferior.

—Bueno, como fanática devota *de Harry Potter*, me sé las películas y los libros de memoria. Estoy totalmente de acuerdo con tu padre. Las tres primeras son fantasiosas, pero la cuarta es mucho más oscura.

Bella gruñó.

—Pero oye, la parte buena es que podrás verlo cuando seas más grande —continuó Scarlett.

—¿Las demás son tan guais?

—Puedo confirmar que sí.

Bella se volvió hacia mí de nuevo:

—¿Ves, papá? A Scarlett le gustan.

—Peque, ahora no tenemos tiempo para entrar en otro debate sobre *Harry Potter*. Tenemos que llegar a tiempo al colegio, ¿recuerdas?

Ella volvió a quejarse.

—Si quieres, podemos hablar mientras terminamos de preparar la tarta —le dijo Scarlett—. ¿Quién es tu personaje favorito?

—Ron, porque a él tampoco le gusta el colegio.

Scarlett se echó a reír:

—Buena respuesta.

—¿Y el tuyo?

—Harry, probablemente, porque es valiente y tiene buen corazón.

Continuaron hablando de todos y cada uno de los personajes que aparecían en las tres primeras películas. No podía dejar de observarlas.

Media hora más tarde, llegó la hora de irnos.

—Pequeña, tienes un minuto más —dije. Les había ido avisando cada cinco minutos desde hacía quince.

—Vale —respondió Bella, bajándose por fin del taburete—. ¿Me puedes quitar el gorro?

—Claro, cariño. —Con cuidado, le quité las pinzas del pelo y el gorro.

—Quiero ir al baño a lavarme las manos.

—Pero puedes lavártelas en el fregadero que tenemos aquí —intervino Scarlett.

—La crema de manos del baño huele muy bien, papá. —Me miró suplicante.

—Está bien, ve, pero date prisa. —Al día siguiente, planeaba adelantar la hora de salida para evitar las prisas.

En cuanto salió corriendo, me volví hacia Scarlett:

—Gracias. Todo esto significa mucho para mí.

Se humedeció los labios y me sonrió antes de apartar la mirada.

—Para mí ha sido muy divertido. Oh, espera, será mejor que te quites el delantal.

—Claro —respondí.

Lo desabroché por la espalda, me lo quité por el cuello y se lo entregué.

Cuando lo cogió, le toqué la muñeca y la rodeé con mis dedos.

—A las once en punto. ¿Estarás lista?

Me dedicó una sonrisa irónica.

—Bueno, si es una orden del dueño...

—Claro que es una orden —respondí.

—Entonces, ¿cómo puedo negarme?

Me sentí triunfante sin vergüenza alguna. Iba a verla en tan solo unas horas.

—Anoche pensé en ti —confesé.

Su boca formó una *O*.

—¿De verdad?

—Sí. Hice una lista de todos los otros lugares de la ciudad que podrían gustarte.

Tragó saliva y negó con la cabeza:

—Esto no puede ser real —murmuró.

—¿Qué? —pregunté.

—Debo estar soñando o algo así...

—Scarlett...

Abrió un ojo y luego el otro.

—¿Puedo pellizcarte? —preguntó.

—Adelante.

Me pellizcó el hombro.

—Vale, confirmo que eres de carne y hueso; no me lo estoy imaginando todo.

—¿Qué es exactamente tan difícil de creer?

—Tú... todo lo que haces.

Arqueé una ceja:

—Ya hace un par de minutos que no te estoy siguiendo...

—No puedo creer que hayas buscado cosas que crees que podrían gustarme.

Abrí la boca para preguntarle qué tenía eso de raro, pero Bella irrumpió en la cocina.

—¡Ya estoy lista! Mis manos huelen muy bien. ¿Qué es? —preguntó. Se interpuso entre Scarlett y yo y levantó las manos.

Me incliné para inhalar la fragancia.

—Jazmín —afirmé.

—Papá, ¿podemos comprarlo para casa también?

—Claro. Les diré a tus abuelas que te gusta. ¿Lista para irnos?

Ella asintió.

Cuando Bella salió corriendo de la cocina, me centré en Scarlett.

—Nos vemos a las once.

—Hasta luego —murmuró, con un delicioso rubor extendiéndose por sus mejillas.

* * *

A las once en punto, entré en el patio interior con dos tazas de café en la mano. Un minuto después, Scarlett llegó y miró a su alrededor con atención, abriendo ampliamente los ojos cuando me vio. ¿Por qué le sorprendía que estuviera allí? ¿Acaso estaba acostumbrada a que todo el mundo la decepcionara?

Le tendí las dos tazas de café y le dije:

—Son de dos tipos de tostados diferentes. Elige tú.

Ella sonrió:

—Oh, así que ahora esto es un juego, ¿eh?

—Elige uno y luego te digo qué café es. No, espera, hagámoslo aún más interesante. Adivina tú, y yo te diré si es correcto.

—Sí, señor, hagamos eso.

Oírla decir *"señor"* provocó una reacción en mi entrepierna. No podía evitar tener una erección cada vez que la veía, y eso me estaba volviendo loco.

Olió la primera taza y luego la otra.

—Vale. Este huele a café colombiano y este otro, de Java.

—Correcto en ambos casos. Sabes de café.

—Sí, aunque no diría que soy una experta. Simplemente me gusta el café... y las bebidas azucaradas de Starbucks, aunque son más bien postres para mí. —Bajó la voz hasta convertirla en un susurro—. Por cierto, debo confesar que prefiero el café de Maria al que servimos en el restaurante.

—Estoy de acuerdo contigo.

—Entonces, ¿por qué no cambias la máquina?

—Porque es eficiente —respondí mientras daba un sorbo a mi taza. Scarlett había elegido el Java—. De hecho, al principio teníamos una de esas máquinas manuales y era una pesadilla. El barista siempre se atrasaba, especialmente los fines de semana,

cuando todo el mundo quiere un millón de cafés diferentes en el *brunch*.

—Mmm, es cierto —dijo ella—. Bueno... ¿qué otras sorpresas tienes preparadas?

—¿Qué vas a hacer el sábado?

—Voy a seguir explorando la ciudad.

Moví las cejas con picardía:

—Es la respuesta perfecta. Quiero llevarte a dar una vuelta.

—¿Adónde?

—Como has dicho, es una sorpresa.

—Pero, ¿cómo sabes que me lo voy a pasar bien?

—Tengo el presentimiento de que puedo adivinar lo que te gusta con bastante precisión. —La miré directo a los ojos, porque sí, definitivamente tenía una doble intención. Al instante, mi mirada se posó en sus labios—. Joder, pensé que era un buen plan.

—¿Qué? —preguntó, desconcertada.

—Quedar aquí, en nuestro patio, a la vista de todo el mundo. Pensé que así me resultaría más fácil controlarme, pero lo único en lo que puedo pensar es en acorralarte contra esta pared y besarte hasta dejarte sin aliento.

—Sí, al parecer nos gustan demasiado las paredes y los muebles —respondió ella, y se apartó rápidamente de la pared.

Me reí.

—¿Crees que eso va a detenerme?

—Bueno, no, pero no está de más intentarlo. Tienes ese brillo increíble en los ojos... pensé que lo había imaginado el viernes, pero está claro que no.

Me acerqué un poco más a ella.

Scarlett sonrió con aire burlón:

—La pared te está dando ideas.

—No es la pared. Eres tú, Scarlett.

Me miró fijamente durante un instante y bajó la vista hacia su taza. Se quedó en silencio y siguió bebiendo su *espresso* hasta que la taza quedó vacía.

—¿En qué estás pensando? —pregunté.

—Me pregunto qué planes tienes para el sábado.

—Solo te adelantaré una cosa: lo disfrutarás muchísimo.

—Oh, eso no es justo. Yo disfrutaría de cualquier cosa.

—Mejor aún.

Alzó la cabeza y me dedicó una tímida sonrisa:

—De acuerdo, pero con una condición.

—¿Cuál?

—No más encuentros en el trabajo. Haré la tarta con Bella, por supuesto, pero no más tiempo a solas.

—¿Por qué no?

Me incliné hacia ella, porque no entendía qué me quería decir. Y también para estar más cerca. Por alguna razón, siempre necesitaba estar más cerca de ella.

—Porque no puedo permitirme ponerme así de nerviosa dos veces al día.

No pude evitar sonreír.

—¿Por qué no? A mí me parece genial.

—Chad... —me reprendió.

—Está bien. Trato hecho. Veamos quién se rinde primero. —Me acerqué hasta donde mi valor me lo permitió—. Presiento que seré yo.

1. Nota del traductor: Se denomina ***muggle*** al ser humano que no tiene ninguna habilidad mágica; de este modo, el término designa a uno de los grupos humanos que coexisten en el universo de *Harry Potter*, ideado por la escritora británica J. K. Rowling.

Capítulo Trece

Scarlett

—Cariño, casi se me olvida. Te he tejido un jersey precioso —dijo mi madre unos días más tarde, cuando estábamos terminando nuestra conversación. Hablábamos unas dos veces por semana para ponernos al día—. Es ligero, perfecto para Nueva Orleans. Te lo enviaré hoy por correo.

—Ay, gracias, mamá. Estoy deseando recibirlo.

Me alegraba que ahora tuviera tiempo para sus aficiones. Le encantaba tejer. Cuando yo era pequeña, tuvo que coger hasta tres trabajos para salir adelante. Rara vez íbamos de vacaciones; y la única vez que lo hicimos, fuimos a Nueva Orleans. Quizá por eso lo recordaba tan vívidamente.

—Oye, tengo que colgar. Acabo de llegar al restaurante.

—¡Que tengas un buen día!

—¡Gracias! Te quiero.

Me hacía mucha ilusión empezar cada día. Me encantaba hacer tartas con Bella. ¡Nos lo pasábamos muy bien!

Y Chad había cumplido su promesa; de hecho, se la había tomado demasiado en serio: mantenía al menos metro y medio de distancia entre nosotros en todo momento. Pero era imposible no ser consciente de su presencia. Me afectaba por completo.

A medida que pasaba la semana, me sentía cada vez más inquieta. No paraba de buscar eventos y festivales próximos en Google. Siempre había un millón de eventos en Nueva Orleans, pero no creía que Chad fuera a llevarme a ninguno de ellos. Pero bueno, como él estaba cumpliendo su parte del trato, yo hacía todo lo posible por cumplir la mía.

El viernes, después de que Bella y yo, orgullosas, termináramos de preparar una tarta de nueces pecanas, ella preguntó:

—Papá, ¿podemos comernos un trozo?

—No, no tenemos tiempo. Llegarás tarde al colegio si no nos damos prisa.

Ella puso mala cara:

—Quiero llegar tarde.

—Pero eso no es posible, pequeña —dijo Chad mientras le quitaba el gorrito. Aquel día no llevaba coletas y su cabello oscuro estaba precioso.

—Echo de menos mi clase de infantil —dijo—. Jugábamos y dormíamos la siesta. Ahora todo es aprender y es aburrido. —Me miró por el rabillo del ojo con una sonrisa pícara que había visto varias veces en su padre.

—Scarlett, ¿puedes peinarme como tú? —preguntó en voz baja.

Fruncí el ceño. Quería preguntarle*: "¿Quieres decir como un nido de pájaros?"*, pero en lugar de eso dije:

—La verdad es que esto que tengo no es un peinado, solo lo llevo recogido.

—Pero quiero llevar el pelo como tú.

Mi corazón se aceleró.

—Tengo una pinza en mi bolso. —Miré a Chad, que estaba apoyado en la encimera de enfrente—. ¿Te parece bien?

—Claro, adelante. Mientras tanto, cortaré la tarta.

Mientras le recogía el pelo a Bella en un moño desordenado, él se concentró en la tarta. Cuando terminé de peinarla, me miró con una sonrisa.

—Voy al baño a mirarme al espejo. Y a lavarme las manos —informó.

—Claro, peque —dijo Chad.

Bella prácticamente salió como un disparo hacia el baño. Le encantaba esa loción. Cada día usaba más y más. Sus manos estaban aceitosas, pero ella era feliz.

En cuanto Chad y yo nos quedamos solos, el ambiente se llenó de tensión sexual.

Madre mía. Pensé que después de una semana sería más fácil sobrellevar la situación, pero no fue así.

No obstante, hasta ahora lo habíamos hecho muy bien. Él no insistía en hacer pausas para tomar café juntos y yo no lo acosaba con preguntas sobre nuestra salida del día siguiente. Pero mientras lo observaba colocar con cuidado la tarta de nueces pecanas en los platos, no pude evitar soltar:

—¿Adónde iremos mañana?

Chad se detuvo en el acto de cortar una porción y me miró con una sonrisa triunfante. Sus ojos brillaban.

—Estaba seguro de que sería yo quien no cumpliría mi parte del trato.

—Yo también —confesé, y se echó a reír—. Oye, no tiene gracia —lo regañé—. He investigado todo lo que va a pasar este fin de semana en Nueva Orleans y ahora tengo aún más curiosidad que antes. Me gustaría saber cómo vestirme y también dónde es para poder planificar mi día en función de eso.

Frunció el ceño:

—Ya, no había pensado en eso. Es un almuerzo.

—¿Ah, sí? —pregunté—. Entonces, ¿el código de vestimenta es... informal?

Él ladeó la cabeza.

—Para nada.

—Entendido. ¿Y dónde es?

—Ya he respondido a una pregunta. Quiero hacerte una yo antes de responder a la segunda.

Resoplé:

—Eso no es justo.

—No, no lo es. Pero ahora mismo tengo todas las cartas en mi mano. —Su mirada se posó en mis labios durante una fracción de segundo y de repente se me secó la boca.

—Está bien. ¿Qué quieres preguntar?

—Lo pensaré más tarde. Pero prométeme que responderás.

—Lo prometo —susurré—. Entonces... ¿dónde está?

—Está en una mansión en el Garden District.

Vaya, eso sonaba muy elegante.

—¿A qué hora empieza?

—Al mediodía. Dejaré a Bella en casa de su madre a las once. Le prepararé su desayuno favorito; ella se divierte mucho con ese plan.

Pasé de coquetear a derretirme en cuestión de segundos. Me parecía adorable.

—Puedo recogerte alrededor de las doce menos veinte —continuó.

—No hace falta —respondí con rapidez—. Puedo encontrarme contigo allí.

—Scarlett, ¿por qué no quieres que te recoja?

—Bueno, como es en el Garden District, podría hacer una visita guiada al Cementerio de Lafayette antes. Creo que hay una que empieza a las nueve.

Él sonrió:

—Realmente te gustan los cementerios, ¿eh?

—Oye, no pude hacer la visita al de Saint Louis porque cierta persona me robó la tarde.

—Ya veo. Pero nos lo pasamos bien de todos modos, ¿no?

Todo mi cuerpo entró en calor.

—Sí, totalmente —susurré.

Chad puso una mano sobre la encimera y bajó la mirada, como si se estuviera armando de valor. Se iba a inclinar más hacia mí, estaba segura de ello, pero entonces Bella vino corriendo hacia nosotros.

—Papá, me encanta mi pelo. ¿Has visto cómo lo ha hecho Scarlett?

—Me lo he perdido.

Ella hizo pucheros.

—No te preocupes, yo se lo explicaré a tu padre —dije rápidamente y tomé una nota mental para comprarle unas pinzas para el pelo como las mías. No eran nada del otro mundo, pero cumplían su función a la perfección—. Ahora, ¿por qué no disfrutamos todos de un poco de tarta?

—Sí —dijo Chad, atrapándome con la mirada y haciéndome arder por dentro—. Buena idea.

Capítulo Catorce

Scarlett

El sábado por la mañana me desperté con una sonrisa de oreja a oreja. Iba a ir a un almuerzo *exclusivo* en el Garden District con un bombonazo y a visitar el Cementerio de Lafayette.

Bajé de un salto de la cama, todavía sonriendo. Ya había preparado mi atuendo la noche anterior. Aunque estaba muerta de cansancio cuando volví del restaurante, no quería perder tiempo por la mañana eligiéndolo. No había sido fácil elegir un conjunto que fuera adecuado tanto para una visita al cementerio como para un *brunch* elegante, pero estaba contenta con mi elección. Era un vestido primaveral ligero, hecho completamente de algodón, así que, aunque más tarde hiciera más calor, esperaba no sudar demasiado.

Mientras seguía con mi rutina matutina, no dejaba de pensar en Chad. ¿Íbamos a tener una cita? ¿O solo quería enseñarme la ciudad?

Ay, Scarlett, no intentes prever lo que puede ocurrir. Nunca se te ha dado bien eso, así que ¿por qué seguir intentándolo?

Además, el objetivo de mudarme a Nueva Orleans era empezar de cero, y estaba decidida a hacerlo.

Mi vestido rosa solía quedar genial con tacones altos, pero no quería cansarme los pies tan temprano por la mañana, por lo que me puse bailarinas y me llevé un bolso grande en el que metí los tacones. Mi plan era bajarme del tranvía dos paradas antes y caminar hasta el cementerio para poder recorrer el Garden District. Para eso necesitaba unos zapatos cómodos.

Caminé hasta el tranvía, disfrutando del precioso día soleado. Luego eché a correr cuando vi que se acercaba a la estación.

Viajar un sábado por la mañana en lugar de entre semana fue una experiencia muy diferente. Estaba casi vacío y pude contemplar tranquilamente las vistas, soñando despierta con lo que me esperaba el resto del día. Iba a ser increíble. Lo sentía en lo más profundo de mi ser. Y aunque el viaje de Loyola a Lafayette duró mucho tiempo, para mí fue casi como una excursión en sí misma. Me

recosté, disfruté del trayecto y me pregunté en qué momento mi vida había cambiado para mejor.

Una vez que bajé del tranvía, consulté *Google Maps*. Elegí una ruta específica, porque había varias mansiones que definitivamente estaban en mi lista de parada obligatoria. Me quedé boquiabierta ante las preciosas casas que bordeaban las calles.

La arquitectura era absolutamente magnífica. Me encantaba el estilo victoriano, pero también disfrutaba de las casas con columnas de estilo griego. Por su parte, los jardines hacían honor al nombre del distrito: el césped bien cuidado y los frondosos árboles convertían aquel lugar en un auténtico paraíso. A pesar de que la humedad me fastidiaba el pelo, a las plantas les venía de perlas.

Una casa en particular me cautivó. Tenía una fachada rosa con balcones verdes y una verja de hierro forjado con una especie de arbusto exótico en toda su extensión. Era lo suficientemente alta como para que no pudiera ver el interior del jardín.

Según *Google Maps*, mi paseo hasta el cementerio Lafayette debería haber durado veinticinco minutos, pero como me detenía todo el tiempo, tardé casi cuarenta.

Cuando llegué, había un pequeño contingente delante del cementerio. El lugar estaba inquietantemente silencioso. Una gran cantidad de magnolios ofrecían sombra a lo largo de la entrada.

Me sentí como si hubiera entrado en un episodio de *The Originals*. El lugar tenía una energía inquietante incluso a plena luz del día. Ni siquiera quería imaginar cómo sería de noche.

—¡Bienvenidos! —dijo nuestra guía turística—. Soy Esther. Hoy somos un grupo pequeño, lo cual prefiero. Mucha gente prefiere venir a última hora de la tarde para vivir la experiencia embrujada al máximo, pero dejadme deciros que esta mañana también vamos a vivirla al completo. El cementerio es fascinante a cualquier hora del día.

Nos agrupamos junto a la guía al entrar. Ella comenzó a explicar que la razón de construir las tumbas elevadas es para evitar que las frecuentes inundaciones arrastren los cuerpos.

Estaba fascinada por los mausoleos y las lápidas. Algunas tenían motivos intrincados o incluso esculturas.

—Es una mezcla de estilo neogótico y neogriego —continuó la guía—. Os iré explicando qué es cada cosa mientras recorremos el cementerio.

Una tumba especialmente cautivadora tenía una gran estatua con forma de ángel en el centro. Otras tumbas tenían columnas a su alrededor o incluso vallas con barras de hierro. Esther nos deleitó con historias sobre las familias que las construyeron.

Me dolían un poco los pies. Tal vez caminar tanto antes de la visita no había sido la mejor idea; mis pies no iban a estar muy contentos cuando me pusiera los tacones. Pero ya no podía hacer nada al respecto.

Cuando nos acercábamos al final de la visita, un movimiento fuera de la puerta principal me llamó la atención. Giré la cabeza en esa dirección y, efectivamente, Chad estaba allí, paseándose. Contuve el aliento. ¿Cómo podía sentir su presencia a tres metros de distancia?

—Muy bien, a menos que tengáis alguna pregunta, aquí termina la visita —dijo Esther.

Por lo general, yo era una turista insoportable, siempre hacía muchas preguntas y pedía muchas recomendaciones. Pero en ese momento, solo me limité a darle una generosa propina a Esther y salí corriendo hacia la entrada.

Chad dejó de caminar de un lado a otro cuando vio que me acercaba y se quedó allí de pie, con las piernas separadas, una mano en el bolsillo y la otra en el hombro, sujetando la chaqueta del traje con dos dedos. Me miró fijamente y sentí que mi temperatura corporal aumentaba con cada paso que daba.

—No tenías por qué marcharte antes por mí —dijo.

—Oh, no, la visita ha terminado. Los demás solo están haciendo preguntas.

Echó un vistazo a mi vestido:

—Estás guapa de cojones.

Sus palabras me dejaron sin aliento. *¿Empezamos el día usando tacos para elogiarme?* Tenía el presentimiento de que aquel día las cosas iban a llegar a un punto álgido, de un modo u otro.

—No esperaba verte con traje —dije—. Quizá con vaqueros y camisa...

—Esto es Nueva Orleans. En caso de duda, ponte un traje. Aunque no me pondré la chaqueta. Hace demasiado calor.

Tragó saliva y me miró con tanta intensidad que sospeché que estaba luchando contra el impulso de volver a mirarme. Pero bueno, la verdad era que iba bastante guapa con mi vestido y mis...

¡Dios mío, se me había olvidado ponerme los tacones!

Bajé la mirada hacia mis pies y luego volví a mirarlo y me reí con nerviosismo.

—¿Te importaría darte la vuelta?

Frunció el ceño:

—¿Por qué?

—He olvidado ponerme los tacones. Tenía pensado hacerlo antes de encontrarme contigo.

Me miró fijamente.

—No entiendo.

—Hoy he caminado mucho y necesitaba llevar bailarinas, pero para completar el conjunto, se necesitan tacones.

—¿Y por qué tengo que darme la vuelta? —Su ceño se frunció aún más. Incluso se inclinó ligeramente hacia mí.

—No lo sé. Me resulta extraño que me veas ponerme los zapatos. Es como si me estuviera desnudando delante de ti.

—Scarlett...

Me di cuenta, con retraso, de lo inapropiada que había sido esa última frase. Su mirada se volvió más intensa mientras todo mi cuerpo se tensaba.

—Déjame aclarar una cosa. Si alguna vez tuviera el privilegio de que te quitaras la ropa delante de mí, me gustaría contemplar y adorar tu cuerpo.

No podía ni respirar. Sus palabras, la manera en que me miraba... Dios, todo era tan intenso. Nunca antes un chico se había comportado así conmigo. Nadie me había hecho sentir tan deseada. Eso hizo que me preguntara por qué me estaba reprimiendo tanto en lugar de simplemente disfrutar de Chad. Que mi última relación hubiera sido tan horrible no significaba que aquella fuera a ser igual.

Dios mío, ¿en qué estoy pensando?

Rompió el contacto visual y miró mis pies:

—Te ayudaré a cambiarte. ¿Qué necesitas que haga?

—Solo que me cojas de la mano, supongo, mientras me pongo los zapatos.

Había un magnolio a unos metros de distancia en el que podía apoyarme. Pero entre un árbol y un hombre atractivo, prefería el apoyo de Chad. Además, él se había ofrecido... Todavía me resultaba un poco extraño quitarme las bailarinas y ponerme los tacones delante de él, pero ¿qué más daba?

Extendí mi mano izquierda y él la agarró, entrelazando nuestros dedos. El gesto me pareció muy íntimo. Me puse rápidamente los tacones y, cuando me enderecé, él apretó aún más fuerte mis dedos y pasó su pulgar por mi palma. Al instante, una oleada de calor recorrió todo mi cuerpo. Me pilló tan desprevenida que me tambaleé un poco. Al principio solo ligeramente, pero luego mi tacón se atascó en algo y, antes de darme cuenta, estaba cayendo hacia atrás.

Chad desapareció de mi campo de visión, pero entonces sentí tus fuertes manos rodeándome y mi espalda chocó contra su pecho.

—Te tengo —susurró en mi oído.

Miré hacia mis pies. Mi tacón se había enganchado en unas raíces de árbol que sobresalían del asfalto de la acera. Me incorporé de inmediato.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Sí. Gracias por sujetarme.

—No hay problema.

Se quedó detrás de mí, manteniendo su mano en mi cintura durante unos segundos más. No había ninguna necesidad de que me siguiera sujetando, pero me encantó que lo hiciera. Cuando finalmente se apartó, sentí mucho frío.

—¿Lista para irnos? —preguntó Chad.

—Lista.

Me tendió el brazo y me reí, ya que era obvio que quería asegurarse de que no me cayera mientras caminábamos.

—No me había dado cuenta de que había tantos baches.

Acepté su brazo con gusto y caminamos tranquilamente por la calle.

—¿Quieres contármelo todo ahora? —pregunté.

—Sí. Vamos a la trigésimo quinta edición de la *Jazz & Jambalaya Garden Party*.

—Es un evento privado, ¿no? No recuerdo haber leído nada al respecto en Internet.

—Exactamente. Es un evento al que solo se puede asistir por invitación.

—Ah, ¿y tú tienes una? Eres importante por aquí, ¿eh? —bromeé.

Me dedicó una de esas sonrisas que hacía que se me cayera la baba antes de añadir:

—De hecho, fue la familia Broussard la que empezó a organizarlo. Hace como seis años que no voy. Ya no suelo asistir a este tipo de eventos.

—Entonces, ¿por qué vas este año?

—No iba a venir, pero me pareció que a ti te gustaría.

—Chad —susurré—, si no te gustan este tipo de cosas, no tenemos por qué ir.

—Me gusta pasar tiempo contigo.

No sabía qué decir. Sus palabras me conmovieron profundamente.

—Me hace mucha ilusión. ¿Quién más va a estar allí? ¿Conoceré a alguien?

—No creo. Nadie de la familia asistirá, o al menos no creo que lo hagan. —Frunció el ceño—. Debería haberlo comprobado.

—Entonces habrá mucha *jambalaya* y mucho *jazz*, ¿verdad?

—También hay otra comida, pero estoy seguro de que habrá al menos diez tipos diferentes de *jambalaya*.

—Vaya, eso es el paraíso de un chef. No veo la hora de probarlas. Además, quiero perfeccionar mis habilidades en la cocina local. ¿A qué distancia está la casa?

—A solo unos minutos —respondió.

Mientras seguíamos caminando, no dejaba de preguntarme qué mansión sería. Cinco minutos más tarde, nos detuvimos frente a una

de las más bonitas que había visto. Era enorme, tenía una fachada blanca, columnas grandiosas y contraventanas azul oscuro.

—¿Esta es...? ¿Es propiedad de tu familia?

—No, es un museo. Alquilan el jardín para celebrar fiestas.

Entramos por la puerta principal, que estaba abierta de par en par. El camino de grava serpenteaba entre una vegetación perfectamente cuidada, y pasamos junto a unas magníficas rosas de color rojo oscuro en plena floración. A medida que rodeábamos la casa, las voces empezaron a hacerse más fuertes.

—¿Cuántas personas habrá?

—Probablemente un centenar —respondió él.

Entonces, un joven se acercó a nosotros con un iPad en la mano. Enseguida me di cuenta de que era el encargado de recibir a los invitados.

—Hola. ¿Me pueden decir sus nombres, por favor? —preguntó.

—Sí. Chad LeBlanc, para dos personas.

—Oh, señor LeBlanc, el resto de su familia ya está aquí.

Volví la cabeza hacia él.

—¿Quiénes exactamente? —preguntó Chad.

El chico bajó la mirada:

—Tengo a Julian, Xander, Zachary, Anthony, Beckett, Adele, Remy, Isabeau, Felix, Celine y David.

Chad empezó a reírse y luego frunció el ceño, mirándome:

—Error mío. Debería haberlo consultado con mi familia. Al parecer, todo el clan está aquí.

—Muy bien. ¿Y ahora qué? —No estaba segura de cómo proseguir. Por supuesto, había conocido a su familia, pero aquello era un poco diferente.

Me guiñó un ojo:

—Venga, vamos a darles algo de qué cotillear.

Sonreí y asentí. Si él estaba dispuesto a ello, yo también.

Me puso una mano en la parte baja de la espalda mientras me guiaba hacia el interior del jardín. Había mucha gente y pensé que nos llevaría un rato encontrar a su familia.

Estaba equivocada. Dos segundos después, Julian se acercó a nosotros y miró a su hermano con incredulidad:

—¿Cómo te ha convencido mamá para venir? —preguntó, y luego se volvió hacia mí—. ¡Hola, Scarlett!

—Mamá no ha tenido nada que ver —respondió Chad.

Anthony y Beckett también se acercaron. ¿O eran Xander y Zachary? No, estaba segura de haberlos identificado correctamente.

Todos los hermanos LeBlanc eran altos y guapos, pero había sutiles diferencias entre ellos. Tanto Julian como Chad tenían el mismo pelo castaño oscuro y ojos azules iridiscentes. Anthony y Beckett tenían el pelo similar, pero ojos verdes vivos. Beckett parecía muy joven. El pelo de Xander y Zachary era aún más oscuro, y sus ojos también eran marrón oscuro.

—Bueno, supongo que estamos todos —dijo Anthony—. Y Scarlett, me alegro de volver a verte. Por cierto, estábamos seguros de que Chad no volvería al bar esa noche. Así que imagínate nuestra sorpresa...

—Brindo por ti por no dejarlo volver —dijo Beckett, levantando su copa.

Chad sonrió;

—Beckett, compórtate.

—Eso es imposible, tío.

Maldita sea. Llevaba solo dos minutos con los hermanos LeBlanc y ya me estaba sonrojando.

—¿Qué pasa? —preguntó Xander desde atrás—. Creía que ibais a por las bebidas. —Incluso tropezó cuando se percató de mi presencia y de la de Chad. Señaló de inmediato a Beckett—. Pórtate bien.

—Demasiado tarde —respondí entre risas.

Xander resopló:

—¿En serio? ¿Ya le has hecho pasar un mal rato?

—Para nada, tío. Acabo de hacerle un cumplido a Scarlett —continuó Beckett.

—Bueno, necesito saber cómo ha pasado esto —dijo Chad—. ¿Cómo es que toda la familia está aquí y yo ni siquiera lo sabía?

Xander se encogió de hombros:

—Mamá nos llamó uno por uno y nos pidió que asistiéramos este año, ya que era un aniversario especial. Quizá confundió los fines de

semana y pensó que tú ibas a estar fuera de la ciudad.

Chad asintió:

—Mi reunión en Nueva York se pospuso.

Xander nos miró a los dos con el ceño fruncido:

—¿Así que has venido aquí por voluntad propia?

—Pensó que a mí me gustaría —intervine, tratando de ayudar.

Pero entonces Xander le sonrió a Beckett, que tenía un aspecto muy parecido a Julian en ese momento.

—Vosotros haced lo que queráis, esto se está poniendo cada vez más bueno y no me lo quiero perder por nada del mundo.

¿Eh? ¿Qué acaba de pasar?

—Vamos, busquemos al resto de la familia —sugirió Chad. Me miró con un brillo juguetón en los ojos—. ¿Estás lista?

Me reí:

—No sé muy bien cómo responder a eso.

—Mejor así —dijo Anthony—. Cuando de conocer a toda la pandilla se trata, es mejor mantener la mente abierta y bajar un poco tus expectativas, porque nunca se sabe lo que puede pasar.

Capítulo Quince

Scarlett

Nos adentramos en el jardín. Había mucha gente dando vueltas, con copas en la mano. Estaba orgullosa de mi atuendo, pues encajaba perfectamente con el ambiente de la fiesta. Primero divisé a Zachary y luego a Celine e Isabeau. Las abuelas estaban sentadas junto a unos señores mayores, que supuse que eran sus maridos. Remy también se encontraba allí, con un brazo alrededor de la cintura de Adele.

Cuando llegamos al grupo, Zachary fue el primero en vernos. Ni siquiera saludó a su hermano, solo me dedicó una amplia sonrisa y dijo:

—¡Vaya, vaya! Qué giro tan interesante han tomado los acontecimientos.

—¡Chad, cariño! Qué sorpresa verte aquí. Ah, y has traído a nuestra querida Scarlett —dijo Adele.

Mi corazón se aceleró. ¿Yo era su *querida Scarlett*? ¿Cómo? ¿Por qué? Aunque tenía que admitir que me gustaba muchísimo cómo sonaba.

Se acercó a mí y me besó en la mejilla.

—Mamá, Isabeau y yo hemos resuelto que eres nuestro amuleto de la suerte. No solo porque convenciste a Genaro para que vendiera sus gambas al restaurante, sino porque también has hecho muy, muy feliz a Bella esta semana.

—Oh, ha sido un placer —respondí—. Aprende muy rápido.

—Ahora, ¿a quiénes de aquí te falta conocer?

Los dos ancianos se levantaron con agilidad y me dieron la mano.

—Soy David Broussard, el padre de Adele. Encantado de conocerte —dijo el primero.

—Y yo soy Félix LeBlanc —dijo el otro caballero—. Mi esposa ya me ha hablado mucho de ti.

En ese preciso momento, me di cuenta de que tanto Celine como Isabeau me miraban con mucha menos reticencia que cuando las conocí. Celine se levantó, me cogió de la mano, y me dio un beso en

la mejilla. ¿Cómo era posible que nadie se hubiera sorprendido por mi presencia? Tanto ella como Isabeau llevaban el pelo recogido en elegantes moños y vestían de negro. Ambas tenían mucha clase y no aparentaban su edad, más bien todo lo contrario, parecían muy elegantes y joviales.

—¿Te ha contado Chad todo sobre el evento? —preguntó Celine.

Asentí.

—Sí. Dijo que hay mucha *jambalaya* para degustar.

—Pensé que le gustaría conocer un poco la cultura de Nueva Orleans —señaló Chad.

Isabeau se rió y Adele le lanzó lo que me pareció una mirada de advertencia:

—Ay, cariño, no creas que puedes engañarnos. Primero la llevas al bar de Julian y ahora la traes aquí. —Isabeau me guiñó un ojo—. Que sepas que ese no es el comportamiento habitual de nuestro nieto.

—No sé qué decir —dije con sinceridad, y todo el grupo se echó a reír. No podía creer que fueran tan relajados. Por alguna razón, me los había imaginado diferentes. Probablemente porque todos los que había conocido parecían acobardarse cuando oían el nombre de Isabeau.

—¡Isabeau! —la reprendió Adele.

—¿Qué? Ya me conoces, querida. Siempre digo lo que pienso.

—Sí, cariño, todos conocemos tu honestidad brutal —dijo Félix, claramente conteniendo la risa.

—¿Quieres probar la *jambalaya*? —me preguntó Chad.

Asentí.

—Claro que sí. Me muero por probarla. Por suerte, no he desayunado mucho.

Cuando me tambaleé un poco al caminar por la grava, Chad me ofreció su brazo y yo lo acepté con gusto.

—Lo siento. De verdad que no pensé que nos encontraríamos con nadie aquí —se disculpó.

—Tus abuelas me transmitieron una sensación totalmente diferente hoy.

Chad se echó a reír.

—No me digas que de verdad les tenías miedo. Las manejaste perfectamente el primer día.

—No les tenía miedo... pero sí que parecían un poco intimidantes.

—Sí, dominan muy bien esa táctica intimidatoria.

—Tus abuelas no son señoras mayores, ¿no? No me había dado cuenta hasta ahora.

—Así es. Tuvieron hijos muy jóvenes. Creo que Celine tenía diecinueve años e Isabeau veinte. Mis padres también: mi madre tenía apenas diecinueve años.

—Ah, ahora entiendo por qué tus abuelos no estaban muy contentos con que tus padres se casaran.

—Exacto. Bueno, esta es la mesa de la *jambalaya* —dijo, señalando una mesa larga con varios cuencos.

Había una pila de cubiertos en un extremo. Me gustó la sencilla pero elegante disposición.

—Chad —dije mientras cogía un plato—, ¿a qué se refería Isabeau cuando dijo que este no era tu comportamiento habitual?

No respondió de inmediato, así que levanté la vista, preguntándome si me había oído. Su mirada estaba fija en mí.

—Después de mi divorcio, dejé un poco de lado mi vida personal. Y, por supuesto, ellos se dieron cuenta. Pero desde que te conocí, algo ha cambiado. Disfruto cada segundo que paso contigo.

Mi corazón se aceleró.

—Yo también —confesé.

Su mirada se volvió, si cabía, aún más intensa, y sus labios se curvaron en una sonrisa. Otra de sus sonrisas irresistibles. Esta vez en vez de la baba sentí que en cualquier momento se me iban a caer las bragas...

—¿Necesitas un plato o...? —interrumpió un anciano, y me di cuenta de que estábamos estorbando a todo el mundo.

Chad extendió una mano delante de mí y dijo:

—Después de ti.

Nos acercamos a la mesa y elegí seis tipos diferentes de *jambalaya*. Fruncí el ceño al ver el plato de Chad. Solo tenía una.

—¿No vas a probar más?

Se encogió de hombros:

—Ya sé cuál es mi favorita.

Una vez que nos servimos la comida, miré a lo lejos a su familia.

—¿Siempre supiste que querías formar parte del *Orleans Conglomerate*? —solté.

—Sí. Creo que ninguno de nosotros pensó nunca en hacer otra cosa —respondió sin dudar—. Desde aproximadamente los doce años, todos trabajamos en los restaurantes.

—Vaya, erais muy jóvenes —comenté mientras probaba la cuarta *jambalaya*. Iba a probar la favorita de Chad al final.

—Fue la forma que tuvieron nuestros padres de asegurarse de que creciéramos con la cabeza bien amueblada. Para conseguir un dinerillo para nuestros gastos, teníamos que hacer tareas domésticas o trabajar en los restaurantes. O en las panaderías. Luego, cuando fuimos mayores de edad, también trabajamos en los bares. Es lo único que siempre quise hacer. Lo mismo con mis hermanos. Éramos felices colaborando con las empresas Broussard y LeBlanc.

—Hablando de los reyes de Roma —comenté. Xander y Zachary se acercaban a nosotros.

Miraron nuestros platos:

—No me digas que solo has pedido tu plato favorito, Chad —bromeó Xander con su hermano.

—¿Y por qué no?

—No has venido aquí en años. ¿No se te ocurrió que podrían haber cambiado algunas de las otras recetas? —preguntó Xander—. ¿Por qué no intentas ser un poco más relajado con las cosas?

Chad le clavó la mirada:

—¿En serio me estás diciendo que sea más relajado? *Tú* eres el que siempre quiere controlar cada detalle.

—Vale, puede que ese sea uno de mis defectos. O una de mis cualidades, dependiendo de cómo se mire. —Desvió su mirada hacia mí—. Entre tú y yo, prefiero considerarlo una cualidad.

Asentí y respondí con toda la seriedad que pude:

—Soy chef, así que me gusta ser precisa y exigente.

Xander sonrió triunfalmente y luego se volvió hacia Chad:

—Pero cuando se trata de probar la *jambalaya*, no hay reglas.

Zachary se aclaró la garganta, alternando la mirada entre Chad y yo:

—¿Necesitáis que invente una excusa para que os vayáis?

Y así, sin más, pasamos de estar de cháchara a que yo volviera a sonrojarme. ¿Qué me pasaba con los hombres LeBlanc?

—¿Q-qué? —pregunté tartamudeando.

Chad señaló a Zachary:

—Pensé que iba a tener que regañar a Beckett, no a ti.

Levantó las manos:

—Oye, solo intento ayudar. Sabes que hago muy bien de mediador.

—No necesitamos tu ayuda, pero gracias.

—Como quieras. De todos modos, hemos venido a buscarte. Papá quiere hablar sobre ese acuerdo con el proveedor de bebidas.

—Claro. Ahora mismo voy —respondió Chad, y luego se centró en mí—. ¿Quieres acompañarme?

—Oh, no, ve tú a hacer lo tuyo. Yo iré a recorrer un poco el lugar.

—No tardaré mucho —dijo.

Después de que los chicos se marcharan, por fin probé la *jambalaya* que me había sugerido. Joder, por algo Chad dirigía la rama del negocio relacionada con el restaurante. Aquella *jambalaya* era muy superior a las demás. Los sabores estaban más equilibrados, lo que la hacía más completa. Mis papilas gustativas de chef me dijeron que también habían añadido algunas especias inusuales, como canela y anís estrellado. Era una elección muy interesante y atrevida. Iba a tenerlo en cuenta para cuando experimentara con mis propias recetas.

—Veo que Chad te ha convencido para que pruebes su plato favorito —comentó Isabeau.

Me sobresalté ligeramente.

—Oh, lo siento mucho —dijo—. No quería asustarte.

—No te había visto llegar. —Señalando la *jambalaya*, añadí—: Sin duda, esta es la mejor.

Ella me guiñó un ojo:

—Es mi receta.

Empecé a reírme.

—Chad no me lo había dicho, está realmente deliciosa. ¿Me darías la receta?

Me miró un momento antes de preguntar:

—¿Qué sabes sobre los grandes chefs?

—Ah, ya veo, nunca revelas tus recetas. Entonces tendré que experimentar por mi cuenta.

—Así se habla. —Volvió a mirar al grupo y dijo—: ¿Sabes qué? Desde el primer día que te vi tuve un buen presentimiento sobre ti. Me pareció que habías despertado algo en Chad.

Casi me atraganto con un bocado de *jambalaya*. No esperaba que la conversación tomara ese rumbo. Los LeBlanc no se andaban con rodeos.

—Sea lo que sea que estés haciendo para lograrlo —continuó—, tienes el apoyo de la familia.

Parpadeé varias veces mientras tragaba la comida:

—No estoy haciendo nada.

—Pues sigue así, lo estás haciendo muy bien —concluyó Isabeau —. Y durante los descansos, puedes pasar por mi tienda.

—¿Tienes una tienda? —pregunté atónita.

—Sí. Cuando la edad me pasó factura y ya no podía estar todo el día de pie en la cocina, caí en la cuenta de que tenía que encontrar otra cosa que hacer. La idea de jubilarme me parecía absurda, así que Celine y yo abrimos una perfumería en el Barrio Francés.

—Sin duda me pasaré por allí. ¿Cómo se llama?

—*Fragrant Delights*, está en la calle Dumaine. Si quieres, podemos crear una fragancia personalizada para ti.

—¡Sí! Siempre he querido una. Pensaba que era muy difícil hacer algo así.

—Para nada. De chef a chef: tenemos un don para los aromas.

—Me hace mucha ilusión —admití.

—Estupendo.

—¿Vuestros maridos también trabajan con vosotras en la tienda?

Isabeau se rió.

—No, no. Ellos estaban deseando jubilarse. Pasan mucho tiempo en el pantano, pescando. Te aseguro que he tenido que aprender

más recetas para cocinar pescado después de jubilarme que en toda mi carrera como chef. Pero eso los hace felices.

—Puedo compartir contigo algunas de mis recetas de pescado —ofrecí, aunque era un error garrafal. Ofrecer recetas a un chef que no las había pedido era como decirle que no tenía imaginación.

Para mi sorpresa, Isabeau respondió:

—Lo tendré en cuenta. Y gracias.

—¿Por qué?

—Por traer a Chad aquí hoy —dijo señalando con la cabeza hacia el grupo. Celine se acercaba a nosotros.

—La verdad es que no he hecho nada.

—Sea como fuere, es una agradable sorpresa. Además, gracias por ser tan amable con Bella.

—Es una niña adorable —dije efusivamente—. Tiene muchas ganas de aprender.

—Lo sé —respondió Isabeau justo cuando Celine se unió a nosotras. Julian también se dirigía en nuestra dirección.

La miré:

—Espero que no te hayas enfadado cuando Bella me pidió que le enseñara a hacer una tarta.

—Al principio, cuando me enteré, me sentí un poco celosa, pero luego me di cuenta de que era una manera fantástica de que tú y Chad pasarais tiempo juntos.

—Isabeau —dijo Celine—, no asustes a la pobre chica.

Isabeau se volvió hacia Celine:

—No la estoy asustando.

—Es verdad —intervine—. Isabeau me estaba contando que tenéis una tienda en el Barrio Francés.

Celine entrelazó su brazo con el de Isabeau y dijo:

—Bueno, no querría pasar mi jubilación de otra manera que no fuera creando fragancias personalizadas con ella todo el día. ¿Quién hubiera pensado que nos haríamos tan buenas amigas, eh?

—Nuestros padres, seguro que no —dijo Julian, uniéndose a nosotras. Ambas se volvieron hacia su nieto, que me estaba mirando —. ¿Ya te ha contado Chad que la historia de nuestros padres fue un auténtico culebrón familiar al estilo Romeo y Julieta?

—¡Julian! —reprendió Celine.

—No me dio muchos detalles —respondí, ansiosa por saber más.

—Sí, eran competidores, en las panaderías, los restaurantes y los bares. Durante mucho tiempo no les convencía su unión. Siempre digo que mi madre, que puede ser un poco rencorosa, me llamó Julian en honor a su obra favorita de Shakespeare, *Romeo y Julieta*.

Celine se echó a reír, pero Isabeau no contradijo a Julian, lo que me hizo sospechar que tal vez él podría estar en lo cierto.

—Julian, cariño, deja de compartir secretos familiares —lo reprendió Isabeau.

No podía creerlo. Estaba *totalmente* en lo cierto.

—Algún día aprenderé a mantener la boca cerrada —respondió Julian—, pero hoy no es ese día. —Me miró—: No te preocupes. Chad está a punto de rescatarte de nosotros.

Chad se dirigía en nuestra dirección. Cuando vio a sus abuelas, frunció el ceño y aceleró el paso. Madre mía, ¿cómo podía ser tan atractivo? Sus hermanos también eran guapos, pero había algo en él que hacía que mis piernas flaquearan y todo mi cuerpo se encendiera...

No, tenía que mantener la compostura.

—¿Qué es esto, Julian? ¿Dejas que las abuelas acorralen a Scarlett? —preguntó Chad.

—No, he venido a rescatarla. Pero no he tenido mucho éxito, así que ahora puedes ganar puntos siendo su héroe.

—¡Basta, Julian! ¡De verdad! —lo reprendió Celine.

—Vamos, abuelas. Os acompañaré de vuelta a la mesa para que podáis seguir echándome la bronca. —Al instante, miró a Chad—: ¿Ves? Me sacrifico por tu bien.

Después de que los tres se marcharan, Chad me sonrió:

—¿Todo bien?

Asentí.

—Me caen bien tus abuelas.

—Veo que estás de acuerdo conmigo —comentó al ver mi plato.

Eché un vistazo al plato y me reí. La única porción de *jambalaya* que me había terminado era la de Isabeau.

—Tu abuela es una excelente cocinera.

—Yo diría que sí. Oye, la banda de *jazz* va a empezar a tocar pronto. ¿Quieres quedarte a verlos?

—¿Cuál es el plan b? —pregunté, sintiéndome de repente sin aliento. ¿Cuándo se había acercado a mí?

—El plan b es que tú y yo nos vayamos a algún lugar donde no estemos rodeados por todos los LeBlanc, los Broussard y sus amigos.

Me mordí el interior de la mejilla:

—¿Podemos escuchar algo de *jazz* primero y luego hacer eso?

—Claro. Lo que tú quieras.

Pensé que había tomado una buena decisión... durante media hora. Aunque la música de *jazz* era absolutamente magnífica y única en su género, no podía evitar pensar en lo que vendría después. ¿Qué quería hacer Chad?

Cuando sugirió que fuéramos a despedirnos de la familia, ni siquiera lo dudé. Me gustaba el *jazz*, pero me gustaba mucho más la idea de estar a solas con Chad. Ni siquiera pudimos hablar con todos porque estaban sumergidos en diferentes conversaciones. Y Anthony y Beckett ya se habían ido, así que claramente no era necesario una despedida formal.

A continuación, regresamos por el camino de grava hasta la entrada. Después de pasar unas horas con los tacones, ya me estaban saliendo ampollas, por lo que dar cada paso me resultaba doloroso, por no hablar de que me afectaba al equilibrio. Intentaba por todos los medios que Chad no se diera cuenta, pero estaba claro que lo había notado, porque me rodeó la cintura con el brazo y me guió sin decir una palabra.

Y yo que pensaba que no podía gustarme más este hombre.

Una vez que salimos por la puerta, me soltó la cintura y me dijo:

—Scarlett, estás muy sexy con esos tacones. —Casi se me cae el bolso del asombro. Joder, no esperaba que fuera tan directo—. Pero creo que te duelen los pies. ¿No quieres ponerte unas bailarinas?

—N-No —balbuceé—. De verdad, este conjunto queda mejor con tacones.

—Es que iba a sugerirte que diéramos un paseo para enseñarte algunas de mis casas favoritas del barrio.

—Vale, vale, me cambiaré —dije de inmediato, porque, por supuesto, que un lugareño paseara conmigo por Garden District sería increíble.

Con la mayor elegancia posible, me cambié de zapatos. Después de guardar los tacones en el bolso, pregunté:

—¿Por dónde vamos a empezar? ¿Vives aquí, en Garden District?

—No. Pero mis padres y mis abuelos sí. Yo tengo una casa en Marigny[1]. No quería estar *en* el Barrio Francés, pero necesitaba estar cerca.

Paseamos durante unas dos horas y Chad resultó ser un guía estupendo. Incluso conocía la historia de algunas de las casas más famosas. Hacia las cinco, sugirió que fuéramos al Barrio Francés, pero me dolían demasiado los pies.

—La verdad es que no creo que pueda seguir caminando —confesé.

—No hay problema. ¿Qué te parece si te preparo una cena en mi casa?

¡Uy, peligro! Las alarmas resonaron en mi mente. ¿Chad y yo solos en su casa? Las posibilidades de que las cosas subieran de tono aumentaban... considerablemente.

Estás cruzando un límite, Scarlett. Recuerda lo que pasó la última vez.

Pero no quería recordar eso. Chad no se parecía en nada a Simon.

Así que, en lugar de inventarme una excusa para irme a casa, respondí:

—Me encantaría.

Chad sonrió triunfante.

—Pediré un Uber. A ver qué te parecen mis habilidades culinarias. Mi ex... —Se quedó en silencio un momento y luego negó con la cabeza—. Lo siento, no sé por qué la he mencionado.

—No me importa. ¿Quieres hablar de la madre de Bella? —pregunté, sintiendo timidez por alguna razón. Quería saber más sobre él, su pasado, su vida.

—No hay mucho que decir. Nos casamos por impulso. Llevábamos saliendo un tiempo, así que no fue algo precipitado ni nada por el estilo, pero, mirando atrás, siempre habíamos sido demasiado diferentes como para que la relación durara. Ya nos estábamos encaminando hacia el divorcio durante nuestro primer año de matrimonio, y entonces descubrimos que ella estaba embarazada de Bella.

Me quedé sin palabras.

—Oh.

—Ambos nos propusimos esforzarnos al máximo, pero no fue suficiente. —Sonaba frustrado.

—Lo siento.

—Estaba decidido a darlo todo. Crecí en una familia numerosa y siempre hemos sido leales los unos a los otros, así que eso era muy importante para mí.

—Por supuesto.

—Pero no para ella.

Me quedé quieta, cruzando las manos sobre el regazo.

—Siento oír eso. —No le pedí más detalles, no quería echar sal en la herida.

—Ella pensaba que nuestra vida consistiría en asistir a una fiesta tras otra. Es una mujer muy sociable y, de alguna manera, esperaba que yo dejara el trabajo e hiciera lo mismo. Cuando nos dimos cuenta de que ya no había manera de salvar nuestra relación, le sugerí que hiciéramos todo lo posible por cumplir el rol de padres de Bella y ver si la terapia podía ayudar. Durante la primera sesión, mencionó con total ligereza que se había acostado con otra persona. Que había interpretado que nuestro acuerdo significaba que podíamos llevar vidas separadas. Me quedé en *shock*. Incluso el terapeuta nos dijo que no tenía sentido intentar salvar nuestro matrimonio y que lo mejor para Bella sería que tomáramos caminos separados. Al día siguiente solicité el divorcio. Al principio pensé que sería amistoso, pero aun así, llevó mucho tiempo. Ahora estamos mucho mejor. De hecho, no interactuamos mucho, solo cuando recojo y dejo a Bella. Tenemos una relación cordial, pero nunca seremos amigos.

—Tener una relación cordial es lo correcto, Chad.

Él asintió y sacó su teléfono.

—Bueno, vamos a pedir ese Uber.

Durante el trayecto, hablamos sobre Marigny y otros barrios de Nueva Orleans. La casa de Chad estaba cerca de la calle Frenchmen. Tenía tres plantas y no contaba con balcones hacia la calle, aunque imaginé que habría alguno orientado hacia el patio interior.

—Bienvenida a mi guarida —dijo mientras abría la puerta.

Con un gesto, me indicó que entrara primero. Yo era plenamente consciente de que era un momento decisivo para ambos.

—Gracias por la invitación —fue todo lo que dije, contoneando un poco más las caderas mientras caminaba delante de Chad. Sentí su mirada clavada en mí todo el tiempo.

Y me gustó.

1. Nota del traductor: El **Faubourg Marigny** es un barrio histórico de Nueva Orleans conocido por su arquitectura criolla, su vibrante escena musical y su ambiente cultural.

Capítulo Dieciséis

Chad

—Tienes una casa preciosa —dijo ella al entrar en el salón. Tres de las cuatro paredes tenían enormes puertas corredizas de cristal que iban hasta el techo y daban al jardín—. Y el jardín... Es realmente increíble. ¿Esas son luces de hadas?

Me reí.

—Sí. Bella me ha pedido que las deje montadas desde el día de Acción de Gracias hasta el *Mardi Gras*. De hecho, el año pasado me convenció para dejarlas encendidas incluso más tiempo. Por eso decidí no molestarme en quitarlas.

Scarlett suspiró, mirándolas con ternura.

—Quieres que las encienda, ¿verdad? —pregunté.

—¿Cómo lo has adivinado?

—Tu rostro se ha iluminado, valga el juego de palabras.

Ella sonrió.

—Son bonitas. Nunca había visto un magnolio iluminado.

—No digas más. —Saqué mi teléfono y, luego de dos clics, las luces se encendieron.

—Es una casa inteligente, me encanta.

—Lo primero que le dije a mi arquitecto cuando compré esta casa fue que quería que fuera una casa inteligente.

Scarlett dirigió una sonrisa soñadora al árbol.

—¿Quieres tomar algo? —pregunté.

—¿Sabes preparar un *Sazerac*?

—Por supuesto. Nací y me crié en Nueva Orleans.

—Bueno, ya lo he probado. A ver si el tuyo es tan bueno como el de Julian.

Me incliné un poco más hacia ella:

—Es mejor.

—Yo seré quien lo juzgue.

Noté que, poco a poco, aquel día se había ido relajando y vuelto cada vez más descarada, lo que me encantaba.

—¿Cuándo te mudaste aquí? —preguntó mientras la guiaba a la zona del bar.

Era pequeña en comparación con el resto del salón. El sofá ocupaba la mayor parte del espacio, pero me gustaba así.

—Empecé a buscar casa en cuanto comenzó el proceso de divorcio.

Scarlett se sentó en un taburete y noté apenas en ese momento que su vestido tenía una abertura en el lado izquierdo. Llegaba muy arriba, hasta la parte superior del muslo.

Joder. No vas a abalanzarte sobre ella, Chad. Todavía no. ¿Dónde demonios están tus modales?

El instinto prevaleció sobre la razón e inmediatamente me desplacé hacia el otro lado de la barra. No había caso. ¿Cómo se sentiría tener esas largas piernas envueltas alrededor de mí? Saqué todo lo que necesitaba para el *Sazerac* y Scarlett me miró fijamente mientras mezclaba los ingredientes.

Cuando le entregué el cóctel, me dedicó una pequeña sonrisa antes de llevarse la copa a los labios. Tras el primer sorbo, cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás.

No iba a poder controlarme. Volví a dar la vuelta a la barra y me quedé de pie junto a ella.

—¿Qué te parece?

Cuando me miró, se sobresaltó ligeramente.

—Esto me ha llevado al cielo y me ha traído de vuelta. —Bajó la voz hasta convertirla en un susurro y añadió—: Y sí, es mucho mejor que el de tu hermano. Pero no se lo diré, no quiero herir sus sentimientos.

—No te preocupes, yo me aseguraré de que lo sepa. La competencia es algo natural en la familia LeBlanc.

—Tomo nota. —Se movió y la abertura de su vestido se abrió aún más—. ¡Oh! —Rápidamente levantó la vista de su regazo hacia mí.

Tenía tanta hambre de ella que apenas podía controlarme. Así que, en lugar de luchar contra mis instintos, me rendí a ellos. Capturé su boca, saboreando el gusto a *Sazerac* en sus labios. En cuanto entrelacé mi lengua con la suya, gimió. Separé sus piernas y

me coloqué entre ellas. Al instante, apretó sus muslos contra los míos.

—Te deseo —afirmé.

Ella gimió contra mis labios y abrió los ojos.

—Yo también—susurró.

Le acaricié la cara con el pulgar, primero desplazándolo hacia la comisura de la boca y luego hacia la mejilla:

—Te deseo tanto...

La besé de nuevo, pero no me gustaba esa posición. Estaba demasiado baja. Quería poder explorar su cuello, su pecho, todo su cuerpo. Deslicé mis manos bajo su trasero y la levanté del taburete de la barra hasta la encimera. Perfecto, así estaba mucho mejor. Ahora podía besar su cuello todo lo que quisiera, y eso fue exactamente lo que hice a continuación. Deslicé mi boca por la parte delantera de su cuello hasta su pecho, trazando una línea recta sobre su piel.

—He querido hacer esto todo el día. ¿Llevas sujetador? —pregunté.

—No. —Su voz era entrecortada. Ya estaba temblando un poco —. El vestido tiene relle...

No esperé a oír el resto de la frase. Aparté la tela del escote hacia un lado y su pecho izquierdo asomó.

¿Había estado caminando así todo el día? Le acaricié el pezón con la lengua varias veces antes de meterlo en mi boca. Ella arqueó la espalda al sentir el contacto y mi erección se volvió tan dura que resultaba casi dolorosa. Inmediatamente me desabroché el cinturón y luego la cremallera, me bajé los pantalones y los calzoncillos, y apreté mi miembro con fuerza.

Eso me ayudó a aliviar un poco la tensión, pero no lo suficiente. En absoluto. Sabía que solo penetrarla me satisfaría.

Descubrí su otro pecho y lo acaricié con la palma de mi mano antes de llevar mi boca a ese pezón. En cuanto lo chupé, ella gimió y me agarró del pelo. Ese pezón parecía más sensible que el otro. Aparté la boca solo lo suficiente para poder hablar.

—¿Estás mojada para mí, Scarlett?

—Sí. Sí, lo estoy —jadeó.

—¿Cómo de mojada?

Ella rió con nerviosismo y respondió:

—Mucho.

—Será mejor que lo compruebe.

Sentí cómo todo su cuerpo se estremecía. Si seguía reaccionando con tanta intensidad a mis caricias, iba a follármela allí mismo, sobre la encimera.

Scarlett levantó el trasero mientras yo le subía el vestido hasta la cintura y la acercaba al borde de la encimera. Cuando rocé sus bragas con el pulgar, mi visión se volvió completamente negra. No había exagerado: la tela estaba casi empapada. Ella gimió y noté que estaba aún más excitada que yo. No tardaría mucho en correrse. Deslicé mi mano dentro de sus bragas, rozando primero su clítoris antes de introducir un dedo dentro de ella. Sus hombros se arquearon hacia atrás.

—Estás muy mojada.

—¡Sí, sí! —gritó Scarlett cuando presioné su clítoris con mi pulgar.

Me enderecé un poco para poder mirarla bien.

—Estás muy excitada —dije, moviendo lentamente el dedo—. Después de que me fuera aquella noche, ¿te tocaste?

—No —susurró mientras respiraba hondo.

—¿Te has estado conteniendo desde entonces?

Ella asintió:

—Eso no está bien. Me aseguraré de darte suficientes orgasmos esta noche para compensarlo.

Abrió los ojos de par en par y me miró fijamente.

Atrapé su labio inferior entre los míos antes de soltarlo y hacer una confesión:

—Cuando volví a casa esa noche, me masturbé pensando en ti. —Ella gimió, cerró los ojos y frunció el ceño cuando aumenté la presión de mis caricias—. Pensé en ti, en cómo sería penetrarte. Me alivió un poco, pero no era ni de lejos lo que quería. Te quería a ti.

—Dios mío, Chad. —Tenía la cara roja. Soltó el borde de la encimera y luego lo agarró con más fuerza.

—Esta noche te voy a follar muy bien, Scarlett. Te lo prometo, preciosa. Empezaremos con un orgasmo aquí mismo.

Un segundo después, ella se corrió y echó la cabeza hacia atrás. Su grito fue gutural, casi animal. De repente, una oleada de tensión recorrió su cuerpo. Prácticamente podía ver cómo se contraían sus músculos y luego se relajaban por completo. Sus dedos se aferraron aún con más fuerza a la encimera y, al cabo de unos instantes, la soltaron.

Rodeé su cintura con un brazo y extendí la mano sobre su espalda para que no se hiciera daño. Abrió los ojos de par en par y parpadeó, quedándose sentada, confundida, durante unos segundos. Luego me agarró por el cuello de la camisa y me atrajo hacia ella. La besé con tanta fuerza que apenas podía respirar. Ahora, después del orgasmo, Scarlett estaba diferente, más salvaje. Solo me detuve porque necesitaba recuperar el equilibrio; de lo contrario, habría sido capaz de voltearla y penetrarla allí mismo, en ese mismo instante.

Pero lo primero era lo primero: quería que estuviera completamente desnuda.

—Quítate ese vestido tan sexy —dije.

Ella asintió y yo se lo quité por encima de la cabeza. Sus muñecas se enredaron en la tela, lo que me dio una idea. En lugar de liberarla, dije:

—¿Qué te parece si te ato las manos?

Tragó saliva, se humedeció los labios y asintió sin decir nada. Mi miembro se crispó mientras usaba su vestido para atarle las manos a la espalda. Entonces se me ocurrió otra idea.

—Me apetece un *Sazerac*. Recuéstate.

Le quité las bragas mientras seguía mis instrucciones. Luego cogí el vaso y vertí unas gotas de la bebida entre sus pechos. En cuanto tocó su piel, jadeó. El hielo se había derretido, por lo que el líquido estaba frío. Lamí el rastro y a continuación vertí más justo encima de su ombligo. Dejé que casi llegara a sus partes íntimas antes de lamerlo. En el proceso, rocé su clítoris con la punta de la lengua y sus muslos temblaron. Estaba a punto de correrse de nuevo. En

lugar de poner mi boca en su centro, me enderecé y reclamé su boca. La besé lentamente, casi con mesura.

La abracé y sentí cada vibración que la recorría. La atraje agarrándola por su trasero hasta el borde de la encimera y empujé mi pelvis hacia adelante, frotando mi polla contra su entrada.

¡Joder!

Hundí mi cara en su cuello mientras movía mi pelvis hacia adelante y hacia atrás con movimientos lentos y controlados. ¿Cómo podía ser todo tan placentero?

De manera tardía, me di cuenta de por qué. No llevaba condón.

Me aparté, respiré hondo y dije:

—Maldita sea, necesito un condón. —Entonces recordé—: Mierda, no tengo ninguno. —¿Por qué había perdido la cabeza de esa manera?

—No lo necesitamos, si a ti te parece bien.

¿Que si me parece bien? A mí me parece estupendo.

La miré directamente a los ojos:

—Estoy sano. Me he hecho las pruebas.

—Yo también. Y llevo toda la vida tomando anticonceptivos. Así que, por favor, Chad, no pares.

Bajé la mirada y volví a frotar mi polla arriba y abajo por su entrada. Estaba posicionada en lo alto de la encimera, así que no podía penetrarla por completo, pero rocé su clítoris con la punta. Sus piernas volvieron a temblar y supe exactamente cómo iba a hacer que se corriera por segunda vez.

Me incliné sobre ella y la besé con fuerza mientras recorría su centro de arriba abajo. Moviendo mis caderas de manera lenta y decidida, ejerciendo presión con todo mi miembro sobre su clítoris, sentí cómo se acercaba al orgasmo. Cuando finalmente cedió al placer, la sensación reverberó por todo mi cuerpo.

Scarlett empujó su pecho hacia adelante y gimió contra mi boca. Me había encantado escuchar sus gritos y jadeos antes, pero besarla en ese momento, cuando se encontraba completamente vulnerable, fue mucho más íntimo.

Esa vez le costó más recuperarse. Su respiración era muy irregular. Besé su cuello y sentí su pulso contra mis labios.

—Chad... —susurró.

—Vamos al dormitorio, preciosa. O te follaré aquí mismo.

—Oh —jadeó. Sus párpados entrecerrados me indicaban que tener sexo en la encimera no sería ningún inconveniente.

Le liberé las manos al tiempo que Scarlett se incorporaba, y no tardó un segundo en cogerme el miembro y empezar a bombear.

—¿Te gusta? —pregunté.

—¿Si me gusta tu polla? Me encanta —respondió con una sonrisa.

Poniendo un brazo alrededor de su espalda y el otro debajo de sus rodillas, la levanté de la encimera, la llevé en brazos por la casa y subí las escaleras, que crujían con cada paso.

El dormitorio principal se encontraba en la primera planta. La puerta estaba abierta de par en par y Scarlett miró a su alrededor mientras entrábamos.

—Esto es una preciosidad —murmuró.

La cama era enorme, con una barandilla metálica a modo de cabecero. Tenía ideas muy concretas sobre ese cabecero, su vestido y sus muñecas, pero todavía no era el momento. Me desabrochó la camisa con tanta rapidez que logró quitármela antes de llegar a la cama.

La tumbé en la cama y ella rápidamente me quitó los pantalones y los calzoncillos. Los aparté de una patada y me dejé caer sobre el colchón. La llevé hacia el centro y me apoyé sobre las rodillas, observándola. Tenía el pelo completamente revuelto y algunos mechones le caían sobre los ojos. Sus rodillas estaban ligeramente flexionadas hacia un lado, lo que me dio una idea.

—Ponte de lado.

—Vale —respondió con evidente sorpresa, pero se giró de inmediato hacia su lado derecho, mirándome—: ¿Así?

—Sí.

Besé el costado de su cuerpo, empezando por el tobillo y subiendo hasta la rodilla. La oí jadear cuando ascendí por su muslo. Solo la estaba tocando con los labios, con mis manos apoyadas sobre el colchón. Cuando llegué a sus costillas, jadeó de nuevo.

Entonces me desvié hacia su pecho y lamí su pezón. Acto seguido, me tumbé también de lado, colocando mi polla detrás de ella.

Levanté una de sus piernas y la penetré. Mi intención era solo introducir la punta, pero no pude contenerme, ya no. Estaba tan mojada que me acogió por completo.

—Joder, Chad. —Su voz temblaba y su cuerpo ya presentaba un ligero temblor.

Me apretó con fuerza con sus músculos internos, apenas podía respirar. Todo mi cuerpo estaba en llamas, especialmente mi miembro. Empecé a mover las caderas, entrando y saliendo de ella mientras contemplaba su precioso rostro.

Me gustaba el ángulo porque podía alcanzar su clítoris con facilidad. Al principio presioné mis dedos ligeramente contra ese punto, pero luego comencé a dibujar círculos a la misma velocidad con la que empujaba dentro y fuera de ella.

Ella agarró una almohada y se la puso debajo de la cabeza. Tenía el rostro completamente enrojecido y respiraba de manera entrecortada.

—Chad, por favor, por favor —suplicó—. Necesito... Necesito c-...

Acerqué mi boca a su oído:

—Quiero oírte decirlo.

—Necesito correrme —dijo.

Ahora mi cuerpo no solo estaba en llamas, sino que era un auténtico incendio. Mi chica quería llegar al clímax y yo iba a complacerla.

Dejé de rodearle el clítoris y me limité a aplicar presión con los dedos, mientras seguía penetrándola de manera rápida y profunda. Ella intentó enterrar la cara en la almohada, pero le pedí:

—Quiero escuchar tus gritos.

Al segundo siguiente, gritó mi nombre. Su orgasmo anterior había sido intenso, pero este era de otro nivel.

Scarlett gritó mi nombre una y otra vez. Levantó la pierna y se ablandó por completo. Su coño estaba tan contraído y humedecido que cedí a mis propias necesidades. Me corrí justo en ese mismo instante, con ella, y fue una sensación tan gloriosa e intensa que se apoderó de todo mi cuerpo.

Cada una de mis células ardía por aquella preciosa mujer que había irrumpido en mi vida cuando menos lo esperaba.

Capítulo Diecisiete

Scarlett

Me sentía completamente exhausta, pero tan, tan feliz. Por otra parte, para mi asombro, no tenía sueño. Tumbada boca arriba, giré la cabeza para mirar a Chad, y él me sorprendió moviendo las cejas de manera pícara.

—¿Por qué tienes ese aire tan presumido? —pregunté con tono burlón.

—A ver. ¿Tú por qué crees? —Se inclinó hacia delante y me dio un pequeño beso en el hombro. Me reí y bajó hasta uno de mis pechos.

—Ya me está llamando.

—Por supuesto que sí —dije.

Cuando me chupó el pezón, arqueé la espalda y, al bajar aún más, suspiré con satisfacción. Pero entonces, para mi consternación, mi estómago rugió.

Chad sonrió contra mi vientre y me dio una palmadita en la pierna, enderezándose:

—Tengo que ofrecerte algo de comer.

—No entiendo cómo puedo tener hambre con todo lo que he comido.

—Vamos a ducharnos. —Me tomó de la mano y me besó el dorso —. Y luego te prepararé la cena.

—Puedo preparar algo delicioso —ofrecí mientras salía de la cama.

—No. Estás todo el día cocinando en el restaurante. Mientras estés conmigo, yo me ocuparé de ti.

Ni siquiera sabía cómo reaccionar. Aunque sabía que lo decía de verdad, tras pasar toda mi vida ocupándome de todo el mundo, incluso de mis propios padres, me resultaba extraño que alguien lo hiciera por mí. Desde que tenía uso de razón, me había encargado de las tareas de la cocina.

Me abrazó por detrás mientras me guiaba al baño. Caminar juntos así era un poco extraño, pero no lo habría cambiado por nada

en el mundo; no quería que me soltara.

—¡Vaya! —exclamé cuando entramos en el cuarto de baño.

Era enorme. Había una bañera exenta en una esquina de la habitación con una lámpara de techo encima. Me imaginaba tumbada allí, en el agua caliente, con un buen libro. También tenía una enorme ducha a ras de suelo y un lavabo individual.

—¡Me pido la bañera!

Podría pasar todas las tardes aquí.

Sacudí mi cabeza para borrar ese pensamiento. Se suponía que solo pasaría allí la noche, eso era todo. No era apropiado soñar despierta con hacer algo juntos en ese cuarto de baño después de aquella noche.

—Claro. Puedo llenarla de agua si quieres, así te relajas mientras cocino.

Me di la vuelta y lo miré fijamente:

—¿Hablas en serio? Al menos puedo ayudar a cortar los ingredientes, o lo que necesites.

Tapó mi boca con un dedo:

—No.

—Pero hoy no he trabajado.

—Scarlett, ¿por qué estás tan empeñada en no relajarte?

—La verdad es que no sé cómo hacerlo —confesé.

Se acercó a la bañera y abrió el grifo del agua caliente.

—¿Qué significa eso?

Me crucé de brazos para cubrir mi cuerpo, sintiéndome extrañamente incómoda por mantener una conversación desnuda.

—Cuando era niña, mis padres trabajaban mucho y tuve que empezar a cocinar cuando tenía unos ocho años. Luego me hice cargo de todas las tareas de la cocina.

Frunció el ceño:

—¿Siempre tenías que ocuparte tú de la comida?

—No siempre, pero sí a menudo. —Incliné la cabeza y dije con severidad—: Oye, no juzgues a mis padres.

—No los juzgo. Es solo que... Me cuesta imaginar a un niño haciéndose cargo de la cocina.

—En general, me divertía. Y de adulta, cuando estaba con *mi ex*, si queríamos comer, tenía que cocinar yo. Siempre decía que, como chef de *cuisine*, llevaba el peso de la cocina sobre sus hombros.

—¿Entonces, qué, tú trabajabas menos? —Sus fosas nasales se dilataron.

—No, pero daba a entender que mi trabajo no era tan importante. Nunca encajamos realmente. —No sabía por qué le estaba contando eso a Chad ahora—. Empezamos a salir poco después de que lo contrataran como *sous-chef* en el restaurante. Cuando lo ascendieron, llevaba dos años con él. Siempre había sido distante, pero entonces se volvió insoportable. Para colmo, vivíamos juntos, así que tenía que aguantarlo tanto en el trabajo como en casa. —Tragué saliva y añadí en un susurro—: La cosa se puso muy fea. Algunos compañeros de trabajo le dijeron que no soportaban su constante maltrato hacia mí. Sinceramente, eso fue lo que hizo que me diera cuenta de la realidad. A la semana siguiente me mudé con mis padres y dejé mi trabajo, a pesar de que no tenía otro en vista.

Mierda. Ahora que lo decía en voz alta, me sentía realmente estúpida.

—Más le vale a ese tío que nunca me lo encuentre.

—No veo cómo podrían cruzarse vuestros caminos. Aunque me encantaría que viera que un hombre tan guapo y perfecto como tú se haya fijado en mí.

Se acercó.

—¿Por qué lo dices como si fuera un disparate?

¿Por qué de repente le estaba revelando todos mis secretos y miedos más profundos a Chad? No podía callarme.

—No importa... —dije.

Se acercó aún más y me tocó la cara con una mano:

—Quiero saberlo.

—Cuando rompimos, me dijo que nunca encontraría a nadie. Que él era lo mejor que podía conseguir porque generalmente mi aspecto era un desastre, con mi uniforme de cocina y mi gorro...

—Vale, déjame detenerte ahí. —Chad tenía una mirada dura y penetrante al hablarme—. Eres jodidamente increíble y, a decir verdad, creo que estás muy sexy con tu uniforme.

—Bah, estás exagerando...

—Lo digo en serio. No tienes ni idea de lo difícil que me resulta mantener las manos quietas cuando te veo en uniforme.

Abrí la boca con la intención de seguirle la broma, pero su mirada se volvió muy intensa. Contuve el aliento.

—Dios mío. Lo dices en serio.

—Claro que lo digo en serio. Nunca dudes de ti misma, y menos por culpa de ese idiota.

—Bueno. Que sepas que poco a poco voy mejorando, y estoy recuperando la confianza en mí misma.

Acercó su boca a mi oído:

—Cuando no sea así, estaré aquí para recordarte que eres increíble.

—Madre mía, me has dado una noche de sexo increíble, y ahora haces que me derrita con palabras bonitas. ¿Qué más me espera?

Se enderezó:

—Una cena deliciosa. Voy a darme una ducha rápida mientras tú te relajas aquí.

Observé cómo se metía en la ducha; su trasero era, digamos, tan impresionante como su parte delantera. Acto seguido, decidí unirme a él, entrando bajo el chorro de agua.

Chad permanecía de espaldas, y aunque yo creía estar justo detrás de él sin que me notara, se giró y dijo:

—Te he oído.

—No era mi intención asustarte. Solo pensé que quizá necesitarías una mano para enjabonar esa preciosa espalda y ese bonito culo.

—No me voy a negar a eso.

Me gustaba la naturalidad que había entre nosotros. No me lo esperaba, porque me costaba mucho abrirme a los demás. Pero era maravilloso.

—Me encanta esto. No había tenido la oportunidad de hacerlo antes —murmuré, deslizando mis manos suavemente por su espalda.

Entonces decidí ponerme traviesa y enjaboné también su parte delantera, prestando especial atención a su erección. Jadeé al

notarla.

Él sonrió y se dio la vuelta.

—¿Cómo ha pasado esto? —pregunté genuinamente confundida.

—Scarlett, estoy empalmado la mayor parte del tiempo cuando estoy contigo.

—Bueno, al menos ahora puedo hacer algo al respecto. —Quería rodear su miembro con mi mano, pero él me agarró la muñeca.

—No.

—¿Por qué no?

Me agarró del pelo con suavidad para inclinar ligeramente mi cabeza hacia delante y me besó en la mejilla.

—Ve a darte un baño en la bañera, Scarlett. Tu cuerpo necesita un descanso.

Descendió con sus labios hasta mi mandíbula y luego se metió bajo el chorro de la ducha.

¿Cómo podía ser tan considerado?

Decidí no provocarlo más. En su lugar, me dirigí a la bañera, que ya tenía algo de agua, y me sumergí. Desde allí, tenía una vista inmejorable de él en la ducha, lo que me permitía seguir disfrutando de su cuerpo.

Salió unos minutos más tarde y se envolvió en una toalla.

—¿Cuándo quieres que baje? —pregunté.

—Te avisaré. —Después de ajustarse la toalla, se acercó a mí y me dio un beso en el hombro—. Relájate. Yo me encargaré de todo.

Sus palabras hicieron que todo mi cuerpo se relajara.

—Gracias.

Yo era de las que siempre sentían la necesidad de hacer algo. Pero mientras estaba tumbada en la bañera, mirando al techo, me di cuenta de que, en realidad, disfrutaba de esa sensación de relajación.

Me quedé en el agua hasta que se enfrió y entonces decidí unirme a Chad en la cocina. Dijera lo que dijera, siempre le vendría bien un poco de ayuda.

Me sequé con una toalla y pensé en envolverme en otra toalla seca, pero al final decidí volver a ponerme el vestido, aunque sin preocuparme en ponerme las bragas.

La casa olía de maravilla. Al salir del dormitorio, la habitación de Bella atrajo mi atención, y sonreí. Estaba llena de cosas de *Harry Potter*, y me alegró que Chad la consintiera.

Reconocí el olor del *gumbo*[1] incluso antes de entrar en la cocina. Me detuve al pie de la escalera, observándolo en silencio por unos instantes. Su físico era una maravilla, con unos abdominales impresionantes. No pude evitar recordar cómo había disfrutado de sentirlos firmemente contra mi cuerpo.

—¿Has conseguido relajarte? —preguntó.

—¿Sabías que estaba aquí?

—Las escaleras crujen muchísimo. Te oí bajar.

Me uní a él al segundo siguiente.

—Era un buen momento para admirar todos esos músculos en acción.

Eché un vistazo a la olla que hervía a fuego lento, luego le quité la tapa y olí el aroma.

—Huelo apio. —Mi estómago rugió muy fuerte.

Chad me besó en la nuca y me estremecí.

—Ya está listo. Siéntate y te serviré un plato.

—¿Sin arroz? —pregunté.

Él levantó una ceja.

—¿Acaso crees que soy un aficionado? —Al instante, señaló hacia la derecha.

—Ah, una arrocera. Bien pensado.

—Siempre hago trampas con el arroz.

—No es mala idea, porque así no tienes que estar pendiente de dos cosas a la vez.

Llenó dos cuencos y sacó una enorme ración de arroz de la olla antes de sentarse conmigo a la mesa.

Probé un bocado y asentí con sorpresa:

—Chad, esto está increíble.

—¿Esperabas que te sirviera una porquería? —preguntó con una sonrisa.

—Por supuesto que no. Pero esto está a la altura de un chef.

—Te dije que de vez en cuando trabajaba en la cocina.

—Gracias por cocinar y cuidar de mí.

Me puso una mano en la rodilla:

—Para mí es un placer. ¿Por qué te has puesto el vestido?

—No sabía qué otra cosa ponerme. Me parece un poco ridículo andar en toalla. Y tus toallas de baño no son lo suficientemente grandes como para taparlo todo. —Me pasé la mano por el pelo, pero se me enredó—. Mierda, debería haberme lavado el pelo. Lo haré cuando llegue a casa.

—Tengo una idea. —Sonriendo, acercó la boca a mi oído—. ¿Qué tal si te quedas a pasar la noche y te mimo también con el desayuno?

Mi estómago dio un vuelco. No había contado con eso en absoluto. Todo lo que había pasado desde que conocí a Chad había sido completamente inesperado.

—Con una condición —dije.

—¿Cuál?

—Que esta noche te aproveches por completo de mí.

Me encantó sentir su aliento en mi oído cuando murmuró:

—Bueno, tenía pensado seducirte después de cenar de todos modos.

—Genial, me encanta la idea.

—¿Qué vas a hacer mañana?

—No tengo planes. ¿Y tú?

—Voy a pescar con mi padre y mis abuelos.

—¿En el pantano?

Él asintió.

—Hace mucho que no voy y quiero asegurarme de que todo vaya bien.

Eso me pareció muy bonito de su parte.

—¿Vas muy a menudo?

—Siempre que tengo tiempo, al igual que mis hermanos. Mi padre va con los abuelos la mayoría de las veces, pero últimamente he empezado a pensar que mi padre también necesita la supervisión de un adulto.

Dios mío. Me resultaba adorable que se preocupara de esa manera por su familia. Aquello hizo que me preguntara si Chad era

así. Simon solo se preocupaba por sí mismo, pero lamentablemente me di cuenta demasiado tarde.

Por mi parte, siempre estaba al tanto de lo que hacían mis padres, porque me importaban mucho. Pensaba que era algo propio de los hijos únicos, pero Chad estaba demostrando que no era así.

Una vez finalizada la cena, me dispuse a retirar los platos para despejar la mesa, pero él me lo impidió.

—No, ya lo hago yo.

Me quedé de pie, apoyando mis manos en las caderas. *Este hombre.*

—¡Chad, en serio! ¿Qué se supone que debo hacer yo?

—Prepararte para el resto de la noche. —Para rematar, me dio una palmadita en el culo.

Apreté los labios:

—¿Estás seguro de que quieres que pase la noche aquí?

En respuesta, simplemente me atrajo hacia él.

—Sí. ¿Por qué no?

—Ambos tenemos nuestras... razones y reglas.

Sonrió, tocándome el labio inferior con el pulgar.

—Ya están rotas, preciosa. ¿Por qué no seguimos rompiéndolas?

1. Nota del traductor: El ***gumbo*** es un guiso cremoso, espeso y especiado originario de Luisiana, Estados Unidos, que combina influencias culinarias de las culturas africana, francesa, española y nativa americana. Se prepara a partir de un *roux* (una mezcla de harina y grasa), verduras como apio, cebolla y pimiento, y puede incluir proteínas como mariscos, pollo o salchicha andouille, servido tradicionalmente con arroz.

Capítulo Dieciocho

Scarlett

—Jamás hubiera imaginado que podías estar tan sexy con ropa de pesca. Pero tu superpoder es estar sexy con cualquier cosa, ¿no? —pregunté. Llevaba pantalones caqui, pero de alguna manera le sentaban de maravilla.

Chad se rió y me besó en la frente.

—¿Estás lista para irnos?

Asentí.

—No tienes por qué llevarme.

—Scarlett, déjame complacerte.

—¿No se suele ir a pescar muy temprano por la mañana?

—Llevan allí desde las cinco, pero no podía dejarte sola en mi cama. De hecho —dijo, acercándose—, estoy dudando si ir o no.

—No puedes dejarlos plantados.

"Un compromiso es un compromiso". Eso era lo que mi padre solía decirme cuando era más joven. Forjaba el carácter. Y tenía razón.

Él asintió y respiró hondo:

—Es cierto.

—Muy bien, entonces, vamos —insistí, porque Chad empezaba a poner una mirada sensual. Sabía que eso significaba que estaba planeando desnudarme.

Caminé con paso ligero hacia el coche. Una vez dentro, me di cuenta de que no había comprobado si llevaba todo lo necesario en el bolso. Por otra parte, la noche anterior no había sacado muchas cosas, pero siempre merecía la pena revisar. Al buscar mi teléfono, vi que tenía una llamada perdida.

—Qué raro. Tengo una llamada perdida de un número que no tengo guardado. Pero no parece *spam*. —Se lo pasé.

—¿Sabes si es del restaurante o algo así?

Chad miró la pantalla:

—Es Isabeau.

Me sorprendí:

—¿Cómo es posible que tenga mi número?

Chad se rió mientras el coche avanzaba:

—Estás bromeando, ¿verdad? Mi abuela es tremenda, consigue todo lo que quiere. Además, es muy fácil encontrar tu número, está en nuestros registros de Recursos Humanos.

—¿Qué crees que quiere?

—Ni idea. Llámala y compruébalo.

Me sentía un poco incómoda con la idea de tener una conversación con la abuela de Chad, pero sería descortés ignorarla, así que le devolví la llamada.

—Buenos días, Scarlett. Soy Isabeau.

—Hola, Isabeau.

—Espero que no te importe que haya preguntado por tu número.

—En absoluto. ¿En qué puedo ayudarte?

—Celine y yo estamos en la tienda. Nos preguntábamos si tenías tiempo libre hoy, pues nos encantaría que te pasaras por aquí.

Miré a Chad, que claramente había escuchado lo que había dicho su abuela. Le pregunté articulando mi boca, sin emitir sonido alguno:

—¿Te parece bien?

Chad asintió.

—Claro —respondí al teléfono.

—Estupendo —repuso ella.

—Solo que no sé a qué hora llegaré.

—Oh, tómate tu tiempo, cariño. Los domingos no son para correr. Estamos deseando verte.

—Yo también —confesé.

Después de colgar, Chad me preguntó:

—¿Quieres que te lleve directamente allí?

—No, primero tengo que cambiarme o tus abuelas atarán cabos.

Él sonrió:

—Me sorprendería que aún no lo hubieran hecho.

Sentí cómo me sonrojaba.

—¿Cómo es posible eso?

—Bueno, para empezar, esta mañana les envié un mensaje a mis abuelos para decirles que llegaría tarde, cosa que nunca hago.

—Así que yo soy la mala influencia aquí, ¿eh?

Chad se echó a reír:

—No digo que ya lo sepan, pero podrían sospecharlo.

—¿Y cómo te sientes al respecto? —pregunté, y luego me reprendí internamente. No quería ponerlo en una situación incómoda.

—No me importa que la familia lo sepa, solo quiero que no te pongan en un aprieto. —Frunció el ceño—. De verdad quieres ir a la tienda, ¿no?

—Sí. Me parece muy emocionante que hayan decidido abrir un negocio tras jubilarse.

—Todos nos sorprendimos, especialmente los abuelos. Pero están muy contentos.

—¿Cómo se les ocurrió la idea?

Seguimos hablando de la tienda hasta que llegamos a mi edificio. Maldición, ¿por qué tenía que vivir tan cerca? No estaba lista para despedirme de Chad.

Salimos juntos del coche, y él me acompañó hasta mi edificio. Una vez dentro, subimos las escaleras uno al lado del otro.

—No tenías por qué acompañarme hasta la puerta —susurré cuando llegamos a mi apartamento.

—Los buenos modales ante todo —repuso.

—Me gusta eso de los caballeros sureños.

—Caballero, en singular. Solo yo.

Tragué saliva mientras abría la puerta principal.

—Por supuesto, solo tú. —Mientras lo miraba a los ojos, tuve que confesar—: Y ni siquiera estabas en mi radar.

—Hmm. —Enrolló un mechón de mi cabello entre sus dedos—. Podría decir lo mismo.

—Pásatelo bien con tu padre y tus abuelos —respondí. Nos miramos a los ojos y luego le di un golpecito en el pecho—. Te ha vuelto ese brillo en la mirada. Solo por confirmar, ¿está relacionado con pensamientos indecentes?

—Sí. No puedo creer que te hayas dado cuenta. —Sonrió y se enderezó.

—Fue una suposición basada en una observación muy meticulosa.

—Vale, entonces nada de despedidas. O no podré deshacerme de esos pensamientos. Diviértete hoy, Scarlett. Avísame si necesitas que te salve más tarde.

—Estoy segura de que no lo necesitaré —repliqué y entré en mi apartamento.

Me dirigí hacia mi cómoda y me cambié rápidamente, poniéndome unos pantalones y una camiseta sin mangas. Quería volver a ponerme un vestido porque me encantaba verme femenina en mi tiempo libre, pero necesitaba llevar zapatillas deportivas: mis pies seguían quejándose por lo del día anterior.

Llegué al Barrio Francés casi una hora más tarde y seguí las indicaciones de mi teléfono para llegar a *Fragrant Delights*.

He estado en la calle Dumaine varias veces desde que me mudé aquí. ¿Cómo es posible que no haya visto su tienda?

Unos minutos más tarde, descubrí el motivo. Era muy pequeña, con un escaparate del ancho de una ventana. El letrero estaba oxidado y era difícil de leer.

Desde fuera, pude ver que había bastantes compradores en el interior. Y, efectivamente, Celine e Isabeau estaban atendiendo a sus clientes. La tienda parecía muy larga y estrecha, y se extendía hasta el fondo del edificio.

Al abrir la puerta, sonó una campana e Isabeau giró la cabeza en mi dirección:

—Bienvenida, cariño.

—Vamos a terminar de atender a estos clientes —dijo Celine—, y luego estaremos contigo.

—Tomaros vuestro tiempo. Mientras tanto, yo echaré un vistazo.

Ambas llevaban el pelo recogido otra vez. Por su parte, Isabeau se había maquillado los ojos con delineador negro, le quedaba perfecto. Celine parecía preferir un *look* más natural.

El lugar era fascinante. El aire estaba lleno de fragancias, pero me costaba distinguirlas. Mi olfato de chef era muy refinado en lo que se refería a las especias, pero no a los perfumes. Los estantes, que cubrían las paredes de lado a lado, desde el suelo hasta el

techo, estaban repletos de frascos de cristal de todas formas y tamaños. Aunque la mayoría eran pequeños, se distinguían algunos más grandes con tapa. Me pregunté qué contendrían.

Entre ellos había flores secas y, para mi fascinación, cristales de todos los colores. Las etiquetas de los frascos eran preciosas. Al principio pensé que habían utilizado una fuente cursiva, pero cada etiqueta era diferente. El lugar simplemente rezumaba calma y tranquilidad.

Al fondo de la tienda se ofrecían otras lociones, también envasadas en pequeños frascos de cristal. Al instante, divisé la crema de manos de jazmín favorita de Bella. Había muchas otras, como manteca corporal de rosa y aceite de lila. En la parte posterior de cada frasco había una lista de ingredientes, así como sus supuestas propiedades. Además, tenían un probador para todo, así que abrí sin pudor varios de ellos y acerqué la nariz para oler las fragancias. Sentí unas ganas irresistibles de gastar mi primer sueldo en todo lo que la tienda ofrecía.

Como pasaba mucho tiempo rodeada de olores de cocina, solía elegir cremas que no tuvieran ninguna fragancia, pero aquellas eran diferentes. No estimulaban mis sentidos en exceso. Al contrario, tenían un efecto calmante.

La tienda también vendía velas perfumadas. Podría pasar horas allí y empezar desde el principio a oler todo lo que aún no había probado.

La campana volvió a sonar y todos los clientes salieron.

—Ah, eran un grupo —comenté.

Celine e Isabeau se acercaron a mí.

—Sí, tenemos muchos. Algunos puestos de información turística difunden información sobre nosotras. Pero hoy estamos más liadas de lo habitual porque la semana que viene la tienda estará cerrada. Vamos a llevar a Bella a Disney. —Ambas rebosaban de orgullo, como era de esperar.

—Nos alegra mucho que hayas venido —dijo Isabeau mientras me acomodaba el pelo sobre los hombros.

Fue un gesto tan maternal que me pilló completamente desprevenida. No estaba acostumbrada a eso. Y no porque mi

madre careciera de afecto —al contrario, era una de las personas más cariñosas que conocía—, sino porque su vida siempre había sido un torbellino. Constantemente yendo con prisa de un trabajo a otro. Nunca tenía tiempo para hacer una pausa y disfrutar de las pequeñas cosas de la maternidad.

—¿Te lo pasaste bien ayer? —preguntó Celine, haciéndose la distraída.

—Sí. Estuve paseando por la ciudad y me lo pasé genial. —Cerré la boca antes de darles demasiados detalles.

Intercambiaron una mirada. Isabeau no dejaba de observar mi sonrisa. Oh, Dios, se me estaba iluminando la cara. ¿Se habrían dado cuenta de que me había enrollado con su nieto?

—¿Te gustaría tener una fragancia personalizada? —preguntó Isabeau.

—Me encantaría.

—Es lo que la mayoría de la gente viene a buscar.

—Este lugar es increíble. Los aromas, los frascos y los cristales. ¿Qué hacen exactamente los cristales?

—Equilibran las energías —explicó Isabeau—. Acompáñanos detrás del mostrador.

—La verdad —dijo Celine en voz baja—, creo que sería mejor que se quede delante. Así podríamos verla mejor.

Isabeau asintió:

—Tienes razón. Scarlett, puedes sentarte en uno de estos taburetes.

El mostrador estaba ingeniosamente construido para que se pudieran deslizar las piernas debajo.

—¿Qué tipo de perfume sueles usar? —preguntó Isabeau.

—Ninguno —admití—. Temo que pueda afectar mi olfato al cocinar.

Ella suspiró:

—Uf, la pesadilla de cualquier chef. Pero si confías en nosotras, te prepararemos uno que no te molestará a la hora de cocinar.

—Confío en vosotras —dije con confianza. Ambas tenían un efecto calmante en mí.

—Estupendo. Entonces, dame la mano —dijo Celine—. Quiero ver tus líneas de la vida.

Empecé a reírme porque estaba segura de que me estaba tomando el pelo, pero ella no se rió.

—Espera, ¿lo dices en serio? —pregunté.

Isabeau chasqueó la lengua en señal de desaprobación:

—Celine, tienes que ser más precavida con la chica. Pensará que estamos locas.

Celine resopló:

—Todo el mundo ya nos tiene por locas, creía que te daba igual.

—No me importa lo que piense la gente en general, pero quiero caerle bien a Scarlett.

—Me caéis bien —intervine. Luego, para demostrarlo, le tendí la mano a Celine.

—Umm... —dijo, mirando las líneas y frunciendo aún más el ceño, como si no le gustara lo que veía. Pero luego levantó la vista triunfante y añadió—: Isabeau, ven a echar un vistazo.

Isabeau se acercó, se colocó detrás de mí y se inclinó para mirar mi palma.

—Me lo imaginaba —dijo Celine.

—¿Alguna me lo puede explicar?

—Oh, no, no —dijo Isabeau—. Eso es solo un dato para nosotras, para que podamos elegir una buena fragancia.

—¿Necesitabais leerme la mano para eso? —pregunté atónita. Era obvio que sabían mucho más de lo que estaban contando.

Celine me guiñó un ojo:

—Hasta hace unos treinta años, pensaba que todo esto era una tontería. Una señora más vieja que la tos, incluso más que nosotras dos, me dijo que Isabeau se convertiría en mi mejor amiga. Pensé que estaba loca. Eso fue en una época en la que a ninguna de las dos nos entusiasmaba la idea de que nuestros hijos estuvieran juntos. Pensábamos que eran demasiado jóvenes. ¿Y qué crees? Ahora es mi mejor amiga. Así que creo firmemente que estas líneas no son una casualidad.

—Y así y todo, seguís sin decirme lo que veis. ¿Qué me espera?

—No somos adivinas, querida —dijo Celine en voz baja.

—Oh.

Me sentí un poco decepcionada porque me había emocionado con la idea de saber lo que me deparaba el futuro. Siempre me había gustado anticipar lo que la vida me tenía reservado.

—Lo que sí puedo decir es que ciertas líneas están relacionadas con determinados rasgos, al igual que el horóscopo. Y eso nos ayuda a asignarte fragancias que podrían gustarte. Veamos si acertamos —añadió Celine.

Mientras ambas trabajaban mezclando sus brebajes, pensé en mi mudanza a Nueva Orleans y en lo afortunada que había sido, tanto con mi trabajo como con Chad. Me aterrorizaba que las cosas salieran mal, pero al mismo tiempo no podía negar lo mucho que quería que él formara parte de mi vida.

Se miraron.

—También podemos darle nuestro ingrediente secreto.

Isabeau hizo un gesto de desestimación con la mano:

—Puede que ni siquiera le guste.

—¿Cuál es el ingrediente secreto? —pregunté con entusiasmo.

—Primero veamos si le gusta —le dijo Isabeau a Celine, como si yo no hubiera dicho nada.

—Funciona, incluso aunque no le guste —respondió Celine.

—Celine —la reprendió Isabeau.

¿Qué estaba pasando?

Celine se agachó y desapareció bajo el mostrador durante una fracción de segundo. Luego se incorporó, sosteniendo una pequeña botella violeta. Le quitó el tapón y me la ofreció.

Olí el aroma que desprendía.

—Dios mío, es increíble. Tan fresca, pero intensa a la vez. ¿Qué es?

—Lila. Estamos convencidas de que en realidad es una poción de amor —respondió Celine—. Al menos, yo siempre he estado convencida de ello. Mi abuela y mi madre solían hacer su propio perfume. Así que, cuando cumplí los dieciocho años, me regalaron uno que tenía unas gotas de lila. Me casé antes de que acabara el año.

Mi corazón se aceleró.

—Qué interesante. La verdad es que ni siquiera estoy segura de querer casarme —dije con sinceridad.

Isabeau se rió:

—Ay, querida, puede que cambies de opinión. A nosotras nos encantaría organizar una boda.

Me llevó unos segundos procesar lo que había dicho. Sentí que mis ojos se abrían de par en par, pero forcé una expresión neutra, ya que las dos me observaban fijamente.

—Y luego le di esto a mi querida Adele cuando cumplió diecinueve años —comentó Celine—. Estaba desesperada porque nadie la había invitado al baile de graduación, así que quise darle un empujoncito. Al mes siguiente conoció a Remy.

—Y el resto es historia, como ya sabes —concluyó Isabeau, mirándome con una sonrisa dibujada en los labios—. ¿Entonces, qué te parece? ¿La quieres en tu perfume?

Era una pregunta trampa. Si decía que no, probablemente acabaría con la conversación, pero... me gustaba mucho.

—Me encantaría.

Capítulo Diecinueve

Scarlett

Me quedé en la tienda media hora más. Isabeau y Celine empaquetaron mi perfume en un frasco muy elegante, pequeño y de color verde oscuro con tapón dorado. Me aseguraron que podían preparar más cuando yo quisiera porque tenían la fórmula escrita.

Me hubiera quedado en la tienda el resto del día, pero entró un grupo de clientes y no quise molestar. Una vez que salí con mi pequeña bolsa, me aventuré por las calles sin rumbo fijo, las cuales se fueron animando y llenando de gente a medida que avanzaba el día. Recorrí el Barrio Francés sin molestarme en consultar el mapa, disfrutando de cada una de sus pequeñas *boutiques*. Prefería explorar así, en lugar de apresurarme para alcanzar un destino específico. No volví a casa hasta las cinco de la tarde.

Entré en mi estudio sintiendo una alegría inmensa. Observé el lugar, mordiéndome el labio, antes de sentarme en el sofá cama para cerrar los ojos un instante. Me pregunté cómo era posible sentirme tan agotada. No obstante, no había dormido mucho la noche anterior y el día había estado repleto de acontecimientos.

Saqué el teléfono del bolsillo trasero con la intención de pedir algo para cenar. Ni de coña iba a cocinar. Entonces, mi corazón dio un vuelco cuando vi que tenía algunos mensajes de Chad. Me quedé embobada, sonriendo a la pantalla.

Me había enviado el primero después de que llegara a la tienda.

Chad: Espero que las abuelas no te estén volviendo loca. Avísame si necesitas que te rescate.

Y luego un segundo mensaje, una hora más tarde.

Chad: ¿Todo bien? Al parecer, estáis teniendo un día bastante productivo.

Me había enviado el último hacía apenas media hora.

Chad: Según cuentan los rumores familiares, has sobrevivido al día. Llámame cuando puedas.

Me sentí mal por no haberlos leído antes, pero no estaba acostumbrada a mirar el móvil durante el día. El ritmo en la cocina

era demasiado intenso. Llamé inmediatamente a Chad y él respondió antes de que terminara el primer tono.

—Empezaba a preocuparme.

Hice una mueca de disgusto.

—Lo siento. No suelo comprobar el móvil durante el día. Es un hábito del trabajo.

—¿Sigues en el Barrio Francés?

—Estoy en casa. Tus abuelas me han hecho un perfume personalizado —dije, rebosante de orgullo. Eso significaba que tenía su aprobación, ¿no?

Ay, Scarlett, ¿para qué demonios necesitas su aprobación? Tú y Chad habéis pasado una noche increíble juntos, pero nada más.

—Eso he oído. Ambas están encantadas.

—Nos lo pasamos muy bien —coincidí—. La tienda tiene un ambiente increíble. Me veo haciendo algo similar cuando me jubile.

Se rió entre dientes:

—¿En serio?

—Sí. O sea, parte de ser chef es jugar con los aromas y asegurarse de que todo encaje. Hacer perfumes no es tan diferente y es mucho menos intenso.

—Me alegro de que lo hayáis pasado bien juntas. —De repente, su voz adquirió un tono tenso.

—¿Por qué lo dudabas?

—Algunas personas piensan que son demasiado intensas.

Me reí.

—Eso es imposible. ¿Quién diría algo así?

—Mi ex —respondió al instante.

—Oh. —Se me revolvió el estómago.

—Ella se empeñaba en evitar a la familia, especialmente a mis abuelas.

—Qué pena —susurré. No podía imaginar que a alguien no le cayeran bien Celine e Isabeau—. ¿Qué tal el día de pesca en el pantano? ¿Visteis caimanes? —pregunté en broma.

—Como media docena.

—Estás bromeando, ¿verdad?

—No. Podemos hacer una excursión por el pantano cuando quieras. Verás caimanes a montones. —Se rió.

—Eem... gracias por la generosa oferta, pero creo que voy a pasar.

—Pensaba que te encantaba explorar.

—Los caimanes son mi límite.

Soltó una risita.

—Tomaré nota.

De repente, mi estómago rugió.

—Uf, necesito pedir algo para cenar. Debería haberme quedado más tiempo en el Barrio Francés para comer algo. Pero estaba un poco cansada, seguramente por haber pasado la noche haciendo cualquier cosa *menos* dormir.

—¿Te arrepientes de no haber dormido, preciosa? —Su tono era burlón, pero me di cuenta de que también quería saber la respuesta.

—En absoluto —susurré. Tragué saliva con fuerza y añadí en voz baja—: ¿Y tú?

Por favor, que no diga que sí.

—En absoluto. —Y entonces volví a sonreír—. ¿Sabes qué? Tengo una idea. No pidas nada para cenar. Te enviaré algo.

—¿Qué quieres decir?

—Lo que has escuchado: Te enviaré algo; te va a encantar.

—¿Quieres sorprender a una chef con comida? —pregunté incrédula.

—Bueno, creo que lo del roscón de Reyes me salió bastante bien, ¿no? —replicó.

No pude evitar reírme.

—Es cierto. Que me trajeras un roscón de Reyes en abril fue fundamental para que me llevaras a la cama tan rápido. —Apreté los labios, un poco avergonzada por haberlo soltado así, porque en realidad lo quería en mi cama desde mucho antes. *¡Scarlett, contrólate!*

—Entonces estoy impaciente por saber qué efectos tendrá la sorpresa de esta noche.

Después de colgar, llamé a mis padres, feliz de tener la oportunidad de ponerme al día con ellos. Mi padre contestó el

teléfono y encendió inmediatamente la cámara.

—¡Hola, princesa! —Me encantaba que todavía me llamara así. Cuando era pequeña, me leía cuentos todas las noches antes de acostarme y me daba un beso en la frente justo antes de que me durmiera, susurrándome "Dulces sueños, princesa".

Aunque trabajaban muchas horas, ambos me dieron mucho amor durante mi infancia.

—Escucha, el inútil de Simon le envió un mensaje a tu madre por Facebook el otro día. Le preguntó si tenías un nuevo número.

Se me hizo un nudo en la garganta. No les había contado a mis padres el alcance del maltrato de Simon porque no quería preocuparlos, pero tenían buen instinto y estaba segura de que lo sabían.

—Lo siento mucho, papá.

—Le dije que se fuera a freír espárragos. Se lo comuniqué por mensaje, usando esos emojis del móvil. Le pedí que te dejara en paz.

—¡Ay, Dios! ¿Por qué le has contado eso? —preguntó mi madre, apareciendo en escena—. No te preocupes, cariño. Cuéntanos cómo ha ido el fin de semana.

Tragué saliva, resistiendo el impulso de preguntar más sobre Simon.

—Eeem... He pasado un fin de semana estupendo. De hecho, he pasado tiempo con Chad y su familia, fuera del trabajo.

Mi padre frunció el ceño:

—¿Te ha echado el ojo? Espero que te trate bien.

Ese era mi padre en estado puro. Sonreí.

—Sí.

Mi madre sonrió de oreja a oreja.

—Eso es maravilloso, cariño. Estamos muy felices por ti.

El entusiasmo de mis padres me llenó de alegría. Decidí *no* preocuparme más por Simon; ya había desperdiciado suficiente tiempo en él.

Además, me esperaba una sorpresa de Chad que me hacía mucha ilusión.

Capítulo Veinte

Chad

—¿Necesitáis algo más? —pregunté a mis abuelos una vez que dejé todo el pescado en su cocina.

Ellos habían ido en coche con mi padre, pero mi maletero estaba lleno de pescado y yo no iba a darle un buen uso. A Bella no le gustaba ni un poco.

—No, hijo, estamos bien —respondió el abuelo David.

El abuelo Félix miró su reloj:

—Vaya, las chicas todavía están en la tienda, van a estar muy cansadas esta noche.

Siempre me hacía gracia que mis abuelos se refirieran a mis abuelas como "las chicas".

—Les prepararé unos *po´ boys*[1] para que estén frescos cuando vuelvan —dijo David.

La casa estaba inquietantemente silenciosa sin las abuelas y mi madre.

—Bueno, voy a recoger a Bella —informé—. Avisadme cuando queráis ir a pescar al pantano la próxima vez.

—Oye —empezó a decir David—, no hace falta que hagas de niñera.

Lo miré fijamente:

—No voy con esa intención. Me gusta pescar con vosotros.

—Sí, claro... —respondió Félix—. Hijo, eres listo, pero nosotros también. ¿Crees que no nos damos cuenta de que tú y tus hermanos os ofrecéis a acompañarnos porque pensáis que estos dos viejos cascarrabias acabarán hundiendo el barco? ¿De qué tenéis miedo? ¿De que acabemos como aperitivo de los caimanes?

A decir verdad, esa era una de las ideas que se me habían pasado por la cabeza. Varias veces. Como de costumbre, él se había dado cuenta.

—Podríais ahorrarnos esa preocupación invirtiendo en un barco mejor —respondí.

David se rió con desdén:

—En treinta años ese barco jamás nos ha fallado. No hay necesidad de gastar dinero en otro.

Joder. La familia LeBlanc y Broussard era una de las más ricas de Luisiana, pero aun así, mis abuelos no estaban dispuestos a comprar un barco nuevo. Tendría que comentárselo a mis hermanos. Normalmente respetábamos sus decisiones y los dejábamos a su aire, pero esa vieja chatarra iba a acabar dando una vuelta de campana en cualquier momento. Si les regalábamos uno, lo usarían. Montarían un escándalo, pero no lo rechazarían.

—Por cierto, tus abuelas nos han dicho que han creado uno de sus perfumes personalizados para Scarlett —comentó Félix.

Los miré fijamente:

—¿Cuándo hablasteis con las abuelas?

—Nos llamaron cuando estábamos de vuelta en el coche —respondió David.

—Incluso comentaron que le pusieron unas gotas de lila a la fórmula—dijo Félix reprimiendo una risa.

Me quedé en blanco.

—¿Y eso qué se supone que significa?

—Solo te diré una cosa: si yo fuera tú, estaría preocupado —señaló David.

Me reí.

—¿Por qué?

—Porque cada vez que usan lila, es que se viene algo gordísimo —concluyó.

Se me hacía raro escuchar a mi abuelo hablar de esa forma, pero le daba por estar al día con las expresiones.

Era extraño oírle usar esa expresión. Pero él insistía en que quería "estar a la última". Eso incluía estar al día con la jerga.

Hice un gesto de negación con la mano.

—He oído algunas historias relacionadas con las lilas, pero no recuerdo ninguna.

David miró a Félix y dijo:

—Entonces no le cuentes nada más al chico. Cuanto menos sepa, mejor.

Mi familia era realmente especial.

—Bueno, me tengo que ir. No quiero llegar tarde a recoger a Bella.

Me dirigí directamente al coche y me pregunté por qué pensaban que había ido solo para supervisar lo que hacían.

Aunque no podía negar que yo también había disfrutado del día, siempre me relajaba cuando estaba con mi familia. No tenía que fingir ni estar alerta a todo. Ser CEO significaba pasar mucho tiempo manteniendo una fachada profesional para asegurar que nadie se atreviera a desafiarnos. Pero con mi familia podía ser yo mismo.

Sin embargo, hubiera preferido pasar el día con Scarlett. La noche anterior había sido demasiado corta, al igual que esa mañana. Cada vez que interactuábamos, se sentía apresurado o con un límite de tiempo, y eso no me gustaba. Quería pasar tiempo con ella sin prisas. Estuve a punto de darle una sorpresa con un *espresso* por la tarde para verla, pero se me echaba el tiempo encima para ir a recoger a Bella. Estaba completamente enganchado a Scarlett. Y sabía que el plan que tenía para la cena le alegraría la noche.

Llamé a *The Sister Club*. Era una tienda familiar que antes regentaban dos hermanas. Ahora la llevaban dos primas, y hacían sin duda el mejor pastel de carne de la ciudad. Bella y yo siempre lo pedíamos los domingos para cenar. Era nuestra tradición.

—Buenas noches.

—Hola, soy Chad LeBlanc.

—¡Hola, Chad! —respondió Giselle, la propietaria.

—Oye, ¿puedes hacer una entrega extra esta noche?

—Claro. ¿A tu casa? ¿Lo mismo de siempre?

—No, a mi casa no. Te enviaré la dirección por mensaje.

—¿Cuántos te envío?

—Una ración.

—¿Es para uno de tus hermanos? Porque debo decirte que tengo cuentas pendientes con Julian.

Me reí:

—¿Quién no? Pero no, es para... —empecé a decir, pero luego añadí—: para la chef que acaba de empezar en mi restaurante.

—Ah, Scarlett.

Casi se me cae el teléfono.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté. Nueva Orleans no era precisamente una ciudad pequeña.

—¿Creías que no nos enteraríamos de que *LeBlanc & Broussard* tiene una nueva jefa de cocina? Todo el Barrio Francés lo sabe, cariño.

—Ya veo.

—Bueno. Prepararemos una ración para ella también. ¿Algo más?

—Solo asegúrate de enviarlo con otro repartidor para que nos llegue todo al mismo tiempo. —Tenían sus propios repartidores, lo que les permitía ser muy rápidos y eficientes.

—Claro.

—Gracias.

Llegué a casa de mi ex cinco minutos tarde. Sarah ya estaba fuera con Bella, que saltaba de alegría. Le gustaba pasar tiempo con su madre, pero como era domingo por la noche, ya estaba ansiosa por volver a casa.

—Papá, has tardado.

—Sí. Lo siento, peque. Tuve que dejar el pescado en casa de los abuelos. —Miré a Sarah—. ¿Qué tal el fin de semana?

—Nos lo hemos pasado muy bien. Hemos ido de compras. —Entrecerró los ojos—. He oído que tu nueva chef ha ido a la tienda de tus abuelas.

La miré fijamente:

—Sí, les cae bien Scarlett.

—A mí también me cae bien Scarlett, mami —comentó Bella.

—Sí, ya me lo has dicho. —Eso probablemente explicaba por qué estaba enterada de Scarlett—. Pero es diferente. A tus abuelas nunca nadie les cae bien.

A mis abuelas les caía bien mucha gente, pero nunca habían tenido una buena relación con Sarah. Lo habían intentado, pero Sarah siempre se había considerado superior de alguna manera. Le había sorprendido mucho que, a pesar de nuestra fortuna, no nos interesara asistir a los "eventos de la alta sociedad", como ella los llamaba. A Sarah le gustaban todas esas cosas desde que se había convertido en debutante[2] a los veintiún años. Antes de salir con ella,

ni siquiera sabía que los bailes de debutantes seguían existiendo. Hacía obras de caridad para darse a conocer, básicamente hacía cualquier cosa que beneficiara su imagen.

—Nos vemos en dos semanas, ¿vale, florecilla? —dijo mientras abrazaba a Bella.

—Sí, mami. —Bella estaría de vacaciones la semana siguiente, mis abuelos la iban a llevar a Disney World.

—Diviértete mucho en Disney y no canses a tus abuelos. Recuerda que no pueden seguirte el ritmo durante horas y horas.

—Intentaré recordarlo, mami.

Después de darle un abrazo a su madre, Bella corrió hacia el coche.

Me di la vuelta para marcharme, pero Sarah dijo:

—Oye... ¿Hay algo entre tú y la chef?

La miré directamente a los ojos:

—Eso no es asunto tuyo.

—Tienes razón, no es asunto mío. Pero tenía curiosidad.

—Puedes pasar por el restaurante y conocer a todo el personal cuando quieras. —Evité mencionar a Scarlett a propósito. Me sentía cien por ciento sobreprotector con ella y sabía cómo podía ponerse Sarah.

Ella puso los ojos en blanco:

—Claro, como si no tuviera nada mejor que hacer.

—Dejaré a Bella dentro de dos viernes.

—Perfecto. —Se dirigió a la casa sin decir nada más.

Seguramente yo ya no le importaba, pero al menos amaba a Bella. Eso era algo que me preocupaba cuando nos enteramos del embarazo, pero Sarah nunca dudó en cuanto a querer tener a nuestra hija. Sin embargo, una vez que nació, confesó que la maternidad no era en absoluto lo que había imaginado.

Bella se había subido al coche, pero no podía abrocharse el cinturón de seguridad infantil. La ayudé y le di un beso en la frente antes de sentarme en el asiento del conductor.

—Papá, ¿vamos a cenar pastel de carne esta noche?

Apenas pude contener la risa. Me lo preguntaba cada vez que la recogía, casi como si temiera que dijera que no.

—Por supuesto. Lo traerán poco después de que lleguemos a casa.

—¡Qué ganas!

Llegamos al mismo tiempo que el repartidor. Le di una generosa propina antes de entrar en casa.

Saqué las dos cajas de pastel y las puse en la isla de la cocina.

—Papá, ¿puedes subirme?

La cogí con un brazo y la senté junto a la comida. Esa era otra tradición: los domingos por la noche nunca poníamos la mesa. Comíamos directamente del recipiente.

Saqué mi teléfono y le envié un mensaje a Scarlett.

Chad: ¿Recibiste el pedido?

Unos minutos más tarde recibí un mensaje: se trataba de una foto. Scarlett estaba dándole un bocado al pastel y levantando el pulgar.

Mira esa sonrisa. Estaba feliz, completamente feliz. Había puesto la misma expresión cuando probó el roscón de Reyes.

Scarlett: Está delicioso. Necesito la dirección del lugar.

Le respondí de inmediato.

Chad: Te la daré a cambio de un beso.

Me envió un emoji sonrojado.

Scarlett: Qué negociación tan descarada.

Chad: Es mi estilo.

Scarlett: En ese caso, te lo pondré más difícil y conseguiré el nombre de otra manera.

Empecé a reírme. Maldita sea, en ese preciso instante deseaba que estuviera conmigo y con Bella. Era un pensamiento que nunca había imaginado tener con nadie. Al menos, no siendo mi hija tan pequeña.

Cuando obtuve la custodia, me prometí a mí mismo que sería un padre ejemplar. Que no metería a ninguna mujer en mi casa. Pero en ese momento todo se estaba volviendo muy confuso.

Le respondí rápidamente mientras tiraba las cajas vacías.

Chad: Tengo que empezar con la rutina de acostar a Bella. ¿Estás libre para hablar dentro de unas dos horas?

Scarlett: Libre como un pájaro. A menos que me quede dormida. Tengo que recuperar el sueño después de que alguien me llevara por mal camino anoche.

Quería volver a llevarla por ese mal camino aún más, pero no podía.

Mientras subía las escaleras con Bella, le pregunté:

—¿Dónde fuiste de compras este fin de semana?

—Ohhh, a todas partes. Incluso a una tienda de vudú pero no tuve nada de miedo.

Eso me hizo reír.

—Eres una chica valiente.

—Claro que soy valiente. Ahora voy al cole, ya no soy una niña. —Eso fue como recibir un puñetazo en el pecho. Ella siempre sería mi niña... mi peque. Pero también me alertó de algo que no me gustaba.

—Peque, no tienes que ser valiente solo porque estés en el colegio. Está bien tener miedo.

Entrecerró los ojos:

—Tú nunca tienes miedo.

Me reí.

—Sabes que eso no es cierto.

—¡Es verdad! Te dan miedo los payasos.

—Y muchas otras cosas, como la oscuridad —dije mientras empezaba a peinarle.

Yo no le tenía miedo a la oscuridad, pero sabía que ella sí, y quería que pudiera compartir sus miedos conmigo.

Bella me miró:

—Papá, ¿puedo preguntarte algo?

—Claro.

Juntó las manos en un gesto suplicante.

—¿Puedes preguntarle a Scarlett si puedo aprender a hacer más tartas con ella?

—¿Qué tartas quieres preparar? —mientras le preguntaba, me concentré en desenredar su cabello. Era bastante rizado y con muchos nudos, pero afortunadamente había encontrado un buen producto para desenredar que funcionaba bien.

—Cualquier tarta. Solo quiero que sea Scarlett quien me enseñe.

Y ahí estaba el quid de la cuestión. Había supuesto que en realidad no se trataba solo de aprender a preparar tartas.

—Me cae bien, papá —continuó—. Para empezar, le gusta *Harry Potter*. Y es divertida y muy guapa. ¿No crees que es guapa?

Yo pensaba que era jodidamente guapa, pero tener esa conversación con mi hija me resultaba extraño.

—Hablaré con Scarlett —prometí—, y veremos qué podemos hacer.

La súplica de mi hija no hizo más que alimentar esos peligrosos pensamientos de antes.

Después de cepillarle el pelo, se fue al baño. Bella ya tenía edad suficiente para ponerse el pijama y lavarse los dientes ella sola. Lo único que no le gustaba era cepillarse el pelo.

Mientras estaba en el baño, empecé a preparar su maleta para el día siguiente. Mis abuelos iban a recogerla por la mañana. Nueva Orleans estaba muy lejos de Orlando, pero insistieron en ir en coche. Por supuesto, ellos sabían que Bella era buena viajera, nunca se mareaba ni nada por el estilo.

Comprobé rápidamente el tiempo y me aseguré de que tuviera dos mudas de ropa para cada día, y luego añadí algunas más por si las cosas se ponían locas en Disney.

Mientras preparaba su maleta, mi mente seguía procesando su petición. ¿Podría conseguir que las cosas funcionaran sin crearle más expectativas?

Cuando salió del baño, ya había terminado de hacer la maleta y se acomodó en la cama mientras yo empezaba a leerle su cuento favorito, *Aladino y la lámpara maravillosa*. Como de costumbre, se quedó dormida antes de llegar al final.

La besé en la frente y apagué la luz antes de salir de su habitación. No era necesario dejar ninguna encendida; las farolas de fuera proyectaban suficiente luz como para que no estuviera completamente a oscuras.

Cerré con cuidado la puerta y bajé a la cocina para llamar a Scarlett. Necesitaba oír su voz. No podía explicar ese deseo insaciable que sentía por ella. Y no se trataba solo de sexo.

El teléfono sonó una y otra vez. Miré la hora y apenas eran las nueve; pero bueno, ella había dicho que quizá se acostaría temprano.

Estaba a punto de colgar cuando contestó.

—Hola. —Su voz sonaba somnolienta.

—¿Te has quedado dormida?

—Eeem, sí. Viendo la tele.

—Te dejaré seguir durmiendo y...

—No, no, tengo que levantarme de aquí o mañana me despertaré con el cuello completamente agarrotado.

—Puedo hacer un hueco en mi agenda para darte un masaje por la mañana —ofrecí.

—¡Dios mío, Chad! No seas tan directo, estoy medio dormida. ¿Qué se supone que debo decir?

—Solo di que sí.

Scarlett se echó a reír.

—No me esperaba nada de todo esto.

—¿Qué exactamente? —pregunté, aunque tenía una ligera idea de lo que quería decir.

—Eeh, no sé cómo ponerlo en palabras. Oye, ¿cómo está Bella?

—Está muy emocionada porque mañana se va a Disney World.

—Sí, me lo dijeron las abuelas. Ellas también están muy emocionadas.

—Y te echa de menos.

—Ay, qué bonito. ¿Sabes si le apetece seguir yendo a la cocina del restaurant para cocinar conmigo? A mí me encantaría —Pude notar la sonrisa en su voz.

¿Acaso era consciente de lo mucho que eso significaba para mí?

—Le gustas —dije—. Y a mí también.

Aquel peligroso sentimiento desplazó a todos los demás, y me dejé llevar por completo, necesitaba a Scarlett a un nivel que no podía entender. Pero tal vez no debería intentarlo. Toda mi vida había tratado de ser racional. Eso me había ayudado mucho en los negocios, pero no tanto en mi vida personal. En ese momento, no quería pensar demasiado en ello, estaba dando rienda suelta a mis sentimientos, lo cual era nuevo para mí.

—Quiero pasar más tiempo contigo, Scarlett.

—Bueno, eh, eso va a ser un poco complicado, creo... teniendo en cuenta que alguien me está haciendo trabajar muchas horas. —Su voz era burlona, pero tenía razón. El trabajo de chef no era ninguna broma.

—Bueno, por lo pronto, yo estoy libre esta semana, ya que, como sabes, Bella estará fuera...

—¿Y qué tienes en mente?

—Quédate conmigo esta semana —solté, y ella se quedó sin aliento.

¿Por qué lo he soltado así, sin más? Debería haber preparado mejor el terreno.

—¿Te refieres a... quedarme en tu casa?

Ya que había soltado mi deseo sin preámbulo alguno, más valía seguir a todo gas.

—Así podré cuidar de ti todas las noches después de esas largas jornadas de trabajo.

—Mmm, se te da *muy bien* cuidar de mí.

—Estás dudando. ¿Por qué?

—No lo sé —susurró—. Es un poco repentino y más serio de lo que esperaba. Yo...

—No tienes que darme una respuesta ahora mismo. —Era injusto ponerla en un aprieto cuando la idea había estado rondando por mi cabeza durante horas.

—Está bien. Me lo pensaré y te daré una respuesta mañana, ¿vale?

—Claro. Y que sepas una cosa, Scarlett, si prefieres no hacerlo, no pasa nada. Lo entiendo. No quiero que te sientas presionada.

El hecho de que yo estuviera listo para dar un paso más y ansiara su presencia en todo momento no significaba que estuviéramos en la misma sintonía. Esa idea no me gustaba, pero quería que ella fuera feliz, e iba a hacer todo lo posible para convencerla de que su lugar estaba allí, a mi lado.

1. Nota del traductor: El ***po' boy*** es el bocadillo más famoso de Nueva Orleans. Su origen se remonta a 1929, en plena huelga de conductores de tranvía. Está hecho con una baguette de estilo francés, rellena de mariscos fritos como

gambas, ostras, o carne asada, complementado con lechuga, tomate, especias y, por supuesto, un toque de tabasco.

2. Nota del traductor: Para las "socialités", una ***debutante*** es una joven que realiza su presentación formal en sociedad, tradicionalmente de origen aristocrático o de clase alta. El evento, que suele ser un baile o gala, marca su transición de la adolescencia a la adultez y su entrada en el círculo social.

Capítulo Veintiuno

Chad

Cuando llevé a Bella a casa de los LeBlanc Broussard a la mañana siguiente, reinaba el caos. Nadie estaba listo, así que los dos pasamos una hora preparando *po´ boys* para el camino mientras las abuelas terminaban de hacer las maletas. Mi madre había preparado café y sus famosos *scones* para el viaje. A mi familia no le gustaba tener que parar para comer.

Finalmente, alrededor de las nueve, lograron estar listos para salir.

Tras despedirme, me dirigí directamente al Barrio Francés, pero en lugar de subir a la oficina, y a pesar de que ya llegaba tarde, pasé por *Maria's Coffee Shop* y compré dos *espressos*. Sabía que el personal llegaría en una hora más o menos, pero también sabía que Scarlett siempre llegaba antes los lunes.

Utilicé la entrada de empleados y sonreí en cuanto la vi. Scarlett estaba cantando, y su voz llenaba el ambiente de la cocina vacía. La observé durante unos segundos y entonces se dio la vuelta, quedándose boquiabierta al verme:

—Chad, ¿cuándo has llegado?

—Hace un momento.

Echó un vistazo a los vasos de cartón que llevaba en las manos:

—¿Es para mí?

—Obviamente —respondí, acercándome a ella. Me incliné, intentando besarle el cuello, y dije: —Joder. Hueles de maravilla.

—Es mi nuevo perfume. El aroma a lila destaca, ¿verdad?

La palabra me trajo un recuerdo que no logré precisar. Simplemente descendí con la boca por el lado de su cuello y luego volví a subir. Ella se estremeció entre mis brazos.

—Chad —susurró—, ¿ni siquiera te vas a portar bien mientras me tomo mi primer café del día?

—No hasta después de esto —repuse, dejando los vasos en la encimera antes de besarla.

Empecé a besarla con locura, la necesitaba más de lo que imaginaba. Quería dedicar el día entero a Scarlett: a pasar tiempo con ella, besarla, hacerla reír y descubrir sus gustos.

Ella gimió ligeramente y me rodeó el cuello con los brazos. Entonces perdí el control y llevé mis manos a su trasero.

Dio un paso atrás, sonriendo:

—No, no, no. Alguien podría entrar en cualquier momento.

—Tienes razón. —Me aclaré la garganta y cogí mi *espresso*.

Ella también cogió su taza, y con los ojos cerrados, primero aspiró el aroma de la bebida y luego bebió un poco. Inmediatamente después, abrió los ojos y comentó:

—He estado pensando en tu pregunta.

Dejé mi vaso sobre la mesa y la miré a los ojos. Si decía que no estaba preparada, no sabía cómo iba a reaccionar. La necesitaba, así de simple. Y empezaba a pensar que quería que se quedara algo más que una semana.

—Y quería decirte que me encantaría pasar una semana contigo.

—¡Genial! —exclamé, y la besé de nuevo.

Ella jadeó. Me percaté de que aún sujetaba su taza de café, que se había ladeado. Justo a tiempo, la agarré para evitar que se derramara y la deposité sobre la encimera.

Esa vez, el beso fue pura necesidad. Un alivio recorrió cada fibra de mi ser; no me había dado cuenta de la tensión acumulada mientras esperaba su respuesta. Pero ahora que la tenía, en lugar de calmarme y esperar pacientemente a que llegara la noche para hacerla mía, mi único impulso era cogerla en brazos, y llevarla a mi casa por la calle Royal. No me importaba que nos pudieran ver los vecinos.

Scarlett se entregó al beso, y me pareció adorable. Su boca era suave, al igual que su cuerpo. Y pese a la tentación, mantuve mis manos firmemente en su cintura. No quería arriesgarme a perder la cabeza otra vez.

Cuando por fin nos detuvimos para respirar, ella se inclinó con los ojos aún cerrados. Luego los abrió lentamente, me miró y me dedicó una tímida sonrisa:

—A ver... Debemos establecer una regla estricta: nada de besos en el trabajo.

Fruncí el ceño, disconforme:

—No me gusta.

—A mí tampoco —dijo con una leve sonrisa—, pero las cosas tienden a... salirse de control.

Asentí y dijo:

—Bueno, y logísticamente, ¿cómo nos organizamos para ir a tu casa?

—Te recogeré después de tu turno y luego podemos ir a tu casa para que puedas coger lo que necesites.

—¡Genial! —exclamó con una sonrisa.

—Pues entonces nos vemos esta noche —concluí.

—Ahora sal de aquí. Joel llegará en unos minutos.

Me reí:

—¿Me estás echando de mi propio restaurante?

—No, solo quiero asegurarme de que Joel no nos pille en una situación comprometedora.

—Solo estamos tomando café —repliqué.

—Sí, pero acabas de darme dos besos increíbles y me has abierto el apetito...

Me eché a reír.

—¿Qué? Es verdad. Creo que no me estoy explicando muy bien —añadió.

Me aclaré la garganta y me erguí:

—No, pero aun así entiendo lo que dices. —Cogí mi vaso, caminé hacia atrás y la señalé con la otra mano—. Nos vemos esta noche, preciosa.

Ella asintió.

—Estoy deseándolo.

Me sentía en la cima del mundo. Una vez en la puerta de mi oficina, revisé mi teléfono y vi que tenía una llamada perdida de Zachary. Lo había llamado el día anterior, pero no había contestado. Le devolví la llamada al entrar en la oficina.

—Buenos días —dijo—. No tengo mucho tiempo porque estoy a punto de entrar en una reunión.

—Claro. Oye, me gustaría que compremos un barco para nuestros abuelos y...

—¿Deshacernos de esa vieja chatarra? —terminó Zachary por mí.

—Sí, exactamente.

—Me parece genial.

—Nos van a echar la bronca, pero ya es hora —dije.

—¿Y por qué me has llamado especialmente a mí?

—Yo asumiré la responsabilidad y compraré el barco, pero necesito que tú suavices las cosas cuando llegue el momento.

—Tío —respondió—, puedo manejar muchas situaciones, pero no hago milagros.

—Si hay un LeBlanc que puede hacerlo, ese eres tú.

—Buen punto. ¿Cuándo tienes pensado hacerlo?

—Estoy pensando comprarlo esta semana, aprovechando que no están.

Hubo una pausa y luego Zachary agregó:

—Sabes que hay listas de espera para los barcos, ¿verdad?

—Oye, sé cómo mover los hilos para conseguir lo que quiero —remarqué—. Le diré a Anthony que se encargue.

A Anthony le gustaban los barcos. Tenía varios, lo que hacía aún más frustrante que mis abuelos se empeñaran en ir de pesca al pantano en un trozo de metal oxidado.

—Manténme informado de cuándo y dónde, y haré todo lo que pueda.

—Por favor, es lo único que te pido —concluí.

Después de colgar, dudé entre ponerme a trabajar o poner en marcha el plan del barco, ya que se me estaba yendo el día. Al final, decidí llamar a Anthony. No era muy madrugador, pero ya era bastante tarde, así que supuse que estaría despierto. Contestó solo unos segundos después.

—¿Chad? —dijo.

—Hola, sé que los lunes son ajetreados para todos, así que seré breve. Necesito tu ayuda con algo.

—¿Por fin decidiste olvidar esa estúpida idea del celibato y necesitas a alguien que te ayude? Porque yo soy el indicado.

Eché la cabeza hacia atrás, sorprendido:

—Tío, ¿cómo demonios lo sabes?

—Como eres un tío listo, te daré solo dos pistas: *Sazeracs* y Julian. —Se rió—. Lo siento, no me has llamado para eso. Mis disculpas. A ver, tu idea tenía algunos aspectos positivos, pero eso no significa que no sea una mierda. Una cosa no quita la otra —señaló Anthony.

—Ni siquiera voy a dignarme a responder a eso. Pero, en cualquier caso, no necesitaría un colega de ligue.

—¿Estás seguro? Llevas un tiempo fuera del mundo de las citas. Aunque, a juzgar por cómo te comportaste con Scarlett en el bar, todavía te queda algo de chicha.

—Gracias por tu voto de confianza —respondí secamente—. Pero no se trata de eso. Quiero comprar un barco para los abuelos.

—¿Para ir de pesca al pantano? ¡Menos mal, tío! Ya estaba pensando en hundir ese barco yo mismo. Beckett tenía un buen plan para hacerlo, pero nunca llegamos a llevarlo a cabo. ¿Cuándo lo quieres?

—Lo antes posible. A la vuelta de Disney, el domingo.

—Va a ser difícil. ¿Cuáles son las especificaciones?

—Los barcos no son lo mío. Tú eres el profesional, así que elige uno y yo lo pagaré.

—Bueno, moveré todos los hilos posibles.

—Te lo agradezco.

—Lo que sea por los abuelos —dijo.

Ese era nuestro lema. Lo que fuera por la familia. No había nada que no hiciera para garantizar la tranquilidad de todos.

Nuestros abuelos habían decidido jubilarse hacía años, y yo los apoyé de forma incondicional. Trabajaron duro toda su vida y se merecían descansar. Algunos de nuestros socios e inversores se opusieron rotundamente, como si tuvieran derecho a votar. Incluso más de uno amenazó con dejar de colaborar con nosotros si ambos se marchaban al mismo tiempo.

Xander y yo nos reunimos con cada uno de ellos de manera individual y, en pocas palabras, les metimos miedo en el cuerpo. Y funcionó. Al final, ninguno abandonó el barco y nuestros abuelos pudieron jubilarse en paz. Uno de esos socios comerciales incluso

confesó, mucho más tarde, que apreciaba que hubiéramos intervenido de esa manera por nuestros abuelos.

Anthony y yo hablamos de algunos detalles más sobre el barco antes de colgar.

Después de eso, por fin pude empezar mi jornada laboral. Sin embargo, no conseguí centrarme en nada durante el resto del día. Estaba inquieto y sabía que tenía que ver con Scarlett. Me moría de ganas de tenerla para mí solo durante toda una semana, y ya sabía de antemano que no sería suficiente.

Capítulo Veintidós

Scarlett

Para cuando llegaron las nueve de la noche, estaba muerta de cansancio. El día había sido agotador. Lo bauticé como "el lunes gafado" porque habíamos tenido un percance tras otro. Primero, un pequeño incendio. No sufrimos ningún daño, pero nos descolocó por completo. Luego, una cantidad alarmante de clientes con peticiones especiales; algunos incluso solicitaron verme en persona, lo que me hizo perder muchísimo tiempo. Siempre quería asegurarme de que mis comensales se sintieran bien atendidos, pero si pasaba demasiado tiempo en la sala asegurándoles que no iba a utilizar ninguno de los alérgenos que me indicaban, no podía estar dentro supervisando la cocina.

Así que, a las nueve de la noche, salí por la puerta del personal y respiré hondo. Cerré los ojos y me apoyé contra una pared de ladrillos.

—Buenas noches, preciosa.

Casi me da un infarto antes de abrir los ojos. Chad estaba medio oculto en las sombras, pero aun así podía ver la sonrisa en su rostro. La luz de la farola más cercana iluminaba la parte superior de su cuerpo.

—¡Dios mío! —exclamé, poniéndome una mano en el pecho—. Se me había olvidado por completo que me estabas esperando. La cocina ha sido una locura.

Se acercó a mí y me levantó la barbilla. De repente, todo mi cuerpo se electrizó, como si me hubieran enchufado a la corriente. Una descarga de adrenalina me recorrió y sentí como si acabara de beberme cinco *espressos* del local de Maria.

—Siento que haya sido así. ¿Estás lista para irnos?

Asentí, y me dispuse a besarlo, pero él se echó hacia atrás con una sonrisa traviesa:

—Acuérdate de la regla de no besarse en el trabajo.

Mi corazón se aceleró.

—Claro que la recuerdo, la puse yo, pero fue una idea estúpida.

Él gruñó.

—Solo tienes que permitírmelo y te besaré aquí mismo, contra esta pared. Llevo todo el día fantaseando con tus labios.

Me lamí el labio inferior y dije:

—No, no. —Tenía buenas razones para establecer esa regla, pero en ese momento no podía recordarlas.

Me tocó el cuello con la punta de los dedos, pero no intentó besarme de nuevo. Menos mal, porque habría cedido.

—Vamos. No pienses en nada más esta noche. Yo me encargaré de todo —afirmó.

Y no lo dudaba: Chad era un hombre de palabra.

Me tomó de la mano y me llevó a la parte trasera del edificio. Había un pequeño *parking* a unas pocas calles de distancia donde todos los empleados aparcaban.

Miré a mi alrededor, sonriendo para mis adentros. *Dios, ¿acaso todo esto es real?* Vivía en Nueva Orleans y aquel hombre guapísimo me había pedido que pasara una semana entera con él en su casa. Era increíble.

Luego de entrar en el coche, me di cuenta de que corría el riesgo de quedarme dormida, pero no fue así.

—Menos mal que conseguí empacar todo anoche, porque hoy estaría demasiado agotada para hacerlo.

—Scarlett, si estás demasiado cansada, podemos ir a tu casa y relajarnos allí. No tenemos por qué trasladar las cosas esta noche.

—Oh, no, no. Quiero hacerlo hoy mismo. O sea, estaré cansada todas las noches, solo que lo de hoy ha sido bastante raro. No sé si todos los clientes estaban más exigentes o si yo he estado más torpe de lo normal.

Chad hizo un sonido que se parecía mucho a una risita. Giré la cabeza para mirarlo:

—¿Te estás riendo de mí?

—No, es que hoy he tenido un problema similar. No podía concentrarme del todo en mi trabajo. Me alegra saber que no soy el único.

—Así que te alegra, ¿eh? Pues no creo que te haga tanta gracia si empiezan a llegar críticas negativas.

Cuando detuvo el coche en un semáforo en rojo, se inclinó hacia mí y me susurró:

—Nada de lo que hagas podría disgustarme. Nunca.

Una intensa calidez me invadió, similar a la sensación de encender de golpe la calefacción del asiento. Él no sabía lo mucho que significaban esas palabras para mí. Que me aceptara tal como era. No tenía que comportarme o actuar de una manera determinada para ganarme su aprobación.

—Si necesitas ayuda en la cocina, dímelo —añadió—. Siempre podemos contratar a más personal.

—¡No! Estoy preparada para el trabajo —respondí, sacando el mentón con orgullo y echando los hombros hacia atrás.

—Scarlett, lo sé. No era eso lo que insinuaba. Solo digo que hay épocas en las que hay mucho más trabajo que otras. Ya hemos contratado personal temporal antes, eso no significa que no puedas hacer el trabajo. —Me relajé un poco en mi asiento—. Creo que simplemente ha sido un mal día. Pero si sigue pasando, dímelo, ¿vale? Además, supongo que otros miembros del equipo también se ofrecerán a echar una mano si creen que la cocina necesita más personal.

—Me resulta un poco raro hablar del trabajo —confesé.

—Entonces hablaremos de cualquier otra cosa excepto de eso. O... si quieres, no hablaremos de nada en absoluto.

Me reí.

—Lo sabía. Me estás engatusando para que vaya a tu casa a pasar una semana de sexo desenfrenado.

Él gruñó y yo me tapé la boca:

—Vaya, debo de estar muy agotada, ya ni siquiera tengo filtro al hablar.

—No vuelvas a decir eso —dijo con tono de advertencia—. No tienes ni idea de cuántas veces he fantaseado hoy con bajar a la cocina y llevarte conmigo.

—Vaya —respondí con picardía—. ¿En serio? Eres de lo que no hay. —Pero en mi interior, me hubiera encantado que lo hiciera.

Cuando nos detuvimos frente a mi edificio solo unos minutos más tarde, estaba claro que había una fiesta en algún lugar cercano,

porque se oían grupos de gente animando.

Una vez dentro, Chad miró a su alrededor:

—¿Has hecho algo en el piso desde la última vez que estuve aquí?

—No. Sinceramente, no tengo tiempo. Voy a pedir algunas cosas por Internet. Si sigo esperando tenerlo, para cuando finalmente pueda ir a *Home Depot*[1], podré decir que mi maleta ha oficiado de armario durante dos meses. Solo necesito encontrar algo que pueda montar yo misma para guardar algunas de estas cosas.

Él levantó una ceja:

—O podrías llamarme. Puedo ayudarte con cualquier cosa que necesites.

Moví las cejas de arriba abajo con picardía:

—Genial, pero con una condición: que lo hagas sin camiseta.

Chad me miró con incredulidad y luego se echó a reír.

—¡Trato hecho! —exclamó entre carcajadas. Era evidente que aquel día mi filtro estaba completamente desactivado—. Bueno, ¿qué vas a llevar?

Señalé la maleta que había colocado junto a la puerta.

—Pero me gustaría darme una ducha rápida. Necesito reponerme un poco.

—Claro, te espero.

—Gracias.

Normalmente pasaba mucho tiempo en la ducha después del trabajo. El agua caliente me relajaba. Pero ahora me aseé rápido y me puse ropa limpia. También me eché mi increíble perfume justo debajo de las orejas.

—¡Lista para salir! —exclamé mientras salía del baño como un disparo.

—Me encanta verte tan entusiasmada —dijo Chad con una sonrisa.

Cogió mi equipaje fácilmente con una sola mano, pero aun así utilizamos el ascensor. De camino a su casa, hablamos un poco sobre la semana que se avecinaba y los planes de Bella. Me parecía entrañable que toda la familia fuera con ella a *Disney World*.

Cuando entramos en su casa, me sentí un poco nerviosa. *Dios, ¿es realmente una buena idea?* Estaba tan emocionada que no había considerado los pros y los contras con demasiado detenimiento.

Eché un vistazo al jardín a través de la enorme ventana y suspiré:

—Las luces del árbol ya están encendidas.

—Sabía que te gustarían. Salgamos al jardín, tengo una sorpresa para ti.

Lo miré con los ojos entrecerrados:

—¿En serio? ¿Más sorpresas?

Este hombre está empeñado en que me enamore de él, ¿verdad?

Salimos y, al acercarme al árbol, enseguida noté que había una manta junto con unos cómodos cojines. También había unas cuantas bandejas cubiertas con tapas de cristal.

—Traeré algo de beber también —dijo con indiferencia, como si no me hubiera dejado boquiabierta.

—¡Has preparado todo esto para nosotros! ¿Cuándo has tenido tiempo de hacerlo?

—Salí de la oficina alrededor de las seis. Eso me dio mucho tiempo para pensar en cómo mimarte esta noche. Túmbate en la manta. Yo lo traeré todo.

—No, puedo...

—Scarlett... —dijo en tono de advertencia.

—Entendido. Me voy a tumbar ahí y no voy a hacer nada, excepto mirarte.

Él sonrió:

—Así me gusta.

Mientras él desaparecía de mi vista al entrar en la casa, me quité los zapatos. Me encantaba la sensación de la hierba espesa bajo mis pies. Debía de haber puesto varias mantas una encima de otra, porque la superficie resultaba muy suave y cómoda. Quería quedarme allí para siempre.

Me tumbé boca arriba, colocando las manos debajo de la cabeza, y miré hacia el precioso árbol. Me sentía como en un sueño. Era tan romántico...

Chad se unió a mí unos minutos más tarde con una botella de vino. Mientras la descorchaba, me incorporé hasta quedar sentada. Lo vi servir un poco y luego me pasó la copa.

—Dime si te gusta —dijo.

Como si fuera a criticarlo después de todo el trabajo que se había tomado. Además, no hacía falta, el vino desprendía un olor absolutamente delicioso. Bebí un sorbo, y luego otro.

—Me encanta —confesé.

—¡Genial!

Terminó de completar las copas antes de dejar la botella en la cubitera y quitar las tapas de las bandejas. Era una selección de quesos y uvas. No tenía nada de hambre, pero me encantaba comer un aperitivo acompañado con vino.

De alguna manera, consiguió colocarse detrás de mí y yo protesté, dándome la vuelta:

—No, ahí no. Quédate aquí, donde pueda verte.

—Relájate. Estás cansada, cariño —dijo. El tono afectuoso de su voz me llegó al alma. Chad era muy cariñoso y encantador, y eso me fascinaba.

Me recosté, apoyándome cómodamente sobre su pecho. Pero lejos de relajarme, empezaba a tener ideas sensuales inspiradas por aquellos firmes pectorales contra los que estaba recostada.

Incliné ligeramente la cabeza hacia atrás y la apoyé en su hombro. Segundos después, la punta de su nariz se deslizó por mi cuello. Sentí ese contacto de una manera más íntima, como si hubiera pasado sus dedos entre mis muslos. Emití un pequeño gemido y apreté las piernas.

—¿Qué necesitas para relajarte esta noche, Scarlett? Dímelo y lo cumpliré.

—A ti. Solo te quiero a ti.

Puso sus manos sobre mis hombros y me masajeó la espalda, y toda la columna vertebral.

—Ah, qué bien sienta esto —dije.

Podía sentir cómo me relajaba, pero no era suficiente. No tenía ni idea de por qué me sentía tan insaciable, era algo completamente nuevo para mí.

—Chad —murmuré, y luego dejé mi copa y coloqué mi mano entre mi espalda y su pecho.

Sentí cómo respiraba hondo cuando llegué a la hebilla de su cinturón, mientras él rodeaba mi muñeca con una mano.

—Scarlett... —dijo con un gruñido.

Y supe en ese mismo instante que me necesitaba con desesperación.

1. Nota del traductor: ***Home Depot*** es la cadena minorista de mejoras para el hogar más grande del mundo. Fue fundada en 1978 y se especializa en vender una amplia variedad de productos para la construcción, renovación y decoración del hogar.

Capítulo Veintitrés

Chad

Joder. Quería que todo saliera perfecto esa noche, pero su mano ya estaba poniendo a prueba mi autocontrol. La liberó de mi agarre y luego se giró ligeramente, moviéndola arriba y abajo por mi pecho.

—Scarlett —dije—. Tu vino.

Ella sonrió y se acomodó de rodillas, apoyando sus antebrazos sobre mis hombros. Sus pechos quedaron casi a la altura de mi rostro. Tuve que hacer un esfuerzo sobrehumano para no caer en la tentación de arrancarle el vestido y besar sus senos.

—El vino puede esperar hasta más tarde —respondió con una sonrisa pícara.

Estaba loco por Scarlett. No había otra manera de expresarlo.

La atraje hacia mi regazo, separándole los muslos para que pudiera sentarse sobre mí. A continuación, la besé como había querido hacerlo durante todo el puñetero día. Lo de aquella mañana no había sido nada comparado con esto. Le ofrecí mi lengua, besándola profundamente e inclinando su pelvis para que pudiera sentir mi creciente erección entre sus piernas. Cuando la cremallera de mis pantalones presionó su centro, gimió. Luego, al pasar mis dedos por sus brazos, se le erizó la piel.

Desplacé mi boca desde sus labios a su cuello. Esa posición no era la mejor, pues no me permitía explorarla como quería, así que decidí cambiar de postura, abriendo un ojo para asegurarme de no tirar accidentalmente nuestras copas de vino.

—¿Qué estás haciendo? —murmuró—. Ah, me estás tumbando.

La coloqué boca arriba para que estuviera cómoda y me detuve un segundo solo para mirarla. Era como un sueño, estar allí, en mi jardín, bajo las luces de los árboles, sonriendo como si yo fuera lo mejor que le hubiera pasado en la vida.

Apoyé una mano en su muslo y fui subiendo hasta que desapareció bajo su vestido. Cuando acaricié sus bragas, Scarlett cerró los ojos y contuvo el aliento. Mientras la besaba, deslicé el pulgar por el centro de la tela, repitiendo el movimiento hasta que

sentí cómo se humedecía gradualmente, empapando sus bragas por completo. Entonces, apretó los muslos con fuerza, atrapando mi mano. Sus caderas se levantaron de la manta, y yo profundicé aún más el beso. No podía saciar mi deseo por aquella mujer tan preciosa.

De repente, ella me empujó ligeramente y dijo:

—Chad, los vecinos.

Apreté la mandíbula. *Joder.*

Se me había olvidado que estamos fuera.

—¿Y si alguien nos ve?

—Solo diré que estaba besando a la mujer más preciosa del mundo.

—Y que tenías la mano en mi...

—Eso nadie lo ha visto —señalé apretando los dientes.

No se trataba solo de tranquilizarla. No podía soportar la idea de que alguien la viera tan vulnerable, tan expuesta. Eso era solo para mí.

A continuación, me puse de pie, le tendí la mano para ayudarla a levantarse, y entramos en la casa.

—Mucho mejor —murmuró.

Había aceptado que Scarlett me afectaba como nadie más lo había hecho nunca. Cuando me concentraba en ella, el resto del mundo simplemente se desvanecía. Olvidaba dónde estábamos, qué estábamos haciendo o mis propósitos iniciales.

Nada más cerrar la puerta, pulsé el botón para bajar las persianas. Luego la atraje hacia mí y la besé con más fuerza que antes. Sus labios eran increíbles. Todo en ella era increíble.

Caminamos juntos hacia el interior de la casa, pero en lugar de subir las escaleras, terminé llevándola hacia la sala de estar.

No dejé de besarla ni siquiera cuando ella desabrochó los botones de mi camisa. Le subí el vestido hasta la cintura y le agarré las nalgas, apretándolas con fuerza. Sus músculos se tensaron contra mis manos.

Interrumpí el beso lo suficiente como para poder quitarle el vestido. Al segundo siguiente, y sin que tuviera que pedírselo, Scarlett se quitó el sujetador. Bajé la mirada hacia sus preciosos

pechos. La noté tan excitada que estuve a punto de bajarme los pantalones y hacerla mía allí mismo, de pie, en medio del salón. Acerqué mi boca para atrapar uno de sus pezones, succionándolo. Ella dejó escapar un jadeo. Deslicé mi mano dentro de sus bragas, presionando dos dedos contra su clítoris. Scarlett impulsó sus caderas hacia atrás y hacia adelante, cabalgando directamente sobre mis dedos.

Pasé a su otro pecho y le susurré al oído:

—¿Has estado fantaseando conmigo todo el día, Scarlett?

—Sí —confesó—. No era mi intención, pero no podía evitarlo.

—A mí me pasó lo mismo.

Sus pechos eran exquisitos, pero ahora quería saborear su coño.

Eché un vistazo a mi alrededor y me fijé en el sofá. Eso me valdría.

La llevé hacia allí, sujetándola por los hombros e indicándole que se sentara. Lo hizo de inmediato, mirándome con un brillo de expectación.

—Coloca el trasero en el borde del sofá —ordené.

Ella se lamió los labios y adoptó la posición que le indiqué, lo que la dejó aún más expuesta.

Me arrodillé ante ella y tiré de su cuerpo hacia mí hasta que su trasero quedó casi fuera del sofá. Esa era exactamente la posición que buscaba. Puse sus dos piernas sobre mis hombros y, como aún llevaba las bragas puestas, aparté la tela. Sus partes íntimas estaban enrojecidas en la zona donde la había tocado antes. Entonces, rocé su clítoris con mis dedos.

—¡Oooh, Chad! —exclamó con voz temblorosa.

Acto seguido, deslicé la punta de mi lengua hacia arriba y hacia abajo. Era un movimiento leve y tortuoso, y el efecto que tenía en ella era increíble. El placer se estaba apoderando de Scarlett; lo notaba por la forma en que apretaba los párpados y los labios. Las comisuras de su boca temblaban. Movía las manos frenéticamente, arañando el sofá, para luego también tirar los cojines.

Podría haberla llevado al orgasmo solo de esa manera, pero habría sido demasiado lento, y Scarlett no aguantaría tal tortura en ese momento. Por eso, la estimulé también con la lengua,

presionándola contra su clítoris antes de descender hasta su entrada. Entonces, simulé el movimiento de mi pene con la lengua, entrando y saliendo. Aunque ya no veía su rostro, percibía la transformación de su cuerpo.

Sus músculos internos palpitaban y sus muslos se tensaron. Los gemidos que emitía eran tan tentadores que tuve que desabrocharme el cinturón y liberar mi polla o pronto iba a empezar a sentir dolor.

Para cuando me bajé los pantalones, estaba completamente empalmado. La deseaba, pero quería que ella llegara al clímax primero. Su cuerpo estaba tan excitado que sabía que necesitaba ese desahogo más que su próximo aliento. Accedí a su deseo. Acerqué la boca a su clítoris y la penetré con un dedo. Se corrió antes de que pudiera meter el segundo. Me encantó verla sucumbir al placer de forma tan rápida y salvaje.

—¡Dios mío, Chad! Dios mío... —Abrió los ojos, me miró y respiró hondo varias veces—. Ni siquiera sé cómo ha ocurrido.

La bajé del sofá para que se arrodillara, de modo que su coño quedara a la altura de mi polla.

—Porque me confías tu cuerpo y tus deseos. Eres muy abierta y sincera conmigo, y eso me encanta.

Ella se humedeció los labios y miró hacia abajo:

—No sé cómo ser de otra manera contigo.

—Y te recompensaré por ello.

Aferré mi erección desde la base y usé la punta para rozar su clítoris. Scarlett arqueó la cadera hacia atrás. Capté el mensaje: aún estaba muy sensible. No importaba; podía excitarla de otras formas. Pero una cosa era segura: no íbamos a subir a la planta de arriba bajo ningún concepto. La necesitaba dentro de mí justo en ese momento.

—Date la vuelta, Scarlett.

Ella asintió y se giró hacia el sofá, todavía de rodillas. Lleve las manos a sus hombros para que se inclinara hacia adelante, flexionando los brazos en un ángulo que le permitía poner las manos debajo de la cabeza. Su perfecto trasero estaba posicionado a la espera de mis próximos movimientos. Ni siquiera me quité los

pantalones del todo, no había tiempo. Tendría que hundirme dentro de ella así.

Scarlett estaba demasiado preparada y ansiosa por acogerme como para que yo perdiera más tiempo quitándome la ropa. Estaba tan desesperado que no tuve más alternativa que rendirme al deseo.

Incliné ligeramente sus caderas para que su culo quedara en un ángulo más elevado antes de penetrarla. Tenía la intención de introducir solo la punta de mi miembro, pero estaba tan mojada que me deslice hasta el fondo sin siquiera proponérmelo.

Ella jadeó:

—Dios mío, Chad. Estoy a punto de...

—¿Correrte? —pregunté.

—Sí. —Levantó un poco la cabeza y volvió a apoyar la frente contra sus manos—. No sé si podré, pero lo necesito tanto...

—Puedes. Confía en mí, lo vas a disfrutar, te lo aseguro.

Me incliné sobre ella y besé su nuca. Sabía lo que necesitaba y era cruel hacerla esperar, así que, en lugar de seguir embistiendo, me quedé quieto y llevé una mano a su clítoris. Esta vez, cuando presioné mis dedos, no se estremeció ni se apartó. Simplemente gritó mi nombre.

Estimulé su centro con movimientos circulares e intenté contenerme respirando de manera profunda. En ese momento, su perfume inundó mis sentidos, lo que solo contribuyó a desearla aún más.

Estaba desesperado por embestirla, pero quería que Scarlett llegara al clímax rápidamente. Entonces sentí cómo se contraía.

—Joder. Joder.

Podría correrme solo con sentir las contracciones de sus paredes internas. Aumenté el ritmo de mis movimientos, rodeando su clítoris, hasta que fue evidente que estaba llegando al orgasmo. Esta vez, cuando explotó, sus gemidos quedaron completamente silenciados: había hundido la cara en la almohada.

¡No! No quería que se contuviera. Pero el instinto anuló tanto mis ideas como mi capacidad para formar palabras.

Mientras ella seguía inmersa en la ola de placer, empecé a mover mis caderas hacia adelante y hacia atrás casi de manera

inconsciente. Su orgasmo se había apoderado de su cuerpo, intensificándose con cada embestida.

Cuando sus gritos finalmente se aplacaron y su respiración se ralentizó, moderé mis movimientos hasta que ella sacó las manos de debajo de la almohada y las extendió sobre el sofá. Puse mis manos sobre sus hombros, trazando una línea recta con mis dedos desde esa zona hasta sus codos y luego hasta sus antebrazos. Entrelacé nuestros dedos, apretándolos con fuerza mientras me movía hacia adelante y hacia atrás a un ritmo más lento.

—¿Cómo te sientes? —susurré en su oído.

—Feliz. Y abrumada.

Estaba jodidamente orgulloso de mí mismo. No solo la había satisfecho, sino que además la había hecho feliz.

Cuando sus músculos comenzaron a contraerse de nuevo, supe que estaba a punto de tener otro orgasmo. Por su estado, era posible que aún ella no se diera cuenta, pero yo estaba seguro de ello.

Aumenté el ritmo de mis embestidas una vez más, deslizándome dentro y fuera de ella de manera salvaje. El sonido de mi pelvis golpeando su trasero y sus gemidos resonaban en el salón. Todo su cuerpo se estremeció justo en el momento en que el mío comenzó a arder. Estaba a punto de llegar a mi orgasmo.

Llevé nuestras manos entrelazadas a su centro para retomar las caricias, y ella inspiró con fuerza. Scarlett empujó su trasero hacia atrás, dejándome acceder aún más profundamente.

El estado de su cuerpo volvió a cambiar de relajado a tenso. El placer se estaba acumulando en su interior. Prácticamente podía sentir cada vez que alcanzaba un nuevo clímax.

—Chad, voy a...

—Lo sé. Déjate llevar. Déjate llevar por mí. Quiero sentir cómo te corres una vez más.

Acaricié su clítoris y noté que sus dedos temblaban. Scarlett ya no podía aguantar más, pero yo estaba más que feliz de llevarla al límite.

Y entonces sucedió. Una caricia más tarde, sus gritos volvieron a inundar la habitación. Solo tuve el privilegio de escucharlos durante

unos segundos antes de que mis propios gemidos resonaran en mis oídos. Mis músculos estaban tensos y relajados al mismo tiempo. La sangre recorría todo mi cuerpo como una tenaza. Me movía y respiraba por instinto porque mi mente estaba en blanco, solo era consciente de lo increíble que era Scarlett.

Nuestros gritos se mezclaron y ambos disfrutamos de nuestros orgasmos hasta quedar completamente exhaustos y sin fuerzas, pero con una satisfacción absoluta.

Quería disfrutar del placer de hacer feliz a Scarlett todas las noches.

Pero solo la tendría durante una semana, así que iba a aprovecharla al máximo.

Capítulo Veinticuatro

Scarlett

—¿Sabes una cosa? Estoy celosa —dijo Ariana—. ¿Está mal que lo diga? ¿Cómo has conseguido encontrar al hombre perfecto?

La llamé a primera hora del lunes por la mañana, justo antes de mi turno, y se lo conté todo:

—No tengo ni idea de cómo he tenido tanta suerte —admití.

—¿Quizá para equilibrar la balanza? Tuviste muy mala suerte con Simon y esta vez es justo lo contrario.

Me mordí el labio antes de preguntar:

—¿Has tenido más noticias de él? Se puso en contacto con mi madre a través de Facebook Messenger para preguntarle si había cambiado de número.

—¡Ese maldito idiota! —soltó—. No he vuelto a saber nada de él, pero más le vale ni intentarlo. Aunque sí preguntó al personal si habían estado en contacto contigo. Supongo que lo has bloqueado en todas partes, ¿no?

—Por supuesto, en todas las redes sociales. Y lo he puesto en la lista de *spam* de mi correo electrónico.

—Bien hecho.

—Gracias.

—Mira, Simon se fastidiará solito, como siempre. No pierdas el tiempo pensando en él, ¿vale? Simplemente disfruta de tu chico perfecto.

Sonreí.

—Sí, es lo que pienso hacer.

La semana siguiente fue sin duda la mejor de mi vida. Chad era... bueno, absolutamente ideal. Pensé que sería raro vivir con él y trabajar en el mismo lugar, pero nada más lejos de la realidad. Como yo solía empezar mi jornada más tarde que él, disfrutaba de la casa a solas durante un buen rato. Pero la tarde era diferente: yo siempre llegaba más tarde y, sin falta, cada vez que cruzaba la puerta, Chad tenía un detalle para mí. Me trataba como a una reina.

El martes por la noche, me preparó un baño en su increíble bañera. El miércoles, cocinó para mí. Por extraño que pareciera, aunque pasaba más tiempo con él que antes, cada día lo echaba más de menos durante el horario de trabajo. ¿Cómo era posible? Desde luego, el hecho de saber que solo estaba unas plantas más arriba no ayudaba ni un poco.

Me moría de ganas de volver a verlo esa noche. Quería tener la oportunidad de mimarlo también.

Siempre acababa bastante agotada después de terminar la jornada laboral, pero estaba decidida a cuidar de Chad tal y como él cuidaba de mí. Aquel día iba a recogerme, así que al terminar mi turno, después de quitarme el uniforme, ya estaba pensando en salir corriendo por la puerta.

Justo cuando estaba a punto de hacerlo, Jade se acercó y dijo:

—Un cliente está preguntando por ti. Mesa catorce. —Era una de nuestras camareras más nuevas y me caía bastante bien.

Apreté los labios y me lavé las manos bajo el chorro de agua:

—¿De qué se queja?

—Sinceramente, no creo que sea una queja. El hombre parecía tener muchas ganas de verte. Quizás sea alguien que conoces.

¿Cómo podía ser? Daba igual. Tenía que ir a ver de qué se trataba.

Por supuesto, no era ningún secreto que trabajaba en aquel restaurante; lo había publicado en todas las redes sociales, incluyendo LinkedIn. Pero me resultaba raro que alguno de mis amigos apareciera sin avisar. Cogí mi bolso y el resto de mis cosas y salí de la cocina.

El restaurante estaba lleno, pero mi atención se centró en la mesa catorce, ubicada en una esquina junto a la ventana. Era mi antiguo jefe, Mark. No podía creer que hubiera aparecido de improviso, ya que Seattle no estaba precisamente a la vuelta de la esquina.

Me acerqué rápidamente a él y me ofreció una amplia sonrisa cuando me vio. Le devolví una sonrisa reservada, ya que, si bien la relación laboral no había acabado en malos términos, no esperaba verlo allí.

—¿Cómo está mi *sous-chef* favorita? —preguntó.

—Muy contenta. ¿Qué haces aquí?

—Estaba por el barrio —respondió con un guiño.

—¿En serio? ¿Desde Seattle?

—Nueva Orleans es un destino turístico muy popular, y *LeBlanc & Broussard* es una atracción en sí misma. No podía dejar pasar la oportunidad de probar la comida, sobre todo si uno de los míos estaba a cargo.

—¿Cómo está la familia? —pregunté.

—Recorriendo la ciudad. Están haciendo un *tour* en bicicleta, pero la verdad es que eso no es lo mío. Quise venir aquí con ellos, pero fue imposible conseguir una mesa para cuatro personas. Apenas conseguí convencer al encargado de las reservas para que me dejara entrar.

Entonces le dediqué una sonrisa sincera. Me alegraba verlo, pero seguía sin creer que hubiera ido al restaurante solo para comer.

—¿Te ha gustado la cena? —pregunté mientras miraba hacia la cocina.

—¿Te estoy reteniendo? Esperé específicamente hasta que terminaras tu turno para poder hablar contigo.

Volví a centrarme en él.

—No, lo siento. Es la costumbre. Te escucho.

—Bueno, no sé si lo sabías, pero siempre me gustaste más que Simon.

Eché la cabeza hacia atrás, sorprendida:

—No quiero hablar de Simon.

—Tienes razón, no he venido aquí para eso. —Estuve a punto de preguntarle *por qué* había venido, pero intuí que esa noche no iba a ir al grano—. Estoy muy orgulloso de ti.

Eso me pilló completamente por sorpresa.

—¡Gracias!

—Lamento que te hayamos perdido. Eras muy valiosa para nosotros. ¿Te va bien aquí? ¿Eres feliz?

—Bueno, todavía estoy en periodo de prueba —bromeé—. Así que la pregunta más adecuada sería: ¿están contentos conmigo?

Pero sí, me tratan bien. Disfruto trabajando con el personal, y me encanta la ciudad.

Entrecerró los ojos:

—¿Cómo está la situación en la cocina? Tengo la impresión de que te falta personal.

Me irrité.

—¿Se retrasó algo? ¿O es que no te gustó?

—No, pero ya sabes, después de diecisiete años en el negocio, tengo esa sensación.

—Uno de los empleados de la sección de platos fríos se ha puesto malo esta noche —admití.

—Bueno, mientras no te estén sobrecargando de trabajo...

—Sinceramente, estoy muy contenta.

—¿Quieres ir a tomar unas copas? Así podríamos seguir charlando.

¿De qué íbamos a hablar? Mark ascendió a Simon, que luego empezó a comportarse como un idiota, especialmente conmigo. Fin de la historia.

—Lo siento, tengo planes —dije.

—Entonces, mañana por la noche.

Me mordí el interior de la mejilla. No quería ser grosera, pero tenía que dejar las cosas claras.

—Mira, te agradezco que hayas venido y elogiado mis habilidades, pero realmente no creo que tengamos nada de qué hablar.

Él asintió:

—Está bien, no insisto más. Vamos, salgamos. Ya he pagado la cuenta.

—Vale.

Se levantó de inmediato de la silla. Saludé al personal, que me devolvió el saludo mientras Mark y yo caminábamos uno al lado del otro.

Una vez fuera del restaurante, me preguntó:

—¿Estás segura de que no quieres ir a por unas copas? He visto un bar muy bonito cerca.

—No, gracias. De verdad, tengo planes para esta noche.

—De acuerdo.

—¿Qué pasa? ¿Te está molestando? —preguntó Chad con voz atronadora detrás de mí.

Cuando se acercó enérgicamente a nosotros, me sobresalté. Debía de estar cansado de esperarme en nuestro callejón.

—No —respondí—. Hola, Chad.

Parecía extrañamente tenso, sus hombros estaban rígidos.

—Él es mi antiguo jefe en Seattle. Mark, te presento a Chad LeBlanc.

Mark le tendió la mano y Chad se la estrechó con bastante fuerza.

Vale, entonces no era mi imaginación. De verdad estaba tenso.

—Ha venido de visita desde Seattle y ha decidido pasar por el restaurante —expliqué.

—Un LeBlanc en persona, ¿eh? Tienes un sitio estupendo y el ambiente es perfecto, encaja con la ciudad. La comida es deliciosa, pero claro, ¿cómo no iba a serlo? Tienes a Scarlett, una de las buenas. —Acto seguido, Mark se volvió hacia mí—. Me quedaré en la ciudad hasta el domingo. Si cambias de opinión sobre lo de tomar algo, llámame. Puedo adaptarme al horario y estoy deseando que nos pongamos al día.

—Lo tendré en cuenta —respondí de manera seca.

La verdad era que no quería rechazarlo por tercera vez, me parecía descortés. Pero no entendía por qué insistía. Nunca habíamos sido amigos; nuestra relación siempre fue estrictamente profesional.

Se dio la vuelta y se alejó, probablemente hacia la calle Bourbon, donde se encontraba aquel bar.

—Bueno —dije, volviéndome hacia Chad, con una sonrisa de oreja a oreja—, estoy lista para irme.

Me apetecía mucho darle cariño a mi chico, que aún seguía con el gesto serio.

—¿Qué hacía aquí? —preguntó. Su voz sonaba inusualmente tensa.

—Para ser sincera, no lo sé. Ha sido un poco raro, dijo que quería probar la comida.

—Y llevarte a tomar una copa.

Lo miré fijamente, pero no era fácil interpretar su expresión. La luz de la farola se proyectaba justo detrás de él y su rostro quedaba oculto en las sombras.

—¿Sabías que tu ex iba a venir de visita y no me dijiste nada?

Parpadeé sorprendida.

—¿De qué estás hablando? ¿Mi ex? —Y entonces caí en la cuenta de lo que pasaba—. Dios mío, estás celoso. —Sonreí.

Chad dio un paso adelante, frunciendo aún más el ceño.

—No tiene gracia.

—Lo siento, pero sí la tiene. —Estaba sacando conclusiones precipitadas, pero me encantaba que se preocupara tanto por mí.

Quería besarlo allí mismo, en medio de la calle Royal. Pero controlé mis impulsos, e incluso me llevé las manos a la espalda para resistir la tentación de tocarlo.

—Entiendo que te hayas confundido. Mi ex era el *chef de cuisine*, Simon, y yo era la *sous-chef*. Por eso me refería a él como mi jefe. Pero en realidad Mark es el *dueño* del restaurante. Vendría a ser el equivalente de tu puesto, pero en Seattle.

Él gruñó:

—No hay otra versión de mí.

—Me está gustando *mucho* esto.

—¿Qué, torturarme? —preguntó.

Mi sonrisa desapareció. Me aparté a un lado, lo agarré por un brazo con ambas manos y lo llevé hacia nuestro callejón.

—No, claro que no me gusta torturarte. Es solo que creo que... No sé. Supongo que me pareció tierno verte celoso. Me hizo sentir especial.

—¿Entonces no es tu ex? —insistió Chad.

La tensión aún no había abandonado su cuerpo.

Vaya, vaya. Tengo mucho trabajo por delante esta noche.

—No.

—¿Y qué hacía aquí?

—Ni idea —admití—. Lo veía todos los días en el trabajo. Siempre estaba en el restaurante, pero no teníamos una relación amistosa. Ni amistosa ni de ningún otro tipo.

—Quería que salieras a tomar algo.

Tragué saliva.

—Lo sé, Chad. Y sigo sin saber qué quería, pero lo rechacé. De todos modos, estoy segura de que tendrá muchos otros planes con su familia.

Por primera vez en la noche, Chad se mostró visiblemente relajado: la tensión había desaparecido de su rostro y sus hombros se habían distendido.

—¿Está aquí con su familia?

Mierda. Realmente pensaba que mi antiguo jefe se había pasado por el restaurante para ligar conmigo y llevarme a tomar algo. No, no podía dejar las cosas así. Tenía que demostrarle que él era el único hombre que me importaba. El único en todo el mundo.

Pero para eso debíamos estar en su casa, o podríamos dar un espectáculo delante de todo el mundo.

—Chad —dije pausadamente—, creo que te has hecho una idea equivocada. ¿Por qué sacas esas conclusiones?

Se pasó los dedos por el pelo, negando con la cabeza y mirando al suelo antes de fijar la mirada en mí.

—Sinceramente, no lo sé —respondió.

—Mmm...

—Es solo que... He estado aquí fuera, observándote hablar con él durante un rato. Al principio pensé que solo era un cliente quejándose, pero luego me di cuenta de que lo conocías. Y cuando salió contigo y te invitó a tomar una copa... No sé.

—Entiendo. Pues que sepas que ya tenía previsto mimarte esta noche, pero ahora me obligas a superarme.

—Espera —dijo, sujetándome la mano. Me acercó a él y colocó la otra mano en mi zona lumbar—. ¿No estás enfadada?

—Creo que todos tenemos nuestros miedos e inseguridades. No te juzgo. ¿Quién sabe qué provocó esa reacción?

—Estoy tratando de entenderlo, pero la verdad es que no lo sé.

Acercó la cabeza y me acarició el labio inferior con la punta de la lengua.

—No, no, no —dije, y di un paso atrás—. Sabía que no debía haber dejado que te acercaras tanto. Vamos a casa y allí podrás

comerme a besos.

—¡Síííí! —exclamó.

Menos de veinte minutos después, estábamos en su casa. Había elaborado un plan implacable durante el trayecto. Primero iba a tentarlo para que se uniera a mí en su precioso cuarto de baño y luego nos meteríamos juntos en la bañera. Una vez allí, le daría un masaje completo y luego le daría el mejor sexo de su vida. Estaba muy decidida.

En cuanto llegamos, le informé:

—Voy arriba a llenar la bañera.

Él sonrió.

—No tan rápido. Primero, un beso.

—No. Dije que podías besarme, pero no especifiqué cuándo.

Él gruñó y, antes de que me diera cuenta, se acercó, presionando su pecho contra el mío, y me empujó hacia atrás hasta que mi espalda quedó apoyada contra la pared.

Bueno, si insistes, quizá lo mejor sea besarnos primero.

Capítulo Veinticinco

Scarlett

—¿Qué vas a hacer ahora?

—Pues ya que me tienes atrapada, supongo que no tendré otra opción más que aguantar el sufrimiento —bromeé.

Cuando se inclinó hacia mí, cerré los ojos. Sentí sus labios en mis párpados... y luego en mi boca. Nunca me acostumbraría a las atenciones de Chad. Al principio fue un beso lento, provocador, solo se limitó a rozar sus labios contra los míos. Pero al cabo de unos instantes el beso se volvió feroz. Dios mío, las cosas que le hacía a mi boca con su lengua. Al mismo tiempo, bajó sus manos por mi cintura y después deslizó una entre mis piernas, presionando mi clítoris con los dedos a través del vestido.

Gemí sin ningún tipo de tapujos. No tenía inhibiciones con Chad, y esa sensación era gloriosa. Nunca me había sentido tan libre ni tan feliz con nadie.

Temía lo que pudiera pasar a partir del domingo, cuando tuviera que volver a mi estudio. No quería perder esa cercanía. Convivir había creado entre nosotros un nivel de intimidad que nunca hubiera imaginado, y aún había mucho por descubrir.

—¿Hay alguien en casa? —la pregunta resonó por toda la vivienda.

Chad se apartó al instante y yo me quedé clavada en mi sitio. La voz pertenecía a uno de sus hermanos, pero no sabía cuál.

—Su coche estaba en la entrada —dijo otro.

—Quizá esté arriba —dijo un tercero.

Uno era Zachary, sin duda. ¿El otro era Xander, tal vez? Supuse que el tercero podría ser Beckett.

Chad me miró y luego me dedicó una media sonrisa. A continuación, se encogió de hombros como diciendo*: "¿Qué se le va a hacer?".*

—Entrad —dijo en voz alta.

¿Qué se suponía que debía decir o hacer? Antes que nada, quería comprobar mi aspecto rápidamente en un espejo. El beso de Chad

fue tan intenso que me dejó la boca roja. Pero no tuve tiempo de comprobarlo, ya que tres hombres irrumpieron en escena. Xander estaba a un metro de Zachary y Beckett. Fue él quien nos vio primero y entrecerró los ojos. La cara de Zachary se iluminó con la sonrisa más grande que jamás había visto en nadie.

—¿Qué narices está pasando, tío? ¿También la estás haciendo trabajar fuera de horario? —preguntó Beckett.

Zachary se echó a reír:

—Tío, aquí está pasando otra cosa.

De repente, mi cara se puso al rojo vivo. Se habían dado cuenta de que nos estábamos dando el lote.

—Tú sí que no pierdes el tiempo, hermano —comentó Xander.

Entonces Beckett lo entendió todo.

—Ya veo. Como Bella está fuera toda la semana, habéis decidido divertiros un poco.

Para mi sorpresa, Chad dijo:

—Scarlett se quedará conmigo toda la semana. —Y luego me puso un brazo por encima del hombro.

De alguna manera, el modo en que pronunció la frase hizo que lo nuestro sonara oficial.

A Beckett se le abrieron los ojos como platos y Xander lo señaló:

—Sin comentarios.

—No tenía ninguno —respondió Beckett—. De hecho, estoy demasiado pasmado para decir nada.

Zachary negó con la cabeza y se centró en mí:

—Perdona a Beckett. Nunca ha convivido con una novia, así que para él es algo fuera de lo común.

Se me hizo un nudo en el estómago, pero sonreí de todos modos. Yo no era exactamente la novia de Chad. Era... Bueno, no lo tenía muy claro. Sí, me iba a quedar con él toda esa semana, pero no era para nada comparable a una convivencia en pareja. Eso era algo permanente. Esto era... ¿Qué era?

—¿Qué hacéis aquí los tres y por qué habéis venido sin avisar? —preguntó Chad.

—¿Sabes que es gracioso? —dijo Xander—. Que tú creas que puedes pedirnos que vengamos a pasar el rato con Bella sin previo

aviso, pero nosotros no podemos pasar por aquí cuando queramos.

—No sin avisar —señaló Chad—. Y ya sabéis que aprecio mucho que siempre estéis presentes para mí y para Bella.

—Ya. Entonces, ¿qué tal si lo intentamos de nuevo? —dijo Beckett—. Salimos, fingimos llamarlo, él termina de... bueno, lo que sea que estuviera haciendo.

—¡Por Dios, Beckett! —exclamaron Xander y Zachary al mismo tiempo.

—Yo mejor me voy —anuncié, porque sentía que iba a estallar de vergüenza.

—No vas a ir a ninguna parte —respondió Chad con severidad.

—Perdona a Beckett —dijo Zachary.

—No, no lo perdones —intervino Xander—. Solo acepta que es un poco diferente.

Xander miró con ira a Beckett, quien se limitó a encogerse de hombros y decir:

—Hemos venido a hablar del barco.

Al instante, Chad preguntó.

—¿Dónde está Anthony?

—Tiene cosas que hacer esta noche. Pero puedo hablar en nombre de él —respondió Beckett.

—¿Qué barco? —pregunté.

Chad sonrió y les indicó a sus hermanos que fueran al salón. Luego me tomó de la mano y dijo:

—Vamos a sentarnos.

—Vale, primero quiero beber un vaso de agua —dije.

—Claro.

Mientras se dirigían al salón, me bebí rápidamente un vaso, pues tenía la garganta seca. Entonces dudé. Tal vez debiera darles espacio para que tuvieran privacidad. Buscando distraerme, saqué mi teléfono y revisé mis correos electrónicos. Para mi sorpresa, Mark me había enviado un email.

Hola, Scarlett:

Me alegró mucho verte y también de que te vaya bien. Tu comida es de primera, como siempre.

Volví a echar un vistazo al correo electrónico, preguntándome si se había cortado. Pero no, lo había terminado con un "Te deseo lo mejor". ¿Qué sentido tenía que me escribiera? No quería ser descortés y, desde luego, no quería cerrar ninguna puerta. Nunca se sabía cuándo podría necesitar otra recomendación.

Le envié una respuesta neutral:

Hola, muchas gracias. A mí también me alegró verte. Si alguna vez vuelves a Nueva Orleans, no dudes en pasar por el restaurante.

—¿Scarlett? —preguntó Chad, sacándome de mis pensamientos —. ¿Va todo bien?

—Sí, claro. —Me apresuré a sentarme en el sofá, para poder seguir viendo mi precioso árbol iluminado por el rabillo del ojo.

No es tu árbol, Scarlett. No vives aquí. No te encariñes demasiado con él, ni con Chad.

—Bueno, con respecto al barco —Beckett sacó su móvil y se lo mostró a Chad—. Estas son las opciones.

—Está bien, me gustan todas. —Mirándome, me explicó—: Mis dos abuelos se niegan a gastar dinero en un barco cuando, y cito textualmente, "tenemos uno en perfecto estado en el pantano".

—¿En perfecto estado? Me parto con ellos —señaló Xander.

—Totalmente —coincidió Zachary—, y no lo digo por quisquilloso. A ese bote le falta un solo mordisco de caimán para hundirse en el pantano.

—Como las formas son importantes para la familia —explicó Beckett—, Chad tuvo una idea brillante: se los va a dar como un regalo para que les sea imposible rechazarlo.

—Eso *sí* que es genial —dije. *Y muy considerado*.

—Cualquiera de los tres es buena opción. ¿Cuál podemos conseguir más rápido? —preguntó Chad.

Eché un vistazo al iPad y casi me caigo del sofá. *Joder, ¿cómo es posible que un barco cueste lo mismo que un pequeño estudio?* Quizá estaba imaginando un cero más. Me acerqué más lentamente, sin que se notara demasiado. No, lo estaba viendo bien. Acto seguido, volví a recostarme en el sofá, flipando.

—El tercero.

—Muy bien, entonces compremos ese —concluyó Chad.

Era el más caro, un treinta por ciento más que el resto, y ni siquiera pestañeó.

—Muy bien —dijo Beckett—. Se lo voy a enviar a Anthony. Ahora tenemos que pensar en una estrategia para vendérselo a los abuelos.

—¿No habías dicho que era un regalo? —pregunté.

—Tenemos que encontrar el momento perfecto —dijo Xander y luego miró a Zachary—. Zachary, tú eres el experto mediando.

Chad también miró con intensidad a Zachary.

Zachary entrecerró los ojos y se recostó más en el sofá:

—Creo que no deberíamos hacer que este sea el hecho principal. El foco debería estar en otra cosa.

—Es una buena idea —comenzó Chad—. Pero, ¿en qué?

—No puede ser en el contexto de un cumpleaños —continuó Zachary—. No deberíamos robarle el protagonismo a nadie.

—Además, nadie cumple años en los próximos días. ¿Cuándo entregarán el barco?

—Dentro de dos días —respondió Beckett.

Zachary y Chad intercambiaron una mirada.

—¿Estás pensando lo mismo que yo? —preguntó Zachary.

Chad sonrió.

—El domingo es el día ideal.

—¿Qué pasa el domingo? —pregunté.

—Toda la familia vuelve de Disney. Pasarán varias horas enseñándonos fotos y presumiendo de quién ha hecho qué con Bella. Y en medio de todo eso, anunciaré lo del barco, como quien no quiere la cosa —explicó.

—Chad, no puedes estar hablando en serio. Es un regalo importante. No hay manera de "como quien no quiere la cosa" entre fotos de vacaciones y esas cosas —respondí.

—Pero aun así creo que podría funcionar —dijo Zachary.

Xander lo señaló:

—Repasemos ese escenario.

—Tío, tú sabes que yo no funciono así —replicó Zachary—. Trabajo mejor directamente en el campo de batalla.

—No estamos yendo a la guerra —resopló Beckett.

Dios mío, estos chicos eran divertidísimos.

—Eso es discutible —replicó Xander—, porque si los cuatro abuelos nos plantan cara por tenderles una emboscada con el barco, las cosas podrían ponerse feas.

Chad negó con la cabeza:

—Tanto Isabeau como Celine llevan años insistiendo en que lo cambien. Se pondrán de nuestro lado.

—Bueno, creo que ya lo tenemos todo resuelto —concluyó Zachary—. Hemos elegido el barco y el día para decírselo. Podemos marcharnos.

—Podríamos quedarnos a tomar una copa —sugirió Beckett.

Xander lo miró con los ojos entrecerrados.

—Tomaremos la copa en otro sitio. Vayamos al bar de Julian.

Cuando Beckett abrió la boca, claramente para protestar, Xander dijo:

—Beckett... —Nos miró a mí y a Chad por el rabillo del ojo. Quería esconder la cara entre las manos, pero eso habría sido demasiado obvio.

—Bueno, está bien. Vamos, entonces —respondió Beckett con torpeza mientras todos nos levantábamos de los sofás.

Los acompañamos hasta la entrada y, tan pronto como se marcharon, Chad se volvió hacia mí, sonriendo:

—Lo siento.

—No te preocupes, ha sido muy divertido. E inesperado.

—Les diré que no vengan sin avisar durante el resto de la semana.

Mi estómago volvió a dar un vuelco. No me gustaba que me recordaran que después del domingo ya no estaría en aquella casa.

—Xander y Zachary no parecían nada sorprendidos de que estuviera aquí, en el salón.

—Claro que lo estaban, solo que lo disimularon mucho mejor que Beckett —respondió Chad.

—¿Y eso no te importa?

—Ni un poco, iban a enterarse tarde o temprano.

—Menos mal que aún no estábamos en la bañera. Pero ya hemos perdido bastante tiempo. Subamos.

Él se inclinó hacia mí, pero lo detuve:

—Te lo diré con absoluta firmeza: No. —Me clavó la mirada. Bueno, quizá no fuera tan firme, pero él no tenía por qué saberlo—. Si empiezas a besarme, nunca llegaremos a la bañera.

—No me importa en absoluto.

—Pero lo necesitas.

—¿Ah, sí? —preguntó escéptico.

Lo cogí de la mano y caminé delante de él por la escalera. Cuando llegamos a la planta superior, giré la cabeza para mirarlo.

—¿Te parecería mejor la oferta si te dijera que pienso meterme contigo?

Su rostro se iluminó al instante:

—Deberías haber empezado por ahí.

* * *

Chad

Mientras se llenaba la bañera, me desvestí en el dormitorio. Scarlett se encontraba en el pasillo.

Más vale que no esté bromeando con lo de unirse a mí en la bañera. Ciertamente, mis músculos estaban tensos y el agua caliente me vendría bien, pero quería que Scarlett estuviera allí conmigo para poder pasar cada minuto con ella.

—¿Scarlett? —pregunté—. ¿Dónde estás?

—Oh, estoy en la habitación de Bella —respondió.

Envolví mi cintura con una toalla, salí de mi dormitorio y entré en el de Bella. Scarlett estaba jugando con las cortinas, atándolas en ángulos extraños.

—¿Qué estás haciendo?

Me miró avergonzada.

—Eeem, lo siento. Las compré hoy y tenía curiosidad por probar una cosa, pero no quiero hacerte esperar. —Dejó la caja que contenía las telas sobre la cama y luego corrió hacia mí, me tomó de la mano y me acompañó al baño. Seguía completamente vestida.

—¿Qué tienes pensado hacer con esas telas?

—Bella mencionó que quería más cosas con temática de *Harry Potter* en su dormitorio, y vi estas cortinas...

Le levanté la barbilla.

—Eres increíble. ¿Lo sabes?

—Estoy muy contenta de haber encontrado unas con Hedwig. Es toda blanca, así que no desentona con el resto de colores.

—No lo entiendo. ¿Qué es un Hedwig?

Se rió.

—Ay, ¿cómo puedes ser tan *muggle*? Te pierdes muchas cosas por no ver las películas.

—No puedo creer que salieras a comprar cortinas para Bella.

—¿Por qué no? Todas las mañanas buscaba en el Barrio Francés una tienda que vendiera cosas de *Harry Potter*. No quería hacer un

pedido por Internet porque quería ver la tela en persona, y un día tuve suerte.

—El afortunado soy yo. Muy afortunado. —Me incliné y atrapé su labio inferior con mi boca.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó contra mi boca—. Quieres desnudarme, ¿eh?

—Por supuesto.

Dejé caer la toalla justo antes de agarrar su vestido y quitárselo por encima de la cabeza. Ella se quitó el sujetador en un abrir y cerrar de ojos.

Nunca me cansaría de verla quitarse la ropa.

—¿Quieres hacer los honores? —bromeó, enganchando los pulgares en la banda elástica de sus bragas.

—No, quiero ver cómo lo haces tú. Date la vuelta.

—Ah, ¿quieres ver mi culo?

—Siempre.

Se dio la vuelta, moviendo lentamente las caderas, luego se inclinó y se bajó las bragas. Su culo era jodidamente espléndido. Me costó mucho reprimir el instinto de llevarla contra el tocador y hacerla mía en ese mismo instante.

Se enderezó y giró la cabeza para mirarme. Di un paso largo hasta quedar justo detrás de ella, con su trasero presionado contra mi miembro. Gruñí y enterré mi cara en su cuello.

Maldita sea, ¿cómo es posible que ya sea jueves? Solo me quedaban tres noches más con ella, y aún no había tenido suficiente.

—¿En qué piensas? —preguntó.

—Que ya es jueves.

Todo su cuerpo se relajó contra el mío.

—Ya, lo sé... —murmuró.

La miré a través del espejo y ella me devolvió la mirada. Quería que se quedara conmigo incluso después de que Bella regresara, pero era una idea descabellada. Bella ni siquiera sabía que Scarlett y yo estábamos saliendo. De hecho, ni siquiera sabía lo que eso significaba. No podía ser tan egoísta como para hacer algo así. Por

más que lo único que quisiera fuera que Scarlett se quedara en mi casa.

Le aparté el pelo hacia un lado y besé su cuello. Podía explorar su espalda a mi antojo.

—Ven conmigo el domingo —dije—. A comer a casa de mi familia.

Ella contuvo la respiración.

—Pero Bella estará allí.

—Lo sé. —Entonces se me ocurrió que tal vez ella no quería necesariamente que mi hija lo supiera. *Joder.* Pero si ese era el caso, tenía que saberlo—. Podemos aprovechar esa ocasión para que toda la familia sepa que estamos saliendo, incluida Bella.

Se dio la vuelta, parpadeando rápidamente.

—¿Hablas en serio?

—¿Por qué no estaría hablando en serio? —Seguía sin poder determinar lo que de verdad quería. Normalmente podía leerla. ¿Por qué en ese momento no?

—Dijiste que tu promesa de celibato era para que ninguna mujer irrumpiera en la vida de Bella...

—Tú no eres cualquier mujer. De hecho, sería la primera vez que le presente a alguien.

Scarlett volvió a levantar la vista y acaricié su cara con ambas manos:

—No tengo el poder de hacer que esta semana dure más.

—¿Pero te gustaría? —susurró.

—Sí. Es en lo único en lo que he pensado desde que llegaste. En que no quiero que te vayas.

Ella tragó saliva.

—Oh, Chad, eso sería una locura —murmuró.

—Lo sé.

Estuve a punto de pedirle que se quedara, pero me contuve por el bien de ambos. Y por el de Bella. Especialmente por el de Bella. Ella no lo entendería, tenía que ir poco a poco.

Scarlett dudó:

—¿Estás seguro de que a la familia le parece bien que vaya?

—Cariño, Isabeau y Celine te han hecho un perfume. Ese es su sello de aprobación.

Ella resopló:

—¿Por qué nadie me lo ha dicho?

—Me pareció que era obvio.

—Pues no, no lo era. Pensé que solo querían ser amables conmigo.

—Si hubieran querido ser amables, te habrían hecho una tarta. Hacerte un perfume exclusivo es algo completamente diferente.

Pareció aturdida durante unos segundos, pero luego su rostro se transformó y me ofreció una preciosa sonrisa.

—Vaya, tengo su aprobación. —Entonces dio un pequeño paso atrás y empezó a mover las caderas—. Tengo su aprobación, tengo su aprobación —canturreó, y luego se echó a reír.

Scarlett era una mujer increíble.

Cuando volvió a mirarme, la apreté contra mí, agarrándole el trasero con ambas manos. Sus pechos se presionaron contra mi cuerpo. Podría morir feliz en ese momento con aquella mujer desnuda entre mis brazos. Perderíamos todo eso al final de la semana: las tardes divertidas, las noches sensuales y todo lo demás.

Pero algo había cambiado entre nosotros en ese momento. Iba a ir a nuestro *brunch* familiar. Después del domingo, mi hija sabría que Scarlett era mía. Toda la familia lo sabría.

—Entremos en la bañera —dijo—. Ya casi está llena.

Quería llevarla directamente al dormitorio, pero la bañera también me valía.

Entré primero y la cogí de la mano para ayudarla a entrar. El agua tenía la temperatura perfecta. Nos sentamos uno frente al otro, y entonces ella cambió de inmediato de posición, poniéndose de rodillas.

—No lo he pensado bien. Necesito que te des la vuelta.

—¿Por qué?

—Para poder empezar a darte un masaje en la espalda.

Moví las cejas con picardía.

—También puedes darme un masaje por delante —repliqué, señalando mi pene.

Sonrió con aire burlón.

—Esa será mi última parada.

—Lo has estado planeando al detalle, ¿eh?

—No exactamente —respondió ella—. Solo a grandes rasgos. Mi objetivo es que no te desvíes de mi plan a mitad de camino con besos apasionados y ese tipo de cosas.

—Scarlett, tengo noticias para ti —repliqué, poniéndome también de rodillas y acercándome a ella—. Lo voy a hacer de todos modos.

Capítulo Veintiséis

Chad

El domingo llegó demasiado rápido. Justo antes de ir a comer con mi familia, dejamos la maleta de Scarlett en su casa.

—Joder. Había olvidado lo pequeño que era el piso —dije cuando entramos.

—Oye, no seas tan criticón. A mí me gusta, es acogedor. —Se mordió el labio y miró a su alrededor—. Vamos, no quiero que lleguemos tarde.

Al ver que jugueteaba inquieta con los pulgares, me coloqué delante de ella para ver qué pasaba.

—Scarlett, ¿estás nerviosa?

—¿Se nota mucho?

—Sí. —La miré fijamente.

—Es verdad, estoy nerviosa —susurró.

—Si prefieres no ir, no pasa nada. No quiero presionarte.

Contuve el aliento. ¿Y si prefería quedarse en su casa? Quería hacer oficial nuestra relación ante la familia, pero ¿y si ella no estaba preparada?

Scarlett ladeó la cabeza como si lo estuviera considerando seriamente:

—No, no. No soy ninguna cobarde. Quiero ir.

De repente, me sentí más ligero.

—Perfecto, entonces deberíamos ir saliendo. Por el mensaje que han enviado al grupo, deduzco que llegarán a casa en unos cinco minutos.

—¡Dios mío! —exclamó, enderezando su postura—. Entonces llegaremos tarde.

Me reí.

—No, no te preocupes. Es mejor, así tendrán tiempo de acomodarse antes de que lleguemos.

—Estoy deseando saber qué ha hecho Bella esta semana —dijo.

Le di un beso en la frente y aspiré su fragancia adictiva. La ternura con la que hablaba de mi hija era algo a lo que nunca me

acostumbraría y que me recordaba constantemente la increíble suerte que tenía.

—Echo de menos a mi niña —confesé—. Siempre me cuesta mucho separarme de ella cuando se va con los abuelos, pero sé que se lo pasa muy bien.

—Eres un padre estupendo.

Escuchar esas palabras de su boca significó mucho para mí.

Después de dejar su maleta junto a la cómoda, nos dirigimos al coche.

—Dijiste que viven en el Garden District, ¿verdad? ¿Pasamos por delante de la casa cuando fuimos allí el otro día? —preguntó una vez que estuvimos en la carretera.

—No, si no, te la habría enseñado.

—Debe de ser enorme si viven todos allí.

—Y te quedas corta.

Sin embargo, decidí no darle más detalles. Pronto la vería por sí misma.

* * *

Llegamos veinte minutos más tarde y su reacción no tuvo precio.

—Chad —dijo pausadamente—, creo que es la casa más grande que he visto en todo el Garden District —confesó con voz entrecortada.

—Te puedo garantizar que es así —respondí.

Ya habían aparcado la furgoneta y no había nadie dentro, lo que significaba que ya habían descargado todas las maletas. Divisé también los coches de mis hermanos aparcados en la calle.

Perfecto, iba a aprovechar que ya estaba todo el mundo para hacer una gran entrada.

Cuando salimos del coche, miré a Scarlett con detenimiento. Ella sonrió mientras observaba la casa y luego me devolvió la mirada.

—¿Sabes una cosa? Cuando dijiste que todos vivían juntos, me costó visualizarlo, pero asumo que cada uno tiene su propia ala, o algo similar.

—Esa era la idea inicial, pero al final no fue la mejor opción. Los abuelos se quedaron en la planta baja para evitar las escaleras, y mis padres en la planta superior. Se han organizado bien de esa forma.

Scarlett sonrió.

—Es curioso, de niña, siempre pensaba que cuando mis padres fueran mayores, les compraría una casa bonita no muy lejos de la mía para poder cuidar de ellos.

Joder, esta mujer me va a matar. No creía que pudiera gustarme aún más, pero cuanto más la conocía, más me demostraba lo equivocado que estaba.

—Entremos —indiqué.

—¿Alguno sabe que vengo contigo?

—Solo mis hermanos —respondí.

—¿Entonces no se lo has contado a nadie más? —preguntó con voz aterrada. Era tan entrañable...

—Todo va a salir bien, te lo prometo.

—Vale. Bueno, que empiece la función —dijo y contoneó las caderas.

Quería atraerla hacia mí y besarla hasta dejarla sin aliento. Me preguntaba cómo demonios iba a ser capaz de dejarla en su casa más tarde, después de haberla tenido solo para mí durante toda la semana.

Subimos juntos los escalones de la entrada. No tuve que llamar al timbre porque siempre dejaban la puerta principal abierta cuando esperaban visitas. Así que simplemente entramos.

Scarlett miró a su alrededor con una cálida sonrisa.

—Esta casa tiene muy buena energía. Es muy acogedora.

—Coincido —respondí—. Y de alguna manera se las arreglaron para ponerse de acuerdo en decorarla con un estilo que gusta a todos.

Las voces se oían muy lejanas, lo que significaba que todos se encontraban en el salón, que estaba bastante apartado de la entrada. Guié a Scarlett hasta allí.

En cuanto entramos en el salón, Bella gritó:

—¡Papá, estás aquí! —Y corrió directamente hacia mí.

Había echado muchísimo de menos a mi pequeña. Cada vez que se iba, sentía como si una parte de mí se hubiera ido con ella.

Me agaché, abrí los brazos y Bella saltó sobre mí, como cuando era más pequeña. Luego me levanté con ella, abrazándola muy fuerte.

Me dio un gran beso en la mejilla y luego, aún en mis brazos, se apartó un poco, sonriéndome. Acto seguido, se volvió hacia Scarlett.

—¡Hola, Scarlett!

—Hola, Bella. Estoy deseando que me cuentes cómo ha sido tu semana.

—Papá, ¿puedes bajarme? Quiero abrazar a Scarlett también.

Sentí un pequeño ataque de celos. Sí, celos. A mi hija normalmente le gustaba quedarse en mis brazos al menos diez minutos después de un viaje.

Abrazó a Scarlett con la misma fuerza con la que me había abrazado a mí.

—Me lo he pasado muy bien —respondió cuando se apartó—. Tengo autógrafos de Cenicienta, todas las princesas y Blancanieves.

—¿De verdad? ¿Y tienes fotos?

—Sí. Las abuelas lo tienen todo en sus móviles.

Pasé la mirada de Scarlett y Bella hacia donde se encontraba el resto de la familia. Había estado en lo cierto al llegar: ya estaban presentes todos mis hermanos. Y, por las sonrisas de Julian y Anthony, estaban al tanto de que Scarlett había pasado la semana en mi casa. De hecho, los únicos que parecían sorprendidos eran mis padres, aunque mi madre también esbozaba una leve sonrisa. Por su parte, mis abuelos y abuelas tenían una expresión de suficiencia en sus rostros, especialmente Celine e Isabeau.

—Te he echado de menos, Scarlett —dijo Bella.

—Yo también —respondió ella.

A continuación, nos dirigimos al salón y terminamos de saludar a todos.

—Qué agradable sorpresa, Scarlett. Me alegro mucho de verte de nuevo —dijo mi madre.

Mi padre parecía demasiado sorprendido como para hablar, así que solo se limitó a estrecharle la mano.

Celine estaba radiante.

—Ay, querida. Sabía que ese perfume funcionaría.

Isabeau resopló:

—Celine, no deberías decir eso en voz alta.

Luego miró a Bella, que ya nos estaba contando a Scarlett y a mí su encuentro favorito: ver a Mickey Mouse. El abuelo David miraba a Julian con recelo, así que sospeché que ya estaba al tanto. Por su parte, Félix simplemente se quedó mirando a Celine. Siempre decía que su teoría del perfume era una tontería, y yo también. Pero si eso la hacía sentir mejor, ¿quién era yo para llevarle la contraria?

—Bueno, ya que acabamos de llegar y obviamente no hemos tenido tiempo de cocinar, ¿qué tal si pedimos una *jambalaya*? —sugirió Isabeau.

Scarlett se irguió.

—Me encantaría cocinar para vosotros. Seguro que tenéis arroz y quizá verduras y gambas congeladas. Si me enseñáis donde está la cocina y los ingredientes que tenéis, puedo preparar una *jambalaya*.

—Scarlett —dije, pasando un brazo sobre sus hombros—, no vas a cocinar hoy.

—¡Querida! —exclamó mi madre, mirando a Scarlett con una mezcla de sorpresa y afecto—. Es muy amable de tu parte, y te lo agradecemos mucho. Pero ya pasas suficiente tiempo en la cocina. En esta casa, jamás dejaremos que pongas un pie en ella.

—No le lleves la contraria a mamá —le dije—, especialmente cuando se trata de la cocina.

—Está bien —respondió Scarlett, aunque parecía un poco dubitativa—. Si a ti te parece bien...

—¿Por qué no nos sentamos todos? —sugirió mi padre.

Tenían una sala de estar enorme con sofás y sillas, así que todos teníamos sitio para sentarnos.

Cada vez me resultaba más difícil mantener las manos quietas cuando estaba cerca de Scarlett, pero no quería confundir a Bella mostrándome demasiado cariñoso. Que estuviera tan contenta de ver a Scarlett allí era un gran comienzo, pero quería tener una conversación adecuada con ella y explicarle bien las cosas. Sin embargo, eso tendría que esperar hasta que volviéramos a casa.

Bella se acercó y se sentó en mi regazo, sosteniendo un móvil y mirando fotos.

—¡Oh, Cenicienta es preciosa! —exclamó Scarlett.

—¿A que sí? Pero hizo trampa, me fijé en sus zapatos y no eran de cristal. ¡Llevaba zapatillas! Las princesas llevan tacones.

—Bueno, incluso las princesas se cansan —explicó Scarlett—. Especialmente si están de pie todo el día.

—Mmm —respondió Bella, sin parecer muy convencida.

Nos enseñó como cuarenta fotos. Estaba más que agradecido de que mi hija se lo hubiera pasado tan bien, pero me sentía perdido con respecto a los personajes. No recordaba a la mayoría de ellos, pero afortunadamente Scarlett los conocía al dedillo.

Después de que Bella terminara de mostrarnos todas las fotos, corrió directamente hacia Xander y le dijo:

—Tío Xander, me has mentido.

—¿Pero qué dices? —respondió Xander de manera un tanto teatral—. Nunca miento.

—Dijiste que Goofy era feo.

—Sí, pienso que es feísimo.

—Pero no es feo —protestó Bella, dando una patada en el suelo.

—Eso, Bella, es una diferencia de opinión —dijo Xander—. Tú crees una cosa y yo creo otra. Pero eso no significa que ninguno de los dos esté mintiendo.

—Pero solo puede haber una verdad.

Mi hermano había abierto la caja de Pandora, pero siempre se le había dado bien manejar ese tipo de situaciones. Por otra parte, trataba a Bella casi como a una adulta. Sus conversaciones siempre eran desafiantes, pero a mi hija le gustaban.

Mientras debatían los pros y los contras de las opiniones en contraposición a la verdad, Anthony, Beckett y Zachary se acercaron a mí y a Scarlett.

—Bueno —dijo Anthony—, ya tenemos el barco.

Scarlett se rió entre dientes:

—Chicos, sois realmente eficientes.

—¡Por supuesto! —contestó Beckett—. Puedo llegar a ser muy convincente. Lo hemos dejado en el muelle de la familia, en el

pantano.

Era cierto. Beckett era el que tenía la habilidad para negociar más desarrollada de todos nosotros.

Sonreí:

—Me has dejado alucinado. Pensaba que hoy solo íbamos a hacer el papeleo. Ahora solo queda dar la noticia.

Todos nos giramos para mirar a Zachary, incluida Scarlett. Queríamos ver qué decía.

—¿Sabéis qué? Todos están relajados y de buen humor. No creo que haga preparación previa. Lo soltaremos del tirón y a ver qué pasa —dijo.

Anthony gruñó.

—A ver, tío —dijo Beckett—. Al menos analicemos algunas estrategias.

—¿De qué estáis hablando? —preguntó el abuelo David, desde el otro lado de la habitación.

—¿Veis? No es bueno que sospechen —dijo Zachary—. Eso solo conseguirá que se pongan a la defensiva.

Asentí:

—Tienes razón. Se lo contaré sin rodeos. Para cuando llegue la *jambalaya*, tú ya habrás suavizado todo.

Zachary me miró fijamente y dirigiéndose a Chad dijo:

—Chad, tengo talento para mediar, pero no puedo hacer magia.

—Tienes razón.

—Además —dijo Zachary—, que Scarlett esté aquí ayuda.

—¿En serio? —preguntó ella, sonriendo—. ¿Qué necesitáis que haga?

Una vez más, me invadió el deseo de llevarla a solas a algún lugar para poder besarla. Me gustaba su entusiasmo por participar en todo. Mi ex siempre decía que nuestras payasadas no eran dignas del apellido LeBlanc.

Chad, para ya. No es justo comparar a Scarlett con Sarah.

—Tu mera presencia ayuda —explicó Zachary—. Las abuelas se centrarán en ti y no dejarán que David y Félix armen demasiado alboroto.

Eché un vistazo al salón. Era un momento tan propicio como cualquier otro.

—¡Muy bien, familia, tengo noticias! —dije en voz alta.

Xander y Bella no dejaron de hablar, solo bajaron la voz hasta convertirla en un susurro.

—Cariño, no hace falta que lo anuncies —dijo Celine—. Ya nos hemos dado cuenta. —Nos miró a Scarlett y a mí con mucha ilusión.

Apreté la mano de Scarlett y dije:

—En realidad, esto concierne a nuestros abuelos. Tenemos una sorpresa para vosotros en el pantano.

Felix se entusiasmó:

—¿Fuisteis de pesca mientras no estábamos?

—No... ¡He comprado un barco nuevo!

Zachary tenía razón. No había forma de preparar el terreno, lo mejor era soltarlo del tirón.

—Para vosotros dos —aclaré.

David y Félix empezaron a hablar al mismo tiempo.

—¡No lo necesitamos! —exclamó David.

—¿Para qué malgastar el dinero? —añadió Félix.

Celine e Isabeau no nos quitaban los ojos de encima a Scarlett y a mí, casi con seguridad anticipando un anuncio. Curiosamente, esa situación no me incomodaba. Lo que teníamos era auténtico, y sabía que, cuando llegara el momento, no dudaría en compartir esa felicidad con mi familia.

—Ah... bueno, qué bonito gesto, chicos. —Celine parecía decepcionada.

Fue entonces cuando me di cuenta de que tenía que averiguar qué pensaba Bella con respecto al hecho de que Scarlett formara parte de nuestras vidas.

Porque había una cosa que tenía clara: no iba a dejar escapar a Scarlett.

Capítulo Veintisiete

Chad

—Cuando eres más viejo que Matusalén, el tiempo pierde sentido —replicó el abuelo Félix—. ¿Aún podemos cancelar la compra, o ya no es posible?

Me sentí triunfante. Mis hermanos también se rieron. Había sido una idea genial comprar el barco.

—Ya no hay marcha atrás —afirmé.

—Como Chad ha dicho, ya está en el pantano —comentó Anthony con cierta displicencia.

Felix miró a mi hermano:

—¿Tú también estás involucrado en esto?

—Sí, y ya que estamos de confesiones —repuso Beckett—, también Zachary y Xander.

Julian levantó las manos en señal de defensa:

—No he tenido nada que ver con esto, pero lo apoyo plenamente. Si rechazáis ese barco, juro por Dios que yo mismo hundiré esa vieja chatarra oxidada. Es más, he pensado en hacerlo varias veces a lo largo de los años.

—Sois unos cabezotas —sentenció David.

—Supongo que nos parecemos mucho a ti, entonces —dijo Zachary—. Mirad, el barco ya está en el pantano y está pagado. No hay forma de devolverlo. —Hizo hincapié en la palabra *"devolverlo"*. —Más vale que lo disfrutéis. Es espacioso y tiene mucha sombra.

—Bueno, tener más sombra nos vendrá bien —comentó Félix—. Últimamente nos estamos asando en el barco porque el sol cada vez está más fuerte, así que sin duda es algo a favor.

David negó con la cabeza:

—No quiero aprender a navegar un barco nuevo.

Al instante, intervino Anthony:

—Yo te puedo enseñar. Lo he probado. Elegí específicamente uno que fuera fácil de navegar.

Felix y David seguían sin parecer muy convencidos, aunque Felix había empezado a cambiar de opinión sorprendentemente rápido.

—Estoy seguro de que podéis devolverlo. El consumidor tiene un derecho de devolución de catorce días, o incluso de treinta, ¿no? —preguntó David.

—No para los pedidos personalizados.

Vale, eso era mentira, pero él nunca lo sabría. Cuando hacíamos algo por el bien de alguien, se aceptaban las mentiras piadosas... Hasta cierto punto.

David respondió con un gruñido.

Felix, en un intento por ser razonable, lo miró a los ojos y le sugirió:

—Al menos echémosle un vistazo. Si no nos gusta, podemos evaluar la posibilidad de revenderlo.

Zachary y yo intercambiamos una mirada. Ni siquiera habíamos pensado en eso, pero no se atreverían a hacerlo.

—Perfecto —dijo Anthony—. Buscaremos un día para salir y probarlo. Quizás la semana que viene.

Miré a las abuelas, que normalmente se ponían del lado de sus maridos, pero Celine parecía muy aliviada.

—No os vendría mal tener un barco más cómodo —dijo Isabeau —. Pasáis mucho tiempo ahí fuera.

—Estamos bien con el que tenemos —replicó David.

Celine le puso una mano en el hombro:

—Cuando Isabeau y yo compramos muebles para la tienda, vosotros prácticamente nos obligasteis a comprar las sillas más cómodas del mercado. Es hora de que sigáis vuestro propio consejo.

Felix gruñó, pero no siguió discutiendo. Rara vez discutía con la abuela.

—Vaaale... lo probaremos el próximo sábado —respondió.

Zachary y Anthony intercambiaron una mirada triunfante. Lo habíamos conseguido.

Scarlett se inclinó hacia mí y me susurró:

—Es fascinante ver esto. Estoy muy orgullosa de vosotros.

—Pero os diré una cosa —dijo David, decidido a tener la última palabra, como de costumbre. Nadie intentó intervenir—. Si no me gusta, se devuelve o lo vendemos, y aquí se acaba la discusión.

—Podéis volver a discutirlo cuando estéis en el barco —dijo Zachary.

Su voz era completamente neutra y tranquila. Respetaba a mi hermano por estar siempre tan calmado. No solía participar en las negociaciones, pero si lo hiciera, sería mejor que Julian y yo juntos.

—Bueno —dijo Celine—. Ahora contadnos, ¿qué habéis estado haciendo vosotros dos esta semana?

Miré a Bella. Seguía al otro lado de la sala, hablando con Xander, que no había dicho ni una palabra, lo cual era lógico ya que mi hija demandaba toda su atención.

—Celine, no seas entrometida —la reprendió Isabeau, lo que me hizo reír porque sabía que ella se moría de ganas de preguntar lo mismo.

—Solo quiero saber una cosa. Y luego prometo no preguntar nada más —dijo Celine. Isabeau le lanzó una mirada de advertencia. A pesar de eso, noté que se movía ligeramente en el borde de su asiento y nos miraba sin pestañear—. ¿Estáis juntos?

No esperaba que Celine fuera tan directa. Por la expresión de asombro de todos los demás, me di cuenta de que nadie más se lo esperaba. Incluso Zachary tenía los ojos como platos.

Aclaré mi garganta y puse la mano sobre los hombros de Scarlett:

—Sí. Scarlett y yo estamos saliendo.

—¡Ay, cuánto me alegro! —exclamó Celine—. Eso es todo lo que quería saber, no necesito más detalles. Excepto quizá...

—Mamá —intervino mi madre—. Déjalo ya, ¿vale? —Nos miró con una gran sonrisa—. Por si te lo estás preguntando, quiero decirte que estamos muy contentos de tenerte aquí, Scarlett. Espero de verdad que nuestras tonterías no te asusten. Creo que esta noche estamos todos un poco más emocionados de lo normal porque hemos estado fuera mucho tiempo.

—Cariño, no intentes maquillar la verdad —intervino mi padre. Besó la mano de mi madre, pero mantuvo la mirada fija en Scarlett y en mí—. Siempre somos así.

Scarlett sonrió:

—Estoy supercontenta de estar aquí esta noche. Y no te preocupes, no estoy asustada en absoluto.

—¡Así se habla! —exclamó Isabeau con una sonrisa radiante—. Ya sabíamos que eras valiente.

—¿Y eso? —preguntó Scarlett.

Isabeau se encogió de hombros:

—Las notas de tu perfume son muy reveladoras.

—¿Cuáles son exactamente? —inquirió mi madre, con los ojos muy abiertos—. Incluisteis lila, ¿verdad?

—Por supuesto, querida. No somos principiantes —respondió Celine.

Mi madre y las abuelas se enzarzaron en un debate sobre la famosa lila, que solo terminó cuando sonó el timbre.

—Será la *jambalaya* —dijo mi madre.

Mi padre se levantó:

—Te ayudaré a traerla.

Beckett los siguió sin que se lo pidieran, y Anthony también fue hacia la puerta. En cuanto se alejó lo suficiente como para no poder oírnos, David se enderezó:

—Decidme la verdad, chicos. ¿De verdad Anthony no puede devolver el barco?

Zachary me señaló con el pulgar:

—Chad lo compró y...

—Déjalo ya, David —intervino Félix—. Los chicos están intentando hacer algo bueno por nosotros. Saldremos, lo probaremos y veremos cómo va. Les debemos eso al menos.

—Mmm... —dijo David, pero no discutió más.

Una vez que mis padres y hermanos trajeron la *jambalaya*, nos trasladamos al comedor. La mesa era enorme, aunque rara vez se utilizaba porque nadie comía a la misma hora, cada uno tenía su propio horario. Pero resultaba muy útil cuando nos reuníamos todos. Incluso Bella se apresuró a sentarse a la mesa.

—Echaba de menos la *jambalaya* —dijo mirándome—. Y también echaba de menos nuestro pastel de carne, papá.

—Ya habrá tiempo para eso, preciosa —aseguré, y de inmediato se le iluminó la cara.

Estaba tan feliz de que hubiera vuelto a casa. Iba a mimarla mucho durante la semana siguiente.

* * *

Después de cenar, Bella vino a sentarse en mi regazo.

—Papá, ¿cuándo volveremos a Disney? —Acababa de volver y ya estaba preguntando por el próximo viaje.

—Ya veremos, peque. —Tenía que consultar con Sarah y ver si quería pasar las próximas vacaciones de Bella con ella.

—Eso no mola —respondió con el ceño fruncido.

Era exigente como su tío Xander, y por eso se llevaban tan bien.

Miró a Scarlett:

—¿Cuándo podremos hacer otra tarta? Y no me digas "ya veremos".

Scarlett se rió, pero no dijo nada.

—Yo puedo ir mañana por la mañana —continuó Bella.

—Peque, Scarlett se pasa el día de pie. Si vamos por la mañana, tendrá que pasar aún más horas de pie. Me gustaría encontrar una solución que no sea tan agotadora para ella.

—Ah, vale —respondió.

—¿Qué tarta quieres aprender a hacer? —preguntó Scarlett.

—¿Cuál es tu favorita?

—Mmm... —dijo Scarlett, dándose unos golpecitos en la barbilla —. Es una de ruibarbo que solía hacer mi madre cuando era pequeña.

Bella frunció la nariz.

—No me gusta el ruibarbo.

—Encontraremos algo que te guste —aseguró Scarlett—. Oye, volviendo a tus vacaciones, te has olvidado de contarme algo importante: ¿Qué castillo te gustó más en Disney? ¿Sabías que nunca he estado allí?

—No puede ser. ¡Pero si todos los niños van a Disney! —contestó Bella como si no pudiera imaginar una realidad en la que eso no ocurriera.

A veces se me olvidaba que toda mi familia vivía en una burbuja.

—Peque, no todo el mundo puede ir a Disney. Estados Unidos es muy grande. Para algunas personas, está demasiado lejos y es demasiado caro —le expliqué.

—Ah, vale —respondió Bella, y luego se volvió hacia Scarlett—. ¿Por qué no me lo has dicho? Tengo que contarte *todo* lo que vi.

Se bajó de mi regazo y se subió al de Scarlett, quien inmediatamente abrazó a mi hija.

No me cansaba de verlas juntas. Nunca pensé que conocería a alguien como Scarlett. Escuchó pacientemente mientras Bella describía cada castillo con lujo de detalles y formulaba alguna pregunta de vez en cuando.

Dos horas más tarde, al marcharnos de la casa de mis abuelos, Bella seguía hablando de los castillos. Sin embargo, en cuanto nos subimos al coche, se quedó dormida de inmediato. Solía hacer lo mismo de bebé. De hecho, cuando no podía dormir por la noche, a menudo la llevaba a dar un paseo nocturno por la ciudad. Siempre se quedaba dormida enseguida.

—¿Estás bien? —le pregunté a Scarlett, entrelazando nuestros dedos mientras mantenía mi mano izquierda en el volante.

—Sí. Solo que mi adrenalina está por las nubes. Pasar tiempo con tu familia es como tomar cinco *espressos*.

Me reí.

—Esa es la descripción más acertada.

Llegamos muy rápido a su edificio. *Maldita sea.* Quería que viniera a casa con Bella y conmigo, pero sabía que no era posible. Era demasiado pronto para los tres.

—No, no hace falta que te bajes —susurró al ver que yo estaba abriendo la puerta del coche.

Arqueé una ceja.

—No voy a despedirme así, Scarlett.

—Ah, vale.

Incluso en la oscuridad de la noche, pude ver cómo se sonrojaba.

Silenciosamente, nos bajamos del coche y cerramos las puertas. Me acerqué con la intención de besarla, pero ella me detuvo colocando una mano firme sobre mi pecho.

—Te recuerdo la regla de no besar.

—¿Y eso por qué?

Ella desvió la mirada hacia Bella.

—Está dormida —le aseguré.

—¿Y si se despierta?

—No lo hará, confía en mí.

—No puedo fiarme de ti en esto. ¿Y si la pobre niña se despierta y nos ve morreándonos? Por no hablar de tu costumbre de acorralarme contra lo primero que encuentras.

—Es cierto —reconocí. Existía un riesgo real de que la situación se saliera de control. Y mi hija podía vernos. *Maldita sea, ¿por qué soy tan impulsivo?*— La noche ha sido fantástica.

Ella sonrió:

—A mí también me ha encantado. Por cierto, no quería interferir antes, pero no me importa que Bella venga al restaurante por las mañanas antes del colegio.

—Cariño, ya tienes demasiada carga laboral. Estoy considerando contratar a otro chef.

Ella se quedó helada.

—Pero si ese es mi trabajo.

—Quiero pasar más tiempo contigo —expliqué.

—De ninguna manera. Tengo la carga horaria habitual de cualquier *chef de cuisine*.

Abrí la boca, pero la volví a cerrar de inmediato. ¿En qué estaba pensando? No podía pedirle que redujera sus horas de trabajo solo para poder pasar más tiempo a su lado. Sin embargo, mi instinto me gritaba que hiciera precisamente eso.

—Tienes razón, retiro lo dicho. No sé qué se me ha pasado por la cabeza. —Tragué saliva y añadí—: Hablaré con Bella. También podríamos hacerlo los fines de semana.

—¿No le importará a Sarah? —preguntó.

—No, en absoluto. Sarah no es... Bueno, digamos que no se opuso cuando insistí en que quería la custodia de Bella y que viviera conmigo durante la semana. De hecho, se quejó ante la idea de tener a su hija todos los fines de semana. Dijo que necesitaba más tiempo libre.

Intenté disimular mi amargura, pero mis sentimientos eran evidentes.

—Oh —dijo Scarlett—. Qué pena. Pero, por otro lado, toda tu familia la adora. Eso es maravilloso.

Instintivamente, supe que ella no había disfrutado de esa calidez familiar de pequeña. ¿Era una locura querer satisfacer hasta el último de sus deseos?

Me acerqué a Scarlett, pero ella se apartó con un pequeño brinco.

—No.

—Solo me estaba acercando —expliqué.

—Eso suele acabar en un morreo, así que es mejor que haya un metro de distancia entre nosotros. De hecho, será mejor que suba. Buenas noches, Chad.

—Buenas noches.

Me quedé observándola mientras entraba en el edificio. Quería seguirla, besarla contra la puerta, justo como ella había mencionado, pero esa noche no era el momento.

Sin embargo, pronto me encargaría de que las cosas cambiaran.

* * *

Bella durmió durante todo el trayecto. Al llegar a casa, la llevé directamente a su habitación, pero en cuanto la acosté, abrió los ojos.

—Papá, ¿dónde está Scarlett?

—La hemos dejado en su casa. Teníamos que ir allí primero, ¿lo recuerdas?

—Ah. No he podido despedirme. —Hizo un mohín—. Papá, ¿Scarlett es tu novia?

Era de esperar. Mi hija se parecía sin duda a mis abuelas.

Quería prepararla para esa conversación, y explicarle las cosas de forma que pudiera entender, lo que me llevó a pensar... —¿Sabes lo que significa "novia"?

—¡Claro! Los niños de cuarto curso de mi cole ya tienen novia. A mi mejor amiga, Delaney, también le gusta un chico, pero no sabe si

ya es su novia.

Me costó un esfuerzo enorme no reaccionar de manera exagerada. Tanto que al final decidí no reaccionar en absoluto.

—¿Te gustaría que Scarlett fuera mi novia? —pregunté.

Necesitaba desviar mi atención hacia otra cosa que no fuera la posibilidad de que mi hija...

No, ni siquiera voy a pensar en eso.

—Sí, papá. Si es tu novia, podremos hacer tartas cuando queramos, ¿verdad? Y podremos ver todas las películas de *Harry Potter*.

Eso me recordó algo.

—De hecho, Scarlett tiene una sorpresa para ti. Mira tus cortinas.

Se volvió hacia la ventana con los ojos somnolientos y luego se incorporó.

—¡Hedwig!

—Exacto. La lechuza blanca.

Bella levantó una ceja.

—¿Sabes quién es Hedwig? ¿Has visto *Harry Potter* sin mí?

—No. Scarlett me ha explicado quiénes son algunos de los personajes.

Saltó arriba y abajo y luego me sonrió, con su carita completamente iluminada.

—Me encanta Scarlett.

A mí también.

Tras acostar a mi hija, me dirigí a mi habitación, incapaz de sacarme a Scarlett de la cabeza. Intenté calmarme tomando una ducha con el agua lo más fría que pude tolerar, pero no sirvió de nada. Al salir, me metí en la cama. Aunque mi rutina habitual era leer el periódico, sentí la necesidad de hacer algo distinto, así que cogí el teléfono y le envié un mensaje a Scarlett.

Chad: Bella está muy contenta por lo nuestro. Y le han encantado las cortinas.

Scarlett: ¡ME ALEGRO!

Chad: Ya te echo de menos.

Scarlett: Yo también.

Chad: ¿Qué es lo que más echas de menos?

Scarlett: ¡Uf, qué difícil! Déjame pensar… El árbol tan bonito con las luces de hadas, las vistas desde tu salón, o quizás el increíble *jacuzzi*. Ah, y a ti, claro. Te echo muchísimo de menos.

Chad: ¡Qué descarada! No tienes ni idea de lo que te haría si estuvieras aquí.

Scarlett: A ver, cuéntame.

Chad: No. Te lo demostraré la próxima vez que estemos juntos.

Eso tenía que ser muy, muy pronto. Quería que volviera. La necesitaba en mi casa.

Capítulo Veintiocho

Scarlett

—¿Me lo parece a mí o este día está siendo caótico? —le pregunté a Joel el lunes por la mañana.

Ambos habíamos llegado temprano, como siempre, y resultó que todas nuestras entregas se estaban retrasando por una razón u otra. Llevábamos allí casi dos horas y no había llegado nada. El resto del equipo ficharía su entrada en veinte minutos y teníamos que empezar a preparar el almuerzo.

—¿Ha habido una tormenta o algo por el estilo? —pregunté.

Joel se frotó el cuello:

—Que yo sepa, no, jefa, pero algunos de nuestros proveedores vienen de fuera de la ciudad.

—Bueno, tendré que echarle un poco de ingenio a la cocina. Por favor, comprueba lo que tenemos en el congelador para poder empezar el día. Y dejaremos los productos frescos para mañana o para la cena. Pero si queremos llegar a tener algo listo para el almuerzo, no podemos esperar más.

Él asintió.

—Sí, tienes razón, jefa. Haré un inventario ahora mismo y te diré lo que tenemos.

—Gracias, Joel —contesté, y luego bostecé.

La noche anterior me acosté tarde porque cierto propietario buenorro de un restaurante me mantuvo despierta con mensajes, pero no me arrepentía en absoluto. Además, mi cama me resultaba tan extraña y fría que me costó conciliar el sueño. Tal vez no debería haber pasado toda la semana anterior con Chad, porque ahora me costaba volver a la normalidad. No tenía ni idea de cuándo volvería a verlo ni en qué circunstancias. Como Bella estaba de vuelta, ya no podíamos quedar después del trabajo.

Se me encogió el corazón. ¿Y si nuestra historia había durado solo esa semana?

Pero eso no era lógico; me había llevado a conocer a su familia.

Después de que Joel se marchara, revisé mi correo electrónico. Puse mala cara al ver un *email* de Simon. Había cambiado su dirección de correo electrónico, así que, como era de esperar, los filtros de *spam* no lo bloquearon.

He oído que Mark está en Nueva Orleans. Espero que no le hayas llenado la cabeza con más tonterías, o te arrepentirás.

No podía creer lo que leía. Estuve tentada de responderle que nunca hablaba de él, pero no quería entrar en su juego, así que borré su correo y añadí la nueva dirección a la carpeta de correos no deseados.

—¿Scarlett? —dijo Joel, con el rostro un poco pálido.

Levanté la vista de mi teléfono.

—¿Qué pasa? No me digas que nuestros congeladores se han estropeado.

—No. Hay alguien en la entrada que quiere verte.

Juro por Dios que si es Mark otra vez... Pero no podía ser, ya que dijo que solo estaría en Nueva Orleans durante el fin de semana.

—¿Quién es? —pregunté.

—Sarah —respondió, con un tono un poco inseguro.

Eché la cabeza hacia atrás, sorprendida.

—¿Y estás seguro de que quiere hablar *conmigo*?

—Ha preguntado específicamente por ti.

—Voy a ver qué quiere. ¿Has revisado el congelador?

—No, todavía no, pero lo haré en un momento.

—Bien. Necesito un informe cuando vuelva —dije.

Inconscientemente, llevé la mano a mi gorro de chef, con la intención de quitármelo. ¿Qué más daba? Podía dejármelo puesto. De lo contrario, tendría que volver a atarlo después. ¿Y qué si no estaba muy elegante? No estaba tratando de impresionarla.

Caminé rápido hacia la entrada. Sarah estaba sentada en una de las mesas. Era absolutamente preciosa. Sin embargo, Bella no se parecía mucho a ella; sino más bien a Chad y a su familia. Me pregunté si Sarah habría sido modelo o algo así.

—Buenos días —saludé.

Ella giró la cabeza en mi dirección. Sus ojos azules armonizaban perfectamente con las pecas que tenía en la nariz.

—Scarlett —dijo—, gracias por salir de la cocina para verme.

—Tengo que decir que estoy un poco sorprendida. ¿En qué puedo ayudarte?

Ella levantó una ceja.

—¿En serio? Me he enterado por mi hija de que tú y mi ex estáis saliendo. Hubiera agradecido que me avisarais.

—Oh.

—Pero, por otra parte, eso es algo que tengo que discutir con Chad, no contigo.

Fruncí el ceño:

—Entonces sigo sin entenderlo. ¿Por qué estás aquí?

—Quería conocerte. Si lo dejo en manos de Chad, probablemente pasarán otros mil años antes de que nos presente. Me di cuenta de que pasaba algo cuando mi Bella empezó a pasar tanto tiempo contigo.

Mierda.

—Solo le enseñé a hacer tartas.

—Y ayer estuviste en la casa de locos.

Hice una mueca de disgusto. ¿Así era como llamaba a los LeBlanc Broussard?

—Eso me dice todo lo que necesito saber —continuó—. La familia está involucrada en esto.

Sarah se mostraba hostil conmigo, algo que no esperaba. Quizá solo estaba tratando de proteger a su hija:

—Bella te llamó "la novia de papá".

Dios mío. No pude evitar sentir una enorme alegría.

—Sabía que tarde o temprano encontraría una sustituta. —Me miró de arriba abajo—. Me has... sorprendido.

—Centrémonos en tu hija —repliqué—. ¿Hay alguna regla que quieras que respete?

—Chad conoce todas las reglas. Quiero saber más sobre *ti*. Por lo que sé, tu contrato aquí es temporal, ¿verdad?

Su comentario me irritó:

—Sí, pero tengo buenas expectativas de futuro.

Ella sonrió con aire burlón.

—Por supuesto.

—Hago muy bien mi trabajo. Incluso nos han dejado excelentes reseñas.

Asintió.

—Sí, las he leído. A todo el mundo le gusta tu comida. Eres originaria de...

—Seattle.

—Ajá. ¿Y piensas quedarte aquí para siempre?

—Sí. Bueno, eso espero.

—Ya veo. ¿Has tratado antes con niños?

—No —admití—, pero me llevo muy bien con Bella. Es una niña adorable.

Sarah se suavizó un poco.

—Me ha contado lo de las cortinas de Hedwig.

—Sí, las busqué por toda la ciudad. Siento si me pasé de la raya. ¿Fuiste tú quien decoró su habitación?

—No, esa es la casa de Chad. Él y Bella la decoraron y, para ser sincera, se nota. —No me gustó el tono de desdén en su voz—. Agradezco que seas tan amable con mi hija, pero me hubiera gustado que Chad esperara un poco antes de hacerte parte de su vida, al menos hasta estar seguro de que...

No terminó la frase, pero yo sabía exactamente lo que quería decir. No podía culparla del todo, pero era evidente que no podía entender la conexión que Chad y yo teníamos.

Oí pasos a mi espalda y me pregunté si era Joel. Pero no fue Joel quien apareció, sino Chad.

—Sarah —dijo—, ¿qué haces aquí?

Ella se rió con sorna:

—Déjame adivinar. ¿El servicial de Joel te ha dicho que yo estaba aquí?

—Sí —respondió él.

No me importaba hablar con Sarah a solas, pero me alegré de que Chad estuviera allí.

—Os voy a dejar solos —informé. Sarah me sonrió—. Ha sido un placer conocerte —le dije.

—Igualmente —respondió, y pareció decirlo en serio. Luego, cuando sus ojos se centraron en Chad, se volvieron completamente fríos.

—Ahora me paso por la cocina —me dijo cuando estaba a punto de regresar a mi puesto de trabajo.

—No hace falta. El personal llegará pronto y hemos tenido un comienzo muy movido.

Chad frunció el ceño:

—¿Qué ha pasado?

—No te preocupes. Lo tengo todo bajo control —respondí.

Iba a resolverlo. Como chef, estaba acostumbrada a las crisis en la cocina.

En cambio, la aparición de Sarah y todas sus preguntas me habían desconcertado por completo.

* * *

Chad

Una vez que nos quedamos solos, le volví a preguntar a mi ex:

—¿Qué haces aquí, Sarah?

—He venido a conocer a tu novia.

Cerré los ojos:

—Bella te lo ha contado.

—¿Qué esperabas? Estaba rebosante de alegría.

¡Excelente! Me alegraba que mi pequeña fuera feliz.

—No me importa con quién salgas, pero me gustaría que me informaras antes de meter a alguien en la vida de mi hija, sobre todo si ha estado en tu casa.

Me quedé helado.

—¿Me estás vigilando?

Ella se rió:

—No seas ridículo, lo que tú hagas me trae sin cuidado. Pero le ha comprado cortinas con motivos de Hedwig a Bella, y supongo que eso no habría sido posible si no hubiera estado en la casa.

—No me gusta que vengas aquí sin avisar y sorprendas a Scarlett de esta manera.

—Eres muy sobreprotector con ella, ¿no? ¿De qué crees que tienes que protegerla exactamente? ¿De mí o de tu familia?

—A ella le cae bien mi familia —repliqué.

—O solo está fingiendo, ya sabes, para conseguir que tú...

—Para ahí mismo.

—Solo desearía que hubieras esperado más tiempo antes de contárselo a Bella.

—¿Por qué? —pregunté.

Ella puso los ojos en blanco y se recostó en la silla:

—Vamos, Chad. ¿Cuántos años tiene, veintitantos?

—Tiene treinta.

—Sí, y tú tienes treinta y cinco. No parece una gran diferencia de edad, pero en cierto modo lo es. ¿Crees que se va a quedar en Nueva Orleans para siempre?

—Le gusta la ciudad y le gustamos Bella y yo.

—Sea como sea, lleva aquí muy poco tiempo y es una imprudencia. Le has creado muchas esperanzas a Bella. ¿Y si acaba decepcionándola?

Si bien con Sarah no coincidía en muchas cosas, no podía negar que tenía razón. Pero Scarlett y yo no teníamos una simple aventura. Era mucho más que eso.

—Tengo un buen pálpito acerca de todo —respondí.

—Sí, bueno, nosotros también pensábamos que lo nuestro sería color de rosa, y se fue al traste, ¿no?

—Sarah...

Negó con la cabeza:

—En fin... Tienes derecho a salir con quien quieras; siempre me pareció una locura tu idea de permanecer soltero.

Fruncí el ceño:

—¿Te lo ha contado Julian?

—No, escuché por casualidad una charla de tus hermanos. Creo que no he tenido una conversación con ellos en años, ni siquiera cuando estábamos casados. Eran demasiado... —Puso los ojos en blanco—. Esto es típico de ti, ¿no? Pasas de cero a estar totalmente involucrado en un abrir y cerrar de ojos. De veras espero que sepas lo que estás haciendo y que no le rompas el corazón a nuestra pequeña.

—Nunca haría eso —repliqué.

—Esperemos que así sea. ¿A qué hora me la vas a dejar el viernes?

—¿A las tres, te parece bien?

—Claro. Me parece bien —dijo ella.

Recordando mi conversación con Scarlett, le pregunté:

—¿Te importaría que Bella pasara algunos fines de semana en mi casa también?

—Por supuesto que no. Ya llevo demasiado tiempo encerrada los fines de semana.

Joder.

—Ya sabes que estoy encantado de pasarlos con ella también —fue todo lo que dije.

—¿Scarlett también estará allí?

—Probablemente.

—Fantástico, eso me daría libertad para viajar. Es la mejor noticia que he recibido en todo el día. —Sarah se levantó de la mesa—. Vale, me voy. Buena suerte con... todo.

—Gracias.

Me saludó con la mano antes de dirigirse a la puerta principal.

Nunca pude entender cómo Sarah y yo llegamos a estar juntos. Éramos muy diferentes.

La vi salir del restaurante y luego me dirigí a la cocina. Era una completa locura. El personal corría de un lado a otro. No veía a Scarlett por ninguna parte.

Encontré a Joel rebuscando en nuestros enormes almacenes.

—¿Qué está pasando?

—Tenemos algunos retrasos en las entregas. Pero la chef se está ocupando de todo —dijo con orgullo.

—Es muy buena.

—Sí, jefe. Es la mejor *chef de cuisine* que hemos tenido.

Me gustó que se mostrara tan protector con ella.

—Gracias por avisarme que Sarah estaba aquí.

—De nada —respondió.

Por regla general, Scarlett y yo no nos escondíamos, pero ninguno de los dos había informado al personal de cocina de que estábamos saliendo. Sin embargo, Joel era un hombre espabilado y era evidente que había atado cabos, porque dijo:

—Aunque parece un poco cansada hoy —comentó.

Sí, bueno, eso era culpa mía. Pero sabía exactamente cómo aliviar un poco ese cansancio. Iba a pasarme por la cafetería de Maria para comprar un *espresso*.

Aunque a partir de ahora iba a ser difícil encontrar tiempo para estar juntos, seguía decidido a mimarla cada vez que tuviera oportunidad.

Cuando llegué a la cafetería de Maria unos minutos más tarde, había cola, pero ella era muy eficiente, así que avanzaba bastante rápido. Me miró con una sonrisa triunfante.

—¿Han vuelto las citas para tomar café? —bromeó, lo que me hizo reír.

—Dos *espressos* y no seas cotilla.

—¿Si te regalo uno me lo cuentas todo?

—Imposible, Maria —respondí.

—Bueno, está bien. —A regañadientes, preparó los cafés sin preguntarme nada más.

Las palabras de Sarah aún resonaban en mis oídos de camino al restaurante. Odiaba admitirlo, pero tenía razón. Sin embargo, estaba decidido a dejarlo en un segundo plano, ya que no tenía sentido darle vueltas al asunto. Uno de mis mantras siempre había sido no buscar problemas y simplemente lidiar con ellos cuando surgieran. Según mi experiencia, el noventa y nueve por ciento de las cosas que se intentaban prever terminaban no sucediendo. Puede que ocurrieran otras cosas, pero no las que se esperaban.

Fui directamente a nuestro patio, dejé los cafés en la mesita que teníamos allí y le envié un mensaje a Scarlett.

Chad: Estoy esperando en el patio. ¿Tienes dos minutos?

No respondió.

Continué revisando mi móvil durante un minuto antes de darme cuenta de que probablemente no lo iba a mirar. No quería esperar demasiado y que los *espressos* acabaran enfriándose, así que me dirigí a la cocina.

Me tomé unos segundos para mirarla. Scarlett tenía una fuerza arrolladora y mucho carácter. Siempre hablaba con respeto y de manera tranquila, pero también era firme. En ese momento estaba dando instrucciones a Joel, gesticulando con las manos, algo que me encantaba de ella.

Joel me señaló y Scarlett giró la cabeza para mirarme, con la boca ligeramente abierta. Le hice un gesto para que saliera.

Dudó un instante, pero luego se apresuró a acercarse a mí y caminamos juntos por el patio.

—¿Café? —preguntó.

—Por supuesto. Tal y como te gusta.

—La verdad es que te regañaría por distraerme del trabajo, pero realmente lo necesitaba.

Ambos bebimos nuestras respectivas tazas.

—¿Estás bien? Siento que Sarah haya aparecido aquí —dije.

Ella levantó la vista de su vaso de café:

—Eeeh, bueno, no me lo esperaba, pero no pasa nada. Es lógico que quiera conocerme.

—Es cierto, pero es mi responsabilidad ocuparme de eso y protegerte.

Me dedicó una sonrisa pícara:

—No tienes que protegerme todo el tiempo. Ya soy mayorcita.

—Lo sé, pero quiero hacerlo de todos modos. Por cierto, no hemos hablado de cómo vamos a hacer las cosas ahora que Bella ha vuelto. Así que, lo primero es lo primero, quiero retomar nuestras citas para tomar café.

—¿Ah, sí? —bromeó—. *Retomar*. ¿Ni siquiera me vas a consultar? —Su voz estaba llena de descaro.

—Lo estoy haciendo ahora mismo.

—Pues a mí me pareció una exigencia. Una exigencia muy sensual, pero una exigencia al fin.

—Necesito verte —confesé—. Scarlett, no puedo aguantar sin verte hasta el final del día.

—Sabes exactamente qué decir para convencerme.

—¿Eso es un sí? —pregunté.

Ella asintió:

—Pero seguimos manteniendo la regla de no besarnos.

Sonreí con aire burlón:

—Trato hecho.

—Mmm... has aceptado muy rápido —dijo con los ojos entrecerrados.

—No creas que será siempre así, pero por ahora, tenemos un trato.

Capítulo Veintinueve

Scarlett

Chad tenía razón. Empezar cada día sabiendo que lo vería para nuestra cita para tomar café era maravilloso. Sin embargo, una semana entera a su lado había demostrado que eso no era ni de lejos suficiente. De ahí que me alegrara tanto cuando me envió un mensaje el viernes por la mañana para concretar planes para esa noche.

Chad: Buenos días, preciosa. Esta tarde dejaré a Bella en casa de Sarah y te esperaré en nuestro sitio habitual después de tu turno.

Le respondí al segundo siguiente.

Scarlett: ¡Genial!

Chad: Me muero de ganas de verte.

Le envié un *selfie* con una sonrisa exagerada, casi teatral. Pestañeé al hacerla; aunque quizás no fuese evidente en la foto, estaba segura de que él captaría la intención y el mensaje.

Al terminar de enviarlo, revisé brevemente mis correos electrónicos antes de dejar el teléfono por el resto del día. Me sorprendió ver otro *email* de Mark.

Hola, Scarlett:

Quería tratar un tema contigo mientras estaba en Nueva Orleans, pero no surgió la oportunidad. ¿Cuál es la situación de tu contrato en el restaurante? ¿Cuándo finaliza tu período de prueba? ¿Considerarías volver a trabajar con nosotros?

Fruncí el ceño. ¿De verdad pensaba que iba a renunciar a mi puesto de *chef de cuisine* para volver a ser *sous-chef*? Increíble.

Por un momento pensé en no responder, pero no quería ser descortés.

Hola. Agradezco que hayas pensado en mí, pero estoy muy contenta aquí.

Esperaba que eso fuera claro y educado.

Guardé el teléfono en mi casillero y decidí olvidarme del asunto. No fue difícil, trabajar en la cocina era la mejor manera de dejar de darle vueltas a las cosas.

Aquel día, Chad y yo no íbamos a tomar café juntos porque él tenía una reunión a esa hora. A las once y media, ya sentía los primeros síntomas de abstinencia, aunque me preguntaba si echaba más de menos la cafeína o a él. Me mantuve ocupada revisando nuestros suministros. Estaba tan absorta calculando si teníamos suficientes vieiras que no me percaté de la presencia de Joel hasta que lo tuve justo delante.

—Jefa, ha llegado un envío para ti —dijo.

Levanté la vista y sonreí:

—¿Café? ¿Pero cómo es posible?

Levantó una mano en señal de defensa.

—No sé nada. El repartidor dijo que era para ti.

Ay, Chad. Este hombre es demasiado.

Me tomé el café de un trago y luego corrí a mi casillero. Para mi sorpresa, no tenía ningún mensaje de él. *Ah, claro. Está en esa reunión.* A pesar de eso, se había asegurado de que recibiera mi café.

Le envié un mensaje. Lo vería cuando tuviera tiempo.

Scarlett: Muchas gracias por el café. ¡Qué ganas de que sea esta noche!

El resto del día fue un torbellino. Tuvimos una cancelación de última hora, pero justo después, un grupo numeroso apareció sin avisar. Como teníamos sitio, los aceptamos. Tenían todo tipo de requisitos dietéticos, así como alergias e intolerancias, lo que ralentizó un poco la cocina, pero conseguimos sacarlo adelante.

Cuando mi turno terminó a las nueve, me sentía agotada, como si hubiera corrido una maratón. Aun así, estaba muy orgullosa del equipo, ya que habíamos recibido críticas fabulosas.

Mis piernas parecían de gelatina cuando salí del restaurante. La calle estaba inusualmente oscura, pero a pesar de eso, logré distinguir a Chad.

—He echado de menos esto —confesé al acercarme a él.

Se apartó un poco de la pared y acortó aún más la distancia entre nosotros.

—Te echo de menos —gruñó. Acto seguido, me besó con desesperación, allí mismo, contra la pared del restaurante.

Me puse de puntillas y respondí a su beso con la misma intensidad. Estuve a punto de abalanzarme sobre él, pero recordé que estábamos en mi lugar de trabajo y que alguien podía salir en cualquier momento.

—Chad, es que... No...

—Lo sé, lo sé. Joder, odio admitirlo, pero esa regla de no besarse tiene fundamento.

—¿Qué vamos a hacer esta noche? —pregunté.

Él movió las cejas de arriba abajo, haciéndome reír.

—¿Qué tal si damos un paseo por el mercado nocturno de la calle Frenchmen?

—Me encantaría. —De repente, el cansancio había desaparecido.

—De hecho, había pensado llevarte allí la semana pasada, pero...

Me reí.

—Sí, sí.

No podíamos dejar de besarnos el tiempo suficiente como para hacer planes fuera de casa; pero, si bien eso me parecía más que bien, tenía muchas ganas de que llegara la noche.

* * *

El mercado nocturno era increíble. Los vendedores ambulantes vendían todo tipo de cosas, sobre todo piezas de arte. Me encantó en particular un enorme cuadro de *Jackson Square* al atardecer. Los colores del cielo eran increíbles y me pregunté qué tal quedaría en mi estudio. Había luces de hadas colgando sobre nosotros por todas partes. No era una experta en arte, pero algunas de las pinturas realmente me llegaban al alma. También me llamó la atención un bolso de cuero en un puesto que vendía artículos hechos a mano, pero era demasiado caro. Me gustaba deleitarme con todo, especialmente de la música *jazz* que inundaba el ambiente.

—Si quieres algo, dímelo, ¿vale?

—Me encanta pasear.

También pasamos por un puesto que vendía cartas del tarot y cristales, además de todo tipo de artículos extraños que no reconocí, pero en su mayoría estábamos rodeados de pinturas y esculturas.

Después de recorrer el mercado una vez, Chad me preguntó:

—¿Quieres volver y comprar algo?

—No. Prefiero dejar que las cosas reposen un poco en mi cabeza.

—Pero te gustó mucho el cuadro de *Jackson Square*.

Sonreí.

—Sí, es mi lugar favorito de la ciudad, pero no me gusta comprar cosas por impulso. Si vuelvo al mercado nocturno, supongo que lo encontraré de nuevo.

—Probablemente —admitió.

De repente, su móvil sonó. Lo sacó y soltó un gruñido.

—¿Qué pasa?

—Sarah dice que Bella quiere dormir en casa mañana porque echa de menos sus cortinas de Hedwig.

—¡Ay, por Dios! —Me llevé la mano al pecho. *Me derrito*—. No puedo creer que le gusten tanto.

—Dormiría envuelta en ellas si pudiera.

—Eso me ha dado una idea. Podría comprarle también sábanas de *Harry Potter*. La tienda del barrio no tenía ninguna que me gustara, pero podría darme otra vuelta o pedirlas por Internet.

Él me sonrió.

—Bueno, ¿nos vamos a casa?

—Claro.

—Podemos ir andando. Yo cogeré el coche mañana.

—Sí, perfecto.

No estábamos lejos de su casa, así que parecía razonable. Además, hacía una noche fantástica para dar un paseo. Los días se estaban volviendo más calurosos, pero la humedad era soportable por la noche.

—Entonces, ¿eso significa que mañana estaremos juntos?

Chad ladeó la cabeza:

—¿Te importa?

—Mira esta sonrisa —dije, señalando mi cara—. ¿Te parece que me importa? ¡Estoy encantada!

—Estoy seguro de que Bella también lo estará.

Me mordí el interior de la mejilla:

—Pero se lo vas a decir a Sarah, ¿verdad?

Él asintió:

—No te preocupes por eso. No lo manejé muy bien antes, pero ahora lo tengo bajo control.

—De acuerdo —acepté.

De camino a casa, intercambió mensajes con Sarah. Mientras tanto, busqué en Google sábanas con motivos de *Harry Potter*, y encontré varias páginas.

Sí. A Bella le encantarán estas.

Una vez dentro, guardó el teléfono.

—Confirmado. Mañana los tres pasaremos el día juntos, pero esta noche eres toda mía. —Se detuvo y me miró, levantando una ceja—. ¿En qué estás pensando? Estás sonriendo de oreja a oreja.

—Dependiendo de la hora a la que venga Bella mañana, podríamos empezar ese maratón *de Harry Potter* con el que llevamos amenazándote desde hace tiempo.

La expresión de Chad se volvió seria:

—No estás bromeando, ¿verdad?

—No, pero primero veamos si ella quiere.

—Scarlett, si se te ocurre mencionarlo, dirá que sí.

—Genial, es una de las mías —repliqué. Chad se echó a reír—. No te burles de nosotras, ¿vale? Además, si la ves, entenderás por qué tanta pasión. Y, por cierto, mientras te mensajeabas con Sarah, encontré estas. —Saqué mi teléfono y le mostré las sábanas temáticas que había encontrado—. ¿Crees que podría encargarlas para Bella?

—¡Eres de lo que no hay! —exclamó, y en lugar de responder a mi pregunta, simplemente me besó.

* * *

Chad

Cada vez que pensaba que ya no había nada con lo que pudiera sorprenderme, ella me demostraba lo contrario. Estaba hambriento de Scarlett. Aquella semana había sido una auténtica tortura, pero ahora podía explorarla todo lo que quisiera. Me pasaba cada día y cada maldita noche pensando en ella. Pero por fin era mía otra vez.

—Chad... —Su voz era suave y casi gutural.

—Te necesito, Scarlett.

—Yo también te necesito. —dijo, su voz aún más débil, casi suplicante.

Aunque sentía que me estaba empalmando, me aparté un instante y le dije:

—Vamos al salón.

—Oh, pensé que te ibas a abalanzar sobre mí enseguida —respondió con aire burlón.

—No. Por ahora, solo quiero besarte.

Me tumbé en el sofá y la atraje hacia mí. Ella se tambaleó un poco a pesar de que la ayudé lo mejor que pude. Le puse una mano en la nuca y la besé de nuevo, muy despacio, tal y como lo había imaginado cada noche, sentado justo en ese lugar mientras le enviaba mensajes.

—Te he echado mucho de menos esta semana —afirmé, deslizando una mano por su espalda hasta su trasero.

Ella se contoneó y yo gemí contra su boca.

—No hagas eso.

—Por favor —susurró ella en respuesta.

Scarlett iba a ser mi perdición.

Quiero que se quede aquí.

La mayoría de las veces conseguía apartar ese pensamiento de mi mente, pero no cuando estaba con ella. Me encontraba demasiado abierto, vulnerable y expuesto como para negarlo.

A pesar de su súplica, no aceleré la exploración de su cuerpo. Seguí besándola lentamente, saboreándola. Sentir cómo su

excitación iba en aumento era un privilegio en sí mismo.

Entonces empezó a respirar más rápido. En poco tiempo, sus exhalaciones se convirtieron en ligeros gemidos. Se tensó por completo bajo mis caricias. Cuando empezó a mover las caderas, frotándose contra la cremallera de mis pantalones, casi pierdo la cabeza. Mi chica estaba tratando de obtener lo que necesitaba, pero eso no bastaría. Quería darle placer, así que me bajé los pantalones hasta la altura de mi trasero y gemí cuando liberé mi polla. Lo necesitaba; la presión ya resultaba insoportable.

Le subí el vestido hasta la cintura y sentí cómo todo su cuerpo se relajaba. Ella sabía que iba a obtener esa liberación que tanto necesitaba. Le aparté las bragas lo justo para descubrir su coño y casi pierdo la cabeza. Ya estaba mojada solo con mis besos. Scarlett era una delicia y toda mía. Le agarré el trasero, la coloqué de manera que su centro quedara justo sobre mi polla y la froté de arriba abajo por su abertura, sin penetrarla.

—Chad —murmuró y bajó la mano para acariciar mi erección.

—No. Todavía no.

Froté aún más despacio mi miembro contra su centro. Ahora estaba completamente empalmado y sentir su piel desnuda contra la mía era increíble. Resultaba muy suave y húmeda al tacto, perfectamente preparada para recibirme.

Cuando supe que necesitaba más, incliné su pelvis hacia adelante para cambiar el ángulo y así poder rozar su clítoris con cada movimiento.

—Chad. ¡Oh, Dios! —exclamó con ansia.

Le agarré las nalgas con ambas manos, sosteniéndola a una distancia calculada y moví mis caderas para frotar mi miembro arriba y abajo.

—¡Joder! —exclamé.

¿Cómo podía ser tan placentero?

Scarlett empezó a gemir y luego un pequeño grito escapó de sus labios. Sabía que estaba cerca, pero, aun así, su clímax me tomó por sorpresa. Se tensó por completo, hundiendo su cabeza en mi cuello y amortiguando los sonidos que emitía su boca contra mi pecho mientras gritaba mi nombre.

Me había prometido a mí mismo que esperaría a que pasara su orgasmo antes de deslizarme dentro de ella, pero mi condición humana se impuso y no pude resistirme más. Anhelaba aquella intimidad más que nada en mi vida. Así que, mientras Scarlett seguía gimiendo, coloqué mi polla justo en su entrada y la atraje hacia mí. Su grito se intensificó.

—Joder, me encanta —gemí en su oído.

Scarlett respondió con un gemido. Seguía corriéndose, y estar dentro de ella mientras disfrutaba de su ola de placer era maravilloso. Ya no me movía lentamente, la penetraba con fuerza y sin pausa. Su cuerpo estaba hecho para mí, *ella* estaba hecha para mí. La conexión que sentía con Scarlett era surrealista. Me resultaba incomprensible cómo había surgido, y aún más, cómo se profundizaba cada vez que estábamos juntos.

Cuando su cuerpo empezó a relajarse, supe que ya había superado el pico de placer y me obligué a reducir el ritmo. Quería volver a excitarla, no precipitarme. Metí y saqué mi miembro lentamente, sintiendo cómo ella se contraía en torno a mí. Mi pie izquierdo casi se salió del sofá.

Joder, necesito encontrar una posición mejor que esta.

Sin salir de su interior, me incorporé y ella se aferró con las piernas a mis caderas. Tenía la intención de levantarme del sofá y subir las escaleras sin separarnos, pero al final lo único que pude hacer fue quitarme los pantalones y los calzoncillos por completo, y tumbarla sobre la alfombra. Ella sonrió, soltando mi cuello y apoyando los brazos a los lados, palpando la tela bajo de su cuerpo.

—Qué suave —murmuró.

—Haces que pierda el control, Scarlett.

Me incliné y rodeé su clítoris con el pulgar. Quería besar sus pechos, pero primero tenía que quitarle el vestido.

—¿Dónde está la cremallera? —pregunté.

—Oh, aquí.

Extendió una mano a un lado y la dejó caer. La ayudé a desvestirse, quitándole el vestido. Llevaba puesto un sujetador, pero mi desesperación era tal que se lo subí sin más, liberando sus pechos, y se le atascó ligeramente en el cuello. Bajé la cabeza para

llevar uno de sus pezones a mi boca al tiempo que le acariciaba el clítoris. Cuando vi que estaba lista, deslicé un dedo en su interior, curvándolo para frotar su punto G.

Scarlett levantó las caderas del suelo y se apoyó fuerte en sus talones. Me encantaba verla así de desenfrenada. El contacto de mi erección contra su pelvis me provocó un placer tan intenso que mi visión se nubló por un instante. ¿Cómo podía ser tan intenso? Saqué el dedo de su interior y, a continuación, la penetré profundamente con mi miembro; ella me recibió sin ninguna dificultad.

Se humedeció los labios y se tocó los pechos manteniendo los ojos bien cerrados. ¿Ya se estaba preparando para otro clímax? Siempre era preciosa, pero era particularmente bella justo antes de correrse, cuando todo su cuerpo estaba a mi merced, esperando liberarse.

No era justo para ella que prolongara las cosas, además, teníamos toda la noche para nosotros, por lo que me puse de rodillas para poder embestir al ritmo que quería y al mismo tiempo estimular su clítoris con una mano. Se entregó a mí con desenfreno. No había manera de que pudiera ahogar sus gemidos. Mejor, me gustaba más así.

Unos segundos después empezó a gritar, echando la cabeza hacia adelante y levantando los hombros unos centímetros del suelo. Redoblé mis esfuerzos, embistiendo aún más rápido. Luego le agarré sus piernas y puse sus pies sobre mi pecho. Apreté sus muslos porque sabía que eso intensificaría aún más las sensaciones para los dos.

Mi orgasmo empezó a apoderarse de mí lentamente, pero, aun así, no tuve tiempo de prepararme. Cuando sentí que Scarlett llegaba al límite, me perdí por completo en ella. Continué moviéndome por instinto, nada más. Mis sentidos, mi mente y todo mi cuerpo se vieron envueltos en aquel profundo placer.

—¡Scarlett, cariño, joder! —exclamé—. Eres increíble.

No respondió, solo murmuró, con una pequeña sonrisa en los labios y sin abrir los ojos. Seguía perdida en su orgasmo.

Esperaría a que se relajara antes de empezar a estimularla de nuevo.

Capítulo Treinta

Scarlett

Me aparté un mechón de pelo de los ojos de un soplido mientras echaba un vistazo a la tarta en el horno. Chad se había ido hacía media hora a recoger a Bella y yo me quedé para supervisar el proceso de horneado. Había hecho una tarta de nueces pecanas y el momento era ideal. Estaba deseando ver la cara de Bella cuando la viera.

Mientras esperaba a que se hiciera, revisé mi correo electrónico. *Maldita sea.* Simon había enviado un nuevo *email*.

Corta la comunicación con Mark. Por completo. ¿Recuerdas el contrato de *leasing* del coche? Está a nombre de los dos. Si sigues hablando mal de mí, dejaré de pagarlo. A ver cómo te las apañas. Ni siquiera sabes hacer la O con un canuto.

Lo releí varias veces, y mi enfado no hacía más que aumentar. ¿Cómo podía ser tan imbécil? Me importaba un comino el *leasing* del coche. Si dejaba de pagar, se quedaría sin el coche. Me mudé al otro lado del país y empecé mi vida sin nada, ¿y él creía que podía intimidarme con un maldito *leasing*?

Era evidente que no podía seguir ignorando la situación. Él seguiría con sus reproches y humillaciones.

Tenía que plantarle cara. Pero no iba a ser aquel día, porque en ese momento se abrió la puerta principal.

—¡Scarlett! —exclamó Bella, corriendo hacia mí.

Mi corazón se llenó de alegría al instante. Me arrodillé y la abracé con fuerza.

—Qué bien huele —dijo.

—He hecho tarta de nueces para ti.

—¿Puedo comer un poco?

—Estará lista en media hora aproximadamente.

Bella me miró entrecerrando los ojos:

—Veinte minutos.

Eché la cabeza hacia atrás y miré a Chad con sorpresa. Se encontraba un par de pasos detrás de Bella.

Se encogió de hombros:

—Sabe negociar, y no creo que lo haya aprendido de mí.

—No, me lo enseñó el tío Xander —explicó ella—. Dijo que es una buena habilidad para sobrevivir en la familia.

—Hablaré con Xander. —comentó Chad, atónito.

—Bueno, Bella —dije—, tu papá dijo que echabas de menos tus cortinas de Hedwig.

—Sí —asintió—. Mamá no quiere poner cortinas en su casa. Dice que estropean la estetética.

—Estética —corregí.

—Eso.

Fruncí el ceño. Me resultó bastante curioso, pero no era asunto mío. Iba a consentir a Bella siempre que estuviéramos juntas.

Miré a Chad, que asintió levemente, y luego me volví hacia Bella.

—Bueno, Bella, como es la hora del almuerzo, me preguntaba qué te parecería ver una película de *Harry Potter* con tu papá también.

—¡Ay, sí! —exclamó, sonriendo de oreja a oreja.

—¿Por qué no eliges tu favorita?

—Tiene que empezar por la primera —afirmó con un tono que rozaba el fastidio— Si no, no entenderá nada.

Chad intentó contener la risa, pero no pudo. Sin embargo, logró disimularla con una tos. Vaya talento. Tenía que aprender de él.

—Perfecto. Entonces, veremos la primera —aseguré.

Bella se giró y miró el horno:

—¿Y crees que podríamos hacer otra tarta después?

—Claro —respondí—. Tengo ingredientes para otra tarta de nueces e incluso para una de manzana.

Había visto unas manzanas preciosas en la despensa de Chad esa mañana.

—¿Cuál es más fácil? —preguntó Bella.

Era una pregunta interesante.

—Depende de lo que te resulte más fácil a ti.

—Qué difícil.

—¿Bella? —preguntó Chad—. ¿Qué pasa? —Se acercó a mí, pero se quedó de pie.

—¿Te acuerdas de que tenemos ese concurso de repostería en la escuela? —preguntó ella.

—Sí, claro —respondió él.

—¡No quiero hacer el ridículo! —dijo, mirando al suelo y juntando los pies.

Tenía que idear un buen plan, porque algunas tartas eran más fáciles que otras, y requerían menos pasos.

—¿Cuándo es? ¿Y cuáles son los requisitos? —pregunté.

—Es dentro de tres semanas —susurró—, y tengo miedo de estropearlo todo.

—Eso no va a pasar. —Miré a Chad y luego a ella—. Encontraremos la manera de hacer tartas juntas todas las mañanas, ¿vale?

Bella levantó la vista con una sonrisa:

—¿De verdad?

—Sí. No te preocupes, te prometo que serás la mejor repostera de la competición.

Me miró con recelo:

—¿Cómo puedes prometer eso?

—Porque —dije pausadamente—, es fácil. Solo tienes que seguir las instrucciones y saldrá bien. Y si nos reunimos cada mañana a las siete y hacemos una tarta, habrás practicado mucho para cuando llegue la competición y estoy segura de que lo harás muy bien.

—¿Vendrás a verme? —preguntó con esperanza en los ojos.

Tenía muchas ganas de decir que sí, pero no quería sobrepasar los límites. No sabía si era apropiado o si Sarah querría que estuviera allí. Miré a Chad, dejando la decisión en sus manos.

—Me encantaría que vinieras —afirmó él.

Ya, cálmate, corazón. No puedo creer que todo esto sea real.

—Entonces iré a verte, por supuesto.

—¡Síííí! —exclamó Bella, y me echó sus bracitos al cuello.

Casi me estrangula con la fuerza de su abrazo, pero no me quejé en absoluto porque me encantó.

—¿Quieres que empecemos a hacer la tarta ahora mismo? —preguntó Chad, y no pude evitar reírme porque, por el tono esperanzado de su voz, sabía adónde quería llegar.

Bella se apartó y lo miró con el ceño fruncido:

—No, papá. Primero vamos a ver *Harry Potter y la piedra filosofal*. ¿Sabíais que en Estados Unidos la llamaron *la piedra del hechicero*? ¿Se piensan que somos tontos o qué?

Abrí la boca y la volví a cerrar. Vaya, Bella tenía opiniones muy firmes. Y no podía estar más de acuerdo con ella.

—Bella —dijo Chad—, no se dicen esas palabras.

—¿Ni siquiera cuando es verdad?

Apreté los labios, a punto de reírme.

—Bella —respondió con severidad—, eso no está bien.

—Lo sé, papá, pero no soy perfecta. Y tú siempre dices que nadie es perfecto, ¿verdad? Que lo importante es dar lo mejor de uno mismo siempre.

—Lo mejor que podamos —respondió Chad.

Me encantaba lo tierno que era con ella, incluso cuando la corregía. Finalmente, me puse en pie mientras Bella se daba la vuelta y señalaba el televisor:

—Bueno, ¿podemos empezar la película ya? —preguntó.

—¿Por qué tanta prisa? —replicó él.

—Es que no queremos que cambies de opinión —respondió con la mirada fija en él.

Esta vez *sí* que me eché a reír. No pude contenerme más.

—Tu hija te planta cara, ¿eh? —comenté.

Chad asintió:

—Eso parece.

—*Vamos*, papá —insistió ella, y luego se volvió hacia mí con una gran sonrisa en el rostro—. Gracias, Scarlett, por convencerlo. Después de hoy, ya no será un *muggle.*

Capítulo Treinta y Uno

Chad

Durante las siguientes semanas, Bella insistió en hacer tartas con Scarlett todas las mañanas, y yo cedí. ¿Qué sentido tenía negarme? Aunque últimamente estaba cediendo en demasiadas cosas para mi gusto. Al final terminé tragándome las tres primeras películas de *Harry Potter*. No eran tan malas como esperaba, pero no conseguí sentir el mismo entusiasmo que Bella o Scarlett.

La semana de la competición de Bella, recibí una llamada de Sarah justo cuando estaba entrando en mi despacho. Supe que algo iba mal incluso antes de atender, porque ella nunca llamaba.

—Buenos días —saludé, acercándome el teléfono al oído. Ni siquiera me molesté en sentarme.

—Hola —respondió Sarah—. Escucha, quiero hablar contigo sobre la competición de Bella. Tengo que ir a Los Ángeles para asistir a un evento este viernes.

Parpadeé varias veces.

—¿Qué narices...?

—Ahórratelo, ¿vale? ¿Sabes cuánto mejorará mi perfil de *socialité* si voy? Básicamente es trabajo.

—Podrías haber rechazado la invitación.

—Bella ni siquiera me echará de menos. —Por desgracia, eso era muy cierto. Rara vez asistía a los eventos escolares—. Además, irá Scarlett.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Nada malo. Aunque estoy impresionada. No pensé que lo vuestro llegaría tan lejos.

—Gracias por tu voto de confianza —repliqué con sarcasmo—. ¿Ya se lo has dicho a Bella?

—Acabo de enterarme. Se lo diré cuando la recoja del colegio esta tarde.

—¿Algo más? —pregunté.

—Hoy estás especialmente impertinente.

—Es que no lo entiendo. ¿Por qué no quieres involucrarte más en la vida de Bella?

Suspiró profundamente.

—Hago todo lo que puedo. Y ella te tiene a ti y a tu gran familia.

—Pero tú eres su madre.

—Sí, lo sé. Como he dicho, lo hago lo mejor que puedo.

Apreté los dientes porque, en mi opinión, no era así, pero estaba decidido a mantener una relación cordial con ella.

—Chad, sabes que la maternidad nunca ha sido lo mío. No estábamos *buscando* tener un hijo, ¿recuerdas? Simplemente sucedió. Estoy haciendo lo que puedo.

—Si eso es todo —dije—, entonces tengo que empezar mi día.

—Claro, claro —dijo distraída—. Yo también.

Después de colgar, miré hacia el patio, pero Scarlett no estaba allí. Me reí para mis adentros. Si alguien me hubiera dicho hace unos meses que estaría mirando por la ventana varias veces al día para ver a la mujer que amaba, le habría dicho que estaba loco.

Respiré hondo mientras repasaba mis propios pensamientos. No había ninguna duda: estaba enamorado de Scarlett y quería que lo supiera. Quería demostrárselo.

La pregunta era cómo.

Desde que habíamos visitado el mercado nocturno varias semanas atrás, había estado buscando el cuadro de *Jackson Square* que tanto le había gustado. Supuse que el pintor volvería al mercado con regularidad, pero resultó que solo había estado allí esa noche y nadie conocía su paradero. Aquello resultaba, cuanto menos, frustrante. Pero ahora más que nunca quería conseguir ese cuadro.

De repente, se me ocurrió una idea. Como mi madre era propietaria de una galería, estaba seguro de que ella lo localizaría.

Por regla general, rara vez pedía favores a mis padres. Para eso tenía a todos mis hermanos. Pero esta vez haría una excepción por Scarlett.

Mientras volvía a mirar por la ventana, llamé a mi madre.

Contestó después de un millón de tonos, como de costumbre.

—Cariño, lo siento mucho, no encontraba mi móvil. No dejaba de sonar por toda la galería.

Me reí.

—No te preocupes, mamá.

—¿A qué debo el honor?

—Necesito un favor.

—Claro, lo que sea.

—Necesito que localices un cuadro.

—Esa es mi especialidad. Cuéntame.

—Sí, me pareció que lo mejor era acudir directamente a una profesional. —Pensé en contarle solo lo del cuadro y dejar a Scarlett fuera de la cuestión. Pero ¿por qué ocultarlo? No me importaba que mi madre supiera lo que sentía—. Hace unas semanas, Scarlett y yo estuvimos en el mercado nocturno y ella vio un cuadro de *Jackson Square* que le gustó mucho y quise ir a comprárselo más tarde...

—¿Y no puedes encontrar al vendedor? —preguntó mi madre.

—No. Sinceramente, siempre pensé que la mayoría de los vendedores eran locales.

—Algunos sí, pero el mercado nocturno es muy famoso. Vienen artistas de todo el país con la esperanza de vender. ¿Puedes darme más detalles sobre qué más tenía?

—¡Cuadros!

Ella se rió.

—Chad, necesito detalles. ¿Qué tipo de pinturas? ¿Qué técnica utilizaba?

—No tengo ni idea.

—Está bien. Entonces, al menos dime, ¿estaba cerca de la entrada del mercado?

—No. Había un vendedor con unas velas extrañas justo a su lado.

—¿Y qué noche fue?

Le dije la fecha exacta porque la recordaba perfectamente.

—¿Cuánto tardarás en conseguirlo? —pregunté.

—Cariño, no conseguiré esa información de la noche a la mañana. —Y al escuchar que yo gruñía, añadió—: Lo siento, pero con la poca información que me has dado, me llevará tiempo convencer a los insufribles del ayuntamiento de que me den los nombres de los expositores. Pero si me lo propongo, lo lograré.

—Te lo agradezco.

—De nada. No todos los días mi segundo hijo me pide un favor. Así que quieres darle una sorpresa a Scarlett, ¿eh?

—Sí —respondí—. Es su lugar favorito de la ciudad y le gustaba mucho ese cuadro. Cruzo los dedos para que lo encuentres.

—No te preocupes, lo haré. Cuando me propongo algo, lo consigo.

—Ese es el lema de la familia, ¿no? —pregunté.

—Más o menos. —Hubo una breve pausa y luego agregó—: Cariño, no te imaginas lo feliz que me hace que estés con Scarlett y que forme parte de tu día a día. Durante mucho tiempo, pensé que no volverías a rehacer tu vida con ninguna otra mujer.

—¿Qué quieres decir?

Juro por Dios que si alguno de mis hermanos le ha contado a mamá mi idea del celibato, la voy a liar. Había cosas que eran demasiado íntimas, incluso dentro de una familia.

—Es que has estado muy solo después de tu divorcio. Lo que más me preocupaba era que parecías empeñado en seguir así.

Bueno, parecía que al fin y al cabo, mis hermanos no se habían ido de la lengua. Solo era la típica intuición de una madre.

—Pensé que era lo mejor para Bella —admití.

—Ah.

—No quería volver a fallarle —continué.

—Cariño, no le fallaste. Al contrario, eres un padre maravilloso. Mira, lo único que podemos hacer en la vida es seguir adelante y poner nuestras mejores intenciones en todo lo que hacemos. Tú lo hiciste. Las relaciones son difíciles.

—Tú y papá lo habéis llevado sin problemas durante muchas décadas. También los abuelos.

—Es cierto, pero si la experiencia me ha enseñado algo, es que somos la excepción. Tu padre y yo somos almas gemelas y tuvimos la suerte de encontrarnos cuando éramos muy jóvenes. Pero, a fin de cuentas, creo que todos somos afortunados si encontramos a nuestra alma gemela en alguna ocasión a lo largo de nuestra vida. —Soltó una risita—. Madre mía, me he puesto en plan sentimental.

Me reí.

—No pasa nada, mamá. No te preocupes.

—Solo un consejo. Está genial eso de los regalos y los detalles bonitos, pero lo más importante es ser sinceros el uno con el otro. Expresar lo que sentimos.

—Sabes que no es mi fuerte.

—Mmm, quizá eso pueda cambiar. Te mantendré informado sobre el cuadro, ¿vale?

—Claro. Gracias —respondí.

Después de colgar, logré hacer una buena parte de mis tareas del día. Pero mi mente seguía pensando en lo que me había dicho mi madre.

Sabía a dónde quería llegar. No era un hombre de muchas palabras, y se me daba mucho mejor hacer las cosas que decirlas. Pero quería que Scarlett supiera con certeza lo que sentía por ella. Sabía que era pronto y que existía un riesgo real de que ella aún no estuviera preparada. Yo llevaba años divorciado, pero su ruptura era reciente. Pese a ello, quería dejarlo claro.

Esa noche iba a mimarla incluso más de lo habitual. Pensé en invitarla a salir a algún sitio, después de todo era viernes por la noche, pero siempre estaba agotada al final de la jornada, sobre todo después de una semana completa de trabajo. Sin embargo, eso no era problema, ya que también existía la posibilidad de mimarla en casa.

A las cuatro de la tarde, Joel echó por tierra mi plan con un mensaje:

Joel: Hola, jefe. No sé si lo sabes, pero nuestra chef no se encuentra para nada bien. Apenas se mantiene en pie, pero insiste en trabajar.

¿Qué demonios...?

Me levanté, cogí mi portátil y salí corriendo de mi despacho, bajando rápido las escaleras hasta la cocina, donde todo el mundo estaba tan ajetreado como de costumbre.

Scarlett se encontraba claramente peor de lo que pensaba. Tenía la cara roja como un tomate, y aunque estaba sentada, parecía a punto de perder el equilibrio.

Joel me hizo un gesto con la cabeza y se dirigió rápido al otro lado de la sala. No obstante, era probable que Scarlett se diera

cuenta de lo que estaba pasando.

Cuando me acerqué a ella, todo el equipo se alejó.

—Chad —dijo y se levantó—. ¿Qué haces aquí? —Se balanceó, a punto de caer.

Le puse una mano en la cara:

—Estás enferma.

—Creo que he pillado algún virus, pero aún así puedo trabajar. Y estoy tomando precauciones para no contagiar a nadie.

—No te encuentras para nada bien. Mírate. Estás roja como un tomate. —Apoyé el dorso de mis dedos en su frente—. Tienes fiebre.

—Solo estoy un poco cansada.

—Te voy a llevar a casa.

Ella parpadeó y echó la cabeza hacia atrás:

—La hora punta del servicio está a punto de empezar.

—Y estás enferma.

Tenía las sienes sudadas, pero negó con la cabeza:

—No, no. Tengo que quedarme aquí.

—Estoy seguro de que Joel puede encargarse de la cocina.

—Scarlett, nos las apañaremos, no te preocupes. Yo puedo encargarme del trabajo —intervino Joel—. Lo tenemos todo preparado y listo para empezar. Seguiremos tu lista al pie de la letra, te lo prometo.

—Necesitas descansar, mujer —insistí—. ¿Recuerdas lo que te dije sobre ir a trabajar enferma? Te cogeré en brazos y entonces todo quisqui sabrá lo que está pasando.

Tragó saliva con dificultad y me miró.

—No serías capaz de eso. —Dejó de hablar cuando vio mi expresión impasible—. Vaya, sí que serías capaz, ¿verdad?

—Por supuesto.

—¿Cómo sabías que estaba enferma? —Al instante, giró la cabeza para mirar a Joel, que nos había estado observando, pero rápidamente desvió la mirada hacia su tabla de cortar—. Te lo ha contado Joel, ¿no?

—Está tan preocupado por ti como yo.

—Pues te ha salido el tiro por la culata —dijo, enderezándose—, porque no voy a ir a ninguna parte.

—Entonces no me dejas otra opción. —En voz alta, añadí—: Personal de cocina, por favor, dadnos la espalda.

—Dios mío! —exclamó Scarlett.

—¡Fingid que no oís nada! —continué.

—Chad, no puedes hacer esto. —Su voz era severa, pero las comisuras de su boca se inclinaron hacia arriba—. Vale, está bien. Voy contigo.

—Bien. —Asentí—. Falsa alarma, equipo. Seguid trabajando —dije en voz alta una vez más.

—Voy a cambiarme —informó Scarlett.

—Te esperaré fuera. Aunque, ¿sabes qué? Mejor te esperaré dentro, en la entrada.

—¿Por qué? ¿Crees que voy a intentar volver a escondidas al trabajo?

—Eso es exactamente lo que creo.

Unos minutos más tarde, se había cambiado y nos disponíamos a salir a la calle. Los ánimos de pelea se le pasaron en cuanto salimos del restaurante. Estaba en lo cierto: tenía fiebre. Se encontraba tan agotada que incluso se quedó dormida en el coche. Apenas se despertó cuando llegamos a mi casa y apagué el motor.

—Vaya, me he quedado dormida —murmuró—. Me pesa el cuerpo.

—No salgas. Te llevaré en brazos.

—Me resistiría, pero no quiero.

Las alarmas sonaron en mi cabeza. *Joder, está realmente enferma.*

La cogí en brazos y me dirigí directamente al dormitorio principal. Ella apoyó la mejilla en mi pecho. Incluso a través de mi camisa, podía sentir cómo ardía su piel.

Apenas la había acostado cuando sonó el teléfono en el salón.

—Es mi móvil —dijo ella.

—Yo lo cojo.

Bajé corriendo las escaleras, cogí el móvil de su bolso y, sin querer, contesté. Me lo llevé a la oreja con la intención de decir que había contestado por error, pero las palabras que oí me detuvieron en seco.

—Maldita sea, por fin contestas.

¿Quién narices le hablaría así a mi chica?

—¿Quién eres? —pregunté.

—¿Quién eres tú? —respondió la voz.

—Soy Chad LeBlanc. No sé quién cojones te crees que eres, pero no le hables así a mi novia, joder.

—Soy Simon, su ex.

Al instante me enfurecí.

—¿Por qué la llamas?

—Eso no es asunto tuyo.

—Pues ahora lo es. De hecho, ¿sabes qué? Me importa un comino por qué la llamas. Deja de hacerlo.

—¿O qué? —espetó.

—O te complicaré la vida seriamente.

—A ver si tienes narices.

—Escucha, pedazo de mierda, ya has causado suficiente daño en su vida. A menos que quieras ser ayudante de cocina el resto de tu vida, más te vale dejar de acosar a Scarlett de una vez.

—Soy chef —corrigió.

—Te aseguro que no lo serás por mucho tiempo si sigues así.

—¿Quién coño te crees que eres?

—Un LeBlanc —respondí con tranquilidad—. Búscanos en Google. Somos muy importantes en el sector de la restauración. Así que no te metas conmigo ni con mi novia.

—¿Cómo te atreves...?

Colgué al segundo siguiente. Ni siquiera me importaba lo que el tipo tuviera que decir. Volví rápidamente arriba.

—¿Chad? —murmuró Scarlett cuando entré en el dormitorio—. ¿Quién era?

Aclaré mi garganta:

—Simon.

Ella abrió mucho los ojos.

—Dios mío, no. ¿Qué quería?

—Hablar contigo. Lo he puesto en su lugar.

Ella negó con la cabeza.

—Chad, siento mucho que hayas tenido que lidiar con eso.

Me senté en el borde de la cama, a su lado.

—¿Ha estado contactándote últimamente?

—No ha parado de decirme que estoy arruinando su vida. Cree que es culpa mía que esté enfrentado con el equipo de cocina.

—¿Por qué no me lo dijiste?

Ella se encogió de hombros.

—Solo intento ignorarlo. Ni siquiera he respondido a ninguna de sus amenazas.

Mis ojos se abrieron como platos. Hice todo lo posible por mantener la calma.

—¿Te ha amenazado?

—En realidad, es una tontería. Nuestros nombres figuran en el contrato de *leasing* de su coche. De alguna manera, pensó que podía intimidarme para... Ni siquiera sé para qué. —Se encogió de hombros de nuevo—. Pero Simon no siempre tiene una razón para hacer las cosas que hace. Le gusta fastidiar a los demás por diversión.

Me acerqué a ella y le acaricié la barbilla con la mano:

—Escúchame. Eres mía. Te protegeré y te defenderé de todo el mundo; no me ocultes nunca nada, ¿vale? —dije con una sonrisa.

Ella levantó una ceja:

—Bueno, es imposible decirte que no cuando me hablas así.

Fui al botiquín y cogí un paquete de paracetamol. También encontré un paño y lo mojé en agua helada. Cuando volví, Scarlett tenía los ojos abiertos, pero estaba claramente somnolienta. Se había tumbado en la cama.

—Vamos, preciosa. Siéntate para que puedas tomar el paracetamol, te ayudará mucho. Y también tengo esto —añadí, sosteniendo el paño frío.

—Oh, gracias.

—Te lo pondré en la frente y... —Hice una pausa mientras ella se tomaba el agua con el comprimido y luego dejaba el vaso en la mesita de noche— cuando se caliente, te lo cambiaré.

—Puedo hacerlo yo misma —dijo.

La miré fijamente.

—No, cariño. Tú duerme y yo cuidaré de ti.

Ella entreabrió los labios y murmuró:

—Pero ¿por qué?

—Porque te quiero —solté.

Se quedó sin aliento.

Joder. No era así como había planeado declararme.

—Joder —gruñí.

—¿Qué?

—Tenía pensado mimarte mucho esta noche y aprovechar la situación para decirte lo que siento por ti. Esto no es ni por asomo lo que había imaginado.

Por primera vez desde que la había visto en la cocina aquel día, Scarlett sonrió. Su rostro se iluminó por completo.

—Quieres cuidar de mí poniéndome paños fríos en la frente. No puedo imaginar nada más romántico.

Fruncí el ceño y me incliné para besarla. Ella se relajó contra mí.

—Te quiero tanto.

—Yo te quiero más —murmuró ella con voz entrecortada.

Me aparté unos centímetros y me limité a mirarla.

—¿Estás segura?

—Sí. Solo tengo un poco de miedo.

—Cariño...

Tragó saliva con dificultad y se encogió de hombros.

—Es que no me esperaba esto y...

—Lo exploraremos juntos —aseguré—. Para mí también es terreno desconocido.

De repente, intentó ponerse de rodillas, pero se tambaleó y volvió a caer de culo.

—¿Qué ha sido eso? —pregunté.

—Estaba tratando de montarme encima de ti. —Cerró los ojos—. No ha sido una buena idea.

—Scarlett —advertí con suavidad—. Esto es lo que haremos esta noche: tú te quedarás tumbada en la cama y yo me ocuparé de ti. No se admiten discusiones.

—No pensaba discutir —susurró mientras se recostaba, mirándome con los ojos llenos de sueño y también de emoción.

Scarlett era mía y yo iba a cuidar de ella.

Y no solo aquella noche...

Capítulo Treinta y Dos

Scarlett

—¡Bella, eres una artista con esto! —comenté la mañana de la competición de repostería.

—¿Has oído, papá? ¡Soy una artista! —exclamó Bella radiante.

Había ido al *LeBlanc & Broussard* todas las mañanas antes de abrir y, con mucho empeño y dedicación, preparamos todo tipo de tartas. En mi opinión, tenía un verdadero don. Aunque mi objetividad era relativa, Bella me había robado el corazón.

—La tarta tiene muy buena pinta, Bella —afirmó Chad—, pero ya es hora de irnos.

Ella frunció el ceño y cruzó sus pequeños brazos sobre el pecho. Aquel día llevábamos un poco de retraso. Joel ya había llegado y el resto del personal probablemente aparecería en cualquier momento.

—Pero aún tenemos que hacer la cobertura —protestó.

Me gustaba que siempre buscara una excusa para quedarse más tiempo. Eso significaba que ella también me quería, ¿no?

—Te aseguro que ya sabes hacer la cobertura a la perfección. La hemos hecho muchas veces y no te conviene llegar tarde al cole.

—Vale —respondió y finalmente bajó del taburete—. Estoy lista para irme, papá.

Chad me miró fijamente y dijo:

—Nos vemos esta noche.

De alguna manera, esa simple frase me provocó mariposas en el estómago.

Después de que los dos se marcharan, me llevé una mano al pecho y respiré hondo. Era la persona más afortunada del planeta, no me cabía duda.

Mientras Joel y yo nos preparábamos para empezar el día, revisé mi correo electrónico, como de costumbre, y una vez más me sorprendió ver un *email* de Mark. El asunto del mensaje me dejó helada.

Parpadeé varias veces. *¿Qué? ¡No puede ser!* Inmediatamente hice clic para abrirlo:

Oferta de trabajo: *Chef de cuisine* en *Starlight*.

Hola, Scarlett:

Apuesto a que no te lo esperabas. Siento haber sido tan reservado cuando estuve en Nueva Orleans. Algunas cosas aún estaban pendientes de decidir entonces, pero hemos terminado la relación laboral con Simon. No resultó ser el jefe de cocina que esperábamos y, sin ti, su trabajo era mediocre.

¡Toma! Estaba tan feliz que quería abrir una botella de champán. ¿Era mezquino disfrutar de su desgracia? Sí, pero ahora mismo no me podía preocupar menos.

Seguí leyendo con una gran sonrisa en la cara.

Estoy seguro de que estás muy a gusto con las condiciones de trabajo en Nueva Orleans y de que allí te valoran, pero *LeBlanc & Broussard* no es un restaurante con estrella Michelin. Estoy seguro de que sabes lo bien que quedaría esto en tu currículum. Además, ya conoces a todo el mundo aquí, así que no tendrás que pasar por un periodo de adaptación. Adjunta encontrarás mi oferta. Dime cuándo volverías de Nueva Orleans. Te esperamos con los brazos abiertos.

Fue un correo bastante impertinente. ¿Por qué daba por sentado que dejaría mi trabajo en Nueva Orleans para volver a Seattle? Si en el puesto actual era la *chef de cuisine* del restaurante, que era lo que ellos me estaban ofreciendo. Por otra parte, si bien no tenía estrellas Michelin, gozaba de muy buena reputación y era mucho más popular que el *Starlight*.

Sin embargo, en una cosa tenía razón: desde luego, no me esperaba un mensaje así.

Así que al final se dieron cuenta de que Simon no era quien decía ser, ¿eh?

No podía dejar de regodearme.

No le deseaba ningún mal, pero después de cómo me había tratado, no podía evitar alegrarme. Trabajé duro en *Starlight* durante años, con la esperanza de conseguir un ascenso, pero la verdad era que ya no lo quería. Aun así, no iba a responder todavía. Me había

enviado el correo electrónico esa misma mañana y quería que supiera que me estaba tomando mi tiempo para pensarlo. Así que guardé el móvil y continué con mi día.

* * *

El tiempo pasó volando, sobre todo porque dejé de trabajar justo después del almuerzo. Me parecía casi extraño ausentarme en el turno de la cena, pero la competición de repostería de Bella tenía prioridad. Estaba muy emocionada por ver a mi niña cocinando.

No es tu niña, Scarlett, ¿vale?

Sin embargo, lo sentía así.

Chad ya se había marchado al colegio hacía veinte minutos, así que iría sola. Me cambié a toda velocidad y comprobé mi aspecto en el espejo del baño de empleados antes de salir. Aquel día llevaba un vestido negro con escote en V. Era perfectamente adecuado para un concurso de repostería en un colegio. Al menos, eso esperaba.

Eso sí, llevaba bailarinas. Me encantaba el Barrio Francés, pero llevar tacones por allí era muy peligroso.

Me pasé las manos por el pelo varias veces para arreglármelo, pero resultó bastante inútil después de llevar el gorro de chef durante tantas horas. Lo mejor que podía hacer era recogerlo en una bonita coleta, que fue exactamente lo que hice.

Luego saqué mi móvil, introduje la dirección del colegio en *Google Maps* y me apresuré a llegar porque no quería retrasarme. El concurso no empezaba hasta las cuatro de la tarde, pero se recomendaba a todos presentarse al menos quince minutos antes. Según mi reloj, iba a llegar justo a tiempo.

Mientras me acercaba al colegio, estuve a punto de enviarle un mensaje a Chad para preguntarle dónde estaban, pero entonces me di cuenta de que no era necesario porque la mitad de la familia se encontraba reunida en un lado del patio. Sentí una profunda alegría; Bella estaría muy feliz de verlos a todos allí para su concurso de repostería. Me impresionó especialmente que los hermanos de Chad estuvieran presentes. Había que reconocer el mérito: no era común ver hombres sin hijos alentando a su sobrina un viernes por la tarde.

Julian fue el primero en verme:

—Ah, la mujer del momento. Mi sobrina no paraba de hablarnos de ti antes de entrar corriendo.

Mi corazón casi explotó de alegría.

Isabeau y Celine me miraban con ojos amables.

—Eres muy buena con nuestra niña —dijo Celine.

—Va a ganar —insistí—. Es muy buena y presta mucha atención a los detalles.

—Aunque me gustaría saber por qué no quiso que ninguna de nosotras le enseñáramos —se preguntó Isabeau.

—Según ella, es porque no seguís las instrucciones al pie de la letra y ella no puede seguiros el ritmo —explicó Xander.

Zachary lo miró fijamente:

—Tío, ¿nunca has oído que no hay que decir todo lo que se te pasa por la cabeza?

—Jovencito —le dijo Isabeau a Xander—, eso no es cierto.

—Pero en cierto modo sí lo es —intervino Celine—. Cuando se trata de preparar perfumes, seguimos pasos muy precisos, pero cocinamos de memoria. No es fácil enseñarle a alguien así, ¿no crees?

Isabeau resopló y miró a Xander de reojo, como si fuera culpa suya.

—¿A qué hora viene Sarah? —preguntó Anthony.

—No vendrá —respondió Chad, pasando un brazo por mis hombros—. Está en Los Ángeles.

Anthony entrecerró los ojos, pero no dijo nada.

—¿En serio? —preguntó Beckett—. Pero sabemos de este evento desde hace unos cuatro meses.

—Queridos, centrémonos en el hecho de que estamos todos aquí —sugirió Adele.

Mmm... En ese momento supuse que Zachary había aprendido el arte de "suavizar las cosas" de su madre.

—Es cierto. Vamos, entremos —dijo Beckett—. Debo conseguir el mejor sitio. Bella me ha pedido que me encargue de las fotos.

Anthony lo miró fijamente:

—A mí también me lo pidió.

Intenté mantener una cara impasible, pero Beckett se dio cuenta inmediatamente:

—¿Scarlett? ¿Qué pasa? Te estás riendo de nosotros.

—No, no es eso —dije.

—Tienes cara de engreída, así que confiesa. ¿Qué pasa? —preguntó Anthony.

—Me dijo que os lo había pedido a los dos en caso de que alguno la cagara.

—i¿Piensa que uno de nosotros puede cagarla?! —exclamó Beckett—. ¿Cuál de los dos?

—No lo ha dicho —respondí con sinceridad.

Xander sonrió:

—Esta niña llegará lejos, te lo aseguro. Hazme caso.

—Lo cual me recuerda —dijo Chad—, que más tarde tenemos que hablar sobre las cosas que le enseñas a mi hija.

Xander arqueó una ceja, pero no respondió.

—No estaba bromeando con lo de antes, iba en serio. Entremos —dijo Beckett.

Cuando el grupo comenzó a caminar hacia la puerta principal del colegio, sonó mi teléfono. Lo saqué de inmediato.

—¡Oh! —exclamé.

—¿Qué ocurre? —preguntó Chad.

Nos quedamos atrás mientras todos los demás entraban.

—Es mi... No importa, lo llamaré más tarde.

—¿A quién? —insistió.

—A Mark, mi antiguo jefe.

—¿Qué narices...? ¿Por qué te sigue llamando?

—Esta vez sí que sé por qué. Esta mañana me ha enviado una oferta de trabajo y probablemente quiera saber por qué no le he respondido.

Se quedó inmóvil.

—¿Una oferta de trabajo?

Lo miré.

—Ah, es verdad. Se me ha olvidado decírtelo. Parece que a Simon no le ha ido bien en Seattle. Así que lo han echado y me han hecho una oferta a mí.

—¿Como *chef de cuisine*?

—Sí. Pero no quería responder esta mañana, para que no pensara que ni siquiera había considerado su oferta. Da igual, ahora entremos y luego le diré educadamente que no me interesa volver a Seattle.

Chad tragó saliva:

—¿Ni siquiera por un puesto de jefe de cocina en un restaurante con estrella Michelin?

—Me gusta mucho más el menú del Broussard. Además —dije, acercándome—, no quiero alejarme de ti y de Bella.

Su expresión se suavizó.

—Scarlett, es una oportunidad muy importante.

—Sí, pero no la quiero, así que en realidad no importa, ¿verdad? Y si no dejas de fruncir el ceño, te besaré aquí mismo, en medio del patio del colegio, lo cual sería completamente inapropiado.

Su ceño fruncido finalmente se disipó y se convirtió en una sonrisa. Era pequeña, pero la consideré una victoria. Debería habérselo dicho antes, pero me resultaba difícil pensar en otra cosa que no fuera cocinar cuando estábamos en plena faena.

—Venga —dije—, vamos dentro a ver qué asientos ha conseguido Anthony. Y como Bella insistió tanto en tener un plan B para las fotos, yo también voy a hacer algunas.

Chad se adelantó y me besó en la frente:

—Tienes razón. Entremos, podemos hablar de esto más tarde.

En realidad, no había nada de qué hablar, pero no respondí. No quería que nos quedáramos más tiempo fuera.

Instantes más tarde, Chad me rodeó la espalda con un brazo mientras me guiaba por el colegio hasta el auditorio.

Hmm, ¿es mi imaginación o me está abrazando con más fuerza de lo habitual? Bueno, quizá "fuerza" no era la palabra adecuada. Ya sabía cuál describía mejor su actitud: posesivo. Esa era la palabra correcta. Lo disfruté muchísimo.

Una vez que llegamos al auditorio, vimos a Beckett sonriendo con orgullo. Continuaba de pie, habían conseguido la primera fila.

—Vaya, este lugar es impresionante, además de enorme. ¿Cuántos niños van a participar? —pregunté.

—No muchos, pero las autoridades del colegio saben que siempre viene al menos la mitad de la familia de cada chico. Bueno, en nuestro caso, toda la familia.

Le sonreí.

—Creo que es increíble. Eso hará que Bella se sienta muy apoyada.

—Lo sé —dijo Chad—. ¿Pero sabes quién es el espectador más importante de esta noche?

—¿Quién?

—Tú. —Me apretó aún más contra él y acercó su cabeza—. Eres la persona más importante de todas para Bella y para mí.

—Ey, vosotros dos —interrumpió Beckett—. No os quedéis ahí parados, está a punto de empezar.

* * *

Chad

Mi niña era increíble. No le quité los ojos de encima durante toda la competición. Tenía una confianza en sí misma que nunca antes había tenido, y sabía que todo se debía a Scarlett. La familia siempre la había animado y le había infundido confianza, pero esa transformación se produjo luego de conocer a Scarlett.

Mi chica estaba aún más emocionada que Anthony y Beckett por hacer fotos. Incluso grabó algunos vídeos de Bella cuando los jueces le daban sus comentarios. Mientras elogiaban sus esfuerzos, me resultaba imposible concentrarme por completo en lo que decían.

Mi cabeza iba a mil, no paraba de darle vueltas a la noticia de Scarlett. ¿Por qué no me lo había mencionado antes? ¿Y por qué había descartado la idea tan rápido? Debería haberme quedado un rato más con ella para hablarlo, porque la duda me estaba matando. Sí, el *LeBlanc & Broussard* era diez veces más famoso que Starlight, pero para la carrera de un chef, trabajar en un restaurante con estrella Michelin era la máxima aspiración.

Además, la idea de que regresara a Seattle era casi insoportable.

Respiré hondo y volví a centrarme en el escenario. Hablaría con Scarlett más tarde. Aquel momento pertenecía solo a Bella, y quería estar presente y recordar cada detalle, porque sabía que mi hija recordaría esa noche durante años. No quería fallarle como padre.

Una vez terminadas las tartas, los jueces procedieron a colocarlas en los hornos que se habían llevado expresamente para el evento.

Mientras esperaban a que se hornearan, entrevistaron a cada niño, preguntándoles cuál era su parte favorita del proceso y ese tipo de cosas. Después de la entrevista de Bella, dejé de prestar atención.

Mi mente no paraba de dar vueltas. Miré a Scarlett, pero sus ojos estaban fijos en el escenario. ¿De verdad no tenía dudas sobre rechazar esa oferta? Parecía una decisión casi impulsiva, y quería asegurarme de que lo había pensado bien.

Si la recibió esa mañana, después de una jornada laboral completa y de venir hasta aquí, ¿le ha dado tiempo a reflexionar sobre ello?

Joder, me estaba volviendo loco.

—Tío —Xander interrumpió mis pensamientos, dándome un golpecito con el codo—. ¿Qué te pasa? Pareces ido. Presta atención, están anunciando a los ganadores.

Mierda. ¿Cuánto tiempo he estado ausente?

Scarlett se encontraba al borde de su asiento, supernerviosa, con los ojos fijos en Bella. No podía dejar que saliera de nuestras vidas.

Con la mirada fija en el escenario, esperé los anuncios del tercer y segundo puesto. Mi hija seguía buscándonos con la mirada, y yo le devolví una sonrisa tranquilizadora. Siempre me aseguraba de decirle que la quería pasara lo que pasara. Que ganara el primer premio no iba a hacer que la quisiera más.

Pero era consciente de lo importante que era ese momento para ella. Se había esforzado mucho.

—¡Y el primer premio es para... Bella LeBlanc, por su tarta absolutamente perfecta!

Mi hija se levantó de un salto de la silla, y nosotros también, con ímpetu contagioso. Los trece nos pusimos de pie a la vez, como si fuéramos una ola humana, y rompimos en un aplauso frenético. Scarlett, radiante, sonreía de oreja a oreja. Entonces, me percaté de que Bella la estaba mirando fijamente y le enviaba un beso al aire.

Dejamos de aplaudir solo cuando el presentador nos miró de reojo.

—Ahora, las menciones honoríficas —anunció, y todos nos sentamos en silencio.

Unos minutos más tarde, despidieron a todos. Bella bajó del escenario por la escalera derecha junto a los demás niños.

—¡Lo he conseguido, Scarlett! ¡Lo he conseguido! —gritó, corriendo directo hacia mi novia, que reaccionó de inmediato. Se agachó hasta la altura de Bella y la abrazó. Me conmovió ver lo mucho que se preocupaba por mi hija—. ¿Me has visto hacer el glaseado?

—Sí, lo hiciste a la perfección. Es incluso mejor que el mío.

Bella frunció la nariz.

—Eso no es verdad, estás exagerando.

Scarlett apenas pudo contener una risita.

—Lo digo en serio. No soy pastelera y tú has estado practicando con mucho empeño. Me alegro mucho de que hayas ganado.

Me enseñó la medalla.

—Muy bien, familia —dijo Isabeau—. Ahora salgamos a celebrarlo al estilo LeBlanc.

—¿Quién ha decidido eso? ¿Por qué no al estilo Broussard? —preguntó Celine, haciéndonos reír a todos.

La miré directamente.

—Porque yo llevo el apellido LeBlanc, ¿o no, Celine?

—Sí, pero tú tienes nuestra sangre, y esta pequeñita también —replicó, apretando ligeramente la mano de Bella—. Lo has hecho muy bien. Todos estamos muy orgullosos de ti.

—Gracias, abuela. ¿Viste cuando casi se me caen los huevos al suelo?

—Son cosas que pueden pasar en cualquier cocina —dijo Scarlett en tono tranquilizador.

—Sí, ¡pero no durante una competición! —Bella parecía horrorizada—. Todo tiene que ser perfecto.

Miró al grupo y luego volvió a mirarme a mí, sonriendo. Me alegró muchísimo que no pareciera molesta en absoluto por el hecho de que Sarah no estuviera allí esa noche. Por otra parte, mi hija se había acostumbrado, al igual que yo.

—Nos espera un festín en casa—anunció mi padre.

—¿De tarta? —preguntó Bella, haciéndonos reír a todos.

Todos podían llevarse la tarta que habían preparado, pero yo conocía los gustos de mi niña. La tarta era para la mañana, mientras que el pastel era para celebrar. Y estaba totalmente de acuerdo con ella.

Capítulo Treinta y Tres

Chad

Esa noche, las cosas estaban aún más descontroladas de lo habitual en la mansión LeBlanc Broussard. Pedimos comida suficiente para alimentar a un pequeño ejército, y aun así acabamos comiéndonos todo. Bella era el centro de atención, por supuesto, recordándonos cada momento de la competición mientras todos escuchábamos con atención, pese a haberla presenciado en primera fila.

Sin embargo, durante todo ese tiempo, mi mente estaba centrada en Scarlett. Necesitaba hablar con ella esa noche. No quería posponerlo más, pero tenía que esperar a que Bella se durmiera.

Después de la cena, Bella nos llevó a Scarlett y a mí a los sofás, aunque todos seguían en la mesa, esperando el pastel. Cuando Scarlett se sentó, Bella se subió a su regazo.

—Scarlett, ¿lo hice bien hoy? —preguntó.

—Bella, has estado increíble. Estoy muy orgullosa de ti.

—¿Cómo de orgullosa? ¿Y cuánto me quieres?

Scarlett sonrió ampliamente:

—Hasta la luna ida y vuelta. ¿Por qué?

—Bueno... si me quieres mucho... ¿podrías ser mi mami de la semana?

Se me cortó la respiración. Scarlett se quedó helada y, al instante, me miró. Yo estaba completamente sorprendido, pues Bella nunca había sacado este tema conmigo.

—Ya tengo una mamá de fin de semana —continuó—, casi todos los findes, pero no es lo mismo.

Scarlett me miró de nuevo, sin saber qué decir.

—Peque, es una pregunta muy importante. Estoy seguro de que Scarlett tiene que pensarlo.

Bella bajó los hombros.

—No, no tengo nada que pensar —repuso Scarlett, y la cara de Bella se iluminó con una gran sonrisa.

—¿Entonces quieres ser mi mami de la semana?

—Solo si a tu papá le parece bien. —Scarlett me dedicó una enorme sonrisa.

No podía creer que aquello estuviera pasando de verdad.

Bella enterró la cara en el cuello de Scarlett, que se quedó mirándome fijamente. Se me hizo un nudo en la garganta por la emoción, y apenas podía hablar.

—Te quiero —le dije.

Ella me respondió con un "Yo también te quiero".

Algo se transformó en mi interior. Fue un cambio profundo en una parte de mí que ni siquiera sabía que estaba desajustada. Por primera vez en muchos años, me sentí completamente en paz, completamente feliz.

—Muy bien, ¿quién está listo para el pastel? —gritó Isabeau, mientras Celine entraba con el pastel de chocolate favorito de mi hija.

Bella corrió directamente hacia la mesa. Me levanté, tomé la mano de Scarlett y la besé en el dorso.

—No sabes cuánto te quiero —le dije.

—Venga, vamos a la mesa o nos quedaremos sin nada.

Me reí:

—Hablas como una auténtica LeBlanc.

* * *

Temía que el subidón de azúcar afectara al sueño de Bella, pero no debería haberme preocupado. Mi niña se quedó dormida en cuanto nos subimos al coche.

—Vamos a casa, ¿verdad? —le pregunté a Scarlett.

—Vaya, no tengo nada para cambiarme. ¿Podemos pasar primero por mi estudio?

—Claro.

Condujimos en completo silencio. Volví a pensar en el correo electrónico que había recibido Scarlett. Maldita sea, todavía quería hablar del tema. Lo haría una vez que llegáramos a casa.

Cuando llegamos frente a su edificio, salí del coche y le abrí la puerta. Scarlett sonrió al salir.

Después de cerrar la puerta, dijo:

—No hace falta que me acompañes hasta la puerta, puedes verme desde el coche.

Me reí entre dientes.

—Tienes razón. Además, prefiero no dejar a Bella sola en el coche.

Ella frunció el ceño:

—¿Estás bien? Parecías un poco tenso durante el viaje.

—Mierda. No pensé que te habías dado cuenta.

—Madre mía, —comentó con sorpresa— entonces no era mi imaginación. ¿Qué pasa?

Negué con la cabeza:

—Quería esperar a llegar a casa para hablar de ello, pero no dejo de pensar en ese correo electrónico.

Ella hizo un gesto de rechazo con la mano:

—Ay, por favor, olvídalo.

—No puedo, y creo que tú tampoco deberías.

Scarlett me miró fijamente.

—No lo entiendo —dijo.

—Es un puesto de *chef de cuisine* en un restaurante con estrella Michelin.

—No entiendo por qué sigues insistiendo en el tema si te he dicho que no me interesa. Especialmente después de lo vivido esta noche y de lo que ha dicho Bella.

Respiré hondo y le cogí la mano.

—Porque eres joven y estás construyendo tu carrera. Solo quiero que estés segura de que estás tomando la decisión correcta.

—¿No quieres que me quede? —preguntó.

Joder, eso era lo único que quería. Pero en lugar de eso, dije:

—Quiero que hagas lo que sea mejor para ti.

Ella apartó sus manos de las mías y se cruzó de brazos:

—De verdad que no entiendo por qué te pones así.

—Mira, llevo horas dándole vueltas a esto. —Los argumentos tenían más sentido en mi cabeza—. Quería hablar contigo después de que Bella se durmiera, no soltarlo así en plena calle. Podemos hablar más tarde.

De repente, miró por encima de mi hombro.

—Bella está despierta.

Miré hacia el coche y la vi pegada a la ventana, observándonos.

Scarlett bajó la mirada hacia el suelo:

—¿Te importa si me quedo en mi estudio esta noche?

Se me encogió el corazón:

—Joder, te he hecho enfadar.

—Es que no quiero que Bella note esta tensión entre nosotros —respondió.

Estaba pensando en mi niña. Por Dios, amaba a Scarlett con todo mi ser. Estaba estropeándolo todo y ni siquiera sabía cómo narices lo había conseguido.

—Si te parece lo mejor... —dije.

—Creo que es lo mejor. Le diré que estoy muy cansada, ¿vale?

—Está bien.

Aturdido, como si estuviera sumido en una bruma o en medio de una nebulosa, observé cómo Scarlett le deseaba las buenas noches a Bella, quien no sospechaba lo que ocurría.

Pero yo estuve intranquilo durante el resto de la noche. Después de acostar a Bella, caí en la cuenta de que no iba a poder dormir. Empecé a deambular por el salón como un loco, tratando de entender qué estaba pasando.

Cuando llegó la mañana, no había pegado ojo. Estaba hecho un maldito desastre y seguía sin tener un buen plan. Lo único que sabía era que quería arreglar las cosas.

Para distraerme con algo, empecé a preparar el desayuno. A Bella le gustaba dormir hasta tarde los fines de semana, así que tenía bastante tiempo.

Estaba mezclando la masa para los gofres cuando mi madre llamó. Dejé los utensilios y contesté el teléfono.

—Buenos días —dije.

—Cariño, pareces agotado.

—Lo estoy —admití.

—Bueno, quería decirte que he encontrado el cuadro.

—¿De qué hablas?

—El de *Jackson Square* que me pediste que buscara.

Al instante mis sentidos se activaron.

—¡Qué buena noticia!

— Vaya... no esperaba una respuesta tan efusiva. ¿Va todo bien?

Normalmente, me habría limitado a decir "bien", pero el cansancio pudo más que yo.

—No. Anoche la cagué un poco con Scarlett.

Hubo una pausa y luego mi madre dijo:

—¿En serio? Pero si parecíais estar muy bien.

Me pasé la mano por el pelo:

—Le han ofrecido un trabajo como *chef de cuisine* en su antiguo restaurante de Seattle.

Ella contuvo la respiración.

—¡Dios mío! ¿Y quiere aceptarlo?

—No, en realidad no. Insiste en que no le interesa.

—Entonces no veo cuál es el problema.

—El problema es que yo la presioné diciéndole varias veces que lo considerara antes de rechazarlo.

—Por desgracia, esa es una característica de los hombres LeBlanc. Creer que sabéis más que nadie.

Resoplé.

—No era esa la intención.

—Bueno, ahora ya da igual, ¿no?

—¿Cuándo puedo recoger el cuadro? —pregunté, finalmente con una idea y un plan en mente. *Genial, tengo un plan.*

—Dame una hora más o menos.

—Perfecto. Gracias, mamá.

Estaba eufórico.

Después de colgar, se me ocurrió otra idea brillante. Por fin mi cerebro empezaba a funcionar.

Mi punto fuerte era demostrar con hechos, no con palabras.

Aunque había metido mucho la pata, iba a arreglar las cosas.

No iba a recoger el cuadro yo mismo ni a pedir que lo enviaran. Tenía algo más importante que hacer. Menos mal que mis hermanos estaban en la ciudad aquel día, porque aquello iba a requerir un esfuerzo colectivo.

Llamé a Beckett, plenamente consciente de que me iba a echar la bronca por llamarlo a las ocho de la mañana de un sábado. Y más sabiendo que la noche anterior había ido con Julian al bar después de nuestra cena familiar.

—Más te vale que alguien se esté muriendo para que me llames a estas horas —dijo a modo de saludo.

—Bueno, no estás muy lejos de la realidad —respondí—. Es una emergencia.

—Joder. ¿Qué ha pasado?

—Nada.

—¿Cómo que nada? Acabas de decir que es una emergencia.

—Sí, me he expresado mal. Es que he dormido poco.

—¿Me estás tomando el pelo?

—No. Necesito un roscón de Reyes. Hoy, lo antes posible.

—¿En serio? ¿*Esa* es tu emergencia?

—Sí —respondí con toda la seriedad que pude.

—¿Para Scarlett?

—Sí.

—Ya la has cagado, ¿no?

Dejé de batir para seguir con la masa.

—¿Cómo has llegado a esa conclusión?

—La primera vez que le compraste uno fue para acostarte con ella.

—¡Beckett!

—Vaaale, para caerle bien. Y ahora claramente lo necesitas para volver a hacer lo mismo.

—Sí —admití—. Pero con una diferencia.

—¿Cuál?

—Lo hablaré con tu chef pastelera.

Beckett se echó a reír.

—Bueno, cuenta conmigo para lo que sea. —Ese era mi hermano en estado puro—. Y si quieres encargarte tú mismo, no hay problema, le pediré a mi asistente que te pase el número de la chef pastelera. Ella le avisará que vas a llamarla. Venga, a por todas. Y buena suerte con lo que sea que estés planeando.

—Gracias. La voy a necesitar.

—Solo una duda, ¿es una estrategia en plan "todo o nada"? —preguntó.

—Ya me conoces.

Definitivamente iba a darlo todo con aquel plan.

Solo me quedaba una cosa por hacer en casa: despertar a Bella.

Ella y yo íbamos a ir de compras.

Capítulo Treinta y Cuatro

Scarlett

A la mañana siguiente de la competición, me desperté con dolor de cabeza. Era de esperar, ya que me había acostado muy tarde, probablemente alrededor de las tres de la madrugada, y aun así me costó conciliar el sueño. Con gran esfuerzo, me arrastré hasta la cocina para empezar el día con mi primer café.

Tenía un nudo en la garganta. Había planeado levantarme temprano, antes que Bella y Chad, para prepararles el desayuno. En lugar de eso, me encontraba allí, en mi pequeña cocina.

Necesitaba hablar con alguien sobre lo de la noche anterior o mi cerebro explotaría. Tenía que llamar a Ariana.

Aunque mi amiga solía ser madrugadora, era sábado. No quería asustarla, así que decidí enviarle un mensaje.

Scarlett: Hola, ¿estás despierta? Llámame cuando puedas.

No dejé de mirar el móvil mientras tomaba un sorbo de café. No respondió. Estuve tentada de llamar a mis padres, pero ¿para qué preocuparlos? Solo les había contado pequeños detalles sobre mi relación con Chad, así que llamarlos para hablar de lo que había pasado sería muy abrupto.

Estaba tomando mi segunda taza de café cuando Ariana llamó.

—¡Hola! Buenos días —dijo.

—Pareces llena de energía. ¿No te he despertado?

—Qué va, salí a correr temprano.

Me sorprendió un poco oír eso.

—Te admiro. Yo no puedo hacer nada a primera hora de la mañana.

—¿Qué tal? ¿Cómo fue la competición de ayer?

No podía creer que todo hubiera sucedido en el mismo día.

—Estuvo genial —respondí.

—Entonces, ¿por qué suenas tan triste?

—Porque... bueno, ¿recuerdas que te dije que Mark, mi exjefe, se había puesto en contacto conmigo?

—Sí.

—Pues ayer me envió una oferta de trabajo.

Se quedó flipando:

—¿En serio?

—Sí. Y nada menos que ofreciéndome el puesto de *chef de cuisine*.

—¡Dios mío! —Y luego dijo—: Así que han despedido a Simon. No es ninguna sorpresa, la verdad. Aunque, espera, no me voy a hacer ilusiones, porque seguro que lo vas a rechazar, ¿verdad? Por ese bombón y su hija tan mona.

—Exacto. Eso es lo que quiero. Pero Chad insiste en que me lo piense bien porque no deja de ser una gran oportunidad para mi carrera.

—¿Y crees que esa es su forma de decir que no quiere que lo vuestro vaya más en serio?

Se me revolvió el estómago.

—No lo había analizado tan a fondo.

—Lo siento. No quiero meterte ideas locas en la cabeza, es solo mi experiencia con los hombres. En cuanto insinúo la posibilidad de dar un paso más, se echan atrás.

—Vaya, no lo había pensado así. Quizá se sienta presionado. O sea... que si me quedo aquí, es porque quiero algo más. Y... —Respiré hondo, recordando la pregunta de Bella. En ese momento me derretí por completo, pero ¿y si eso lo había presionado demasiado?

—¿Qué? —inquirió.

—Anoche, después de la competición, fuimos a casa de su familia y Bella me preguntó de la manera más tierna del mundo si quería ser su mami de la semana.

—Dios mío, qué niña tan mona. *La mami de la semana*.

—Sí. Me pareció adorable y dije que sí. Pero, ¿y si me he precipitado demasiado? —Apenas me atreví a verbalizar mi miedo.

—¿Y Chad te dijo lo de considerar la oferta justo después de eso?

—Sí, pero esa conversación empezó antes de ir a la competición. —Me presioné la frente con la palma de la mano—. Esperaba que

hablar contigo me ayudara a aclarar las ideas, pero ahora estoy aún más asustada y confundida.

—¿Sabes qué? Olvida todo lo que he dicho. Solo es mi experiencia y ahora mismo no viene al caso.

Ambas nos quedamos en silencio durante un momento antes de que Ariana continuara:

—Mira, Chad no es como los pringados con los que salgo, no creo que se eche atrás.

—No —admití—. Pero ahora todo me parece tan repentino... Se me oprimió el pecho y se me hizo un nudo en la garganta.

—Puedo percibir tu pánico a través del teléfono —dijo Ariana.

No tenía fuerzas para fingir que no era así.

—En este momento, no sé ni qué se supone que debo hacer.

—¿Hablar con él, tal vez?

—¿Y si tenemos razón?

¡No, qué demonios! ¿De dónde viene esta idea?

—Cuenta conmigo para lo que necesites, ¿vale? Quizá él no quiere que tomes una decisión y te arrepientas más adelante. Estáis en etapas completamente diferentes de vuestra vida: Él es un poco más mayor que tú, tiene una hija y un negocio de mucho éxito. Es CEO. Tú acabas de conseguir tu primer puesto como *chef de cuisine*. Quizá él piensa que te está impidiendo alcanzar todo tu potencial o algo por el estilo.

—Pero yo estoy explotando al máximo mi potencial aquí. Siempre he soñado con esto. Ser jefa de cocina en un restaurante increíble y tener a alguien a quien amar y cuidar. —Se me llenaron los ojos de lágrimas.

—Ay, amiga. ¿Y estás segura de que él lo sabe?

Parpadeé.

—Más o menos. No se lo he dicho de manera tan directa.

—Quizá deberías hacerlo —sugirió Ariana en voz baja, mientras yo daba un sorbo a mi café—. Para que sepa exactamente lo que sientes.

Di otro sorbo y entonces mi corazón empezó a latir más rápido.

—¿Sabes qué? Tienes razón, debería hacerlo. Le repetí que no quería el puesto en Seattle, pero debería haberle dicho claramente lo

que *sí* quería.

—Exacto. ¿Ves? Estamos progresando, aunque teniendo en cuenta lo desastrosa que es mi vida amorosa, tal vez yo no sea la más indicada para darte consejos.

—Eres la mejor persona del mundo, Ariana. Te quiero mucho.

—Yo también te quiero, amiga. ¿Te parece bien si seguimos hablando más tarde? Quiero hacer unos abdominales antes de empezar el día.

Me reí.

—Claro, niña.

Después de colgar, me sentí mucho mejor, aunque la ansiedad seguía ahí. Por suerte, ambos sentimientos podían coexistir.

Me quedé de pie junto a la encimera mientras terminaba mi café. Necesitaba despertarme, así que me metí en la ducha y dejé que el agua me relajara. Acababa de ponerme el champú en el pelo cuando oí sonar el timbre.

Oh, no. Seguro que es uno de los millones de pedidos que he hecho en Amazon.

Salí de la ducha y me puse rápidamente el albornoz. También tenía jabón por todo el cuello, pero no importaba. Tenía el pelo recogido y el champú lo mantenía en su sitio. Así que corrí hacia la puerta principal y pulsé el botón para abrir el porterillo. Poco después, sonó el timbre de mi puerta. Miré por la mirilla. No podía ver bien quién era, pero llevaba un paquete enorme.

Vaya, ¿qué había pedido? Traté de hacer un repaso mental de mis últimas compras, pero fue inútil. Entre la mudanza y la instalación en una ciudad nueva, había encargado tantas cosas que normalmente se me olvidaban hasta que llegaban.

Abrí la puerta. La persona que entregaba el paquete depositó la caja en el suelo. En ese momento, noté que, después de todo, no era un paquete común. Era enorme, sí, pero también inusualmente delgado.

—Julian... —dije, ajustándome el albornoz de manera instintiva.

Me miró con una gran sonrisa:

—¿Te pillo en mal momento?

—Sí, me estaba lavando el... ¿Qué es esto?

—No puedo decírtelo.

Fruncí el ceño.

—¿Eh?

—Solo soy el encargado de la entrega.

—No lo entiendo.

—Sinceramente, yo tampoco. Ni mi madre ni Chad quisieron darme muchos detalles. Mis instrucciones son entregarte esto sin hacer preguntas.

Levanté una ceja:

—Pero tú no eres de los que siguen instrucciones de nadie.

Soltó una risita:

—No suelo hacerlo, pero sospecho que lo de hoy es realmente importante. ¿Dónde lo dejo?

—Donde quieras. Ponlo aquí, junto a la entrada. ¿Quieres algo de beber, un café o un té?

—Scarlett —dijo Julian después de dejar el paquete—, todavía tienes champú en el pelo. Creo que lo mejor es que me vaya ya y dejarte disfrutar del día. Por cierto, también me han dicho que te diga que lo abras en cuanto lo recibas.

—Vale. —Me reí con nerviosismo. Estaba deseando quedarme a solas con mi regalo—. Muchas gracias por traerlo.

—De nada. Lo que sea por la familia, sobre todo para hacer de su mula de carga cuando paso por el barrio. —Me guiñó un ojo—. Pero, aun así, ha sido un placer.

Con esa misteriosa frase, se marchó, cerrando la puerta tras de sí.

Inmediatamente corrí a la cocina a buscar unas tijeras. ¿Qué podía ser tan grande? Corté con cuidado el papel de embalaje marrón para no dañar lo que hubiera dentro. Y entonces mi corazón latió con fuerza.

Dios mío. Era *mi* cuadro. Aquel del que me había enamorado hacía tantas semanas. *Jackson Square*. Sonreí de oreja a oreja mientras contemplaba todos los colores, especialmente los delicados tonos del cielo. La obra me fascinaba; me había cautivado desde el primer instante, pero había algo distinto ahora: sentía que este lienzo en particular estaba destinado solo para mí.

Me percaté tarde de un sobre que había caído al suelo. Al recogerlo, noté que estaba en blanco por ambos lados y sin sellar. Lo abrí para extraer el papel que contenía y rezaba: **"Reúnete conmigo en *Jackson Square*, en nuestro banco de *beignets*, a las once en punto".**

Era la letra de Chad. Me sentí rebosante de felicidad.

Sonreí, contoneándome, y entonces me di cuenta de que solo faltaba una hora para las once. Y, como bien había señalado Julian, tenía champú en el pelo.

Aunque lo único que quería era llamar a Chad y mirar un poco más mi cuadro, volví corriendo al baño y terminé de enjuagarme el pelo. Luego me lo sequé lo más rápido que pude. Normalmente tardaba treinta minutos en secarlo por completo, pero no había tiempo para eso.

Bah, ¿qué más da, Scarlett? La humedad lo estropeará de todos modos.

Me puse un bonito vestido de verano porque en Nueva Orleans empezaba a ponerse calurosa desde bastante temprano. No dejaba de comprobar el reloj mientras me preparaba, y poco a poco el pánico iba apoderándose de mí. Solo tenía veinte minutos para llegar. No podía fiarme del tranvía, así que pedí un Uber. El coche más cercano estaba a cinco minutos, pero me sentía demasiado ansiosa para esperar dentro, así que salí del edificio.

Una vez fuera, revisé mi móvil con la intención de consultar la aplicación de Uber, pero entonces recibí una llamada.

Era de un número desconocido, pero tenía una corazonada sobre quién era. Simon había llamado desde un número desconocido el día que Chad contestó. Quería devolverle la llamada para ponerlo en su sitio una vez que me encontrara mejor, pero no había podido. Esta vez, sin embargo, no iba a echarme atrás.

—Buenas, ¿quién es? —respondí.

—Eres una zorra. —Su voz me puso los pelos de punta—. ¿Creías que no me enteraría de que te había ofrecido mi trabajo?

—Ya no es tu trabajo, ¿verdad? Se rumorea que te despidió pese a que yo aún no le he dado una respuesta definitiva.

—Recházalo. Volverá arrastrándose a mí; tú no servirás para el puesto. No tienes lo que hay que tener para ser *chef de cuisine*.

Su comentario me hizo enfadar:

—Escúchame bien, Simon. Llevas años menospreciándome, intentando hacerme sentir insignificante. Me avergüenza decir que, en ocasiones, lo has conseguido; pero se acabó. Soy fuerte, y se me da muy bien mi trabajo. Soy una muy buena chef. Que hayas perdido tu puesto no tiene nada que ver conmigo. Lo has perdido porque eres un mierda.

Dios, me sentí tan bien al decir eso, que continué:

—Tienes problemas para controlar tu ira, y eres una mala persona. Nadie quiere estar cerca de alguien así.

—Dile a Mark que no vas a aceptar el trabajo.

—No pienso hacer eso.

No me interesaba en absoluto aceptarlo, pero él no tenía por qué saberlo. Por ahora, disfrutaba de la satisfacción de escucharlo desesperado, pensando que yo había conseguido su trabajo:

—Que te vaya bien, Simon —terminé antes de colgarle.

Me sentía victoriosa y completamente libre. Debería haber tenido esa conversación hacía mucho tiempo. Pero estaba orgullosa de haberlo hecho por fin.

Mi Uber llegó justo a tiempo. Durante el trayecto, no pude evitar sentirme nerviosa, repasando en mi mente todo lo que había sucedido en la última hora e intentando asimilarlo.

¿De qué se trataba todo aquello? Tiene que ser algo *bueno, ¿verdad?*

No podía creer que hubiera encontrado mi cuadro. Sentía que cada vez lo quería más.

—¿Está bien aquí? —preguntó el conductor cuando llegamos a *Jackson Square*—. El punto de llegada está un poco más lejos, pero si le dejo más adelante será más complicado.

—Aquí está perfecto. Que tenga un buen día.

Prácticamente me bajé de un salto del coche, sonriendo, mientras caminaba con pasos rápidos hacia la plaza. Solo nos habíamos visto allí una vez, pero sabía exactamente a qué se refería

con "nuestro banco de *beignets*". Esa tarde quedó grabada en mi memoria.

Cuando llegué, vi que Chad ya estaba allí, sentado con una pequeña caja a su lado. Al verme, se levantó.

—Buenos días. Veo que todo ha salido a la perfección —dijo sonriente.

Solté una risita, jugueteando con un mechón de pelo entre mis dedos.

—Excepto que no he podido secarme el pelo y que tu hermano me ha visto en albornoz con champú en la cabeza.

Decidí no contarle lo de la llamada de Simon en ese momento, ya que no quería arruinarlo. Pero se lo contaría más adelante; no quería que hubiera secretos entre nosotros.

Chad gruñó:

—No me contó esa parte. ¿Estabas desnuda?

No podía creer que realmente me estuviera preguntando eso.

—¡No! Y tu hermano probablemente no te lo ha contado porque es un caballero.

Soltó una carcajada:

—No tienes ni idea de lo que dices.

Señalé la pequeña caja con el logotipo de la panadería *Broussard & LeBlanc*.

—¿Es para mí?

—Sí —respondió—, pero para más tarde.

—¿Cómo que para más tarde? —pregunté mientras nos sentábamos.

—Primero tenemos que hablar.

—Sí, estoy de acuerdo. Por cierto... Muchas gracias por el cuadro. ¿Cómo lo conseguiste?

—Mi madre movió algunos hilos.

Me eché a reír.

—No puedo creer que le pidieras eso a tu madre.

—¿Por qué no? Es su especialidad. Hablé con ella la semana pasada y esta mañana me ha dado la buena noticia.

—Es precioso. Y además es mi lugar favorito de la ciudad.

—Lo sé.

Extendió la mano con la palma hacia arriba y supe lo que significaba, así que puse mi mano sobre la suya y él la cerró con fuerza.

—Scarlett, lo de anoche no salió como había planeado. No quiero que pienses ni por un segundo que no te quiero aquí, ¿vale? Porque eso es lo único que quiero.

Abrí la boca, pero él negó con la cabeza.

—Solo escúchame.

—Vale. —Apreté mis labios.

—Bella y yo te queremos. Siempre te vamos a querer, y elijas lo que elijas, podemos resolverlo de alguna manera. Que aceptes ese trabajo no significa que no podamos estar juntos.

—Pero eso no es lo que quiero —interrumpí, lo que provocó que Chad frunciera el ceño—. Lo siento, pero ya no puedo evitarlo. —Empecé a acercarme a él en el banco, pero me detuve y coloqué el paquete al otro lado para no aplastarlo en mi desesperación por aquel hombre. Deslizándome hasta quedar pegada él, le confesé—: Ya tengo todo lo que quiero. A ti, a Bella y a Nueva Orleans. Me encanta trabajar en el restaurante. Nunca me ha interesado ser una de esas chefs que van dando vueltas por el mundo. Lo único que siempre he querido es estar en un lugar en el que me sienta como en casa, donde la gente me trate bien, y aquí tengo mucho más que eso. Es todo lo que necesito para ser feliz.

—Joder, cariño... —Tomó mi rostro con sus manos—. Quiero comerte aquí mismo.

—Pues seguimos en la plaza —murmuré.

Respiró hondo y apoyó su frente contra la mía:

—Solo quiero quedarme así contigo, al menos por un momento.

—Vale —susurré, y podría haber jurado que aquel era el momento más romántico de mi vida. No podía creer que estuviera allí, en medio de *Jackson Square*, con el hombre de mis sueños abrazándome.

Cuando finalmente se apartó, batí las pestañas con picardía:

—¿Puedo abrir mi regalo ahora?

—Claro.

Al instante, cogí el paquete, lo puse en mi regazo y lo abrí con cuidado.

—¡Un roscón de Reyes! ¿Cómo lo has conseguido? La masa necesita unas horas de leudado.

—Sí, como me recordó varias veces la chef pastelera. Pero dijo que había utilizado la masa que había preparado para otro pastel. Eso sí, ten cuidado al darle un bocado.

—¿Has escondido un muñequito dentro?

Él sonrió.

—Solo ten cuidado.

Hice caso a su consejo. De hecho, ni siquiera le di un bocado, sino que arranqué con cuidado un trozo y luego otro.

Vaya, no hay nada. Me sentí un poco decepcionada, si había escondido un muñequito, sería diminuto.

Continué cogiendo trozos cada vez más grandes y, de repente, ¡noté algo duro!

Entonces me quedé helada. Mi dedo corazón acababa de topar con algo que, sin lugar a dudas, era un anillo.

Levanté la mano, pero no tuve tiempo de reaccionar. Chad me quitó el anillo del dedo justo antes de que pudiera asimilar lo que estaba sucediendo. Luego se arrodilló, extendiéndo ante mí la joya: un diamante blanco, inmaculado y precioso.

—Chad... —susurré.

—Esta mañana me desperté preguntándome qué demonios había pasado anoche. Entonces recordé por qué no suelo hablar mucho. A juzgar por lo de anoche, debería limitarme a lo que se me da bien, que es demostrarte con hechos lo que siento. —Su mano temblaba ligeramente mientras yo luchaba por contener las lágrimas de alegría, aunque no estaba segura de poder ocultarlas mucho más tiempo—. Eres más perfecta de lo que jamás hubiera imaginado.

Me puse una mano en el estómago. *Respira hondo. No llores, Scarlett. No llores.*

—Te amo con todo mi ser y soy tuyo, Scarlett. No solo hoy ni por ahora. Quiero que seas mía para siempre. —Me tomó la mano y la besó—. Y que seas mi mujer. ¿Quieres casarte conmigo?

—¡Sí, por Dios, sí! Por supuesto que me casaré contigo. —Mi voz se quebró al pronunciar cada palabra.

—Eres mía, cariño —susurró mientras deslizaba el anillo en mi dedo—. Y yo soy tuyo, solamente tuyo.

Volvió a besarme la mano y continuó:

—Y aquí mismo, en tu lugar favorito de la ciudad, quiero prometerte que me esforzaré toda la vida por sorprenderte, mimarte y protegerte en las visitas guiadas encantadas.

Me reí.

—Sobre todo eso —respondí.

—Y cuidaré de ti cuando estés enferma. Aunque puede que use mis privilegios de marido y no te deje salir en absoluto de casa.

—Como si eso pudiera detenerme —murmuré, sin molestarme ya en ocultar las lágrimas—. Te amo —aseguré.

—Y yo te amo a ti.

Nos pusimos de pie y, acto seguido, rodeó mi cintura con los brazos y me besó allí mismo, en *Jackson Square*, a la vista de todo el Barrio Francés. Chad LeBlanc le dio un nuevo significado al término *"demostración pública de afecto"*. Solo nos detuvimos cuando alguien carraspeó.

Nos separamos y vimos que había dos hombres justo a nuestro lado.

—Eeem, ¿pasa algo? —pregunté.

—Es verdad —dijo Chad—. Se me había olvidado.

El hombre más cercano a nosotros sonrió:

—Qué propuesta tan genial, tío. Pero no nos has dado tu número para poder enviarte las fotos luego.

Apenas pude contener la risa, pero luego me quedé boquiabierta:

—¿Habéis venido a sacarnos fotos? Qué detalle más bonito.

Chad les dio su número y ellos le enviaron las fotos inmediatamente.

—Ya las he recibido —confirmó Chad—. Muchas gracias.

Nos dieron la enhorabuena antes de marcharse.

Me volví hacia Chad.

—¿Por qué has pedido que vengan dos fotógrafos?

—Son instrucciones de Bella. Por si alguno de los dos las estropeaba.

Empecé a reírme y entonces caí en la cuenta...

—Dios mío. ¡Bella lo sabe!

—Por supuesto. Fuimos juntos a comprar el anillo. — Tomó mi rostro con sus manos y me acarició la comisura de los labios con el pulgar.

Por el brillo de sus ojos, supe que quería devorarme allí mismo, pero eso no iba a ser posible.

—¿Qué te parece si vamos a casa? —preguntó.

—Claro. ¿Está Bella allí?

—No. Xander se la ha llevado a pasar el día fuera. ¿Y sabes lo que eso significa? —Movió las cejas con picardía—. Que tenemos la casa para nosotros solos.

Capítulo Treinta y Cinco

Chad

Decidimos no quedarnos en el Barrio Francés e ir directamente a casa. Siempre había sentido un gran deseo por Scarlett, pero en ese momento estaba completamente desesperado. La necesitaba con cada fibra de mi ser. La besé sin ningún tipo de restricción, llevándola rápido al dormitorio principal.

—Hueles tan bien —confesé, y ella se rió. Me enderecé—. ¿Por qué te ríes?

—Por nada.

Su misteriosa sonrisa me indicaba lo contrario, pero tenía demasiadas ganas de explorarla como para insistir.

—Apuesto a que tú sabes igual de bien.

Tragó saliva cuando hundí los dedos en su pelo. Le di la vuelta, cerré los ojos al tiempo que respiraba hondo y luego besé su cuello.

—Este vestido me encanta —susurré contra su piel.

Dejaba la parte superior de la espalda al descubierto. Deseando recorrerla con mi boca, la besé a lo largo de su columna vertebral. Cuando llegué a la parte baja, bajé la cremallera hasta sobrepasar su trasero. Luego le bajé las bragas y le lamí la zona de la cintura. Ella se estremeció y deslicé mis manos por sus piernas antes de agarrarle los tobillos. Scarlett gimió y echó la cabeza hacia atrás. Volví a subir lentamente con mis manos, ejerciendo presión con ambos pulgares en la parte posterior de sus rodillas mientras acariciaba la base de su espalda con la punta de mi nariz.

—Chad... —susurró.

Su reacción solo avivó mi deseo. Moví una mano más hacia arriba y, con la otra, dibujé círculos en la parte posterior de una rodilla.

Metí la mano entre tus muslos y tiré de sus bragas a ciegas, necesitando tocar sus partes íntimas. Rápidamente me di cuenta de que había usado más fuerza de la necesaria, porque se las rasgué. Scarlett jadeó cuando busqué la cinturilla y se las bajé por las piernas, con la intención de quitárselas por completo. Efectivamente, estaban rotas.

Pensé que me conformaría con tocar su piel, pero no. También quería verla totalmente desnuda.

Empecé a bajarle el vestido, pero ella protestó.

—¡Chad, no! Al revés.

Le subí el vestido hasta la cintura, y ella terminó de quitárselo por encima de la cabeza.

Maravilloso. Quería ver a Scarlett desnudarse para mí todas las noches, para siempre.

Cuando empezó a darse la vuelta, le pedí:

—No. Quédate así.

Me acerqué y deslicé dos dedos por su abertura. Estaba tan húmeda y lista que por poco la hago mía en ese instante. Sin embargo, opté por besarle las nalgas. Alcanzando su centro por detrás, acaricié su clítoris, comenzando con las yemas de los dedos para luego extender la caricia a lo largo de toda su abertura, prolongando el movimiento. Sentí cómo sus músculos se tensaban progresivamente, y sus gemidos inundaban la habitación.

Me encantaba oír a mi chica gritar de placer, pero si seguía así, no iba a poder esperar a que se corriera para hundirme dentro de ella.

—Chad —susurró—. Por favor, por favor...

Sin duda, no podía aguantar más.

Seguí frotando mis dedos arriba abajo, sintiendo cómo se mojaba más y más hasta que empezó a temblar. Al principio eran movimientos leves, pero pude notar el momento exacto en que el clímax empezó a recorrer su cuerpo porque se volvieron más instintivos, casi animales. Estaba cabalgando sobre mi mano y me encantaba. Pero no era suficiente. Quería que se montara sobre mi cara mientras se corría, así que dejé de tocarle su centro y me aparté.

—Chad... —comenzó a decir, abriendo mucho los ojos al ver que me arrodillaba frente a ella y la recostaba contra la pared para que pudiera apoyar cómodamente la espalda.

Acto seguido, puse una de sus piernas sobre mi hombro y lamí su centro, disfrutando de la forma en que presionaba sus piernas contra mis orejas. Unos segundos más tarde, introduje dos dedos en

su interior. Era evidente que necesitaba que la penetrara como sea, y la follé con mis dedos mientras le estimulaba el clítoris con mi lengua. Luego lo succioné con mis labios y curvé mis dedos en su interior.

Ralentizé el ritmo de mis dedos mientras ella se relajaba, aunque seguía obsesionado con su clítoris. Parecía que lo que más le gustaba era que se lo lamiera con la lengua, y eso fue precisamente lo que hice.

Seguí ejerciendo presión con mi lengua sobre su centro hasta que su respiración se calmó y ella pasó sus dedos por mi pelo. Me aparté para mirarla y noté que tenía los ojos entrecerrados.

Se humedeció los labios y dijo:

—Ahora quiero saborearte yo.

Sentí un cosquilleo en la zona de mi pelvis. Sentir su boca sobre mí... Sí, era exactamente lo que necesitaba.

Bajé su pierna de mi hombro y me puse de pie, besando sus pechos y luego su cuello antes de ir directo a su oreja.

—Te deseo tanto —comenté, y ella suspiró.

—Lo sé, pero primero quiero saborearte.

Joder. Mi polla pasó de estar semierecta a completamente dura en cuestión de segundos.

Di un paso atrás, la cogí de la mano y la llevé a la cama. Se me ocurrió una idea. Como yo también quería seguir saboreándola, podíamos ponernos en una posición en la que los dos nos diéramos placer al mismo tiempo.

—Túmbate encima de mí —dije.

La sonrisa pícara que me dedicó me indicó que había entendido perfectamente cuál era mi plan, sin necesidad de explicaciones ni instrucciones adicionales.

Me tumbé en el colchón mientras ella se subía a cuatro patas sobre mí, posicionando su coño justo sobre mi cara. Cuando incliné la cabeza hacia adelante, ella apretó mi glande con sus labios, y volví a apoyar la cabeza en la almohada.

—¡Joder! —exclamé, y entonces ella me acogió aún más dentro de su boca, moviéndola a un ritmo trepidante. El placer ya estaba empezando a apoderarse de mi cuerpo.

Presioné la base de su espalda, haciendo que Scarlett bajara su centro sobre mí, y entonces introduje mi lengua en su interior. Metí una mano entre nuestros cuerpos para poder estimular también su clítoris. Sentir su boca en mi miembro al mismo tiempo que saboreaba su centro íntimo era algo de otro planeta. Sus movimientos se tornaron más frenéticos a medida que se volvía cada vez más sensible a las caricias de mi lengua. Sus pechos rozaban mis piernas, y noté que sus pezones estaban duros como piedras. Luego, cuando presioné su clítoris con mis dedos, se agitó y empezó a sudar.

Scarlett me iba a volver loco. Nunca llegaría el día en que me saciara de ella. Siempre querría más y más. Lo quería todo.

Aumenté el ritmo de mis dedos sobre su centro y sentí cómo sus labios se apretaban más alrededor de mi polla. Entonces echó la cabeza hacia atrás y dijo:

—Chad... Dios mío, no puedes... —Su respiración se entrecortó—. Ya no puedo concentrarme.

—No pasa nada, cariño, porque ahora mismo necesito estar dentro de ti.

—Pero no había terminado.

—Quiero estar dentro de ti cuando me corra.

Se le puso la piel de gallina. Le di una palmada suave en el trasero y ella lo acercó aún más hacia mí.

—Date la vuelta —ordené. Scarlett giró la cabeza para mirarme y luego se puso de rodillas—. O mejor: ponte a horcajadas pero de espaldas a mí.

Se movió hasta que sus pies quedaron a los lados de mis muslos. Aquel ángulo iba a ser jodidamente perfecto.

Ni siquiera tuve que posicionar mi pene. Ella bajó sobre mi miembro al segundo siguiente, recibiéndome hasta el fondo.

—¡Joder!

Un escalofrío recorrió todo mi cuerpo. Me había llevado demasiado cerca del límite con su boca, y sabía que a ella le tomaría más tiempo llegar al clímax después del primer orgasmo.

Así que no me moví en absoluto, solo me limité a mantenerla sobre mí. Cuando empezó a mecer las caderas, la sostuve con

fuerza.

—No, quédate quieta.

—Pero Chad... —protestó.

—Quédate así y disfruta de todo el placer que te estoy dando. Solo podrás moverte cuando ya no puedas aguantar más. ¿Vale?

—Sí —dijo con voz entrecortada.

Me incorporé para asegurarme de que no se moviera en absoluto. Luego le besé la espalda, sintiendo cómo sus músculos internos se contraían y se relajaban mientras le acariciaba el clítoris con las yemas de los dedos.

Nuestros cuerpos estaban tan sincronizados que sentí cada una de las oleadas de su orgasmo como si fuera mío. Su espalda se tensó y al instante se relajó. Los músculos de su vientre se tensaron al máximo. Supe que no había vuelta atrás, incluso antes de que hablara. Lo confirmé por el temblor de su cuerpo al echar la cabeza hacia atrás.

—Chad...

—Lo sé, cariño —fue todo lo que respondí. Mi propia voz sonaba tensa porque el esfuerzo por no llegar al clímax me estaba exigiendo toda mi fuerza de voluntad.

—¿Puedo moverme ya? —suplicó, y eso fue mi perdición. Aunque no hubiera estado tan cerca, me habría sido imposible resistirme.

—Sí, ya puedes moverte.

Al segundo siguiente, empezó a cabalgar sobre mi miembro. Me incliné un poco hacia atrás, la agarré por las caderas y empecé a embestir sin parar, mientras ella se apoyaba con las palmas de las manos en la cama. Luego se apoyó en los codos, y cuando ya no pudo más se incorporó y se recostó contra mi pecho, apoyando su cabeza a la altura de mi hombro.

—Eso es, cariño —dije—. Ríndete a mí. Te prometo que haré que te corras.

—Chad, Dios mío —susurró.

Apreté los ojos con fuerza, concentrándome todo lo que pude en el placer de mi chica. Alterné mis embestidas con las caricias en su clítoris. Estaba demasiado cerca para aguantar ambas cosas al mismo tiempo; pero cuando sentí que su cuerpo se contraía más

fuerte que nunca, supe que estaba a punto, casi al límite. Entonces continué estimulando su centro y ella alcanzó el clímax al instante, retorciéndose sobre mi cuerpo.

El torbellino de sensaciones también me arrastró consigo, y esta vez me dejé llevar. No había necesidad de mantener el control. Ya estaba listo para rendirme a aquella mujer que se había apoderado de cada parte de mí. Iba a pasar el resto de mi vida con ella.

No dejé de embestir hasta que ambos estuvimos completamente agotados y relajados. Entonces ella se derrumbó sobre mí y la rodeé con mis brazos por la cintura.

—Pensaba que me iba a caer —dijo.

—No, cariño, nunca te dejaría caer. No te preocupes.

—No me preocupo porque tú eres mi pilar.

Claro que lo era, e iba a serlo por el resto de nuestras vidas. Y, por supuesto, ella era el mío.

—Te amo mucho. Me aseguraré de que lo tengas claro todos los días de nuestra vida.

—Lo tengo muy claro.

Solté una risita.

—Te lo recordaré varias veces al día de todos modos. Puede que recibas visitas del jefe de vez en cuando.

Scarlett echó la cabeza hacia atrás, sorprendida:

—Lo dices en serio, ¿eh?

—Claro que sí. Ahora que eres mi prometida, tengo una buena excusa.

—Quisiera hacerme la difícil, pero ¿para qué? Te concedo totalmente ese privilegio de prometido.

—Me aseguraré de que nunca te falte café ni *beignets*.

Suspiró.

—Esa es buena, me envias todos los regalos que quieras pero sin bajar a la cocina.

Me reí y la atraje hacia mí.

—Pero bajaré, solo para verte. Estoy deseando que empecemos a construir nuestra vida juntos.

—¿Con un café y un *beignet* a la vez? —preguntó encantada.

—Exactamente.

Epílogo

Scarlett

—¡Por la primera Navidad de Scarlett con el clan LeBlanc Broussard! —exclamó Isabeau.

Sonreí de oreja a oreja mientras todos brindábamos con ponche de huevo.

—Me siento superfeliz de estar aquí.

—Gracias por invitarnos también —dijo mi madre.

Ella y mi padre habían llegado el día anterior. Íbamos a pasar la Nochebuena en la mansión LeBlanc Broussard y al día siguiente celebraríamos una segunda fiesta más íntima. A pesar de llevar una hora en la casa, mis padres seguían asombrados por lo enorme que era. Yo, por mi parte, llevaba puesto el jersey que mi madre me había tejido hacía unos meses.

—Atención, familia —dijo Isabeau—. Después de terminar el ponche de huevo, será el momento de sacar los dulces.

—¡Síííí! —corearon todos los presentes.

Chad me rodeó la cintura con un brazo y me apartó un poco del grupo.

—¿Va todo bien? ¿Crees que tus padres están abrumados?

—Sí, pero en el buen sentido —aseguré—. Estamos acostumbrados a pasar la Navidad muy tranquilos, solo nosotros tres. Por cierto, todo está precioso.

La casa lucía espectacular, como sacada de una película. Jamás había visto tanta decoración junta, pero sorprendentemente, no resultaba excesiva. La chimenea chisporroteaba alegremente y en la repisa había muchísimos calcetines colgados, llenos hasta arriba, uno para cada persona. En cuanto a los árboles, conté al menos cuatro, todos enormes. Era imposible saber cuántos más habría en los pisos superiores. Uno estaba en el pasillo, otro en el salón, otro en el comedor y otro más cerca de la cocina. Cada uno tenía una combinación de colores diferente, y todos encajaban a la perfección.

—¿Siempre celebráis la Navidad a lo grande? —pregunté.

—Claro. —Chad me miró con ternura; me encantaba sentirme así de querida.

—¡Hola, Scarlett! —dijo Bella, acercándose a nosotros corriendo —. Tengo una idea. —agregó y me rodeó la cintura con los brazos.

La miré y le acaricié el pelo. Me encantaba ser la madre de la semana de Bella, aunque últimamente también lo era durante los fines de semana, porque ella pedía pasarlos en casa cada vez más a menudo. Sarah no se oponía. De hecho, parecía preferirlo, ya que así podía viajar más. En definitiva, mientras Bella estuviera de acuerdo, Chad y yo también lo estábamos.

—¡Ajá! —exclamó Chad, con los ojos fijos en Bella.

—¿Qué? —preguntó la pequeña con extrema inocencia.

—Nada. Es que tienes esa sonrisa traviesilla.

Por si acaso, me preparé para lo que viniera.

—¿Te has dado cuenta de que los abuelos tienen cuatro árboles? —preguntó Bella.

—Sí, y me encantan —respondí.

—Además, son de diferentes colores.

—¿Has visto? Son muy festivos.

Se mordió el labio inferior:

—Estaba pensando que quizá el año que viene podríamos decorar cuatro árboles en casa también: uno verde con plata, otro dorado y rojo, otro azul y blanco...

—¿Y amarillo y negro en el último? —supuse.

Ella se echó a reír.

—Sí.

—¿Y eso por qué? —dijo Chad.

Ambas lo miramos.

—Papá, hemos visto las tres primeras películas juntos y tú sigues siendo un *muggle*. Son los colores del colegio Hogwarts.

—Ah, vale... —murmuró.

—¡Me encanta tu idea! —exclamé.

—No me parece mal —respondió Chad, encogiéndose de hombros.

Bella sonrió:

—¡Genial! Y entonces quizá podamos convencer a papá para ver una película más.

Vaya. ¿Cómo no lo vi venir? Bella sería un año mayor, pero aún no tendría la edad suficiente para ver *El cáliz de fuego*.

Miré a Chad, luego volví a mirar a Bella y dije:

—Ya veremos.

La niña se quedó boquiabierta.

—¡Toma ya! —exclamó Chad con una carcajada—. Esta vez, Scarlett está de mi lado, peque.

Bella se enderezó y dejó caer las manos a los lados:

—Te convenceré. Tengo tiempo.

Chad abrió la boca, pero no dijo nada. Entonces salió corriendo hacia *Xander*, como era de esperar.

—Ha salido luchadora la niña —comenté.

—Sí, totalmente, respondió Chad. —Luego me tomó por la cintura y me atrajo hacia él—. Tienes que prometerme que no cambiarás de bando.

—*Existe* una pequeña posibilidad de que eso ocurra, pero llevas las de ganar; eres muy persuasivo a la hora de hacerme ver tu punto de vista.

—Eso es justo lo que quería escuchar.

—Esta es la mejor Navidad de mi vida —murmuré.

—Me hace muy feliz saberlo.

—Me encantan todas las tradiciones de tu familia, especialmente la de los calcetines sobre la chimenea. No puedo creer que hayan añadido unos para mí y para mis padres también.

—Quizás añadamos uno más el año que viene.

Levanté una ceja.

—¿Ah, sí? ¿A quién más quieres invitar?

Él me sonrió.

—¿A un bebé tal vez?

Todo mi cuerpo se enterneció al instante.

—¿Lo dices en serio? —pregunté.

—Sí. Por supuesto, también tendríamos que definir una fecha para la boda, algún día antes de la próxima Navidad.

Me reí.

—¿Estás usando otra de tus artimañas para convencerme de que fije una fecha?

Llevábamos debatiendo el tema desde que se me había declarado, pero, por alguna razón, nunca habíamos llegado a un consenso. Yo quería que fuera en verano, pero él insistía en que hacía demasiado calor. Por otro lado, celebrarla durante la primavera parecía una buena opción.

—Como tú misma has dicho, se me da muy bien encontrar formas de convencerte.

No podía creer la suerte que tenía de estar allí con aquel increíble hombre. Mi felicidad era plena.

Tenía un contrato indefinido en *LeBlanc & Broussard* y la cocina iba viento en popa. Había rechazado la oferta de trabajo de Mark de la forma más educada posible. Pensé que volvería a contratar a Simon, pero lo que fuera que hubiera pasado entre ellos debía de haber sido muy grave, porque no lo hizo. Lo averigué por Facebook, con la ayuda de Ariana. ¿Qué haría sin ella? Simon ni siquiera era *sous-chef* en su nuevo trabajo. Lo habían contratado como mero ayudante de cocina. Intentaba con todas mis fuerzas no regocijarme, pero, a fin de cuentas, no podía evitarlo. De alguna manera, sentía que se había hecho justicia.

Poco después de nuestro compromiso, le conté a Chad sobre la última llamada de Simon, así que ambos nos alegramos de que finalmente recibiera su merecido.

—Entonces, supongo que nos casaremos el año que viene. Siempre y cuando no coincida con ninguna semana de mucho trabajo en el restaurante.

Él gruñó:

—Cariño, te vas a casar con el jefe. Él puede mover algunos hilos.

—Sí, pero no quiero que lo haga, esa es la cuestión —repliqué.

—Lo discutiremos más tarde en casa.

Ya lo conocía: seguramente iba a usar sus habilidades seductoras para convencerme.

—¡Familia, la primera ronda de aperitivos está en camino! —anunció Celine.

—¡Voy! —respondí, pero Chad me puso una mano firmemente en la cintura.

—No. No vas a entrar en la cocina, ¿recuerdas? Mi madre te lo ha prohibido.

Los LeBlanc y sus reglas...

—Vale. Me quedaré aquí.

Mientras nos dirigíamos a la mesa, Chad comentó:

—Me pregunto qué le pasa a Julian.

Seguí su mirada, que estaba fija en su hermano. Julian se encontraba charlando en voz baja con Anthony y Beckett.

—Parece de mal humor —deduje.

—Sí. —Chad parecía sorprendido.

—No sabía que Julian pudiera estar de mal humor —confesé.

—Yo tampoco. Me pregunto por qué.

—Vamos a averiguarlo —respondí, y nos dirigimos hacia ellos.

—¿Hay algún problema en la oficina? —preguntó Chad sin rodeos.

Los tres hermanos le clavaron la mirada.

—¿Qué te hace pensar eso? —preguntó Anthony con frialdad.

—Julian, pareces estar de mal humor, y eso no es habitual en ti —respondí.

Abrió los ojos:

—¿Así que te has dado cuenta?

—Escucha, hermano —dijo Beckett—, lamento ser yo quien te lo diga, pero creo que hasta un alienígena se habría percatado. Eres pésimo disimulando.

—Ya —dijo Julian—. No, es solo que... He recibido un correo electrónico desagradable de alguien con quien solíamos trabajar. No acepta un no por respuesta.

Beckett sonrió:

—Esa mujer parece ser de armas tomar.

Julian lo miró fijamente:

—¿Eso es lo que piensas? ¿Después de todo lo que te acabo de contar?

—Sí, parece que te está dando guerra y no se está doblegando ante el poder de los apellidos LeBlanc y Broussard.

—No se trata de doblegarse —respondió Julian—. Es solo que es grosera y cabezota sin motivo alguno.

—¿Está buena? —preguntó Anthony.

—Nunca la he conocido en persona. Y, de todos modos, eso no viene a cuento —respondió Julian. Había un tono de irritación en su voz.

—¿Ah no? —preguntó Celine. Llevaba una bandeja de pralinés.

—Deberías haberlos dejado hablar un poco más —señaló Isabeau con un chasquido de lengua. Llevaba una bandeja de dátiles envueltos en beicon y olían de maravilla—. Así habríamos podido obtener más detalles.

Julian negó con la cabeza.

—No es necesario, vamos a la mesa. —Miró con intensidad a Anthony y Beckett, que lo siguieron.

—¿Habéis estado espiando? —preguntó Chad.

—Bueno, no es que estuvierais precisamente en silencio —dijo Celine.

—Podríamos averiguar quién es esa chica. Veremos si podemos darle un empujoncito con la lila —sugirió Isabeau.

Empecé a reírme. Chad miró a sus abuelas con incredulidad.

—Oh, no, no. Primero tenemos que ver si es la adecuada —replicó Celine.

Vaya. ¿Entonces habían pensado que yo era "la adecuada"cuando solo me habían visto unas pocas veces? Eso era todo un mérito, ¿no?

—Deberíamos dejar que las cosas sigan su curso. La lila solo funciona si ambos están destinados a estar juntos. No hace milagros —continuó Celine.

—Es cierto —confirmó Isabeau, y nos miraron con un orgullo inconfundible en los ojos—. Vosotros sois perfectos el uno para el otro. Tus hermanos serán afortunados si les pasa lo mismo.

Chad soltó una risita:

—Creo que mis hermanos no estarían de acuerdo contigo.

Isabeau hizo un gesto de desestimación con la mano.

—Todo a su debido tiempo. —Luego me tomó del brazo y me acompañó a la mesa—. Tu perfume ya debe de estar agotándose.

—Sí —respondí, sorprendida de que lo supiera.

—Puedes volver a por más cuando quieras.

—Abuelas, ¿por qué estáis tratando de engatusar a Scarlett para que vuelva a vuestra tienda? —preguntó Chad.

—Oh, no la estamos engatusando, muchacho —respondió Celine.

—Solo queremos pasar un rato a solas con ella. Averiguar qué planes tenéis para el futuro. Específicamente en cuanto a los bebés —añadió Isabeau.

Suspiré mientras Chad se reía y negaba con la cabeza.

—Normalmente diría que no es asunto vuestro. Pero hace un rato lo estábamos hablando.

—Fantástico —dijo Celine—. Bella necesita una hermana o un hermano, quizá ambos, y ya va siendo hora.

—Bueno, Celine, solo tenía que encontrar a la persona adecuada —comentó Isabeau—. Y todos sabíamos que Sarah no lo era, aunque me complace que no esté dando problemas.

Por el contrario, según Chad, Sarah solo quería tener todo el tiempo posible para sí misma. Personalmente, eso no me importaba; mi intención era colmar a Bella de amor incondicional.

Celine se volvió hacia mí:

—Scarlett, querida, podemos probar un nuevo perfume para ti. —Me guiñó un ojo—. Nos han dicho que hace maravillas.

Abrí la boca y luego la volví a cerrar. Al principio también había sido escéptica con respecto a la lila. Pero ahora casi me había convertido en una creyente.

Chad me rodeó la cintura con el brazo:

—Vamos a la mesa. Quién sabe qué están tramando estas dos —dijo, mirando a Celine e Isabeau.

—Sea lo que sea que tengan en mente, tienen mi total aprobación —repliqué.

Al congregarnos en torno a la mesa, observé con alivio que los padres de Chad conversaban con los míos, lo que sin duda contribuyó a que se relajaran.

—¡Atención, familia! Como en esta casa hacemos todo de manera un poco diferente —comenzó Celine—, hemos decidido

empezar con unos pralinés, de la confitería de nuestra familia, por supuesto, y unos dátiles.

Chad y yo cogimos un praliné cada uno de la bandeja del centro de la mesa.

Le sonreí y le dije:

—Tu familia tiene una manera única de hacer las cosas.

—Y por eso encajas. Feliz Navidad, Scarlett.

—Feliz Navidad, Chad.

Devoramos los pralinés al unísono. Fue una explosión de sabor en la boca, dulce en su justa medida. Inmediatamente tomé otro y lo engullí con la misma rapidez. Qué manera tan perfecta de iniciar la cena: ¡empezando por el postre!

Me sentía feliz y completamente plena, anhelando ya todas las Navidades que estaban por llegar.

Este es el final de la historia de Chad. La serie continúa con la historia de Julian.

Suscríbete a mi boletín para recibir un libro mío gratis y para recibir noticias sobre nuevos libros y ventas.

Lista de Libros:

Los Hermanos Whitley

Los Hermanos Maxwell

La Familia Bennett

La Familia Connor

Solteros Muy Irresistibles

Contacto de la Autora

laylahagen.com

Únete alGrupo de Lectores de Layla

https://www.facebook.com/groups/304552278505177